Flavio Josefo

ANTIGUEDADES DE LOS JUDIOS

TOMO III

LIBRO XIV

Abarca un espacio de treinta y dos años

CAPITULO I

Aristóbulo disputa el trono a Hircano. Los dos hermanos se reconcilian. Nombran rey a Aristóbulo. Intervención de Antipáter. Hircano pide ayuda a Aretas, rey de Arabia

1. En el libro anterior hemos expuesto lo referente a la reina Alejandra y su muerte; ahora explicaré los hechos que siguieron, con el mayor cuidado para no omitir nada por ignorancia o por pereza. Intentamos escribir historia y exponer hechos que por su antigüedad son desconocidos por muchos; y nos proponemos hacerlo con la mayor elegancia en el lenguaje, de acuerdo con la correcta estructura de las palabras y con ornamentos de dicción que presenten al lector una narración elegante, instruyéndolo amable y gustosamente. Pero los escritores deben poner, ante todo, la máxima diligencia en decir la verdad, para que les presten crédito aquellos que ignoran lo que narran.

2. Hircano se hizo cargo del gobierno en el año tercero de la olimpíada ciento setenta y siete, siendo cónsules en Roma Quinto Hortensio y Quinto Metelo,

denominado también Cretico. Aristóbulo le declaró inmediatamente la guerra. Durante una batalla que se libró en Jericó, muchos de los soldados de Hircano se pasaron a su hermano. Después de esto, Hircano se refugió en la fortaleza en la cual se guardaban en custodia la esposa de Alejandro y sus hijos, encerrados por su madre, como hemos dicho. Atacó e hizo prisioneros a aquellos adversarios que se habían refugiado en el recinto del Templo.

Luego trató de llegar a un arreglo con su hermano; se terminó la lucha con la condición de que Aristóbulo fuera rey e Hircano pudiera disfrutar plácidamente de sus bienes. Este pacto se llevó a cabo en el Templo, confirmado con juramentos mutuos con la mano en la mano. Ante la multitud se abrazaron, y se retiraron, Aristóbulo al palacio real, Hircano como particular a la antigua casa de aquél.

3. Hircano tenía por amigo a un idumeo de nombre Antipáter, hombre muy rico, de natural activo y revoltoso, mal dispuesto con respecto a Aristóbulo, a quien no apreciaba por su devoción hacia Hircano. Nicolás de Damasco dice que procedía de unas de las primeras familias judías que de Babilonia se trasladaron a Judea. Pero afirma esto en beneficio del hijo de Antipáter, Herodes, a quien la suerte elevó al trono de los judíos. Sobre esto trataremos en su respectivo lugar. Este Antipáter antes se llamaba Antipas, y su padre tenía el mismo nombre. Alejandro y su esposa lo nombraron prefecto de toda la Idumea; allí entró en amistad con los árabes, gazeos y ascalonitas, a quienes conquistó con muchos regalos.

Este joven Antipáter desconfiaba del poder de Aristóbulo, y temeroso de lo que podría acontecerle por el odio que le tenía, sublevó en su contra, con ocultas maquinaciones, a los principales de los judíos. Decía que no podía tolerarse que Aristóbulo disfrutara injustamente

del poder y que expulsara del mismo a su hermano mayor, al cual le pertenecía por la edad. Frecuentemente hablaba de lo mismo con Hircano; le decía quesu vida estaba en peligro, si dejaba de cuidarse y no lo quitaba de en medio. Le decía que los amigos de Aristóbulo no perdían oportunidad para aconsejarle que matara a Hircano, pues así se afirmaría mejor en el poder. Hircano no le daba crédito, pues era bueno por naturaleza y creía que se trataba de calumnias. Su desprendimiento por los asuntos públicos y la suavidad y tranquilidad de su ánimo daban la apariencia de que era un ser débil y sin virilidad. Aristóbulo, de naturaleza muy diferente, era activo y de espíritu despierto.

4. Por esto Antipáter, viendo que Hircano no daba oídos a lo que le decía, no dejaba todos los días de agregar crímenes fingidos y calumnias de que lo querían matar, urgiéndolo y queriendo persuadirlo que huyera al país de Aretas, rey de los árabes; prometíale que si le hacía caso, se convertiría en su compañero. Hircano, convencido por sus promesas, pensó que le convendría refugiarse al lado de Aretas. Arabia es, efectivamente, limítrofe de Judea. Hircano envió primeramente a Antipáter a ver al rey de los árabes, para que le prometiera que no lo entregaría a sus enemigos si se pasaba a su lado. Recibida esta garantía, Antipáter regresó a reunirse con Hircano en Jerusalén.

Poco después salió de la ciudad, de noche, en su compañía; luego de andar un largo camino llegaron a una población llamada Petra, donde se encontraba el palacio de Aretas. Como era gran amigo del rey, Antipáter le pidió que entregara Judea a Hircano. Insistiendo todos los días y dándole regalos, logró persuadir a Aretas. Por su parte Hircano le prometió que si le restituía el reino le devolvería la región y las doce poblaciones que su padre Alejandro había quitado a los

árabes. Eran las siguientes: Medaba, Nabalo, Livias, Tarabasa, Agala, Atón, Zoara, Oronas, Marisa, Rida, Lusa y Oriba.

CAPITULO II

Aretas sitia a Aristóbulo en el Templo. Escauro, enviado por Pompeyo a Judea, recibe a los legados de los herma nos. Sobornado por un obsequio de cuatrocientos talentos,se pronuncia por Aristóbulo

1. Con estas promesas, Aretas emprendió una expedición contra Aristóbulo, con cincuenta mil soldados de caballería y de infantería, venciéndolo en la batalla. Después de esta victoria muchos se pasaron a Hircano; Aristóbulo, abandonado, se retiró a Jerusalén. El rey de los árabes, con todas sus tropas, atacó el Templo donde se encontraba Aristóbulo, estando el pueblo de parte de Hircano y ayudándolo, pues sólo los sacerdotes apoyaban a Aristóbulo. Aretas, reuniendo las fuerzas de árabes y judíos, insistió en el asedio.

Mientras acontecía todo esto, se celebró la fiesta de los ácimos, que denominamos Pascua; y algunos principales de los judíos, abandonando a su país, huyeron a Egipto. Un cierto Onías, hombre justo y amado de Dios, el cual, en cierta oportunidad, con motivo de una sequía, rogó a Dios que mitigara los calores y Dios lo escuchó enviando lluvias, se ocultó, pues veía que la sedición aumentaba e iba a durar. Pero lo llevaron al campamento de los judíos y le pidieron que, así como antes con sus preces había terminado con la sequía, ahora pronunciara imprecaciones contra Aristóbulo y sus partidarios. Como se negara y esto acrecentara la violencia del pueblo, levantándose en medio de los judíos, exclamó

-¡0h, Dios, rey de todos! Los que ahora están conmigo forman tu pueblo, los sitiados son tus sacerdotes; por esto te ruego que no oigas lo que pide tu pueblo contra tus sacerdotes ni lleves a feliz éxito lo que éstos te piden contra aquél.

Algunos de los judíos presentes, mientras oraba en esta forma, lo mataron a pedradas.

2. Pero Dios los castigó por tamaña crueldad, y vengó de la siguiente manera la muerte de Onías. Estando sitiados los sacerdotes y Aristóbulo, llegó la fiesta llamada Pascua, durante la cual es costumbre nuestra ofrecer muchos sacrificios a Dios. Puesto que carecían de víctimas los que se encontraban con Aristóbulo, rogaron a sus compatriotas que se las proporcionaran y en su lugar les darían todo el dinero que quisieran. Ellos dijeron que si querían víctimas, debían pagar mil dracmas por cada cabeza de ganado. Aristóbulo y los sacerdotes aceptaron de buen grado las condiciones; y les entregaron el dinero haciéndolo descender por el muro.

Los sitiadores tomaron el dinero pero no entregaron las víctimas y llevaron su maldad al extremo de faltar al juramento, y cometer un sacrilegio rehusando a los necesitados que lo precisaban para los sacrificios. Los sacerdotes engañados rogaron a Dios que tomara venganza de sus compatriotas. No tardó en llegar la venganza, pues Dios envió un viento violento que destruyó la cosecha de todo el país, a tal extremo que se llegaron a pagar once dracmas por un modio de trigo.

3. Entretanto Pompeyo envió a Escauro a Siria, pues él todavía se encontraba en Armenia en guerra con Tigranes. Al llegar, a Damasco Escauro encontró a la ciudad en poder de Lolio y Metelo, que se habían apoderado de ella; se dirigió entonces rápida mente a Judea. Cuando llegó, recibió mensajeros de parte de Aris.

tóbulo y de Hircano, pidiendo su ayuda. Aristóbulo le prometió darle cuatrocientos talentos[1], e Hircano le ofreció la misma cantidad. Aceptó la promesa de Aristóbulo, por ser un hombre rico, magnífico, y porque pedía algo justo, mientras que Hircano era pobre y ofrecía lo increíble pidiendo ventajas.

No era lo mismo apoderarse de una ciudad muy bien fortificada y poderosa, que perseguir a una tropa de nabateos no aptos para la guerra. Por estos motivos se inclinó por Aristóbulo, recibió el dinero y ordenó a Aretas que se alejara; de lo contrario, sería considerado enemigo de los romanos. Después Escauro se dirigió a Damasco.

Aristóbulo, con un gran ejército, atacó a Aretas e Hircano, y habiéndose encontrado con ellos en un lugar que se denomina Papirón, los venció y mató cerca de seis mil, entre los cuales resultó muerto Falión, hermano de Antipáter.

---

[1] Trescientos, dice en La Guerra (I, 6, 3).

CAPITULO III

Hircano y Aristóbulo llevan su disputa a Pompeyo. Aristó bulo ocupa Alexandreion. Negociaciones de Aristóbulo con Pompeyo

1. Poco después, al trasladarse Pompeyo a Damasco y establecerse en la Baja Siria, se presentaron ante él legados de toda la Siria, Egipto y Judea. Aristóbulo también le envió un regalo, una vid de oro de quinientos talentos. Hace mención también de este regalo Estrabón el capadocio con estas palabras:

"Recibió desde Egipto una legación y una corona del valor de cuatro mil piezas de oro, y de Judea una viña o un jardín; los judíos daban a este trabajo el nombre de encanto de los ojos. He visto este regalo en Roma, en el templo de Júpiter Capitolino, con la inscripción De Alejandro, rey de los judíos. Su valor se apreciaba en quinientos talentos. Y se decía que había sido enviado por Aristóbulo, jefe de los judíos".

2. Poco después se presentaron ante él legados, Antipáter por Hircano y Nicodemo por Aristóbulo. Nicodemo acusó a Gabinio y a Escauro de haberles exigido dinero: el último quinientos talentos, el primero trescientos; fué una forma de hacerse de dos enemigos más, aparte de los que ya tenía. Pero Pompeyo ordenó que se presentaran personalmente los que tuvieran alguna queja. Luego, iniciándose la primavera, habiendo

sacado sus tropas de los cuarteles de invierno, las condujo hacia Damasco. De paso destruyó por completo la fortaleza de Apamea, que había construido Antíoco Ciziceno, y devastó el territorio de Ptolomeo hijo de Meneo, hombre perverso, en nada mejor que Dionisio el tripolitano, su aliado por matrimonio, que murió bajo el hacha. Ptolomeo compró el perdón de sus crímenes con mil talentos, que Pompeyo entregó como paga a sus soldados.

Destruyó también la fortaleza de Lisias, cuyo jefe era el judío Silas. Después de pasar por las ciudades de Heliópolis y Calcis y franquear las montañas que separan la Baja Siria del resto de Siria, desde Pela pasó a Damasco. Aquí escuchó a los judíos y a sus jefes, a Hircano y Aristóbulo, y al pueblo que no estaba de acuerdo ni con uno ni con otro, pues no quería reyes; su tradición, decían, les imponía que obedecieran a los sacerdotes del Dios a quien honraban, y esos hombres, que descendían de sacerdotes, querían obligarlos a cambiar de gobierno, para reducirlos a servidumbre. Hircano se lamentó de que, a pesar de ser mayor, había sido privado por Aristóbulo de su derecho, y de que tenía en su poder una reducida porción del suelo, mientras que Aristóbulo se había quedado con la restante. Lo acusó también de haber incursionado en los lugares vecinos y haber ejercido la piratería en el mar; asegurando que el pueblo jamás se habría sublevado si no hubiese sido por su violencia y su turbulencia.

Sus quejas fueron apoyadas por miles de judíos principales, a los cuales había sobornado Antipáter. Aristóbulo replicó que Hircano había perdido el gobierno por su sola culpa, por haber sido despreciado por su negligencia; y que él se había apoderado del gobierno, para que no pasara a otras personas, y que no usaba otro título que el de su padre Alejandro. Citó como testigos a unos jóvenes insolentes, que hacían

desagradables sus vestidos de púrpura, sus peinados apretados, sus joyas y todos los adornos de que estaban llenos. Se hubiera dicho que no habían ido a comparecer ante los tribunales, sino a figurar en una procesión.

3. Pompeyo, luego de haberlos escuchado, condenó la violencia de Aristóbulo. Luego los despidió con buenas palabras y les prometió que, una vez en su país, lo arreglaría todo, cuando hubiese examinado los asuntos de los nabateos; ínterin los exhortó a que se mantuvieran tranquilos, halagando de paso a Aristóbulo, para evitar que le sublevara la región y le cortara las comunicaciones. Esto fué, sin embargo, lo que hizo Aristóbulo; pues, por no haber logrado nada de lo que esperaba de él, y de lo que habían hablado, pasó a Dión y de allí a Judea.

4. Fué muy grande la indignación de Pompeyo. Tomó consigo el ejército que conducía contra los nabateos y las legiones de que disponía en Damasco y otras partes de Siria, y emprendió una expedición contra Aristóbulo. Después de pasar por Pela y Escitópolis, llegó a Corea, la primera ciudad de Judea partiendo del interior. Aristóbulo se había refugiado en la magnífica plaza fuerte de Alexandreion, situada en la cima de una montaña. Pompeyo le ordenó que se presentara. De acuerdo con los muchos que le aconsejaban que no hiciera la guerra contra los romanos, Aristóbulo descendió, y después de defender su disidencia con su hermano sobre el trono, con permiso de Pompeyo volvió a subir a la fortaleza.

Hizo lo mismo una y otra vez, adulando a Pompeyo con la esperanza de obtener el reino y simulando atenerse en todo a lo que ordenaba Pompeyo; pero se refugiaba luego en la fortaleza, preparándose para luchar en el caso de que entregara el poder a Hircano. Pero Pompeyo mandó que entregara las fortalezas y que escribiera las órdenes a los comandantes con su propia

mano (porque aquéllos tenían instrucciones de no entregarlas más que en esa forma). Aristóbulo obedeció de mala gana. Pasó luego a Jerusalén, donde se preparó para la guerra.

Poco después, mientras Pompeyo marchaba en su contra, unos mensajeros procedentes del Ponto le comunicaron la muerte de Mitrídates, a quien había eliminado su hijo Farnaces.

CAPITULO IV

Aristóbulo se rinde en Jericó. Los soldados cierran las puertas de la ciudad. Aristóbulo es encadenado. Sitio de Jerusalén. Toma del Templo

1. Pompeyo acampó en Jericó, lugar donde crecen las palmeras y se produce el opobálsamo, ungüento preciosísimo que fluye de los troncos, como un jugo, con sólo cortarlos con una piedra. Al alba pasó a Jerusalén. Aristóbulo cambió de opinión y se presentó ante Pompeyo; prometió entregarle dinero y recibirlo en Jerusalén, y le pidió que suspendiera la guerra y se resolviera todo pacíficamente. Pompeyo estuvo de acuerdo, y envió a Gabinio a recibir el dinero y la ciudad. Pero nada se cumplió de lo prometido; al contrario, Gabinio regresó sin el dinero, habiendo sido expulsado de la ciudad, pues los soldados de Aristóbulo no le permitieron que cumpliera sus pactos. Indignado, Pompeyo hizo encadenar a Aristóbulo, y él marchó hacia Jerusalén, que estaba bien fortificada por todos lados, excepto por el lado septentrional. Estaba rodeada de un ancho y profundo barranco, después del cual se encontraba el Templo, defendido por una muralla de piedra.

2. Dentro de Jerusalén se discutía sobre lo que convenía hacer; unos creían que se debía entregar la ciudad a Pompeyo; otros, los partidarios de Aristóbulo, decían que debían cerrarse las puertas y prepararse para la guerra, porque Aristóbulo estaba encarcelado. Los últimos se apoderaron del Templo y del puente que

desde el mismo conducía a la ciudad, cortaron el puente y se prepararon para el asedio. Los otros, en cambio, luego de recibir a Pompeyo, le entregaron la ciudad y el palacio real.

Pompeyo envió a su lugarteniente Pisón con el ejército, fortificó la ciudad y el palacio real y todas las casas y otros lugares que se encontraban en las cercanías del Templo.

Primero trató de llegar a un acuerdo pacíficamente; pero en vista de que no lo escuchaban, fortificó todos los lugares vecinos, contando en todo con la ayuda de Hircano. Pompeyo colocó las tropas en el lado septentrional, que era el más fácil para el ataque. Pero también de este lado se elevaban altas torres; se había abierto una profunda fosa y un gran barranco rodeaba el edificio. Del lado de la ciudad las comunicaciones eran imposibles, habiendo sido cortado el puente. Sin embargo los romanos elevaron un terraplén, cortando los árboles próximos. Cuando fué suficientemente alto, y una vez llenada la fosa, que era muy grande, Pompeyo hizo traer máquinas y otros instrumentos de guerra desde Tiro y atacó los muros del Templo con ballestas. Pero si no hubiese sido por la tradición que nos prohibe trabajar cada séptimo día, el terraplén no habría podido ser construido; lo habrían impedido los que se encontraban dentro. Porque la ley nos permite defendernos cuando somos atacados, pero nos lo prohibe en los demás casos, haga lo que haga el adversario.

3. Los romanos, que lo sabían, durante esos días que nosotros llamamos sábado no atacaban a los judíos con flechas, ni venían a las manos con ellos, sino que aprovechaban para seguir levantando el terraplén y las torres y acercar las máquinas para utilizarlas al día siguiente. Por esto se podrá ver con cuánto fervor adoramos a Dios y observamos sus leyes; los terrores del asedio no impedían que los sacerdotes ofrecieran los

sacrificios; lo hacían dos veces, por la mañana y en la hora nona; y no los omitían por grave que fuese la situación.

Más todavía, habiendo sido capturada la ciudad al tercer mes, en día de ayuno, en la olimpíada ciento setenta y nueve, siendo cónsules Cayo Antonio y Marco Tulio Cicerón, cuando los enemigos penetraron en el Templo y degollaron a los que se encontraban en él, los que estaban ofreciendo sacrificios no dejaron de cumplir con su deber, sin que el miedo de perder la vida ni la matanza los impulsara a huir; consideraron que era mejor sufrir la peor suerte al pie del altar que omitir algo de lo prescrito por las leyes patrias. Y que estos hechos no son fábulas que se hubieran inventado solamente en elogio de la piedad, sino la pura verdad, se comprueba por el testimonio de aquellos que han escrito sobre los hechos de Pompeyo, entre los cuales se encuentran Estrabón y Nicolás, y además Tito Livio, que escribió sobre la historia romana.

4. Destruido por el empuje de las máquinas la más elevada de las torres, quedó abierta una brecha por la cual se introdujeron inmediatamente los soldados enemigos. El primero que ascendió los muros fué Cornelio Fausto hijo de Sila, con los soldados de su cohorte; después de él el centurión Furio, con los que lo seguían por otro lado, y entre los dos Fabio, también centurión, con una fuerte tropa. Por todas partes se veían cadáveres. Los judíos eran muertos por los romanos o por los de su propia raza; algunos se echaban a los precipicios, otros a sus propias casas en llamas, incapaces de sufrir su suerte. Murieron doce mil judíos; los romanos muertos fueron mucho menos. Fué hecho prisionero Absalón, tío y suegro de Aristóbulo. Graves sacrilegios se cometieron en el Templo, cuyo acceso había sido prohibido hasta entonces y había lugares que nadie debía ver; pero Pompeyo y algunos de sus

acompañantes penetraron y vieron aquellas partes que no podían ser vistas sino por los sumos sacerdotes.

Habiendo penetrado y visto la mesa de oro, el candelabro sagrado, los vasos para las libaciones, grandes cantidades de perfumes, sin contar el tesoro de cerca de dos mil talentos, nada tocó de todo esto, por piedad, y se comportó de acuerdo con su virtud. Al día siguiente, después de haber hecho purificar el Templo por los servidores, y ofrecer los sacrificios ordenados por la ley, restituyó a Hircano en el pontificado, tanto por la buena voluntad que le mostrara, como por haber prohibido a sus compatriotas que prestaran ayuda a Aristóbulo, y castigó a los culpables de la guerra. En cuanto a Fausto y a los demás que fueron los primeros en penetrar, los premió debidamente.

Hizo a la ciudad de Jerusalén tributaria de los romanos; quitó a los judíos las ciudades de la Baja Siria que antes habían sometido y las sometió a un pretor romano; redujo a sus antiguas fronteras a un pueblo que había sido tan ambicioso. Restauró Gadara, que había sido destruida, para satisfacer a su liberto Demetrio el gadarense. Devolvió a sus habitantes las restantes ciudades: Hipo, Escitópolis, Pela, Dión, Samaria, y también Marisa, Azot, Jamnia y Aretusa. Además de estas poblaciones del interior, y aparte de las que habían sido destruídas, Pompeyo declaró libres a Gaza, Jope, Dora y la Torre de Estratón que, más tarde, reedificada por Herodes y magníficamente dotada de puertas y templos, tomó el nombre de Cesárea.

5. Hircano y Aristóbulo, con sus disensiones, dieron motivo a esta catástrofe de Jerusalén. Entonces perdimos la libertad y quedamos sometidos al arbitrio de los romanos; y todas aquellas regiones que anteriormente habíamos conquistado a los sirios con las armas, nos vimos obligados a devolverlas; además, en poco tiempo los romanos nos exigieron más de diez mil

talentos, y la realeza que antes era hereditaria en la familia de los sumos sacerdotes, pasó a convertirse en algo del común del pueblo. Sobre estas cosas trataremos en su debido lugar.

Después que Pompeyo entregó a Escauro la Baja Siria hasta el río Eúfrates y Egipto, con dos legiones, pasó a Cilicia, apresurándose a volver a Roma. Llevóse consigo a Aristóbulo con sus hijos. Tenía éste dos hijos y dos hijas; uno de ellos, Alejandro, logró escaparse, pero el menor con las hermanas fué llevado a Roma.

CAPITULO V

Expedición de Escauro contra Petra. Aretas se somete. Rebelión y derrota de Alejandro, hijo de Aristóbulo. Intervención de la madre de Alejandro

1. Habiendo Escauro emprendido una expedición contra Petra, encontró a la población muy difícil de conquistar y entregó al pillaje los lugares vecinos. Estando el ejército hambriento, Antipáter, por orden de Hircano, le dió trigo y otras cosas que precisaban de Judea. Enviado por Escauro como embajador ante Aretas, por estar en relación de hospitalidad, lo persuadió de que pagara una indemnización para evitar la destrucción de su territorio y se hizo garante de trescientos talentos. Y con estas condiciones Escauro puso fin a la guerra, lo cual no menos deseaba él que Aretas.[1]

2. Poco después, como Alejandro hijo de Aristóbulo hiciera incursiones en Judea, el pretor Gabinio se trasladó de Roma a Siria; entre otras cosas dignas de mención, hizo la guerra a Alejandro, pues Hircano ya no estaba en condiciones de sostenerse por más tiempo. Alejandro había intentado levantar los muros de Jerusalén destruídos por Pompeyo. Pero se lo impidieron los romanos que se encontraban allí. Se dedicó a armar a los judíos y reunió en poco tiempo cerca de diez mil hombres de infantería y mil quinientos de caballería; luego fortificó a Alexendreion, lugar próximo a Coreas, y Maquero, cerca de las montañas de Arabia. Gabinio

[1] J.III - 2

marchó contra él, habiendo enviado primeramente a Marco Antonio con otros capitanes. Estos armaron a los romanos que los seguían. Contaban además con los judíos que estaban de su lado, a cuyo frente figuraban Pitolao y Malico, reforzados con la ayuda que les prestó Antipáter. Todos ellos hicieron frente a Alejandro. Gabinio los seguía con el grueso de la infantería. Alejandro se retiró cerca de Jerusalén. Iniciada la lucha, los romanos mataron cerca de tres mil enemigos e hicieron otros tantos prisioneros.

3. Entretanto Gabinio se dirigió a Alexanderion e invitó a los que se encontraban dentro a que se sometieran, prometiéndoles el perdón de pu sublevación. Encontrándose numerosos enemigos ante los muros de la fortaleza, fueron atacados por los romanos, distinguiéndose entre ellos Marco Antonio, quien por haber matado al mayor número se llevó la palma.

Gabinio, después de dejar allí parte del ejército para el asedio, recorrió a Judea; donde encontraba poblaciones destruidas, ordenaba que se reconstruyeran. Y es así como fueron restauradas Samaria, Azot, Escitópolis, Antedón, Rafia, Dora, Marisa, Gaza varias otras. Obedeciendo a Gabinio, pudieron vivir seguras las poblaciones de las ciudades que antes habían estado desiertas.

4. Ejecutados estos hechos, Gabinio regresó a Alexandreion y mientras insistía en el asedio, Alejandro le envió una legación, pidiendo perdón por sus rebeliones, y entregándole las fortalezas de Hircania y Maquero y, finalmente, Alexandreion. Gabinio destruyó estas plazas fuertes. Fué a verlo la madre de Alejandro, que estaba de parte de los romanos y cuyo esposo e hijos se encontraban en Roma, y Gabinio le concedió todo lo que pidió. Una vez arreglado este asunto, condujo a Hircano a Jerusalén para confiarle la guarda

del Templo. Estableció cinco consejos y dividió al pueblo en cinco fracciones iguales: sus sedes fueron Jerusalén, Gazara, Amato, Jericó y Séforis en Galilea. Los judíos, libres del gobierno monárquico, fueron organizados en forma de aristocracia.

CAPITULO VI

Aristóbulo huye de Roma. Gabinio lo apresa de nuevo y lo envía de vuelta a Roma. Alejandro, hijo de Aristóbulo, es derrotado por Gabinio

1. Habiéndose Aristóbulo escapado de Roma a Judea, intentó restaurar la plaza fuerte de Alexandreion, que había sido destruída.

Gabinio envió, para oponerse a la tentativa, a soldados comandados por Antonio y Servilio, que además tenían la misión de apoderarse de Aristóbulo. Muchos judíos se unieron a Aristóbulo, tanto por su antiguo prestigio, como por su inclinación a las revoluciones. Un cierto Pitolao, legado de Jerusalén, se pasó a él con mil soldados; pero la mayoría de los que se le unieron estaban desarmados. Aristóbulo determinó trasladarse a Maquero, y decidió desprenderse de los que no estaban instruídos en la guerra, pues le resultaban inútiles; aceptó consigo solamente a los que tenían armas, que eran cerca de ocho mil.

Los romanos los atacaron. Los judíos, a pesar de haber luchado valientemente, fueron vencidos y obligados a huir. Murieron cinco mil, y los restantes, dispersos, trataron de salvarse como pudieron[1]. Sin embargo Aristóbulo, contando con unos mil hombres, escapó a Maquero, hizo fortificar el lugar y, a pesar de los contratiempos, se sintió animado y lleno de esperanzas. Después de resistir el asedio durante dos días y recibir numerosas heridas, fué capturado junto

[1] "Unos mil -dice en La Guerra (1, 8, 6)- se refugiaron en una loma".

con Antígono, que se había escapado con él de Roma, y entregado a Gabinio.

Aristóbulo, con la misma mala suerte que antes, fué trasladado a Roma, donde lo encarcelaron. Hombre ilustre y de ánimo denodado, fué rey y pontífice por espacio de tres años y seis meses. Sin embargo, el senado puso en libertad a sus hijos, especialmente por haber escrito Gabinio que así se lo había prometido a su madre, que le entregó las fortalezas. Entonces regresaron a Judea.

2. Gabinio, con el propósito de llevar al ejército contra los partos, habiendo ya pasado el Eufrates, cambió de opinión y regresó a Egipto, con el objeto de restituir en el reino a Ptolomeo[1]. Estos acontecimientos se han expuesto en otro lugar. Antipáter suministró a Gabinio, en su expedición contra Arquelao, trigo, armas y dinero; y además convirtió en sus aliados a los judíos ubicados en Pelusio, guardianes de los pasajes que llevan a Egipto. De regreso de Egipto encontró a Siria en peligro de sedición y tumulto, pues Alejandro hijo de Aristóbulo, habiendo recuperado el gobierno por la violencia, obligó a muchos judíos a que se le unieran, y con un gran ejército recorrió el país y mató a todos los romanos que encontró. Muchos de éstos se refugiaron en el monte Garizim, donde Alejandro los sitió.

3. Gabinio, en vista de la situación en que se encontraba Siria, como hombre prudente que era, primeramente les envió a Antipáter, para ver si podía hacerlos desistir de su demencia y adoptar una actitud mejor. Antipáter logró convencer a muchos, pero no pudo apoderarse de Alejandro. Este, con treinta mil judíos que tenía en su ejército, hizo frente a Gabinio; pero fué vencido cerca del monte Itubrio, habiendo perdido diez mil hombres.

---

[1] Ptolomeo XII, Auletas, expulsado del trono por una sedición.

4. Gabinio dispuso a gusto de Antipáter los asuntos de Jerusalén, y se dirigió contra los nabateos. Los venció. Dejó libres a los partos desterrados, Mitrídates y Orsanes, que habían buscado refugio a su lado; cundió el rumor de que se habían escapado. Gabinio, después de haber realizado muchos hechos prestigiosos, partió a Roma, entregando la provincia a Craso. Sobre las expediciones de Pompeyo y Gabinio contra los judíos han escrito Nicolás de Damasco y el capadocio Estrabón, sin que difieran mutuamente.

CAPITULO VII

Craso saquea el Templo. Escipión mata a Alejandro por orden de Pompeyo. Muerte de Aristóbulo

1. Craso, que iba en una expedición contra los partos, pasó a Judea. Se apoderó del dinero que había en el Templo, el que Pompeyo había dejado, dos mil talentos; e intentó apoderarse de todo el oro del Templo, por valor de ocho mil talentos. Se llevó también una viga de oro macizo que pesaba trescientas minas. La mina entre nosotros vale dos libras y media. Esta viga se la entregó el sacerdote guardián del Templo, cuyo nombre era Eleazar, no por maldad, pues era un varón bueno y justo, sino porque tenía bajo su custodia la vigilancia de los velos del Templo, que por su riqueza y trabajo admirables eran suntuosos, y pendían de aquella viga; se la entregó para salvar lo restante, obligándolo con juramento a no tocar nada más de lo perteneciente al Templo, y contentarse con lo que le daría, que valía muchas miríadas de dracmas. Esta viga estaba oculta en otra vacía de madera; todos, excepto Eleazar, lo ignoraban. Craso se apropió de ella, comprometiéndose a no apoderarse de ninguna otra cosa de las que había en el Templo; pero faltó a su juramento y sustrajo todo el oro.

2. Que nadie se admire de que se hubieran reunido tantas riquezas en nuestro Templo, pues muchos judíos que adoran a Dios, tanto de Europa como de Asia, le estuvieron enviando presentes durante muchos siglos. No faltan testigos que lo afirmen; no se atribuya lo dicho

a ostentación o exageración verbal; hay muchos escritores que lo atestiguan, entre los cuales mencionaré al capadocio Estrabón, quien dice:

"Mitrídates envió emisarios a Cos para que se apoderaran de las riquezas que allí depositara la reina Cleopatra, y también de ochocientos talentos de los judíos."

Nosotros no tenemos otras riquezas públicas que las consagradas a Dios. Es sabido que los judíos habían trasladado estas riquezas de Asia a Cos por miedo a Mitrídates; pues no es verosímil que aquellos que vivían en Judea, que disponían de una ciudad fortificada y un Templo, enviaran dinero a Cos. Ni es de creer que lo hicieran los judíos que habitaban en Alejandría, pues no tenían el menor miedo a Mitrídates. También Estrabón, en otro lugar, refiere que cuando Silas pasó a Grecia, para hacer la guerra contra Mitrí. dates, envío a Llículo a reprimir la rebelión de nuestra gente en Cirene, pues nuestros compatriotas llenaban el mundo. Dice así:

"En la ciudad de Cirene existían cuatro clases: ciudadanos, agricultores, metecos y judíos. Estos últimos han invadido todas las ciudades y no es fácil hallar algún lugar en el cual no se encuentre esta clase de gente y del que no se hayan convertido en dueños. Ha acontecido que Cirene, que está sometida al mismo dominio que Egipto, ha seguido su ejemplo en muchas cosas, y sobre todo en el trato favorable otorgado a las colonias judías, que son numerosas y observan las costumbres de sus antepasados. Se -les ha autorizado a habitar en Egipto, asignándoles por separado gran parte de la ciudad de Alejandría; tienen su propio etnarca, que administra los problemas de su gente, hace justicia y vigila los contratos y las leyes, como si se tratara de un príncipe que gobierna bajo las leyes de su país. Este pueblo es importante en Egipto, porque los judíos son de origen egipcio; cuando salieron de allí se instalaron en

lugares vecinos. Pasaron también a la Cirenaica, porque ésta también es cercana a Egipto, al igual que Judea, o mejor dicho antes fué parte del reino."

Así se expresa Estrabón.

3. Craso, habiendo dispuesto los asuntos de acuerdo con su albedrío, marchóse a la región de los partos; y murió él con todo su ejército, como se explicó en otro lugar. Casio huyó a Siria y habiéndose apoderado de su gobierno, hostigó a los partos, los cuales, después de la victoria obtenida contra Craso, hacían frecuentes incursiones.

Después de pasar a Tiro ascendió a Judea; habiendo atacado a Tariquea se apoderó de ella al primer ataque, y tomó cerca de treinta mil cautivos. Mató a Pitolao, sucesor de Aristóbulo como efe de la rebelión; lo hizo por consejo de Antipáter, que gozaba de gran influencia sobre él, así como también sobre los idumeos. Antipáter se había casado con una mujer de esta última nación, de una noble familia árabe, llamada Cipros; tuvo con ella cuatro hijos, Fasael y Herodes, el que posteriormente fué rey, José y Feroras, así como también una hija, Salomé. Antipáter tuvo relaciones de amistad y hospitalidad con otros príncipes vecinos, especialmente entre los árabes, entre los cuales colocó a sus hijos mientras hacía la guerra contra Aristóbulo.

Casio, habiendo levantado el campamento, se dirigió hacia el Eufrates, para hacer frente a los enemigos que invadían por aquel lado, como ya ha sido narrado por otros historiadores.

4. Poco después César, dueño de Roma, luego de obligar a Pompeyo y al senado a escapar más allá del mar Jónico, puso en libertad a Aristóbulo y determinó enviarlo a Siria, con dos legiones, para que arreglara los problemas de -aquella región.

Pero de nada aprovechó a Aristóbulo la esperanza de la potestad que le otorgara César, pues, antes que pudiera llevarlo a cabo, los partidarios de Pompeyo lo envenenaron.

Los amigos de César lo sepultaron. Su cuerpo por un tiempo fué conservado en miel, hasta que Antonio, posteriormente, lo envió a Judea y ordenó que lo depositaran en las tumbas reales.

Habiendo ordenado Pompeyo a Escipión, por escrito, que matara a Alejandro hijo de Aistróbulo, Escipión reprochó al joven los actos realizados anteriormente contra los romanos, y lo deca. pitó en Antioquía.

Ptolomeo hijo de Meneos, dinasta de Calcis, al pie del monte Líbano, dió refugio a sus hermanos; envió luego a su hijo Filipión a Ascalón a ver a la esposa de Aristóbulo, para invitarla a que le confiara a su hijo Antígono y a sus hijas. Filipión se enamoró de una de ellas, Alejandra, y la tomó por esposa. Más tarde Ptolomeo mató a su hijo Filipión y se casó con Alejandra, y quedó como protector de su hermano y su hermana.

CAPITULO VIII

Campaña de César en Egipto. Su alianza con los judíos. Amistad de Antipáter con César

1. Muerto Pompeyo y con la victoria que César obtuvo sobre él, en la guerra que estaba llevando a cabo en Egipto, César pudo comprobar la eficacia de Antipáter, administrador de Judea, que actuaba bajo las órdenes de Hircano. Porque Mitrídates de Pérgamo, que llevaba refuerzos a César, no pudo abrirse paso en Pelusio y se detuvo en Ascalón, y Antipáter fué en su ayuda con tres mil hoplitas y logró también que prestaran su colaboración los jefes de Arabia. También por su intervención todos los sirios dieron ayuda a César, no queriendo que otros se les anticiparan; como ser, Jámblico, el dinasta, Ptolomeo, que vivía en el monte Líbano, y casi todas las ciudades.

Mitrídates salió de Siria y llegó a Pelusio, y al no ser admitido por sus moradores, puso sitio a la ciudad. Pero Antipáter se mostró más valeroso que todos, pues abrió una brecha en la muralla para invadirla. Es así como se apoderó de Pelusio.

Los judíos del sector de Onías quisieron impedir que Antipáter y Mitrídates se reunieran con César. Pero Antipáter los convenció que se pusieran de acuerdo con sus compatriotas, especialmente mostrándoles cartas del pontífice Hircano, en las cuales les aconsejaba que fueran amigos de César y ayudaran al ejército con donaciones y todo lo que fuera necesario. Al ver ellos que Antipáter e Hircano el pontífice estaban de acuerdo,

obedecieron. Los habitantes de Menfis, al saber que se habían aliado con César, llamaron a su turno a Mitrídates y éste se unió con ellos.

2. Había ya recorrido toda la región que se denomina Delta, cuando encontró al enemigo cerca del lugar denominado el campo de los judíos. A la derecha estaba Mitrídates, a la izquierda, Antipáter. Una vez iniciada la batalla, el sector de Mitrídates empezó a flaquear, y se habría encontrado en grandes apuros, si Antipáter, que ya había vencido a sus adversarios, no hubiera corrido a su lado por la orilla del río y obligara a retirarse a los egipcios que ya eran vencedores. Insistió en perseguirlos, hasta que se apoderó de su campamento, y llamó a Mitrídates que había sido rechazado muy lejos. Murieron unos ochocientos hombres de Mitrídates, y unos cuarenta de Antipáter. Mitrídates escribió a César, atribuyendo la victoria y su propia salvación a Antipáter; César elogió a Antipáter y lo empleó luego en las situaciones más peligrosas. Antipáter fué herido en diversos combates.

S. Poco después, finalizada ya la guerra, César pasó a Siria y llenó de honores a Antipáter, confirmando a Hircano en el pontificado. Nombró a Antipáter ciudadapo romano y libró de impuestos a todo el país. Dicen muchos que Hircano participó en esta expedición, y que fué a Egipto; da testimonio de ello el capadocio Estrabón, con las palabras de Asinio[1], que dice así:

"Después que Mitrídates invadió a Egipto, y con él Hircano, pontífice de los judíos."

También el mismo Estrabón en otra parte, basándose en la autoridad de Hipsícrates[2], se expresa en esta forma:

---

[1] Asinio Polión, historiador romano, autor de una Historia de las guerras civiles.

[2] Hipsícrates de Amisos, contemporáneo de Estrabón.

"Mitrídates partió solo, pero Antipáter, administrador de Judea,

llamado por él a Ascalón, le llevó tres mil soldados de refuerzo y le ganó la simpatía de los otros dinastas; participó también en la expedición el sumo sacerdote Hircano."

En esta forma se expresa Estrabón.

4. Por este tiempo Antígono hijo de Aristóbulo se presentó ante César y deploró la suerte que les tocara a su padre y su hermano, uno envenenado y el otro decapitado por Escipión. Le soli. citó que se apiadara de él, expulsado del reino paterno. Además acusó a Hircano y a Antipáter de gobernar por la violencia y en contra de la ley. Pero Antipáter, que se encontraba presente, se defendió de lo que dijera contra él, y declaró que Antígono era un sedicioso y un perturbador. Recordó también lo mucho que había sufrido, cómo lo había aconsejado y servido en asuntos militares, citando hechos de los cuales el mismo César era testigo. Agregó que con toda razón Aristóbulo había sido desterrado a Roma por su perpetua enemistad y mal ánimo en relación con los romanos; dijo que el hermano de Antígono había sido castigado por sus latrocinios, sufriendo la pena que se merecía, y que no había sido víctima ni de la violencia ni de la injusticia.

5. Después que Antipáter dijera estas cosas, César decidió que Hircano fuera pontífice y a Antipáter le otorgó potestad plena, nombrándole procurador de Judea. Autorizó también a Hircano a restaurar los muros, pues así lo había solicitado; estaban en ruinas desde la época de Pompeyo. Escribió sobre el particular a los

cónsules en Roma para que tales determinaciones se inscribieran en el Capitolio. Se emitió un senadoconsulto en esta forma:

"Lucio Valerio, hijo de Lucio, pretor, ha propuesto esta decisión al senado en los idus de diciembre, en el templo de la Concordia. Estaban presentes, cuando se escribió, Lucio Coponio hijo de Lucio de la tribu Colina, y Papirio Quirina. A propósito de los asuntos sobre los que han informado Alejandro hijo de Jasón, Numenio hijo de Antíoco y Alejandro hijo de Doroteo, legados de los judíos, varones buenos y aliados, los cuales trataron de renovar la antigua amistad y benevolencia con los romanos; y como señal de esta amistad trajeron un escudo de oro de un peso de cincuenta mil piezas de oro. Pidieron que se les dieran cartas tanto para las ciudades libres como para los reyes, para que pudieran tener plena. seguridad en sus ciudades y puertos, sin que se molestara a nadie. Fué de nuestro agrado tener amistad y alianza con ellos, y otorgarles lo que nos pedían y aceptar el escudo de oro."

Estas cosas tuvieron lugar en el año noveno del pontificado y etnarcado de Hircano, en el mes de panemos. Además Hircano fué honrado por el pueblo ateniense por los muchos beneficios que les había hecho. Le enviaron un decreto redactado en esta forma:

"Siendo Dionisio hijo de Asclepíades pritano y sacerdote, en el día quinto antes de finalizar el mes de papemos, fué entregado a los estrategos el decreto de los atenienses, siendo arconte Agatocles... Eucles hijo de Menandro, del demo de Alimusio, ejercía de escriba, en el día once del mes de muniquión, el undécimo día de la pritanía, en la asamblea reunida en el teatro. Los sufragios fueron recogidos por Doroteo hijo de Erkia, presidente de las proedrias, y sus colegas. Dionisio hijo de Dionisio dijo: Porque Hircano hijo de Alejandro, pontífice y etnarca de los judíos, da perpetuamente,

tanto en privado como en público, muestras de su benevolencia hacia nuestro pueblo, y pone en lo mismo sumo cuidado; y que recibe con suma humanidad a los atenienses que a él se dirigen, como legados o por asuntos privados; y procura que puedan volver con seguridad e incólumes; teniendo en cuenta que son muchos los que lo han atestiguado y ahora también Teodoro hijo de Teodoro, de Sunio, el cual nos ha hablado de los méritos de este hombre y de sus deseos de servirnos, nos ha parecido ahora bien otorgarle una corona de oro como premio legítimo y de levantar su estatua de bronce en el templo del pueblo y de las gracias. La corona será proclamada en las fiestas de Dionisio, en oportunidad de la representación de las nuevas tragedias, y en los concursos gimnásticos de las Panateneas y las Eleusinas. Los estrategos cuidarán que, mientras él persevere en su benevolencia, se le tributen todos los honores que sean posibles, para que se manifieste que nuestro pueblo tiene buen ánimo por la gente buena y que está en disposición de remunerar, como es justo, a los que lo merecen. Además se elegirán legados del pueblo ateniense, a quienes se encargará que le lleven este decreto y le rogarán que acepte estas muestras de honor y se esfuerce siempre en hacer el bien a nuestro pueblo".

Y con esto se ha dicho lo suficiente sobre los honores que los pueblos romano y ateniense tributaron a Hircano.

CAPITULO IX

Antipáter entrega a su hijo Herodes el gobierno de Galilea y a su hijo Fasael el de Jerusalén. Sexto César nombra a Herodes gobernador de Celesiria

1. César, luego de haber dispuesto los asuntos de Siria, se alejó por mar. Antipáter, después que César se marchó, regresó a Judea. Inmediatamente se dió a la tarea de refeccionar las murallas destruídas por Pompeyo; salió a recorrer el país, y apaciguó todo intento de rebelión existente, ya con amenazas, ya con consejos. Si se sometían a Hircano vivirían felizmente y disfrutarían de sus bienes sin contratiempos; si por el afán de novedades buscaban ganancias, tendrían en él en vez de un gobernador un señor, en Hircano un tirano en vez de un rey, y a los romanos y a César por enemigos acerbos en vez de jefes; pues no estaban dispuestos a tolerar que se pusiera en peligro el poder de aquellos a quienes ellos habían nombrado. Por intermedio de estos discursos sometió al país.
2. Viendo que Hircano era lento y negligente, nombró a su hijo mayor, Fasael, prefecto de Jerusalén y de los territorios circundantes; a Herodes, que le seguía en edad, y era muy joven, pues tenía solamente veinticinco años, le encomendó Galilea. Su juventud no fué un inconveniente; al contrario, por su ánimo generoso y enérgico pronto encontró oportunidad de ejercitar su virtud. Informado de que Ezequías, jefe de ladrones, hacía incursiones por los lugares cercanos a Siria, lo apresó y lo mató, a él y a muchos de sus ladrones acompañantes. Con este hecho se granjeó el afecto de los sirios, pues libró de ladrones la región.
Por este motivo frecuentemente lo elogiaban en las ciudades y pueblos, a los que había otorgado paz y que podían disfrutar tranquilos de sus bienes. Esto llegó a conocimiento de Sexto César, pariente del gran César y procurador de Siria.
Las acciones de Herodes estimularon la emulación de Fasael, su hermano, de tal modo que se sintió obligado a procurarse una fama que no fuera menor. Conquistó el aprecio de la ciudad de Jerusalén, gobernándola sin utilizar nada deshonestamente y sin servirse del poder para ofender. Con esto Antipáter ganó el respeto del pueblo, que lo honró como si fuera rey. Sin embargo, a pesar de toda su gloria, en nada decreció, contra lo que suele ocurrir, su benevolencia y fidelidad hacia Hircano.
3. Cuando los principales de los judíos vieron que Antipáter y sus hijos tenían cada vez más prestigio en el pueblo y que aumentaba su poder gracias a los ingresos de Judea y las riquezas de Hircano, se indispusieron contra ellos. Antipáter había contraído amistad con los generales romanos, y después de persuadir a Hircano que les mandara dinero, les

presentó el obsequio como si fuera suyo, no como si procediera de Hircano. Aunque Hircano luego lo supo, no se preocupó; al contrario, se alegró muchísimo de ello. Los principales de los judíos tuvieron miedo, al ver a Herodes violento y audaz y ansioso de mandar. Se presentaron ante Hircano y acusaron abiertamente a Antipáter.
-¿Hasta cuándo sufrirás tranquilamente lo que está sucediendo? ¿No ves que Antipáter y sus hijos están gobernando, mientras que a ti te dejan solamente el nombre de rey? No debes ignorar estas cosas, ni considerarte sin peligro alguno, mientras te comportes negligentemente. Antipáter y sus hijos no se contentan con ser procuradores de tus asuntos, sino que se consideran abiertamente los dueños; no te engañes. Su hijo Herodes mató a Ezequías y a sus hijos en contra de la ley, la cual prohibe que se mate a nadie, a no
ser que primeramente haya sido condenado por el sanedrín 1.
Y sin embargo, él, prescindiendo de tu autoridad, le aplicó ese castigo.
4. Lograron persuadir a Hircano; además, su indignación se acrecentó por las quejas de las madres de los que fueron muertos por Herodes. Ellas iban todos los días al Templo a rogar al rey y al pueblo que llamaran a juicio ante el sanedrín a Herodes por lo que había hecho.
Impulsado por todo esto Hircano hizo llamar a Herodes, para que se defendiera de las acusaciones. Herodes se presentó, por consejo del padre, no como un particular, sino con guardia personal. Después de haber dispuesto los asuntos de Galilea, en la forma que
1 En Judea no se podía ejecutar a nadie que no hubiese sido condenado a muerte por el sanedrín, existiendo la apelación ante el consejo supremo de setenta y un miembro de Jerusalén de las sentencias dictadas por los consejos de siete jueces de las demás ciudades.
a él le pareció mejor, partió acompañado por una escolta adecuada para el viaje, para no alarmar a Hircano llevando una fuerza numerosa, ni presentarse al juicio indefenso.
Pero Sexto, gobernador de Siria, escribió a Hircano exhortándolo a absolver a Herodes, o de lo contrario a atenerse a las consecuencias. La carta de Sexto sirvió a Hircano de pretexto para librar a Herodes del sanedrín, pues lo amaba como a un hijo. Cuando Herodes se presentó ante el sanedrín con su escolta, se impuso a todos, y nadie se atrevió a formularle ninguna acusación; todos observaron un profundo silencio, dudando sobre lo que convenía hacer. En esta situación, un cierto Sameas, hombre justo y, por lo tanto, sin temor, se levantó y dijo:
-Ciertamente, varones que sois jueces conmigo, y tú, oh rey, yo no he visto nunca a nadie, y no creo que vosotro podáis citar ni un solo caso de alguien que, llamado ante el tribunal, se haya presentado en esta forma. Todos los que vienen ante el sanedrín para someterse a juicio, comparecen humildemente, en actitud temerosa, pidiendo misericordia, con el cabello largo y vistiendo de negro. Pero este buen Herodes, acusado de asesinato, citado por un crimen tan grave, se presenta vestido de púrpura, con el cabello cuidadosamente peinado y rodeado de hombres armados, para poder, en el caso de que nosotros, de acuerdo con la ley, lo condenáramos, matarnos a nosotros y salvarse, violando primero el de. recho y evadiendo después la justicia. No reprocho a Herodes que anteponga su interés a la ley, sino a vosotros y al rey, que se lo estáis permitiendo. Sin embargo, sabed que Dios es poderoso, y que éste a quien a causa de Hircano queréis absolver, algún día os castigará a vosotros y al mismo rey.

No se engañaba en lo más mínimo en lo que decía. Pues Herodes, cuando consiguió el reino, mató a todos los que entonces se encontraban en el sanedrín, incluso al mismo Hircano, con la excepción de Sameas. Lo respetaba mucho por su espíritu de justicia y porque estando sitiada la ciudad por Herodes y Sosio, aconsejó que los admitieran, diciendo que a causa de los pecados cometidos no podrían evitarlo. Pero sobre esto hablaremos en su respectivo lugar.

5. Viendo Hircano que los miembros del sanedrín se inclinaban por condenar a muerte a Herodes, difirió el juicio para otro día, y ocultamente le aconsejó que escapara de la ciudad, para evadir el peligro 1. Se refugió en Damasco, como si se escapara del rey. Se presentó ante Sexto César y una vez en lugar seguro, se sintió tan decidido que resolvió desobedecer al sanedrín, si éste lo llamara de nuevo. Los que formaban el sanedrín se indignaron y dijeron a Hircano que toda esa actividad de Herodes era en su contra. Hircano lo comprendía muy bien, pero no se atrevió a tomar ninguna decisión, tanto por debilidad como por estupidez. Sexto nombró a Herodes prefecto de Celesiria, cargo que le vendió por dinero; Hircano temió que le hiciera la guerra, lo cual no tardó mucho en cumplirse.

Herodes se dirigió contra él lleno de indignación por haber sido llamado ante el sanedrín a responder en juicio. Su padre Antipáter y su hermano le salieron al encuentro para impedirle que atacara a Jerusalén; calmaron su ímpetu y le aconsejaron que no fuera más allá de las amenazas y no llevara las cosas más lejos contra aquel de quien había recibido la dignidad que ejercía. Si le indignaba que Hircano lo hubiese citado a presentarse en juicio, no debía olvidar que también le había aconsejado escapar; que no se manifestara ingrato por los favores recibidos y que pensara que si Dios rige los acontecimientos bélicos, el éxito de Herodes era inseguro y que de ninguna manera esperara obtener la victoria al hacer la guerra a un rey y amigo que tantos beneficios le había otorgado y que no había admitido nada grave en su contra. En cuanto a las quejas que tenía contra Hircano, se debían a los malos consejeros. Herodes se persuadió, encontrando suficiente para sus secretas esperanzas, el haber demostrado al pueblo su poderío. Tal era la situación en Judea.

1 Es distinto el relato que hace en La Guerra (1, 10, 7 y 8). Allí dice que Hircano lo absuelve, pero Herodes, suponiendo que había evitado la condena contra la voluntad del rey, se retira a Damasco.

CAPITULO X

Embajada de Hircano a Roma. Decretos en favor de los judíos

1. César, habiendo llegado a Roma, se preparó para navegar hacia Africa a fin de combatir contra Escipión y Catón. Hircano envió a pedirle que confirmara la amistad y la alianza que habían contraído. Me ha parecido conveniente relatar los honores que los romanos y sus emperadores otorgaron a nuestro pueblo y los pactos de alianza que se sellaron, para que se sepa que los reyes de Asia y Europa nos tuvieron en gran estima, encariñados con nuestro valor y espíritu de fidelidad 1. Muchos, a causa del odio que nos tienen, se niegan a creer lo que entonces persas y medos escribieron sobre nosotros, por no encontrarse los testimonios en lugares públicos, conservándose los documentos únicamente entre nosotros y en los países de algunos otros pueblos bárbaros 2; pero en

cuanto a los decretos de los romanos no se les puede negar crédito. Se encuentran en lugares públicos, y actualmente también en el Capitolio en tablas de bronce; además Julio César hizo inscribir, para los judíos que están en Alejandría, una columna de bronce certificando públicamente que aquéllos eran ciudadanos de Alejandría. Copiaré, pues, los decretos del senado y de Julio César referentes a Hircano y a nuestro pueblo.

2. "Cayo Julio César, emperador, pontífice máximo, dictador por segunda vez, a los magistrados, al senado y pueblo de los sidonios, salud. Si estáis bien, nos alegramos; yo y el ejército estamos bien. Os he enviado una copia del decreto grabado en tablas, referente a Hircano hijo de Alejandro, pontífice y etnarca de los judíos, para ser colocado en los archivos. Quiero también que se grabe en tablas de bronce en griego y en latín. Es el siguiente. Julio César, emperador, dictador por segunda vez y pontífice, por decisión de mi consejo he decretado. Puesto que Hircano hijo de

1 No se entiende bien, en esta frase un tanto confusa, de qué manera Probarían los honores conferidos a los judíos por los romanos, que los reyes de. Asia y Europa tuvieron a aquéllos en gran estima.

2 Ver nota tomo H, pág. 254.

Alejandro, judío, tanto en la actualidad como en épocas anteriores, en la paz y en la guerra, ha mostrado ser fiel y diligente en los asuntos que nos interesan, lo que han comprobado muchos emperadores; y hace muy poco en la guerra alejandrina nos ayudó con mil quinientos soldados, y enviado por mí al lado de Mitrídates superó a todos por su valor, por todas estas razones quiero que Hircano hijo de Alejandro y sus hijos sean etnarcas de los judíos y que retengan perpetuamente el pontificado de los judíos de acuerdo con la ley judía; que él y sus hijos sean nuestros aliados y que además se los considere como nuestros particulares amigos. Quiero que todo lo que según sus leyes es propio de los pontífices, o que se les hubiere otorgado benignamente, lo retengan él y sus hijos. Si surgieran disentimientos sobre las costumbres de los judíos, quiero que ellos sean los jueces. Prohibo que las tropas invernen en su región o que les exijan dinero."

j3. "Estas son las decisiones, decretos y concesiones de Cayo César. Que Hircano y sus hijos reinen entre los judíos y que disfruten de los lugares que les han sido otorgados; el pontífice y etnarca de los judíos los defenderá contra cualquiera que los ofenda. Se han de enviar legados a Hircano, hijo de Alejandro, pontífice de los udíos, portadores de amistad y alianza; que la tabla de bronce que contiene estas disposiciones se conserve en el Capitolio, en Sidón, Tiro, Ascalón y en los templos, escrita en griego y en latín; débese procurar que este decreto sea llevado a todos los cuestores, pretores y amigos de las ciudades. Los legados recibirán los honores de la hospitalidad y estas disposiciones serán divulgadas en todas partes."

4. "Cayo César, emperador, dictador y cónsul, por razón de la estima, méritos y humanidad de que goza Hircano hijo de Alejandro, concede a él y a sus hijos que sean hechos pontífices y sacerdotes de Jerusalén y del pueblo judío, con los mismos derechos y ritos que tuvieron sus antepasados."

5. "Cayo César, cónsul por quinta vez, decreta que ellos posean y amurallen la ciudad de Jerusalén, y que Hircano hijo de Alejandro, pontífice y etnarca, la ocupe en la forma que quiera. Los judíos, en el segundo año del arriendo del impuesto, serán dispensados; nadie podrá exigirles tributos ni hacerles pagar los mismos impuestos."

6. "Cayo César, emperador por segunda vez, decide que por
la ciudad de Jerusalén los judíos pagarán un tributo todos los
años, con la excepción de Jope, menos el año séptimo llamado sabático, durante el cual no acostumbran recoger los frutos ni a sembrar. Pagarán el tributo a Sidón el segundo mes, la cuarta parte de lo que ha sido sembrado; y además pagarán a Hircano y a sus hijos el diezmo, como acostumbraban pagar a sus antepasados. Nadie, magistrado, pretor o legado podrá reclutar tropas auxiliares dentro de los límites de Judea; tampoco se permitirá a los soldados exigir dinero para invernar o bajo cualquier otro pretexto; los judíos quedan exentos de toda exigencia. Y todos los bienes que posteriormente a esta fecha tuvieran, poseyeran y compraran podrán disfrutarlos. La ciudad de Jope, que desde el principio perteneció a los judíos, puesto que han entrado en alian. za con los romanos, es de ellos, como anteriormente, por nuestra voluntad. Hircano hijo de Alejandro y sus hijos pagarán por esta ciudad y extraerán de sus habitantes, a título de derechos de exportación del lugar y del país, veinte mil seiscientos quince modios, excepto cada siete años, el llamado sabático, en los cuales ni aran ni recolectan frutos. En cuanto a las poblaciones que se encuentran en la gran llanura y que Hircano y sus antecesores poseyeron en otro tiempo, es de agrado del senado que pertenezcan a Hircano y a los judíos, con los mismos derechos de antes. Permanecen también los antiguos derechos que existían entre los judíos y los pon. tífices y sacerdotes, así como también los beneficios que obtienen por voto del pueblo y del senado. Además, con el mismo derecho podrán servirse de Lida. Y todos los territorios, localidades y poblaciones que los reyes de Siria y Fenicia, aliados de los romanos, han disfrutado por concesión gratuita, place al senado que las retengan el etnarca Hircano y los judíos. También se otorga a Hircano y a sus descendientes y a los legados el derecho de sentarse entre los senadores para contemplar los juegos de los gladiadores y las luchas con las bestias; si presentaran al jefe de la caballería o al dictador un pedido para presentarse ante el senado, serán introducidos y se les dará respuesta en el espacio de diez días, desde el momento en que se haya votado el decreto."
7. "Cayo César, imperator, dictador por cuarta vez, cónsul por quinta vez, declarado dictador perpetuo, se ha expresado en estos términos sobre los derechos de Hircano hijo de Alejandro, pontí-
¡ice y etnarca de los judíos. Puesto que los generales que me han precedido en las provincias dieron buenos testimonios sobre Hircano, pontífice de los judíos, y de los judíos, tanto ante el senado como ante el pueblo romano, y puesto que el pueblo y el senado les manifestaron su reconocimiento, nosotros consideramos conveniente acordarnos de ellos y esforzarnos para que se reconozca debidamente a Hircano, al pueblo de los judíos y a los hijos de Hircano, nuestro testimonio de gratitud por su buena disposición hacia nosotros y por los servicios que nos han hecho".
8. "Cayo Julio, pretor, cónsul de los romanos, a los magistrados, senado y pueblo de Pario, salud. Se han presentado los judíos que habitan en Delo con algunos judíos que viven entre vosotros, estando presentes vuestros legados; nos dijeron que por decreto les habéis prohibido observar las costumbres y ritos de sus antepasados. No es de mi agrado que se den tales decretos contra amigos y aliados, ni que se les prohiba vivir de acuerdo con sus normas y reunir dinero para las comidas en común y los ritos sagrados, especialmente cuando ni en Roma existen tales prohibiciones. Pues aunque Cayo César, nuestro pretor y cónsul, ha prohibido por ordenanza la formación de asociaciones en Roma, sólo a los judíos no se les ha prohibido, así como también se les permite reunir

dinero y celebrar comidas; igualmente habiendo yo prohibido otras reuniones, únicamente a ellos permito congregarse de acuerdo con los ritos y costumbres de sus padres, y continuar en los mismos. Por lo tanto es conveniente que si vosotros habéis publicado algo contra nuestros amigos y aliados, lo anuléis, a causa de la benevolencia y méritos que han conquistado con nosotros."
9. Después de la muerte de C. César, los cónsules M. Antonio y P. Dolabela convocaron el senado, y luego de introducir a los legados de Hircano, informaron sobre sus pedidos e hicieron con ellos pactos de amistad. Y el senado determinó concederles todo lo que solicitaban. Copio también el decreto, para que dispongan de las pruebas los lectores de esta historia. Es el siguiente:
10. "Senadoconsulto sacado del tesoro, copiado en las tablas públicas de la cuestura, siendo cuestores urbanos Quinto Rutilio y C. Cornelio, en la tabla segunda, primera tableta.
"Tres días antes de los idus de abril, en el templo de la Concordia. Estuvieron presentes para la redacción Lucio Calpurnio Pisón,
hijo de Lucio, de la tribu Menenia, Servio Papinio Quinto, de la tri
bu de Lemonia, Cayo Caninio Rebilo, de la tribu Terentina, Publio
Tidetio, hijo de Lucio, de la tribu Polia, Lucio Apuleyo, hijo de Lucio, de la tribu Sergia, Flavio, hijo de Lucio, de la tribu Lemo. nia, Publio Plautio (Hipseo), hijo de Publico, de la tribu Papiria, Marco Aselio, hijo de Marco, de la tribu Mecia, Lucio Erucio, hijo de Lucio, de la tribu Stelatina, Marco Quinto Plancho, hijo de Marco, de la tribu Polia, Publio Sergio...
"Publio Dolabela y Marco Antonio, cónsules, hicieron uso de la palabra. Sobre las decisiones relativas a los judíos tomadas por Cayo César de acuerdo con el senado, que no hubo antes tiempo de depositarlas en el tesoro público, nuestra voluntad es que se proceda de acuerdo con la opinión de los cónsules Publio Dolabela y Marco Antonio : que estas decisiones sean escritas en tablas y comunicadas a los cuestores urbanos a fin de que se cuiden de colocarlas en dípticos. Cinco días antes de los idus de febrero en el templo de la Concordia. Los legados del pontífice Hircano eran: Lisímaco hijo de Pausania, Alejandro hijo de Teodoro, Patroclo hijo de Querea, Jonatás hijo de Onías."
11. Hircano envió a ver a Dolabela, que entonces se encontraba en Asia, a uno de sus legados, para pedirle que librara a los judíos del servicio militar y les permitiera vivir de acuerdo con sus costumbres patrias. Dolabela, recibidas las cartas de Hircano, sin apenas ninguna deliberación, envió cartas a todos los de Asia y a la ciudad de Efeso, que era la primera de Asia, sobre los judíos. La carta a los de Efeso era del tenor siguiente:
12. "Siendo Artemón pritano, el primer día del mes leneón, Dolabela, general en jefe, al senado y magistrados de Efeso, salud. Alejandro hijo de Teodoro, legado de Hircano hijo de Alejandro, pontífice y etnarca de los judíos, me ha expresado que los hombres de su pueblo no pueden pertenecer a la milicia, puesto que les está prohibido llevar armas y viajar los días sábados, y que además no pueden procurarse las comidas ordenadas por costumbre nacional y otras cosas a que están acostumbrados. Por lo tanto les otorgo, como lo hicieron los magistrados que me precedieron, la exención del servicio de milicia, y permito que se atengan a sus normas patrias para reunirse, según su costumbre, a celebrar sus ritos sagrados, y reunir oblaciones para los sacrificios; y
quiero que vosotros enviéis estas cartas a cada una de las ciudades."

13. Estos fueron los favores que nos otorgó Dolabela ante el pedido formulado por los legados que le envió Hircano. Lucio Léntulo, cónsul, dijo: "He exceptuado del servicio militar ante el tribunal, por motivos de carácter religioso, ciudad de Efeso, a los ciudadanos romanos que profesan y celebran el culto judío, el día dos antes de las calendas de octubre, siendo cónsules Lucio Léntulo y Cayo Marcelo. Estuvieron presentes Tito Ampio Balbo, hijo de Tito, de la tribu Horacia, legado, Tito Tongio, hijo de Tito, de la tribu Crustumina, Quinto Cesio, hijo de Quinto, Tito Pompeyo Longino, hijo de Tito, Cayo Servilio Braco, hijo de Cayo, de la tribu Terentina, tribuno militar, Publio Clusio Galo, hijo de Publio, de la tribu Veturia, Cayo Sentio, hijo de Cayo... de la tribu Sabatina. Tito Ampio Balbo, hijo de Tito, legado, propretor, a los magistrados, al senado y al pueblo, salud. Lucio Léntulo, cónsul, intercediendo yo en su favor, ha eximido de la milicia a los judíos que están en Asia. Después he pedido lo mismo a Fanio, propretor, y a Lucio Antonio, procuestor. Quiero que procuréis que no se los moleste en el particular."

14. Decreto de los de Delos. "Siendo arconte Beoto, en el día veinte del mes targelión, respuesta de los pretores. Marco Piso, legado, encontrándose en nuestra ciudad y presidiendo una re unión, habiéndonos convocado a nosotros y a muchos ciudadanos, ordenó que si había judíos que eran ciudadanos romanos, que no fueran molestados con motivo de la milicia, puesto que el cónsul Cornelio Léntulo por razones de religión, los había eximido del servicio militar. Por esta razón os conviene obedecer al pretor." Los habitantes de Sardes dispusieron lo mismo sobre nosotros.

15. "Cayo Fanio hijo de Cayo, general en jefe, cónsul, a los magistrados de Cos, salud. Quiero que sepáis que se han presen tado ante mí los legados de los judíos, pidiéndome que aceptara los decretos del senado referente a ellos. Estas son las disposi ciones. Quiero que de acuerdo con la disposición del senado cui déis que estos hombres puedan atravesar sin dificultad vuestro país para regresar a su patria."

16. Lucio Léntulo, cónsul, dice: "Exceptúo del servicio militar a los ciudadanos romanos judíos que me ha parecido que obser vaban los ritos y costumbres judías, en la ciudad de Efeso. Esto se decidió doce días antes de las calendas de octubre."

17. "Lucio Antonio hijo de Marco, procuestor y propretor, a los magistrados, senado y pueblo de Sardes, salud. Los judíos que son nuestros ciudadanos se presentaron ante nosotros y comprobaron que siempre han celebrado reuniones según sus leyes pa. trias y disponen de un lugar propio en el cual tratan en juicio los negocios y controversias que se originan entre ellos. Como me pidieron autorización para mantener esta costumbre, he decretado que les sea permitido y puedan observarla."

18. Marco Publio hijo de Spurio y Marco Lucio hijo de Marco Publio, dicen: "Nos presentamos ante Léntulo procónsul y le informamos el pedido de Dositeo, el alejandrino, hijo de Cleopátrida, de que eximiera del servicio militar a los judíos ciudadanos romanos acostumbrados a observar los ritos judaicos, si lo juzgara conveniente. Y los eximió el día doce antes de las calendas de octubre."

19. "Siendo cónsules Lucio Léntulo y Cayo Marcelo, estando presentes Tito Ampio Balbo, hijo de Tito, de la tribu Horacia, cuestor, Tito Longio, de la tribu Crustumina, Quinto Cesio, hijo de Quinto, Tito Pompeyo Longino, hijo de Tito, de la tribu Terentina, tribuno militar, Publio Clusio Galo, hijo de Publio, de la tribu Veturia, Cayo Sentio, hijo de Cayo, tribuno militar, de la tribu Emilia, Sexto Atilio Serrano, hijo de Sexto, de la tribu Sabatina, Tito Ampio Menandro, liberto de Tito (Ampio), Publio Servilio Strabón, hijo de Publio, Lucio Pacio Capito, hijo de Lucio, de la tribu Colina, Aulo Furio Tercio, hijo de Aulo, Apio Menas, estando ellos presentes, Léntulo decretó: He eximido de la milicia a los judíos ciudadanos romanos que observan los ritos judaicos por motivos de religión."
20. "Los magistrados de Laodicea a Cayo Rabilio hijo de Cayo cónsul, salud. Sopáter, legado del pontífice Hircano, nos entregó una carta tuya en la cual nos hacías saber que unos enviados de Hircano llevaban una decisión escrita referente a su pueblo, por la que se les permitía celebrar el sábado y cumplir los demás ritos de acuerdo con sus leyes, y que nadie se lo impida, porque son nuestros amigos y aliados y que nadie los moleste en nuestra provincia; la mencionada carta decía que los habitantes de Trales se manifestaron contrarios a estos decretos, sin embargo se los obligó a su observancia; y los judíos te han pedido que nos escribieras sobre este particular. Nosotros, obedientes a tus preceptos, hemos recibido la carta que se nos ha entregado, y la hemos colocado en nuestros archivos públicos; y cuidaremos de que se cumpla lo demás que nos has ordenado, para no incurrir en desagrado."
21. "Publio Servilio Galba hijo de Publio a los magistrados, senado y pueblo de Mileto, salud. Pritanis hijo de Hermas, vuestro conciudadano que se presentó ante mí en la ciudad de Trales, donde se reunió una asamblea, me indicó que vosotros tratabais a los judíos en contra de nuestras decisiones; que les habéis prohibido celebrar los sábados y cumplir sus ritos sagrados y preparar sus cosechas de acuerdo con sus costumbres, y que él mismo había redactado el decreto de acuerdo con la ley 1. Quiero que sepáis que, luego de haber oído a las dos partes, he decretado que no se impida a los judíos atenerse a sus costumbres."
22. Decreto de los pergamenos. "Siendo Cratipo pritano, en el primer día del mes de desios, decreto de los pretores. Puesto que los romanos, siguiendo a sus antepasados, afrontan los peligros con miras a la seguridad de todos los hombres y se comportan así para que sus amigos y aliados vivan en felicidad y firme paz, habiéndoles enviado la nación de los judíos e Hircano, su pontífice, como legados, a Estratón hijo de Teodoto, Apolonio hijo de Alejandro, Eneas hijo de Antipáter, Aristóbulo hijo de Aminta, Sosipáter hijo de Filipo, varones buenos y honestos, los cuales expusieron sus problemas, el senado decretó, con relación a los asuntos expuestos, que el rey Antíoco hijo de Antíoco no debe molestar a los judíos aliados de los romanos, y les devolverá las fortificaciones, puestos y territorio así como cualquier otra cosa que les hubiere quitado; y nadie, ni pueblo ni rey, podrá exportar de sus puertos sin pagar los impuestos debidos, con la sola excepción de Ptolomeo rey de Alejandría, porque es nuestro aliado y amigo. La guarnición de Jope será retirada, como se nos ha solicitado. Lucio Petio, de nuestro senado, varón bueno v probo, ha recomendado que se cumpla lo decretado por el senado ; además procuraremos

1 Esta frase es oscura, sobre todo las referencias a la cosecha y a ese decreto del que no hay ninguna aclaración.

que los legados regresen a su patria sanos y salvos. También he.
mos recibido en nuestro consejo y asamblea a Teodoro, quien
nos ha entregado el decreto y el senadoconsulto, y nos ha hablado
con mucho entusiasmo del valor y de la magnificencia de Hirca.
no, que llena de beneficios a todos los que se presentan ante él,
ya sea colectiva o particularmente; hemos colocado la carta en nuestros archivos públicos y decretamos hacer todo lo que podamos, como aliados de los romanos, y conforme al senadoconsulto. Además Teodoro, el que nos entregó la carta, rogó a nuestros pretores que enviaran copia del decreto a Hircano, y legados que expresaran la buena voluntad de nuestro pueblo, los cuales aconsejaron que se conserve y acreciente su amistad, para obtener los favores debidos y merecidos; y que se acordaran de que en tiempo de Abram, que fué el padre de todos los hebreos, nuestros antepasados fueron sus amigos, según hemos encontrado consignado en actas públicas."

23. Decreto de los de Halicarnaso. "Siendo sacerdote Memnón, hijo de Oréstide y por adopción de Euonimo, en el mes de antesterion fué del agrado del pueblo el siguiente decreto, a propuesta de Marco Alejandro. Puesto que en todo tiempo hemos cultivado celosamente la piedad hacia Dios y la religión, siguiendo el ejem. plo del pueblo romano que ha conquistado las simpatías de todos los hombres, y teniendo en cuenta lo que nos han escrito sobre la amistad y alianza de los judíos, que se les permita atenerse a sus ritos religiosos, celebrar las fiestas solemnes y reuniones; ha sido de nuestro agrado que todos los judíos que lo quieran tengan derecho y poder, sean varones o mujeres, de observar la festividad del sábado, de cumplir los ritos sagrados según las leyes judías y de elevar preces al borde del mar según su costumbre nacional. Si alguien lo impidiera, magistrado o particular, sea castigado con esta multa a beneficio de la ciudad."

24. Decreto de los habitantes de Sardes. "Así ha parecido al senado y al pueblo, después del informe de los pretores. Puesto que los ciudadanos judíos que viven en nuestra ciudad en todo tiempo han sido colmados de beneficios por nuestro pueblo, y ahora se han presentado ante el senado y el pueblo romanos, pidiendo que se les permita realizar asambleas de acuerdo con el rito establecido por sus leyes, y que no se les haga cuestión sobre
el particular; y que además se les asigne un lugar, en el cual, junto con sus mujeres e hijos, puedan cumplir los ritos patrios y adorar a Dios; ha sido del agrado del senado y del pueblo que se les permita reunirse en los días establecidos, y atenerse a todo lo que ordenan sus leyes, y que los pretores les asignen un lugar para edificar y reunirse donde sea conveniente para ello, y que los ediles cuiden de hacer introducir todo lo que sea necesario para su subsistencia."

25. Decreto de los de Efeso. "Siendo pritano Menófilo, en el primer día del mes de artemisios, fué del agrado del pueblo lo siguiente. Nicanor hijo de Eufemo dijo, después de la información de los pretores: Puesto que los judíos que hay en la ciudad, habiendo obtenido audiencia de Marco Julio Pompeyo hijo de Bruto, pidieron que se les permitiera observar el sábado y en todo atenerse a sus costumbres nacionales, sin que nadie se lo impida, el pretor se lo otorgó. Fué del agrado del senado y del pueblo, especialmente por ser asunto que pertenece a los romanos, que a nadie se le impida celebrar el sábado, que

no se le exija multa por hacerlo, y que a los judíos se les permita proceder de acuerdo con sus leyes nacionales."

26. Existen muchos otros decretos similares a éstos dados por los magistrados y emperadores en favor de Hircano y de nuestro pueblo, así como también decretos de las ciudades y actas de los pretores en respuesta a las cartas de los gobernadores sobre miestros derechos. De todas ellas, las que hemos exhibido serán suficientes para que se persuada por completo aquel que sin malicia lea estos escritos. Puesto que hemos suministrado pruebas claras y manifiestas de nuestra amistad con el pueblo romano las que, inscritas en tablas de bronce, existen todavía y seguirán conservándose en el Capitolio, me abstengo de poner toda la serie, lo que sería inútil y cansador. Pues no creemos que nadie sea tan perverso, que se niega a creer nuestra amistad con los romanos, especialmente cuando hemos exhibido los decretos en nuestro favor; y sospeche que no hemos dicho la verdad.

Así es como he puesto de manifiesto que en esa época los romanos eran nuestros amigos y aliados.

CAPITULO XI

Muerto César, Casio extorsiona a Judea, con la ayuda de Herodes. Malicos provoca levantamientos contra Herodes y es muerto por orden de Casio

1. Aconteció que por este tiempo se produjeron disturbios en Siria, por las siguientes causas. Baso Cecilio, uno de los adictos de Pompeyo, insidiosamente mató a Sexto César; después, apoderándose de sus tropas, se hizo dueño del poder. Estalló la guerra en los alrededores de Apamea, adonde se dirigieron los generales de César con caballería e infantería. También Antipáter les envió ayuda por intermedio de sus hijos, agradecido a los beneficios recibidos de César y considerando justo vengarlo y castigar al matador. Como la guerra duraba mucho, Murco partió de Roma para ir a hacerse cargo del gobierno. César fué asesinado por Casio y Bruto en el senado, después de haber gobernado por espacio de tres años y seis meses. Estos acontecimientos han sido relatados en otra parte.

2. Habiendo surgido la guerra a raíz de la muerte de César, todos los hombres de importancia iban de uno a otro lado reuniendo tropas. Casio fué a Siria para hacerse cargo del ejército que estaba en Apamea. Después de levantar el asedio, se atrajo a los dos adversarios, Baso y Murco, y recorriendo las poblaciones reunió armas y soldados e impuso fuertes tributos a las ciudades; pero de manera especial gravó a Judea, imponiéndole setecientos talentos de plata. Antipáter, viendo en todas partes terror y miedo, resolvió dividir la suma en varias partes y encargó su percepción a cada uno de sus hijos; Malicos, que estaba mal dispuesto, recibió el encargo de reunir otra porción; y otros tuvieron a su cargo el resto.

Pero el primero de todos en cumplir fué Herodes, quien reunió la suma que se le asignó en Galilea, con lo cual se conquistó el favor de Casio. Le pareció prudente ganarse en esta forma a los romanos, y atraer en su favor su benevolencia a expensa de los otros. Los gobernadores de las restantes ciudades fueron vendidos, sus cuerpos y bienes; y Casio redujo a la esclavitud a cuatro de sus ciudades, entre las cuales figuraban las muy poderosas de

Gofna y Emaús, siendo las restantes Lida y Tamna. Fué tan grande la indignación de Casio, que habría llegado a matar a Malicos, si Hircano no hubiera mitigado su furor, enviándole por intermedio de Antipáter cien talentos propios.

3. Después que Casio se ausentó de Judea, Malicos conspiró contra Antipáter, pues creía que su muerte reforzaría el poder de Hircano. No se le ocultaron estos propósitos a Antipáter. Se retiró más allá del Jordán para organizar un ejército con árabes y compatriotas. Sin embargo, Malicos, reconsiderando el asunto, negó con juramento ante Antipáter y sus hijos sus intenciones, pues vió que eran irrealizables, teniendo Fasael la guarnición de Jerusalén y Herodes la guardia del arsenal. Se reconcilió con Antipáter y llegó a un acuerdo con él. Murco era a la sazón pretor de Siria. Al saber que Malicos buscaba querellas en Judea, estuvo a punto de matarlo, pero lo perdonó gracias a la intervención de Anti. páter.

4. Ignoraba Antipáter que había conservado la vida al que sería su matador. Casio y Murco, después de reunir un ejército, se lo entregaron a Herodes, a quien nombraron gobernador de la Celesiria 1; pusieron a su disposición naves, caballería e infantería; le prometieron hacerlo rey después de la guerra que había estallado contra Antonio y el joven César. Malicos, que estaba entonces con más temor que nunca, quiso eliminar a Antipáter. Con dinero compró la complicidad del copero de Hircano, pues servía a ambos, y lo envenenó. Después, con la ayuda de sus hombres, se apoderó de la ciudad. Informados Herodes y Fasael de la perfidia cometida con su padre, se indignaron sobremanera; pero Malicos lo negó todo. Así es como murió Antipáter, que se distinguió por su piedad, su justicia y su abnegación por la patria. De sus dos hijos, Herodes decidió prestamente vengar a su padre, marchando con el ejército contra Malicos; Fasael, el mayor, simuló aceptar las excusas, para que no pareciera que desencadenaba la guerra civil. Aceptó las explicaciones de Malicos, de que no tuvo intervención en la muerte de su padre, y se ocupó en levantar un suntuoso monumento a

1 En La Guerra dice que fué nombrado "procurador de toda Siria" (1, 11, 4).

Antipáter 1. Herodes llegó a Samaria, que encontró desolada, procuró restaurarla y apaciguó la discordia existente entre sus habitantes.

5. Poco después, cercanas las fiestas de Jerusalén 2, se trasladó a la ciudad con los soldados; pero Malicos, que tenía miedo, persuadió a Hircano que no lo dejara entrar. Así lo hizo Hircano, y dió como pretexto la necesidad de impedir el ingreso de extranjeros en medio de una multitud que buscaba purificarse. Pero Herodes, sin tener en cuenta la prohibición, durante la noche penetró en la ciudad; Malicos estaba aterrorizado y continuaba simulando, llorando a Antipáter y proclamándose públicamente su amigo; pero ocultamente tomó precauciones para su seguridad. Herodes decidió seguir el mismo juego de simulación y, para que Malicos se sintiera libre de toda sospecha, lo recibió amablemente con los suyos.

6. Sin embargo, Herodes escribió a Casio sobre la muerte del padre. Sabiendo Casio la clase de hombre que era Malicos, contestó a Herodes que vengara a su padre; ocultamente envió a los tribunos que se encontraban en Tiro a ayudar a Herodes a realizar un acto justiciero.

Cuando Casio se apoderó de Laodicea, los habitantes del país salieron a su encuentro con coronas y dinero. Herodes confiaba que una vez allí castigaría debidamente a Malicos; pero éste, que se encontraba en Tiro de Fenicia, entró en sospechas y concibió proyectos

más audaces. Teniendo en Tiro un hijo como rehén, decidió penetrar en la ciudad y apoderarse de él, y luego pasar a Judea. Mientras Casio marchara contra Antonio, él incitaría al pueblo y se apoderaría del poder.

Pero Dios se opuso a sus propósitos. Herodes, hombre astuto, adivinó sus propósitos; y envió a uno de sus criados con el pretexto de ocuparse en preparar un banquete que iba a ofrecer a todos, pero en realidad para persuadir a los tribunos que atacaran a Malicos a puñaladas. Salieron los tribunos de la ciudad, y ha

1 Este detalle difiere del relato de La Guerra. Allí es Herodes quien, siguiendo el consejo de Fasael, acepta momentáneamente las explicaciones de Malicos (1, 11, 5).

2 Probablemente la fiesta de las Cabañas.

biéndolo alcanzado en la playa cerca de la ciudad, lo apuñalaron. Fué tan grande la impresión que este hecho causó en Hircano que se quedó sin palabra. Cuando volvió en sí, preguntó a Herodes qué había pasado y quién había muerto a Malicos. Cuando le dijeron que era por orden de Casio, elogió la decisión: había sido un hombre malo que intrigó contra la patria. Es así como Mas licos purgó el crimen cometido contra Antipáter.

7. Cuando Casio se retiró de Siria, en Judea se produjeron tumultos. Hélix, que había sido dejado en Judea con tropas, atacó a Fasael, y el pueblo se levantó en armas. Herodes estaba en camino para encontrarse con Fabio, prefecto de Damasco; quiso acudir en ayuda de su hermano, pero no pudo hacerlo por estar enfermo. Entretanto Fasael se impuso a Hélix, a quien obligó a refugiarse en una torre, dejándolo libre luego de llegar a un acuerdo.

Fasael acusó a Hircano de ayudar a los enemigos, a pesar de los muchos beneficios que había recibido de él y su hermano. Pues el hermano de Malicos se había apoderado de varios lugares, incitándolos a la defección; entre ellos se encontraba Masada, el más fortificado de todos. Poco después Herodes, ya curado, marchó contra él, y habiéndolo expulsado de todos los lugares que tenía en su poder, mediante un acuerdo lo dejó libre.

CAPITULO XII

Herodes vence a Antígono, hijo de Aristóbulo, y lo expulsa de Judea. Conquista la amistad de Antonio

1. Antígono hijo de Aristóbulo, que había reunido un ejército, conquistó con dinero a Fabio, y regresó, mediante la intervención de Ptolomeo hijo de Meneos, con quien lo unían lazos de parentesco 1. También estaba de su lado Marión, a quien Casio había nombrado tirano de Tiro; pues, después de ocupar a Siria, la vigilaba mediante tiranos. Marión irrumpió en la Galilea, que era una

1 Recuérdese que después de matar a su hijo Filipión, Ptolomeo hijo de Meneo se había casado con su nuera, Alejandra, hermana de Antígono (cf. supra, XIV, 7, 4).

zona vecina, y después de apoderarse de tres fortalezas puso en ellas guardias. Pero Herodes lo atacó y lo despojó de todas estas fortalezas; sin embargo, benignamente dejó en libertad a los guardias e incluso hizo regalos a algunos de ellos en muestra de benevolencia por su ciudad 1. Después atacó a Antígono, consiguiendo la victoria, y ya en los límites de Judea, lo expulsó. Después pasó a Jerusalén, y tanto Hircano como el pueblo le otorgaron coronas. Por esponsales era pariente de la familia de Hircano, y por eso lo protegía, pues tenía que casarse con la hija de Alejandro hijo de Aristóbulo y nieta de

Hircano por parte de la madre 2. Esta mujer le dió tres hijos y dos hijas. Tuvo antes una esposa plebeya, de nombre Doris, de la cual nació su hijo mayor Antipáter.
2. Entretanto Antonio y César vencieron a Casio en Filipo, como lo han expuesto otros historiadores. Después de la victoria César marchó a Italia, pero Antonio se dirigió a Asia. Al llegar a Bitinia, se hicieron presentes legiones de todas partes. También estuvieron los principales de los judíos, quienes acusaron a Fasael y a Herodes, diciendo que Hircano tenía sólo una apariencia de gobierno, y ellos dos eran de hecho los que mandaban. Antonio tenía en gran estima a Herodes; éste se presentó personalmente para defenderse de sus acusadores, de tal modo que éstos ni tuvieron oportunidad para exponer sus quejas. Herodes se había pro. curado esta benevolencia de Antonio mediante dinero. Cuando Antonio se encontraba en Efeso, el pontífice Hircano y nuestra nación le enviaron una legación, para entregarle una corona de oro y pedirle que escribiera a las provincias que dejaran en libertad a los judíos, a quienes Casio había convertido en cautivos contra el derecho de guerra; pedían también los territorios de los cuales habían sido desposeídos en tiempo de Casio. Antonio juzgó justos estos pedidos, e inmediatamente escribió a
Hircano y a los judíos, y dió órdenes a los de Tiro con estas palabras:
1 Este pasaje es poco claro, pero se entiende mejor leyendo su equivalente de La Guerra (1, 12, 2). "En cuanto a los tirios que había tomado prisioneros -dice allí- les perdonó la vida a todos, y a muchos los des
pidió con presentes".
2 Mariamne.
S. "Marco Antonio, general en jefe, a Hircano pontífice y etnarca de los judíos, salud. Si estáis bien, me alegro; yo y el ejército estamos bien. Lisímaco hijo de Pausania, José hijo de Meneo, Alejandro hijo de Teodoro, legados, habiendo venido a mi presencia en Efeso, renovaron la misión que antes habían cumplido en Roma y desempeñaron diligentemente la que les encomendaste en tu nombre y el de tu pueblo, con testimonio de tu benevolencia hacia nosotros. Persuadido tanto por los hechos como por las palabras de vuestro ánimo sumamente amistoso hacia nosotros, y considerando la constancia de vuestras costumbres y piedad, pensé que tenía que hacer algo de mi parte. Puesto que nuestros enemigos y los del pueblo romano devastaron en sus incursiones a toda el Asia, sin abstenerse de las ciudades y de los templos, y no fueron fieles al juramento prestado, nosotros, que hemos luchado, no sólo en bien nuestro, sino para todos, los hemos perseguido para castigarlos por ser autores de ofensas contra los hombres y crímenes contra los dioses y que hasta podrían hacer retroceder al sol, que ha visto con horror el crimen cometido en la persona de César. Las sublevaciones hostiles a los dioses que buscaron en Macedonia el único aire respirable a su audaz impiedad, las revueltas maliciosas que han fomentado en Filipo, ocupando posiciones favorables, defendidas por las montañas hasta el mar, de modo que sólo fuera posible el acceso por un solo lugar, nosotros las hemos destruido con la ayuda de los dioses, que los habían condenado por ser su empresa criminal. Bruto, que escapó a Filipo y fué sitiado por nosotros, murió a la par de Casio. Habiendo éstos sufrido su merecido, esperamos que en adelante tendremos paz y que Asia descanse de la guerra. Participamos a nuestros aliados la paz que Dios nos ha otorgado, de modo que el cuer

po de Asia por nuestra victoria está como recuperándose de una grave enfermedad. Me he acordado de ti y de tu gente merecedora de beneficios, y pienso en lo que puedo hacer para vuestro bien. He enviado cartas por todas las ciudades para que aquellos que, libres o esclavos, hayan sido vendidos por C. Casio o sus capitanes, sean puestos en libertad. Quiero confirmar todo lo que os hu.
biéramos otorgado nosotros y Dolabela. Prohibo también a los de Tiro que os hagan violencia; y ordeno que os restituyan todo
lo que hayan quitado a los judíos, He aceptado la corona que decidisteis enviarme."
4. "Marco Antonio, general en jefe, a los magistrados, senado y pueblo de Tiro, salud. Habiéndome visitado en Efeso los legados del pontífice y etnarca Hircano, diciendo que vosotros estáis ocupando campos que pertenecen a su región, los que invadisteis cuando nuestros adversarios estaban en el poder, ahora que hemos luchado por el imperio y que, guiados por la piedad y la justicia, hemos triunfado sobre aquellos que ni se acordaron de los beneficios recibidos ni fueron fieles a sus juramentos, quiero que vosotros estéis en paz con nuestros aliados; y que todo lo que habéis recibido de nuestros enemigos, no lo retengáis, sino que lo devolváis a aquellos a quienes les fué quitado. Ninguno de ellos recibió provincias o ejércitos por orden del senado; lo obtuvieron por la fuerza, entregándolo por la fuerza a los servidores de su injusticia. Puesto que nuestros enemigos han sufrido su castigo, consideramos justo que nuestros aliados retengan lo que antes tenían, sin que nadie se oponga a ello; y vosotros, si tenéis en vuestro poder campos que hayan sido de Hircano, el etnarca de los judíos, un día antes que Cayo Casio, mediante una guerra ilícita, invadiera nuestra provincia, se los devolveréis. Si tenéis alguna reclamación que hacer contra Hircano, cuando nosotros lleguemos a vuestro lugar, tendréis ocasión de presentarla, pues examinaremos con igual atención las reclamaciones de nuestros aliados."
5. "Marco Antonio, general en jefe, a los magistrados, senado y pueblo de Tiro, salud. Os envío un edicto, que quiero que incluyáis en vuestras actas públicas, en griego y en latín, y que lo coloquéis en el lugar más visible, para que pueda ser leído de todos. Marco Antonio, general en jefe, nombrado triunviro para los asuntos públicos, decidió: Teniendo en cuenta que Cayo Casio, durante la presente rebelión, se apoderó de una provincia que no le pertenecía y la ha ocupado con guarniciones, ha saqueado a nuestros aliados y luchó contra los judíos, amigos del pueblo romano; habiendo sido refrenada su insolencia por nuestras armas, por edictos reintegramos aquello de que se apoderó, de modo que sea devuelto a nuestros aliados; y todo aquello de los judíos que haya sido vendido, trátese de cuerpos o bienes,
será devuelto; los cuerpos quedarán libres como antes, y los bienes restituidos a sus dueños anteriores. Aquel que no obedeciera a nuestro edicto, que sufra las debidas penas; y si es condenado, procuraré que sea castigado de acuerdo con la importancia de su falta."
6. Copias iguales envió a los de Sidón, Antioquía y Arado. Puesto que se presentó la oportunidad hemos citado nuevos testimonios de la benevolencia de los romanos hacia nuestro pueblo.

CAPITULO XIII

Antonio, en Siria, hace dar muerte a los delegados de los judíos que acusaban a Herodes. Los partos y Antígono in vaden a Judea. Captura de Hircano y de Fasael

j1. Después Antonio pasó a Siria. Cleopatra se encontró con él en Cilicia, siendo cautivado por su amor. Cien judíos de los más poderosos, habiendo sido elegidos los más elocuentes, lo visitaron para acusar a Herodes y a los suyos. Mesala les replicó en nombre de los adolescentes', estando presente Hircano, que ya era suegro de Herodes. Antonio, habiendo oído a ambas partes en Dafné, preguntó a Hircano cuál de los dos partidos era mejor para gobernar al pueblo; y habiendo respondido que Herodes y los suyos, Antonio, que ya los conocía por haberlo hospedado su padre junto con Gabinio, nombró tetrarcas a los dos, Herodes y Fasael, y les encargó la administración de los asuntos de los udíos y les dió instrucciones. Puso en prisión a quince de sus adversarios, a quienes habría condenado a muerte, si Herodes no hubiese intercedido en su favor.
2. Pero al regreso de la legación siguieron sin apaciguarse; al contrario, mil de ellos se presentaron en Tiro, adonde se decía que iría Antonio. Y éste, que ya había sido ganado por grandes cantidades de dinero por Herodes y su hermano, ordenó al comandante del lugar que castigara a los legados de los judíos, deseosos de novedades, y que fortaleciera al gobierno de Herodes. Como estaban acampados en la playa, Herodes fué a encontrarlos, es

e Curiosa manera de referirse a Herodes y los suyos.

tando Hircano con él, y les aconsejó que se fueran, pues les iría muy mal si trataran de contender. No le hicieron caso; inmediatamente los romanos, armados de puñales, se precipitaron sobre ellos; una parte resultó muerta, otros fueron heridos y los otros escaparon, aterrorizados, y se mantuvieron quietos. Después, como el pueblo injuriaba a Herodes, Antonio, exasperado, hizo matar a sus prisioneros.
3. Dos años después, Pacoros, hijo del rey, y Barzafarnes, sátrapa, ocuparon Siria. Murió entonces Ptolomeo hijo de Meneos; y su hijo Lisanias, en poder del mando, hizo amistad con Antígono hijo de Aristóbulo, utilizando al sátrapa, que tenía mucha influencia sobre Antígono. Antígono les prometió mil talentos y quinientas mujeres si quitaban el mando a Hircano y se lo daban a él, y mataban a Herodes con los suyos. Pero luego no cumplió su promesa.
Los partos se dirigieron a Judea para apoyar a Antígono, Pacoros por vía marítima y Barzafarnes, el sátrapa, por el interior. Los de Tiro les negaron el paso; en cambio los admitieron los de Sidón y Ptolemáis. Pacoros envió a Judea, para ver la región y obrar de acuerdo con Antígono, a un destacamento de caballería, comandado por un copero que tenía el mismo nombre que
el rey 1.
Algunos judíos que moraban en el monte Carmelo se presentaron ante Antígono y le manifestaron que estaban dispuestos a atacar a la par de ellos; con esta ayuda confiaba Antígono que se apoderaría de parte del país; el lugar se denominaba Drimos (entinares). Encontraron una partida enemiga a la cual se unie
ron en dirección a Jerusalén; marcharon todos juntos, hacia el palacio que asediaban. Con ayuda de Fasael y Herodes, tuvo lugar una batalla en el ágora, y los jóvenes vencieron a sus adversarios; obligados éstos a refugiarse en el Templo, Herodes envió
soldados a las casas vecinas para que las guardaran; pero el pueblo sublevado los quemó a ellos con las casas, al quedar privados de toda ayuda. Poco después Herodes logró vengarse de

1 El mismo nombre que el hijo del rey, Pacoros, y no que el rey, que se llamaba Orodes (cf. Guerra 1, 13, 1).
esta agresión injusta; de modo que, habiendo entrado en lucha con ellos, mató a muchos.
4. Todos los días había escaramuzas; los enemigos esperaron la fiesta de Pentecostés, con la confianza de que la multitud los apoyaría. Aproximándose la fiesta se congregaron alrededor del Templo miles de hombres, unos armados y otros inermes. Tenían en su poder la ciudad y el Templo, con la excepción del palacio real que Herodes defendía con unos pocos soldados. Fasael estaba a cargo de la vigilancia de las murallas; Herodes con los suyos irrumpió en los suburbios y luchó tan valientemente que puso en fuga a miles de insurrectos, algunos hacia la ciudad, otros en dirección al Templo y algunos hacia las defensas del exterior.
Fasael se sostenía. Pacoros, general de los partos, a pedido de Antígono, se trasladó a la ciudad, con el pretexto de apaciguar la sedición, en realidad para ayudar a aquél a obtener el poder. Fasael salió al encuentro de Pacoros y le ofreció hospitalidada Pacoros le persuadió que enviara legados a Barzafarnes. Fasael, sin sospechar nada, obedeció, no estando de acuerdo en ello Herodes; temeroso de la deslealtad de los bárbaros, más bien propuso atacar a Pacoros y a los que lo acompañaban.
5. Partieron para esta embajada Hircano y Fasael; Pacoros, dejando con Herodes doscientos hombres de caballería y diez de los llamados eleuteros (libres), los escoltó. Cuando llegaron a Galilea, los revoltosos de esta región los atacaron con armas. Barzafarnes, al principio, los recibió amablemente y les hizo regalos; después conspiró en su contra. Fasael con los soldados de a caballo fué llevado hacia el mar. Habiendo sabido que Antígono había prometido a los bárbaros mil talentos y quinientas mujeres, empezaron a sospechar. Alguien les anunció que los atacarían a traición durante la noche, y que con este fin los vigilaban. Ya lo habrían hecho, si no fuera porque esperaban que los partos que se encontraban en Jerusalén se apoderaran primeramente de Herodes; pues si los mataran antes, al enterarse Herodes escaparía.
Estos informes eran exactos; evidentemente los vigilaban. Por lo tanto, algunos aconsejaron a Fasael que se evadiera de inmediato a caballo, sin esperar más. El que más insistía era Ofelio, que lo había sabido todo por Sarmala, uno de los hombres más ricos que había entonces en Siria, quien les ofreció naves para
la huída, pues se encontraban cerca del mar. Fasael no consideró justo abandonar a Hircano, ni crear peligros a su hermano; se presentó ante Barzafarnes y le dijo que no obraba rectamente al conspirar contra ellos. Si precisaba dinero, recibiría más cantidad de él de la que podía darle Antígono; por otra parte, era un crimen atroz matar a legados que habían acudido de buena fe e inocentemente. Pero el bárbaro juró que nada había de verdad en todas aquellas sospechas. Después fué al encuentro de Pacoros.
6. Así que partió, varios partos encadenaron a Hircano y Fasael, quienes les reprocharon duramente la violación de su juramento. El copero enviado a Herodes tenía la orden de llevarlo fuera de las murallas y encadenarlo. Pero ya habían partido mensajeros enviados por Fasael para revelarle la perfidia de los partos.
Informado Herodes de que habían sido capturados sus correos, se presentó ante Pacoros y los más poderosos de los partos, que tenían poder sobre los otros. Pero ellos, a pesar de saber todo lo que pasaba, disimularon, y le dijeron que convendría que saliera con ellos fuera de las murallas a recibir a los que eran portadores de las cartas; porque éstos no

habían sido apresados por los rebeldes, y llegarían seguramente con el anuncio de lo que había acontecido a Fasael.
Herodes no les dió crédito, pues había sabido por otro conducto que Fasael había sido encarcelado. Los consejos de la hija de Hircano, con cuya hija estaba comprometido, no hacían sino aumentar las sospechas contra los partos. Aunque los otros no le tenían gran confianza a esta mujer, él la creía dotada de muy buen sentido.
7. Los partos deliberaron sobre lo que convenía hacer, pues no se atrevían a atacar abiertamente a un hombre como aquél, y postergaron su decisión. Herodes, muy preocupado, e inclinán. dose a creer más bien lo que le decían sobre su hermano y la perfidia de los partos, que a la aparente buena fe de éstos, determinó fugarse de noche, como si dudara de los peligros que le amenazaban de parte de los enemigos. Reunió a los soldados de que disponía, cargó en las bestias a las mujeres, su madre, su hermana y la hija de Alejandro hijo de Aristóbulo, a la que pen.
saba tomar por esposa, y a su hermano menor, con los criados y demás acompañantes, y se dirigió a Idumea, ignorándolo sus enemigos. Nadie que los viera podría ser tan duro de corazón que no se apiadara de los fugitivos: las mujeres llevando a sus hijos de corta edad, abandonando con lágrimas y gemidos a su patria y sus amigos cautivos, y sin muchas esperanzas de salvarse.
8. Pero Herodes sabía elevar su espíritu sobre la calamidad. A pesar del peligro que lo amenazaba, se comportó valerosamente y durante el viaje animó a todos y los exhortó a no sucumbir ante el dolor, pues el abatimiento no podía sino perjudicar su huida, en la cual habían depositado sus esperanzas. Escuchando los consejos de Herodes, todos trataron de sobreponerse a la cala
midad.
. Y poco faltó para que se quitara la vida, porque su carro se dió vuelta y su madre quedó en peligro de muerte. La inquietud por el estado de su madre y el temor de que, a favor de la demora, el enemigo lo hiciera prisionero, lo impulsaron a tratar de eliminarse. Ya había sacado la espada y estaba por herirse, cuando sus acompañantes se lo impidieron, pues eran más en número y le dijeron que no tenía que hacer tal cosa y abandonarlos en manos de los enemigos; pues no es propio de un varón fuerte librarse a sí mismo de los peligros y dejar en medio de ellos a los amigos. Así Herodes no se suicidó, tanto por vergüenza de lo que le decían, como por el mayor número de los que se lo impedían. Después, habiendo su madre recobrado la salud y recibido la atención que era posible, continuaron camino apresuradamente hacia la fortaleza de Masada. Tuvo que sufrir numerosos ataques de los partos que lo hostigaban y perseguían, pero se impuso sobre todos.
9. Durante su huida no pudo librarse de la persecución de los judíos. Estos lo atacaron a sesenta estadios de la ciudad y a lo largo del camino. Pero los venció y los hizo huir, como si no se encontrase en medio de tribulaciones y angustiado, sino como si contara con muchos soldados en óptima disposición. En el lugar donde venció a los judíos, posteriormente, cuando fué hecho rey, edificó y levantó un magnífico palacio y a su alrededor construyó una ciudad, que llamó Herodias. Cuando llegó a un lugar de Idumea llamado Tresa, se encontró con su hermano José, con quien habló sobre lo que convenía hacer. Lo seguía una gran multitud,
a más de los mercenarios. El lugar donde habían decidido refugiarse era demasiado estrecho para recibir a una multitud tan grande.

Despidió a la mayoría, cerca de nueve mil, y les ordenó que dispersándose por Idumea miraran por su seguridad, y les dió también viático. Después tomando consigo a los más expertos y los que le eran más cercanos llegó a la fortaleza. Luego de haber colocado allí a las mujeres y acompañantes, cerca de ochocientos, pues había en el lugar abundancia de trigo, de agua y de todo lo necesario, él se propuso ir a Petra en Arabia.
Una vez de día, los partos saquearon todo Jerusalén y el palacio real; respetaron solamente el dinero de Hircano, que era la cantidad de trescientos talentos. Una gran parte de las riquezas de Herodes escaparon al saqueo, especialmente porque por previsión las había enviado a Idumea. Los partos no se satisficieron con el botín que había en la ciudad, sino que se esparcieron por todo el país y destruyeron la importante ciudad de Marisa.
10. De esta forma Antígono, devuelto a Judea por el rey d' los partos, recibió a Hircano y Fasael encadenados. Pero estaba muy preocupado por habérsele escapado las mujeres que tenía el propósito de entregar a los partos, junto con el dinero. Temeroso de que el pueblo ayudara a Hircano, que estaba en poder de los partos, reponiéndolo en el trono, le cortó las orejas'; procedió en esta forma, para que no pudiera ser pontífice con esta mutilación, pues la ley exige que aquellos que desempeñan este cargo sean íntegros corporalmente 2.
No puede menos que admirarse la fortaleza de Fasael, el cual, sabiendo su destino, no retrocedió ante la idea de la muerte; pero consideraba algo miserable y torpe el ser muerto por los enemigos, y puesto que por estar encadenado no le era posible matarse a sí mismo, se quitó la vida golpeándose la cabeza contra la piedra; la más hermosa muerte, a su parecer, que le era permitida en esta oportunidad e impidió que el enemigo lo eliminara de acuerdo con su capricho. Se dice que se hirió gravemente y que Antígono

1 En La Guerra (1, 13, 9) dice Josefo que Antígono mordió las orejas a Hircano.
2 Ley de Moisés, que figura en la Biblia (Levít., XXI, 17-23).

jlo sometió al cuidado de los médicos, a quienes ordenó que pusieran veneno en los medicamentos con el pretexto de curarlo. Sin embargo, antes de expirar, Fasael supo, de labios de una muer, que su hermano había logrado escapar al enemigo, y sufrió la muerte animosamente, como quien deja tras de sí a un vengador, en cuyo poder está el castigo del enemigo.

CAPITULO XIV

Herodes se traslada a Roma, persuade a Antonio y obtiene del senado el título de rey

1. La magnitud de las tribulaciones que afligieron a Herodes, no lograron doblegarlo, sino que lo hicieron más resistente para buscar nuevas ocasiones de empresas audaces. Se dirigió a Maleo, rey de los árabes, que previamente había recibido de él muchos beneficios; quiso, ahora que lo necesitaba, que se los devolviera, y le diera o le prestara dinero, en nombre de los favores anteriores. Ignorando lo que le había pasado a su hermano, quiso apresurarse a ofrecer por él un rescate y arrancarlo al enemigo, aunque para ello tuviera que pagar la cantidad de trescientos talentos.

Por este motivo llevaba consigo al hijo de siete años de Fasael, para dejarlo como prenda en poder de los árabes. Pero le salieron al encuentro mensajeros de Maleo, que le aconsejaron que se alejara. Le dijeron que los partos habían prohibido a Maleo recibir a Herodes; pero no era más que un pretexto para no devolver lo prestado, moviéndolo a comportarse en esta forma los principales de los árabes que deseaban apoderarse de lo que Antipáter ha. bía dejado en su poder. Herodes respondió que no había venido para serles molesto en lo más mínimo, sino para hablar con el rey de asuntos sumamente importantes.

2. Después, pareciéndole prudente alejarse, discretamente se dirigió a Egipto. Se detuvo en un santuario en el cual había de. jado a algunos de sus seguidores. Al día siguiente, al llegar a Rinocorura, se informó de lo que había acontecido a su hermano. Maleo, arrepentido de su conducta, corrió en pos de Herodes, pero no logró alcanzarlo pues ya estaba muy lejos, en camino hacia Pelusio. Al llegar allí las naves que estaban en el puerto se negaron a trasladarlo a Alejandría; pero se presentó a los comandantes, los cuales con gran respeto y honor lo llevaron a la capital, donde Cleopatra lo quiso retener. Sin embargo, no logró persuadirlo que se quedara a su lado; quiso irse cuanto antes a Roma, a pesar del tiempo tempestuoso y el estado de agitación en que se encontraban las cosas en Italia.

3. Se dirigió a Pamfilia, pero atacado por una gran tormenta, tuvo que refugiarse en Rodas, luego de echar al mar parte de la carga. Allí se encontró con dos de sus amigos, Sapinas y Ptolomeo.

La ciudad estaba en ruinas, por la guerra con Casiano; a pesar de su indigencia, no se negó a ayudarla, y contribuyó a rehacerla, con un esfuerzo superior a sus posibilidades. Después, habiendo equipado un trirreme, con algunos de sus amigos partió para Italia y desembarcó en Brindis. De allí marchó a Roma.

Ante todo expuso a Antonio lo que le había acontecido en Judea: que su hermano había sido encarcelado y muerto por los partos, Hircano retenido en cautiverio y Antígono nombrado rey, después de prometer mil talentos y quinientas mujeres, las que serían de las primeras familias y de raza judía; y que él se había llevado de noche a las mujeres de su familia y escapado de manos de los enemigos en medio de mil peligros. Luego explicó que los suyos se encontraban en gran peligro y que él se había hecho a la mar en medio de tempestades, apresurándose a llegar hasta él, en quien había depositado toda esperanza y de quien esperaba ayuda.

4. Antonio se compadeció de la suerte adversa de Herodes, y se hizo la reflexión común de que aquellos que están en elevada dignidad también están expuestos a sufrir las mutaciones de la fortuna.

En parte por el recuerdo de la hospitalidad que le ofreciera Antipáter, en parte por el dinero que le ofrecía Herodes si lo hacía rey, como antes lo había nombrado tetrarca, y mucho más por odio a Antígono, pues lo consideraba sedicioso y enemigo de los romanos, se manifestó dispuesto a ayudar a Herodes en lo que pedía.

Y César, en consideración al ejército de Antipáter, del que se había servido su padre en Egipto, así como también por su hospitalidad y benevolencia; y también para expresar su gratitud a Antonio, que se inclinaba en favor de Herodes, accedió a defenderlo en su dignidad y a hacer todo lo que pedía.

Se reunió el senado; Mesala y luego Atratino, después de presentar a Herodes, expusieron los beneficios que habían recibido de su padre y su buena voluntad hacia los romanos,

acusando y declarando enemigo a la par a Antígono, no sólo por los delitos cometidos anteriormente, sino por haber recibido ayuda de los partos, menospreciando a los romanos. Agitado ya por esto el senado, Antonio intervino para decir que convenía nombrar rey a Herodes para el buen éxito de la guerra contra los partos. Siendo del agrado de todos, así se determinó por decreto.

5. Tan bien dispuesto estaba Antonio en favor de Herodes, que logró que lo nombraran rey, en contra de lo que Herodes esperaba: porque éste no había ido a pedir el trono para sí, ya que no podía pensar que lo obtendría, porque los romanos acostumbraban a otorgar la corona solamente a los miembros de la familia real, sino para el hermano de su mujer, nieto de Aristóbulo por su madre y de Hircano por su padre. Y no sólo eso, sino que logró salir a los siete días de Italia. (Herodes mató a aquel adolescente, como diremos en su lugar.)

Habiéndose terminado la sesión del senado, Antonio y César, poniendo en medio a Herodes, salieron escoltados por los cónsules y los demás magistrados, para sacrificar y depositar el decreto en el Capitolio. Y Antonio festejó con un banquete este primer día del reino de Herodes. Y es así como recibió el reino, en la olimpíada ciento ochenta y cuatro, siendo cónsules Cayo Domitio Calvino por segunda vez y Cayo Asinio Polione.

6. Durante este tiempo Antígono atacaba a los que se encon. traban en Masada; éstos tenían abundancia de todo, excepto de agua, por cuyo motivo José, hermano de Herodes, con doscientos de los suyos determinó fugarse al país de los árabes. Se había informado que Maleo estaba arrepentido de lo hecho contra Herodes. Pero Dios impidió que lo llevara a cabo, haciendo llover durante ta noche. Estando llenas las cisternas, ya no había razón para huir; recobraron el valor, especialmente por tener en abundancia aquello que más necesitaban, gracias a la providencia divina. Hicieron algunas salidas para luchar contra las fuerzas de Antígono,
matando a muchos de ellos, tanto abiertamente como a escondidas.

Entretanto Ventidio, general romano, que había sido enviado a Siria para expulsar a los partos, pasó a Judea en su persecución. Pretextando que iba a proteger a José, lo que verdaderamente ansiaba era recibir dinero de Antígono. De modo que habiendo dispuesto el ejército cerca de Jerusalén, Antígono le entregó una gran cantidad de dinero y él se alejó con la mayor parte del ejército. Pero con el objeto de que no se descubriera su maldad, dejó a Silo con parte de las tropas. Antígono se ganó también a este oficial para que no le ocasionara dificultades, a la espera de que los partos le enviaran nuevos socorros.

CAPITULO XV

Regreso de Herodes a Judea. Ataca a Antígono con la ayuda de un ejércino romano mandado por Silo

1. Herodes, habiendo navegado de Italia a Ptolemáis, reunió un ejército considerable formado en parte con hombres de su nación y en parte con mercenarios; a través de Galilea, se dirigió contra Antígono. Lo ayudaban Silo y Ventidio, persuadidos por Delio, enviado por Antonio, de que prestaran ayuda a Herodes. Ventidio estaba ocupado en aquietar a las ciudades conturbadas por los partos; pero Silo permanecía en Judea, corrompido por el dinero que recibiera de Antígono. En cuanto a Herodes, a medida que avanzaba, aumentaban sus fuerzas; toda Galilea, con escasas excepciones, estaba en su favor.

Jope le impidió avanzar hacia Masada, donde tenía que salvar a sus parientes, sitiados en aquella fortaleza, porque era una ciudad enemiga. Tuvo que tomarla, para no dejar un lugar fortificado a sus espaldas cuando atacara a Jerusalén. Entonces Silo apro. vechó la oportunidad para alejarse, y mientras lo perseguían los judíos, Herodes salió a ayudarlo con exiguas tropas y habiendo derrotado a los judíos, salvó a Silo, que apenas se defendía.
Después de apoderarse de Jope, se apresuró a librar a los suyos que se encontraban en Masada. De los nativos que se le unieron
algunos lo hicieron por la amistad que tenían con su padre, otros por su gloria, otros por los beneficios recibidos de ambos, su padre y él, y muchos por la esperanza de que sería rey.
2. Reunió fuerzas considerables. Antígono ocupó los lugares estratégicos y lo hostigó con emboscadas; pero todo esto apenas si causó perjuicio alguno al enemigo. Herodes, una vez que libró a los suyos en Masada, y capturó la fortaleza de Tresa, se dirigió hacia Jerusalén, siguiéndole los ejércitos de Silo y mucha gente de Jerusalén impresionada por su poderío.
Dispuso su campamento en la parte oeste de la ciudad, pero los soldados apostados de guardia tiraban flechas y dardos sobre sus hombres; algunos hicieron salidas y atacaron sus avanzadas. Herodes ordenó que se proclamara junto a las murallas, que su propósito era el bien del pueblo y la seguridad de la ciudad; que no se vengaría de sus enemigos declarados, sino que se olvidaría de las ofensas que se le habían inferido.
Antígono, en respuesta, manifestó a Silo y al ejército romano, que obrarían contra la justicia, si dieran el reino a Herodes, simple particular e idumeo, esto es medio judío, debiendo en cambio entregarlo a hombres de estirpe real, de acuerdo con sus costumbres. Que si lograban imponerse y determinaran quitarle el reino, por haberlo recibido de los partos, había muchos de su estirpe que lo podían suceder en el trono, los cuales nada habían hecho contra los romanos, y además eran sacerdotes y tomarían a mal el que se los privara de ese honor.
Tales eran las discusiones que se pronunciaban de ambas partes. Antígono ordenó a los suyos rechazar a los enemigos. Pero éstos, acribillándolos con flechas y gracias a su acción vigorosa, los obligaron a abandonar las torres.
3. Entonces Silo puso en evidencia que estaba corrompido por dinero. Hizo que gran número de sus soldados reclamaran por la falta de alimentos, exigieran dinero para comprar víveres y pidieran un lugar adecuado para invernar, pues los campos cercanos a la ciudad eran inadecuados, por haber sido saqueados por los soldados de Antígono. Luego levantó al ejército y se preparó para retirarse. Pero Herodes insistió que no lo abandonaran los capitanes y soldados sometidos a Silo, pues habían sido enviados por César, Antonio y el senado; les prometió que cuidaría que nada
les faltara y que fácilmente podría proporcionarles abundancia de lo que pedían. A estas exhortaciones siguió una incursión por el país, de modo que Silo no tuvo pretexto ninguno para abandonarlo. Herodes consiguió una cantidad tal de alimentos que nadie la esperaba, y ordenó a los amigos que tenía en Samaria que llevaran a Jericó trigo, vino, aceite, ganado y todo lo demá4, para que en adelante a nadie le faltaran vituallas.
Pero estas actividades no se le ocultaron a Antígono, quien envió hombres para que, por medio de emboscadas pusieran dificultades a los que iban en busca de alimentos.

Hicieron lo que ordenaba Antígono, y habiendo reunido fuertes tropas se dirigieron a Jericó y ascendieron a los montes, para observar a los encargados de traer los alimentos. Herodes, entretanto, no permanecía inactivo; tomando diez cohortes, cinco de romanos, y las otras de judíos, con mercenarios y algunos de caballería, se dirigió a Jericó. Encontró abandonada la ciudad, y dejó en libertad, luego de hacerlos prisioneros, a quinientos hombres que con sus mujeres e hijos ocupaban la fortaleza; pero los romanos atacaron la ciudad y la saquearon, encontrando las casas llenas de toda clase de bienes.
El rey, luego de dejar una guarnición en Jericó, regresó, y envió a las tropas romanas a invernar en los países vecinos, Idumea, Galilea y Samaria. Antígono obtuvo, sin embargo, de Silo el favor de recibir una parte del ejército romano en Lida; con esto quería adular a Antonio. Y es así como los romanos vivieron en gran abundancia, libres del servicio de la guerra.
4. A Herodes no le pareció conveniente quedarse ocioso, y envió a su hermano José, con dos mil soldados de infantería y cuatrocientos de caballería, a Idumea. El se dirigió a Samaria y, luego de dejar allí a su madre con otros parientes, que habían logrado salir de Masada, marchó hacia Galilea, con el propósito de atacar algunas fortalezas ocupadas todavía por guarniciones de Antígono.
Llegó a Séforis en momentos en que nevaba; la guarnición de Antígono se había retirado secretamente, de modo que se encontró aprovisionado abundantemente. Luego, informado que había ladrones que se escondían en las cuevas de los alrededores, envió a un destacamento de caballería y tres cohortes de infan-
tería, para poner fin a sus depredaciones. Estaban cerca del pueblo de Arbela.
Herodes llegó hacia el cuadragésimo día, con todo el ejército. El enemigo atacó audazmente y se impuso sobre el ala izquierda de sus fuerzas; cuando apareció Herodes con sus tropas de refuerzo puso en fuga a los que estaban venciendo y animó a sus tropas en derrota. Después persiguió al enemigo hasta el Jordán por diversos caminos.
Así se adueñó de toda Galilea, con excepción de los que se encontraban en las cuevas. Después distribuyó a sus soldados cincuenta dracmas de plata a cada uno, y a los jefes mucho más, dejándolos en libertad para que invernaran.
Entretanto Silo se reunió con él, así como también los jefes que habían ya establecido cuarteles de invierno. Antígono rehusaba darles víveres; los había mantenido solamente un mes, y ordenado luego a los pueblos de los alrededores, que levantaran todo lo que había en los campos y se retiraran a los montes, a fin de que los romanos, privados de lo necesario, fallecieran de hambre.
Herodes encomendó su cuidado a Feroras, su hermano menor, ordenándole también que fortificara a Alexandreion. Feroras no tardó en procurar que los soldados romanos abundaran en todo, y fortificó a Alexandreion, que había sido devastada'.
5. Por este tiempo Antonio vivía en Atenas. Ventidio estaba en Siria y envió a Silo contra los partos; pero le ordenó que antes ayudara a Herodes en su guerra, y luego que convocara a los aliados para la guerra que iban a llevar los romanos 2. Pero Herodes, empeñado en la persecución de los ladrones que moraban en las cavernas, envió a Silo a Ventidio, y él partió de inmediato contra sus adversarios. Las cuevas estaban situadas en unas montafas muy abruptas; tenían a media altura entradas de muy difícil acceso, rodeadas de rocas escarpadas. Escondidos en estas

1 Según La Guerra, Herodes encarga a Feroras que abastezca, no a las tropas romanas de Silo, sino a sus propios soldados, a los que entrega, por otra parte, ciento cincuenta dracmas a cada uno, y no cincuenta como dice aquí (Cf. 1, 16, 3).
2 Texto poco claro.
cuevas vivían los ladrones con sus bienes. El rey hizo construir unos cofres, los suspendió con cadenas de hierro y, con ayuda de una máquina, los hizo descender desde lo alto; pues no había posibilidad de atacarlos desde lo bajo del monte por las rocas, ni de descender desde lo alto. Las arcas estaban llenas de soldados que tenían largos garfios, con los cuales debían apresar a los que se resistieran y precipitarlos al abismo.
Pero se comprobó que el descenso de estas arcas era peligroso a causa de la gran altura, a pesar de que los soldados tenían en su interior todo lo que precisaban. Habiendo descendido las arcas, no se atrevió a acercarse ninguno de los que se encontraban en las cuevas, y se mantuvieron quietos y llenos de temor. Uno de los soldados, sosteniéndose con las dos manos en la cadena de la cual estaba suspendido el cofre, se deslizó hacia la abertura de la cueva, irritado por la lentitud con que los ladrones procedían a salir. Se aproximó a una de las bocas de la cueva; primeramente atacó a sus ocupantes a flechazos; luego atrajo con los garfios a los que resistieron y los precipitó; después atacó a los que se habían escondido y degolló a muchos de ellos y finalmente regresó al arca. Los otros, oyendo los gritos, se aterrorizaron y desesperaron de poder salvarse. Pero, habiendo sobrevenido la noche, no pudo darse fin a la obra; muchos de los ladrones, con permiso del rey, se sometieron por intermedio de mensajeros 1.
Al día siguiente adoptaron el mismo medio de lucha; desde los cofres los asaltaron más vigorosamente, atacaron las entradas y
arrojaron fuego. El incendio se propagó a las cavernas, pues había mucha madera. Estaba encerrado un anciano con siete hijos y la
mujer, y éstos le pidieron que les permitiera entregarse al enemigo; pero él se quedó en la puerta, y a medida que salía cada uno
de los suyos lo degollaba, hasta que mató a todos los hijos y finalmente a su esposa; después de lanzar los cuerpos por el preci
picio se arrojó él mismo, prefiriendo la muerte a la servidumbre. Antes de morir llenó de reproches a Herodes por la bajeza de su condición; Herodes, que contemplaba todo !o que acontecía,
1 En La Guerra, en cambio (1, 16, 14), dice que ninguno de ellos se rindió voluntariamente.
le tendió la mano y le prometió total perdón. En esta forma se apoderaron de las cuevas de los ladrones.
6. Luego el rey, habiendo nombrado a Ptolomeo comandante de esta región, se dirigió a Samaria con seiscientos hombres de caballería y tres mil de infantería, para luchar contra Antígono. Pero de poco le aprovechó a Ptolomeo su gobierno; pues los que mantenían conturbada a Galilea, lo atacaron y mataron; después huyeron hacia lugares pantanosos e inaccesibles, devastando y robando por toda la región. Pero Herodes de regreso los castigó; mató a parte de los rebeldes, atacó a los que se encontraban en lugares fortificados, los mató y allanó las fortificaciones. De esta manera terminó con la sedición e impuso a las poblaciones una multa de cien talentos.
7. Entretanto Pacoros murió en una batalla y habiendo sido derrotados los partos, Ventidio, por instancias de Antonio, envió como refuerzo a Herodes a Maqueras con dos

legiones y mil soldados de caballería. Pero Maqueras, corrompido por el dinero de Antígono, a pesar de las protestas de Herodes, se alejó con el pretexto de informarse de los asuntos de Antígono. Pero sospechando éste sus intenciones, no lo admitió, lo rechazó a hondazos, no ocultando sus propósitos.
Maqueras, al darse cuenta que Herodes le había aconsejado lo mejor, y que se había equivocado al no obedecerle, se dirigió a Emaús y a todos los judíos que encontraba, los degollaba, fuesen amigos o enemigos, indignado por lo que le había acontecido.
El rey se disgustó mucho y se dirigió a Samaria. Determinó informar sobre el particular a Antonio; le diría que no necesitaba aliados que lo perjudicaban más que los enemigos; que se bastaba él sólo para luchar contra Antígono. Maqueras, que lo acompañaba, le pidió que no fuera, y si le era indispensable ir, que le dejara a su hermano José para luchar con él contra Antígono. Por último, Herodes se reconcilió con Maqueras que le rogaba tan vehementemente, y dejó a José con un ejército, encomendándole que no iniciara la guerra ni entrara en contienda con Maqueras.
8. Herodes se apresuró a marchar a reunirse con Antonio; éste estaba sitiando la plaza fuerte de Samosata, sobre el Eufrates. Tenía consigo refuerzos de infantería y de caballería. Habiendo llegado a Antioquía encontró a mucha gente dispuesta a reunirse con Antonio, que se abstenía de hacerlo por miedo de que los bárbaros les salieran al encuentro y los mataran. Herodes los congregó y se puso al frente para conducirlos.
Un día antes de llegar a Samosata los bárbaros les tendieron una emboscada. En un lugar donde un espeso bosque impedía la entrada a la llanura, los partos se ocultaron con la caballería, con la orden de no atacar hasta que la columna hubiera llegado a un lugar transitable para los caballos. Luego que pasaron los primeros (Herodes se encontraba en la retaguardia), cayeron de pronto sobre ellos los emboscados, que eran unos quinientos jinetes, y pusieron en fuga a la delantera de la columna; pero el rey se precipitó sobre ellos e hizo huir a los asaltantes.
Con esto infundió ánimo a los suyos y les hizo perder el miedo. de modo que aquellos que escapaban volvieron a la lucha e hicieron un gran destrozo entre los enemigos. El rey se encarnizó en la matanza, y luego de haber recobrado todo el convoy disperso, pues contaba con mucho equipo y esclavos, continuó su camino. Muchos desde los bosques cercanos salían para atacarlos en la llanura; a todos ellos los puso en fuga, matando a muchos de ellos y asegurando el avance a los que lo seguían. Estos lo llamaban su salvador y protector.
9. Ya cerca de Samosata, Antonio le envió parte del ejército para honrarlo y al mismo tiempo auxiliarlo: pues supo que los bárbaros lo habían atacado. Se alegró de su compañía; al saber lo que había acontecido en el camino, lo recibió con toda amabilidad y admiró su valor.
Así que llegó a su presencia, Antonio lo saludó y le tributó el máximo honor, como cuadraba a un hombre a quien hacía poco había hecho rey.
Poco después Antíoco rindió la plaza y se terminó la guerra. Antonio confió Siria a Sosio y después de ordenarle que ayudara a Herodes, se dirigió a Egipto. Sosio envió a Herodes, a Judea, dos legiones auxiliares, y él las siguió con el grueso del ejército.
10. José fué muerto en Judea de la siguiente manera. Olvidando las recomendaciones que le había dado su hermano cuando partió a encontrarse con Antonio, acampó en las montañas, con las cinco cohortes que le entregara Maqueras y con las cuales se dirigió apresuradamente a Jericó con el propósito de apoderarse

le tendió la mano y le prometió total perdón. En esta forma se apoderaron de las cuevas de los ladrones.
6. Luego el rey, habiendo nombrado a Ptolomeo comandante de esta región, se dirigió a Samaria con seiscientos hombres de caballería y tres mil de infantería, para luchar contra Antígono. Pero de poco le aprovechó a Ptolomeo su gobierno; pues los que mantenían conturbada a Galilea, lo atacaron y mataron; después huyeron hacia lugares pantanosos e inaccesibles, devastando y robando por toda la región. Pero Herodes de regreso los castigó; mató a parte de los rebeldes, atacó a los que se encontraban en lugares fortificados, los mató y allanó las fortificaciones. De esta manera terminó con la sedición e impuso a las poblaciones una multa de cien talentos.
7. Entretanto Pacoros murió en una batalla y habiendo sido derrotados los partos, Ventidio, por instancias de Antonio, envió como refuerzo a Herodes a Maqueras con dos legiones y mil sol. dados de caballería. Pero Maqueras, corrompido por el dinero de Antígono, a pesar de las protestas de Herodes, se alejó con el pretexto de informarse de los asuntos de Antígono. Pero sospechando éste sus intenciones, no lo admitió, lo rechazó a hondazos, no ocultando sus propósitos.
Maqueras, al darse cuenta que Herodes le había aconsejado lo mejor, y que se había equivocado al no obedecerle, se dirigió a Emaús y a todos los judíos que encontraba, los degollaba, fuesen amigos o enemigos, indignado por lo que le había acontecido.
El rey se disgustó mucho y se dirigió a Samaria. Determinó informar sobre el particular a Antonio; le diría que no necesitaba aliados que lo perjudicaban más que los enemigos; que se bastaba él sólo para luchar contra Antígono. Maqueras, que lo acompañaba, le pidió que no fuera, y si le era indispensable ir, que le dejara a su hermano José para luchar con él contra Antígono. Por último, Herodes se reconcilió con Maqueras que le rogaba tan vehementemente, y dejó a José con un ejército, encomendándole que no iniciara la guerra ni entrara en contienda con Maqueras.
8. Herodes se apresuró a marchar a reunirse con Antonio; éste estaba sitiando la plaza fuerte de Samosata, sobre el Eufrates. Tenía consigo refuerzos de infantería y de caballería. Habiendo llegado a Antioquía encontró a mucha gente dispuesta a reunirse con Antonio, que se abstenía de hacerlo por miedo de que los bárbaros les salieran al encuentro y los mataran. Herodes los congregó y se puso al frente para conducirlos.
Un día antes de llegar a Samosata los bárbaros les tendieron una emboscada. En un lugar donde un espeso bosque impedía la entrada a la llanura, los partos se ocultaron con la caballería, con la orden de no atacar hasta que la columna hubiera llegado a un lugar transitable para los caballos. Luego que pasaron los primeros (Herodes se encontraba en la retaguardia), cayeron de pronto sobre ellos los emboscados, que eran unos quinientos jinetes, y pusieron en fuga a la delantera de la columna; pero el rey se precipitó sobre ellos e hizo huir a los asaltantes.
Con esto infundió ánimo a los suyos y les hizo perder el miedo, de modo que aquellos que escapaban volvieron a la lucha e hicieron un gran destrozo entre los enemigos. El rey se encarnizó en la matanza, y luego de haber recobrado todo el convoy disperso, pues contaba con mucho equipo y esclavos, continuó su camino. Muchos desde los bosques cercanos salían para atacarlos en la llanura; a todos ellos los puso en fuga, matando a muchos de ellos y asegurando el avance a los que lo seguían. Estos lo llamaban su salvador y protector.

9. Ya cerca de Samosata, Antonio le envió parte del ejército para honrarlo y al mismo tiempo auxiliarlo: pues supo que los bárbaros lo habían atacado. Se alegró de su compañía; al saber lo que había acontecido en el camino, lo recibió con toda amabilidad y admiró su valor.
Así que llegó a su presencia, Antonio lo saludó y le tributó el máximo honor, como cuadraba a un hombre a quien hacía poco había hecho rey.
Poco después Antíoco rindió la plaza y se terminó la guerra. Antonio confió Siria a Sosio y después de ordenarle que ayudara a Herodes, se dirigió a Egipto. Sosio envió a Herodes, a Judea, dos legiones auxiliares, y él las siguió con el grueso del ejército.
10. José fué muerto en Judea de la siguiente manera. Olvidando las recomendaciones que le había dado su hermano cuando partió a encontrarse con Antonio, acampó en las montañas, con las cinco cohortes que le entregara Maqueras y con las cuales se dirigió apresuradamente a Jericó con el propósito de apoderarse
de la cosecha. El ejército de los romanos estaba formado por novatos inexpertos, reunidos en gran parte en Siria, y José fué interceptado en lugares difíciles por el enemigo, muriendo él gloriosamente con las armas en la mano. Todo el ejército se perdió, pereciendo las seis cohortes. Antígono se apoderó de los muertos y cortó la cabeza a José, la que su hermano Feroras quiso recuperar por quinientos talentos.
Después de esto los galileos se apartaron de sus dirigentes y echaron al lago a los que estaban en favor de Herodes. Hubo revueltas en varias partes de Judea. En cuanto a Maqueras, fortificó la plaza de Gita.
11. Interín algunos mensajeros anunciaron a Herodes lo acontecido; le comunicaron en Dafné de Antioquía la muerte de su hermano, noticia que estaba esperando por visiones que tuvo en sueños y que se la anunciaban abiertamente. Se apresuró, y luego de llegar al monte Líbano, tomó casi ochocientos hombres del lugar, a más de la legión romana de que disponía, y se dirigió a Ptolemáis; salió de allí durante la noche con el ejército, en camino a Galilea. Los enemigos le hicieron frente, pero vencidos se retiraron a la fortaleza de donde habían salido.
Los atacó al día siguiente; pero a causa de una gran tempestad, al comprobar que nada podía hacer, condujo su ejército a las poblaciones vecinas. En esto le llegó otra legión enviada por Antonio; por lo cual, atemorizados los que retenían la fortaleza, durante la noche la abandonaron. El rey se apresuró a marchar hacia Jericó, con el propósito de vengar la muerte del hermano.
Después de haber acampado, invitó a los magistrados a cenar; finalizado el banquete, despidió a los asistentes y se retiró a su cámara. Y aquí puede verse la benevolencia de Dios hacia el rey; se desplomó el techo de la sala del banquete, sin matar a nadie. Por este hecho todos consideraron que Herodes debía de ser amado de Dios, por haber escapado a un peligro tan grande e inesperado.
12. Al día siguiente seis mil enemigos, que descendían de las cimas de los montes, atemorizaron a los romanos. Las tropas armadas a la ligera atacaron con dardos y piedras a los soldados cercanos al rey, que se habían adelantado; el mismo rey fué herido en un costado por un dardo. Antígono envió a Samaria a un capitán, de nombre Papo, con algunas tropas, queriendo que los
enemigos pensaran que disponía de soldados de sobra para hacer la guerra. Pero Maqueras se apostó cerca de este capitán; y Herodes, habiéndose apoderado de cinco

pequeñas ciudades, mandó matar a dos mil prisioneros, incendió las poblaciones y marchó contra Papo.
Este había acampado en el poblado llamado Isana. Fluían en abundancia los refuerzos desde Jericó y Judea. Cuando se encontró cerca de los enemigos, los atacó audazmente; pero Herodes se impuso, y con el objeto de vengar a su hermano, persiguió a muerte a los fugitivos. Las casas estaban llenas de soldados, a veces hasta debajo de los techos; se apoderó de ellas, y habiendo levantado el techado, encontraron el interior lleno de soldados, reunidos en grupos compactos. Los mataron tirándoles piedras desde arriba: fué el espectáculo más cruel de la guerra, la vista de esa multitud de muertos reunidos en montones en el interior de las casas. Esto desanimó mucho a los enemigos, preocupados por lo futuro. Se podían ver las tropas numerosas, que venían de lejos, alrededor de la población. Y se escaparon. Si no lo hubiese impedido una violenta tempestad, el ejército del rey habría invadido a Jeru. salén, confiado en la victoria, y se habría terminado la guerra. Pues ya Antígono estaban pensando en la fuga y en alejarse de la ciudad.
13. El rey, como era tarde, dispuso que los soldados fueran a cenar. El mismo, fatigado, se retiró a una habitación para lavarse. Entonces se expuso a un gran peligro, del cual escapó por providencia divina. Estaba desarmado y con un criado que lo seguía; se encontraba en el interior de la casa, lavándose. Allí había algunos enemigos escondidos, llenos de terror. Mientras se estaba lavando, uno salió del escondite con la espada desenvainada, luego otro y un tercero, también armados. Se quedaron tan atónitos, que sin herir al rey se contentaron con poder escapar sin correr peligro.
Al día siguiente Herodes envió a Feroras la cabeza de Papo, que había caído en la batalla, vengándose así del fin sufrido por su hermano, a quien Papo había dado muerte.
14. Finalizada la mala estación, puso en movimiento al ejército, se trasladó a Jerusalén y acampó cerca de la ciudad. Era el tercer año desde que fuera creado rey en Roma. Se aproximó a
los muros, en aquella parte que era más vulnerable, frente al Templo, con el propósito de atacar a la ciudad en la misma forma que antes lo había hecho Pompeyo. Levantó tres terraplenes e hizo torres, empleando numerosos soldados para cortar los bosques de los alrededores.
Después de poner al frente de estas obras a hombres capaces, habiendo dejado bien instalado el ejército, se dirigió a Samaria para casarse con la hija de Alejandro hijo de Aristóbulo; pues se habían desposado, como se dijo antes.

CAPITULO XVI

Llegada de Sosio. Sitio y toma de Jerusalén por Sosio y Herodes

1. Después de las nupcias llegó Sosio por Fenicia, luego de enviar sus tropas por el interior; traía gran número de soldados de caballería y de infantería. El mismo rey regresó desde Samaria, llevando consigo un gran ejército, además del anterior, que sumaba casi treinta mil hombres. Todos se concentraron ante los muros de Jerusalén y acamparon en el muro de la parte norte de la ciudad. El ejército estaba formado por once legiones de infantería y seis mil soldados de caballería, a más de las tropas auxiliares enviadas desde Siria. Al frente del ejército había dos jefes, Sosio enviado por Antonio para prestar auxilio, y Herodes, que luchaba por su cuenta, para que, una vez excluido del poder Antígono, que había sido declarado enemigo de Roma, ocupara el trono, de acuerdo con el decreto del senado.

2. Con gran ardor y encarnizamiento, lo que puede esperarse de todo un pueblo reunido, resistían a Herodes, los judíos, encerrados dentro de sus murallas; creían que por estar cerca del Templo, Dios los protegería y libraría de todo peligro. Se habían apoderado de todo lo que había fuera de la ciudad, para no dejar nada ni para los hombres ni para los animales, y por medio de robos clandestinos querían reducir al hambre al enemigo. Herodes se dió cuenta de todo esto; así que dispuso emboscadas contra los ladrones en lugares adecuados. Habiendo enviado legiones para
procurar lo necesario desde lejos, en poco tiempo dispuso de todo lo que precisaba en abundancia.
Siendo muchos los que trabajaban, rápidamente se terminaron los tres terraplenes; pues era verano, y nada se oponía a la construcción, ni el tiempo ni la falta de trabajadores. Se insta. laron las máquinas, se sacudieron los muros y se pusieron en práctica todos los medios. Pero los que estaban dentro, no se atemorizaron; al contrario, imaginaron no pocos ardides contra los sitiadores; incendiaron sus obras iniciadas o terminadas, y en la lucha a causa de su audacia no fueron inferiores a los roma nos, aunque sí en conocimientos y destreza. Contra las máquinas elevaban nuevos muros, cuando veían destruídos los primeros; se deslizaban bajo tierra al encuentro del enemigo y combatían a sus mineros. Atentos más bien a su desesperación que a consejos prudentes, llevaban la guerra al extremo, a pesar de estar rodeados por un gran ejército, y sometidos al hambre y a la indigencia de cosas necesarias. Aconteció que por la misma época cayó el año sabático.
Finalmente los muros fueron escalados, primeramente por veinte hombres seleccionados, luego por los centuriones de Sosio. El primer muro fué tomado en cuarenta días, el segundo en quince. Algunos pórticos cerca del Templo resultaron quemados; Antígono, con el propósito de indisponer a Herodes con los judíos, lo calumnió acusándolo de haberlos incendiado.
Conquistados el exterior del Templo y la parte inferior de la ciudad, los judíos se retiraron al interior del Templo y a la ciudad superior. Temerosos de que los romanos les prohibieran hacer los diarios sacrificios a Dios, les enviaron mensajeros pidiendo permiso para introducir únicamente víctimas. Herodes, convencido de que se iban a entregar, les concedió permiso. Pero cuando le pareció que no se cumplía nada de lo que esperaba, sino que cada vez luchaban con más ardor por el reino de Antígono, atacó a la ciudad y la tomó violentamente.
Por todas partes había cadáveres, pues los romanos estaban indignados por la prolongación del asedio y los judíos partidarios de Herodes no querían dejar ningún adversario. Degollaron a los que se habían refugiado en calles estrechas, en las casas y en el Templo; no perdonaron a los niños, ni a los ancianos, ni
a la debilidad de las mujeres. Y a pesar de que el rey enviaba mensajeros por todos lados para que hubiera moderación, nadie se contenía; mataban furiosamente a todos, sin distinción de edad.
Entretanto Antígono, sin tener en cuenta su situación pasada y presente, descendió de la torre de Baris, y se echó a los pies de Sosio. Este, sin compadecerse en lo más mínimo de su mala suerte, lo insultó desmedidamente y lo llamó Antígona; pero en vez de dejarlo libre como a una mujer, lo hizo encadenar y encarcelar.
3. Vencido el enemigo, Herodes quiso hacerse respetar por las fuerzas extranjeras auxiliares, que se precipitaban a ver el Templo y los objetos sagrados que en él se

guardaban. Con ruegos y amenazas y en algunos casos violentamente, el rey logró detenerlos, considerando que la victoria sería más grave que la derrota, si vieran alguna de aquellas cosas que no les era lícito contemplar. Prohibió también saquear la ciudad, preguntando una y otra vez a Sosio si los romanos tenían el propósito de entregarle una ciudad solitaria, sin dinero y sin hombres. Declaró que el mismo imperio del mundo no sería sino una débil compensación por la muerte de tantos ciudadanos. Sosio le respondió que el saqueo era una justa recompensa por los trabajos del asedio; Herodes declaró que él con su dinero recompensaría a cada uno de ellos. Y así rescató lo que restaba de la ciudad.

Recompensó magníficamente a cada uno de los soldados y a los jefes en proporción; el mismo Sosio recibió una recompensa realmente elevada. De modo que todos partieron llenos de riquezas.

4. Esta gran calamidad aconteció a la ciudad de Jerusalén siendo cónsules Marco Agripa y Caninio Galo, en la olimpíada ciento ochenta y cinco, en el mes tercero, durante la fiesta del ayuno, en el mismo aniversario de la calamidad que aconteció bajo Pompeyo; pues Jerusalén fué tomada en el mismo día después de veintisiete años. Sosio, luego de consagrar a Dios una corona de oro, salió de Jerusalén, llevándose prisionero a Antígono para entregarlo a Antonio.

Pero Herodes temió que Antonio le conservara la vida a Antí. gono y lo llevara a Roma donde Antígono podría defender su causa ante el senado, probando que era de estirpe real, mientras
que Herodes era un particular, y que el reino pertenecía, si no a él, por haber incurrido en culpa ante los romanos, a sus hijos; con este miedo, comprándolo con mucho dinero, persuadió a Antonio que matara a Antígono. Así Herodes se libró de su temor.

De esta manera dejó de existir el reinado de la casa de los Asmoneos, después de ciento veintiséis años. Fué una casa noble e ilustre, tanto por su estirpe como por haber tenido el honor del pontificado y por lo que hicieron en favor de la nación sus mayores. Pero por sus mutuas disensiones perdieron el gobierno; y éste pasó a Herodes, hijo de Antipáter, hombre plebeyo, de una familia de simples particulares, súbditos del rey. Tal fué, de acuerdo con lo que nos ha sido transmitido, el fin de la familia de los Asmoneos.

LIBRO XV

Contiene un lapso
de dieciocho años

CAPITULO I

Antonio hace decapitar a Antígono en Antioquía. Herodes
elimina a cuarenta y cinco partidarios de Antígono

1. En el libro anterior explicamos que Sosio y Herodes se habían apoderado violentamente de Jerusalén, haciendo cautivo a Antígono; ahora pasaremos a exponer los acontecimientos posteriores. Después que Herodes logró dominar en toda Judea, recompensó a todos los que estuvieron de su lado cuando era un simple particular; en cuanto a los adversarios, se vengó de ellos y no dejó pasar un día sin atormentarlos.

Gozaban de gran prestigio con el rey el fariseo Polio y su discípulo Sameas. Estos, durante el sitio de Jerusalén, habían aconsejado a los ciudadanos que admitieran a Herodes; por este motivo se granjearon su favor. Sameas es el mismo que había predicho en otro tiempo, cuando Herodes fué acusado de un asunto capital, a Hircano y a los jueces que si aquél resultaba absuelto algún día se vengaría de todos ellos. Lo que se

demostró con el correr del tiempo, haciendo Dios que se comprobara la verdad de sus palabras.
2. Dueño de Jerusalén, recogió riquezas de toda índole y des. pojó a los ricos, reuniendo una gran cantidad de plata y oro; y con todo esto hizo regalos a Antonio y a sus familiares. Hizo matar a los cuarenta y cinco principales del partido de Antígono, habiendo puesto guardias en las puertas de la ciudad para que no sacaran nada junto con los muertos. Los cadáveres eran despo-
jados, y todo lo que se encontraba en su poder de oro o de plata era llevado al rey. Los desastres de la nación no tenían fin, en parte por avaricia del que dominaba, pues se encontraba necesitado, y en parte porque, por tratarse del año sabático, la tierra estaba sin cultivar.
Antonio recibió a Antígono; y decretó que permaneciera como prisionero hasta el triunfo. Pero cuando supo que el pueblo estaba agitado y que por odio a Herodes conservaba su buena voluntad hacia Antígono, decidió hacerle cortar la cabeza; de lo contrario, no habría paz entre los judíos. Atestigua mis palabras el testimonio del capadocio Estrabón, cuando dice:
"Antonio hizo decapitar al judío Antígono que había sido conducido a Antioquía; y éste parece que fué el primer romano que hizo decapitar a un rey, pensando que no habría otra forma de hacer que los judíos reconocieran a Herodes, que había reemplazado en su lugar a Antígono; pues ni con tormentos se podía lograr que lo llamaran rey, tan fuerte era la estima en que tenían al que lo fuera antes. Antonio pensó que el suplicio ignominioso de Antígono disminuiría su prestigio y mitigaría el odio del pueblo contra Herodes."
Hasta aquí Estrabón.

CAPITULO II

Hircano es enviado de vuelta a Jerusalén por el rey de los partos. Herodes nombra sumo sacerdote a Aristóbulo, her mano de su esposa Mariamne

1. Informado de que Herodes ocupaba el trono, el pontífice Hircano, cautivo de los partos, fué a reunirse con él, librándose de la cautividad de la siguiente forma. Barzafarnes y Pacoros, jefes de los partos que habían apresado a Hircano, ex pontífice y ex rey de los judíos, y a Fasael, hermano de Herodes, los llevaron al país de los partos. Fasael, no pudiendo sufrir la vergüenza

1 Esta explicación se contradice con la que Josefo nos da apenas unas líneas más atrás sobre las causas que movieron a Antonio a ejecutar a Antígono (penúltimo párrafo del Libro XIV).

del cautiverio y considerando que era más glorioso morir que llevar una vida cualquiera, se suicidó, como ya dijimos.
2. En cuanto a Hircano, Fraates, rey de los partos, al conocer la nobleza de su estirpe, lo trató con clemencia. Lo dejó en libertad y le permitió que viviera en Babilonia, donde había muchos judíos. Estos lo consideraron pontífice y rey, así como todos los judíos que vivían en la zona que se extendía hasta el Eufrates; todo lo cual fué grato para Hircano. Pero cuando se enteró que Herodes había conquistado el trono, tuvo nuevas esperanzas, ya por ser amigo de Herodes desde el principio, ya con la confianza de que se acordaría de los bene. ficios recibidos, cuando llamado a juicio y condenado a morir, lo libró de ese

peligro. Habló sobre esto con los judíos que le eran más íntimos. Pero éstos procuraron persuadirlo que se quedara, recordándoles las atenciones y honores que le tributaban, y que nada le faltaba para su dignidad tanto de rey como de pontífice; que en Jerusalén no los conseguiría mayores, a causa de la mutilación sufrida en su cuerpo por Antígono; y que los reyes no suelen reconocer los beneficios que recibieron siendo simples particulares, pues la mutación de la suerte los cambia también mucho a ellos.
3. A pesar de estas exhortaciones beneficiosas para él, Hircano decidió partir. Herodes le escribió pidiéndole que solicitara a Fraates y a los judíos de Babilonia que no lo privaran del placer de compartir el reino con él, pues había llegado la hora de devolver los favores al que lo había educado y salvado la vida, y de remunerarle sus servicios.
Herodes envió también ante Fraates a Saramala como legado, con muchos regalos y con el pedido de que no le impidiera que pudiera ser agradecido a un hombre a quien tanto debía. Pero no era éste su verdadero deseo; como detentaba la dignidad real sin tener rango para ello, temía que se pudieran producir cambios, y quería tener a Hircano en su poder y aun eliminarlo totalmente. Lo que llevó a cabo más adelante.
4. Lleno de esperanzas, Hircano fué dejado libre por el parto y obtuvo dinero de los judíos. Herodes lo recibió con grandes honores, le cedió el primer lugar en las asambleas y la presidencia en los banquetes, lo engañó en toda forma, llamándolo padre y alejando, de este modo, toda sospecha de su mente. Pero tomó en su propio interés otras medidas que causaron agitación en su propia casa; entre otras, para evitar que el sumo sacerdote pasara a la categoría de gran personaje, hizo venir de Babilonia a un sacerdote oscuro, Ananel, a quien entregó el pontificado.
5. Alejandra no toleró esta injuria. Era hija de Hircano, viuda de Alejandro, hijo del rey Aristóbulo, madre de dos hijos: uno llamado Aristóbulo, en la flor de la juventud, y una hija casada con Herodes, Mariamne, insigne por su hermosura. Quedó muy indignada y no pudo sufrir la ofensa inferida a su hijo, de que viviendo él se le entregara a otro el pontificado. Escribió a Cleopatra, a quien hizo llegar la carta por intermedio de un cantor, pidiéndole que solicitara a Antonio el pontificado para su hijo.
6. Antonio puso dificultades para dejarse convencer. Por aquel tiempo su amigo Delio, que había ido a Judea por algunos negocios, vió a Aristóbulo y quedó impresionado por los encantos del joven y por su talle y hermosura, no menos que por los de Mariamne, la esposa de Herodes; no dejó de felicitar a Alejandra por haber tenido dos hijos tan hermosos. En conversaciones que tuvo con ella, la persuadió que le entregara para Antonio dos retratos de sus hijos; una vez que los hubiera visto, no se negaría a ninguna de sus demandas. Convencida por estas palabras Alejandra envió los retratos 1. Por su parte Delio exageró la nota, diciendo que los jóvenes no eran hijos de hombres, sino de algún dios. Su propósito era que Antonio los hiciera venir para servirse de ellos para sus placeres.
Antonio no se animó a llamar a la joven, por estar casada con Herodes y porque sería considerado como un crimen en relación a Cleopatra. Pero escribió que le enviaran al muchacho con algún pretexto honesto, siempre que no les resultara demasiado molesto. Herodes no consideró conveniente enviarle a Aristóbulo, entonces de dieciséis años, y que pertenecía a una familia ilustre, para que abusara de él a su placer; Antonio, el más poderoso de los romanos, hacía lo que le venía en gana y se entregaba sin misterio a todos los deleites. Respondió que por poco que el joven

1 En La Guerra (1, 22, 3) la madre y la hermana de Herodes acusan a Mariamne de haber enviado su propio retrato a Antonio.

saliera del país, habría guerra y desórdenes en todas partes, pues los judíos concebirían la esperanza de un cambio y de una revolución bajo otro rey.

7. Después de haberse excusado en esta forma ante Antonio, determinó no tener por más tiempo al muchacho y a Alejandra privados de todo honor, además de que Mariamne, su esposa, constantemente le pedía que pusiera en el pontificado a su hermano; y que esto estaría de acuerdo con sus propios intereses, pues retenido por el cargo se vería en la imposibilidad de salir del país. Habiendo reunido a los amigos se quejó amargamente de Alejandra, de que ocultamente conspiraba contra él y por medio de Cleopatra procuraba que lo despojaran del reino y que su hijo adolescente, con ayuda de Antonio, tomara a su cargo el gobierno. Designios injustos, pues con ello privaría a su hija de la dignidad a que había llegado y provocaría sediciones en el reino, cuando él lo consiguió con tantos esfuerzos y peligros. Pero en cuanto a él, a pesar de que no ignoraba lo mal que se había procedido, no dejaría de ser equitativo, pues pensaba entregar el pontificado al hijo de Alejandra; y si antes había otorgado el pontificado a Ananel fué porque Aristóbulo era demasiado niño.

Esto no lo dijo al azar, sino a sabiendas y con toda intención, para engañar a las dos mujeres y a los amigos presentes. Con esto Alejandra se alegró sobremanera por algo que no esperaba, pero temió que no fuera verdad; y dijo que ella se había preocupado en gran manera del sacerdocio, pero que nunca había tenido intención sobre el reino; y que no aceptaría el último, aunque se lo ofreciese, pues era suficiente honroso que Herodes lo tuviera y bastante seguro para su familia, pues Herodes por naturaleza estaba destinado a gobernar. Le resultaba grato el honor conferido al hijo y que, en adelante, sería obediente; y pidió que la perdonara si el afecto a su familia y su franqueza natural la habían empujado, por despecho ante la injusticia cometida, a alguna temeridad. Después de esto hicieron las paces y quedaron en mucha mejor armonía que antes, pues habían desaparecido las sospechas.

CAPITULO III

Asesinato de Aristóbulo. Herodes, denunciado por Cleopa tra, se justifica ante Antonio

1. Por lo tanto muy pronto Herodes privó del pontificado a Ananel el cual, como dijimos, no era del país, sino un judío de la colonia que estaba más allá del Eufrates. Pues muchos miles de este pueblo habían sido transferidos para que habitaran cerca de Babilonia; entre ellos se encontraba Ananel, de la estirpe de los sumos sacerdotes', y desde hacía tiempo relacionado íntimamente con Herodes. Lo honró cuando consiguió el trono, pero lo privó de la dignidad, para apaciguar el malestar doméstico, obrando en contra de la ley. El primero que faltó a esta ley fué Antíoco Epífanes, quien depuso a Jesús, para reemplazarlo por su hermano Onías; el segundo fué Aristóbulo, que depuso a su hermano Hircano, y el tercero Herodes, que dió el cargo al joven Aristóbulo.

2. Le pareció que con esto remediaba el malestar doméstico. Sin embargo, como era de esperar, después de la reconciliación no dejó de sospechar, y consideró conveniente guardarse de Alejandra tanto por lo acontecido anteriormente, como porque estaría dispuesta a aprovechar cualquier oportunidad en lo futuro. Por lo tanto, le ordenó que se quedara en el palacio sin ejercer poder ninguno; además la hizo vigilar, de modo que

nada que hiciera fuera de lo común, le era desconocido. Todas estas cosas la exacerbaron y acrecentaron su odio. Llena de soberbia femenina, no toleraba que se sospechara de ella, prefiriendo sufrir cualquier cosa antes que llevar una vida sin libertad, reducida a servidumbre y miedo.
Informó a Cleopatra, lamentándose extensamente de su situación, y pidiéndole que, en la medida de lo posible, la ayudara. Ella le aconsejó que ocultamente se fugara a Egipto con su hijo. El consejo le pareció bueno y lo preparó de la siguiente manera. Se procuró dos cajones de los que se utilizan para llevar los muertos, en los cuales se escondió ella y su hijo, después de encargar a los criados, informados del plan, que los trasladaran durante
1 Esta apreciación contradice la anterior, la que Josefo nos da en el párrafo 4 del capítulo anterior, de que era un oscuro sacerdote.
la noche. Se encaminarían al mar, donde una nave ya preparada los llevaría a Egipto. Pero su criado Esopo, que se encontró con Sabión, un amigo de Alejandra, le habló del asunto, como si el último estuviera informado. Sabión, que era mal visto por Herodes, pues se creía que había sido uno de los que envenenaron a Antipáter, esperó que con la delación de esta huída se libraría del odio del rey.
Expuso al rey el propósito de Alejandra. El rey la dejó obrar hasta cumplir con su propósito de escapar, y la detuvo en flagrante delito de evasión. Con todo la perdonó, pues no se atrevió a tratarla duramente, a pesar del vivo deseo que tenía de ello, pues Cleopatra no lo hubiera sufrido por el odio que le tenía. Quiso aparentar ánimo magnánimo, para que se creyera que obraba a impulsos de la clemencia. Pero tenía el propósito de quitar de en medio al joven. A fin de que su intención permaneciera más oculta, no cumplió en seguida lo que había decidido.
3. Estando cercana la fiesta de los Tabernáculos, que entre nosotros se celebra con la mayor solemnidad, dejó pasar estos días y se entregó al regocijo de la celebración junto con el pueblo. Pero durante estas fiestas su odio aumentó y determinó apresurar el cumplimiento de sus designios. Pues el joven Aristóbulo, de diecisiete año° de edad, cuando ascendió al altar para ofrecer los sacrificios, de acuerdo con la ley, revestido con las vestiduras sacerdotales y cumpliendo los ritos religiosos, por su estatura superior a su edad, su belleza, su magnificencia y su porte, que revelaban la gran nobleza de su estirpe, conquistó la simpatía de la multitud. El recuerdo de los hechos de su abuelo Aristóbulo se hizo presente en todos, y poco a poco, el pueblo dió salida a sus sentimientos, mezclando exclamaciones de alegría con los ruegos, y evidenciando el afecto de que gozaba.
Por todas estas razones, Herodes decidió llevar a cabo lo que había determinado. Pasadas las fiestas, encontrándose en Jericó como invitado de Alejandra, testimonió amistad al joven, participando de sus juegos y simulando alegrarse de su juventud. Siendo el lugar algo caluroso, los invitados salieron a buscar junto a tinas piscinas, de las que había algunas muy grandes cerca de la corte, un poco de frescura para mitigar los calores del mediodía. Al principio se limitaron a observar a los familiares y amigos que nadaban; después, por instigación de Herodes, se les unió el joven, Entonces los amigos de Herodes, a quienes se les habían dado instrucciones, a la hora del atardecer, pasaban sin cesar sobre el nadador y lo obligaban a sumergirse a manera de juego, hasta que se asfixió. Así murió Aristóbulo, siendo de edad de dieciocho años, y luego de haber ejercido el pontificado durante un año. Tomó de nuevo el cargo Ananel.
4. Cuando se anunció a las mujeres lo acontecido, pasaron de la alegría al llanto ante el cadáver; habiéndose esparcido el rumor se dolió toda la ciudad, sintiendo cada una de las

familias el dolor como si fuera propio y no ajeno. Pero el dolor de Alejandra fué inmenso, al conocer la muerte de su hijo; siendo mayor su pena, al saber cómo había acontecido, considerando que debía sufrirlo pacientemente, si no quería exponerse a mayores daños. Y muchas veces tuvo intención de quitarse la vida, pero no lo hizo por si podía vengar a aquel que había sido muerto tan astutamente; y por esto quería vivir mucho más. Fingía no saber que su hijo había sido muerto de propósito, pues así creía que algún día podría vengarlo.
Se reprimía, para no despertar sospechas. Por su parte Herodes procuraba, ante los que no estaban en el asunto, que se creyera que la muerte del joven había sido accidental, no sólo cuidando que nada faltara para el luto, sino también derramando lágrimas como si fuera sincero y lo sintiera verdaderamente; o quizá haya sido vencido por el dolor a la vista de un joven muerto en la flor de la juventud y la belleza, aunque opinara que esta muerte le proporcionaba seguridad. En todo caso era evidente que quería librarse de toda sospecha. Esta preocupación se evidenció en la magnificencia de los funerales; desplegó un gran lujo en el ataúd y en los perfumes y enterró el cadáver con muchos ornamentos preciosos, para mitigar el dolor de las mujeres al ofrecerles por lo menos esta satisfacción.
j5. Pero nada de esto pudo mitigar y vencer el dolor de Aleandra, sino que día a día el recuerdo de sus calamidades, aumentando su dolor, la hacía más ansiosa de venganza. Informó a Cleopatra que su hijo había muerto por astucia de Herodes. Cleopatra, que ya antes estaba dispuesta a satisfacer los deseos de Alejandra, compadecida de su suerte, tomó su desgracia como
algo propio, y no dejó de insistir ante Antonio que vengara al joven, pues no era justo que Herodes que, mediante su ayuda, consiguió un reino que no le pertenecía, cometiera tales crímenes en contra de los verdaderos reyes.
Con estos antecedentes, cuando Antonio marchó a Laodicea, hizo llamar a Herodes para que se explicara sobre Aristóbulo; si se había servido de estratagemas no dignas de aprobación. Herodes, por miedo a las consecuencias del crimen y a la malevolencia de Cleopatra, que no cesaba de insistir, determinó obedecer; no tenía otra salida.
Entregó a su tío José el cuidado del reino y de los asuntos públicos, y ocultamente le ordenó que si cayera en desgracia ante Antonio, de inmediato matara a Mariamne. Estaba de tal manera atado a ella que consideraba ofensivo que alguien, si él muriera, llegara a amarla, atraído por la fama de su belleza. Herodes, después de dar estas órdenes, y muy dudoso sobre su porvenir, dirigióse a ver a Antonio.
6. José, dedicado a la administración del reino, y obligado a conversar frecuentemente con Mariamne, pues así lo exigían los asuntos y el respeto que debía a la reina, hablaba a menudo del amor e inclinación que Herodes sentía por ella. Las mujeres, especialmente Alejandra, se burlaban de lo que decía, como es usual entre las mujeres, pero José, deseoso de mostrar más allá de lo conveniente el sentimiento del rey, llegó al extremo de descubrir lo que le había ordenado, para demostrarles que Herodes no podía vivir sin ella y que, en el caso de que le pasara algo muy grave, no quería separarse de su mujer ni aun en la muerte. Estas son las cosas que dijo José. Pero las mujeres, como era de esperar, no lo vieron como prueba de la vehemencia del amor de Herodes, sino de su atrocidad, ya que si él moría, ellas tendrían que morir también por la crueldad de un tirano; esta idea se les hizo insoportable.
7. Entretanto los enemigos de Herodes esparcieron por la ciudad de Jerusalén el rumor de que el rey había sido atormentado y muerto por Antonio. Con esta noticia se conmovió

todo el palacio real, especialmente las mujeres. Por esto, Alejandra persuadió a José que, junto con ellas, se pusieran bajo la protección de la legión romana que acampaba en la ciudad, a las órdenes de
Julio. Así, en el supuesto de que se produjera algún tumulto el, palacio, estarían en lugar seguro bajo la protección de los romanos. Alejandra confiaba en que lograría conseguir lo que quisiera si Antonio veía a Mariamne, y en que por su intermedio obtendría el reino con todas las prerrogativas propias de los nacidos de estirpe real.
8. Mientras planeaban estas cosas, llegaron cartas de Herodes en las cuales decía todo lo contrario de los rumores que se habían difundido. Así que llegó ante Antonio, inmediatamente lo conquistó con los regalos que le había llevado de Jerusalén; habló con él y lo hizo desistir de su resentimiento. De poco sirvieron las palabras de Cleopatra contra sus halagos. Antonio declaró que no convenía pedir cuentas a un rey de lo que hacía en su reino, pues entonces no sería rey; y que era justo que aquellos que le otorgaron honor y poder, dejaran que disfrutara de los mismos. Expresó a Cleopatra, que le parecía mal que se mezclara indirectamente en los asuntos de los príncipes.
Estas fueron las noticias que enviaba Herodes. Recordaba también otros honores que le tributara Antonio, que lo había sentado a su lado en el tribunal y que todos los días lo invitaba a sus banquetes; y que todo esto se lo otorgó, a pesar de las acusaciones y la enemistad de Cleopatra. Esta, deseosa de que le entregara el reino de Herodes, había procurado por todos los medios hacerlo eliminar. Por esto, teniendo en su favor a Antonio, nada grave debía temer; dentro de poco llegaría, con una mayor benevolencia de Antonio hacia él y sus asuntos, a quitar toda esperanza a Cleopatra. En cambio de lo qué pedía, Antonio le había dado la Celesiria; así la apaciguó e hizo que desistiera de pedir el reino de Judea.
9. Con estas cartas renunciaron a la idea de refugiarse entre los romanos, que habían concebido cuando creyeron que Herodes había muerto; pero su intención no quedó en el secreto. Cuando el rey, luego de acompañar a Antonio en camino contra los partos, regresó a Judea, su hermana Salomé y su madre le comunicaron los planes de Alejandra. Además Salomé acusó a su marido José de frecuentar mucho a Mariamne. Lo dijo porque estaba enemistada con ella, pues en sus frecuentes disputas Mariamne le reprochaba con altanería la falta de nobleza de su familia. Herodes,
que sentía un profundo amor por Mariamne, se conturbó y no pudo resistir las sospechas. Pero se reprimió, para no proceder temerariamente, y bajo el estímulo del sufrimiento y los celos, interrogó a Mariamne sobre sus relaciones con José. Pero ella juró y alegó en su favor todo lo que suelen decir los inocentes; paulatinamente persuadió al rey y mitigó su ira. Dominado por su amor a su esposa, llegó hasta a excusarse por haber creído las habladurías, elogió su prudencia y le confesó el gran amor que le tenía. Todo terminó, como es costumbre entre los que se aman, con lágrimas y mutuos abrazos.
Como el rey repitiera constantemente sus afirmaciones amorosas, tratando de convencer a su esposa, le dijo Mariamne:
-No fué una gran prueba de amor la orden que dejaste de que, si algo grave te acontecía con Antonio, que me dieran muerte a mí, que no soy culpable de nada.
Al oír estas palabras, el rey, fuertemente impresionado, la alejó de sí, y vociferando y mesándose el cabello, dijo que aquello era un indicio manifiesto de sus relaciones con José. Nunca le habría revelado sus instrucciones reservadas, si no hubiera entre ellos una estrecha intimidad. Poco faltó, en esta situación, para que matara a su esposa. Pero

vencido por su amor, pudo dominarse, violenta y penosamente. Sin embargo ordenó que mataran a José, a quien ni permitió que se presentara ante él; e hizo vigilar a Alejandra, como culpable de todo.

CAPITULO IV

Cleopatra ambiciona los reinos de Judea y de los árabes.
Antonio le entrega la región de Jericó. Victoria de Antonio
en Armenia

Entretanto se produjeron desórdenes en Siria, porque Cleopatra no dejaba de importunar a Antonio para que le entregara los países vecinos. Le pedía que los privara de sus reyes y le entregara a ella los territorios; su pedido tenía mucho poder, a causa del ardiente amor de Antonio. Siendo de temperamento codicioso de lo ajeno, no se detenía ante nada para conseguirlo. Había envenenado a un hermano suyo de quince años de edad, a quien le correspondería el trono; y había hecho matar por Antonio a su hermana Arsinoe, mientras, refugiada, oraba en el templo de Diana en Efeso. Con el afán de conseguir dinero, por mínima que fuera la esperanza, obligaba a violar templos y sepulcros; no había lugar sagrado que se eximiera de la violencia, para despojarlo de sus ornamentos. Estaba dispuesta a cualquier injusticia con los lugares profanos, con tal de satisfacer su codicia. En suma, nada era suficiente para aquella mujer orgullosa y es. clava de sus deseos, y que consideraba como una privación si no era satisfecho el menor de sus caprichos.
Por eso constantemente insistía ante Antonio que le diera a ella lo que quitaba a los otros; y como pasó con él a Siria, pensaba apropiarse de esta provincia. Hizo matar a Lisanias hijo de Ptolomeo, recriminándole de haber atraído a los partos para introducir turbaciones. Pidió a Antonio que le diera Judea y Arabia, quitándolas a sus reyes.
Antonio se dejaba dominar por esta mujer, no sólo por sus encantos, sino por cierta fascinación que lo obligaba a obedecerla en todo lo que pedía; sin embargo, en este caso la injusticia era tan grande que no pudo doblegarlo.
Para no rehusar totalmente, y para que no pareciera que no estaba dispuesto a hacer todo lo que ella ordenaba, quitó de los dos reinos porciones y se las entregó a Cleopatra.
También le entregó las ciudades que están más allá del río Eleutero hasta Egipto, con la excepción de Tiro y Sidón, que sabía eran libres desde toda la antigüedad, a pesar de que ella insistía mucho en que se las entregara.
2. Después de obtener estas zonas, y de acompañar a Antonio hasta el Eufrates en su expedición contra Armenia, regresó y se detuvo en Apamea y Damasco; después pasó a Judea, donde Herodes salió a su encuentro. Herodes le tomó en arrendamiento los distritos de Arabia que Cleopatra recibiera de Antonio, así como también los ingresos del territorio de Jericó. Esta región da el bálsamo, lo más precioso del lugar y que no se encuentra en ninguna otra parte, así como también muchas y hermosas palmas.
Durante su permanencia en Judea y encontrándose diariamente con el rey, lo tentó, buscando, de acuerdo con su naturaleza y sin pudor ninguno, la satisfacción de los placeres sensuales; quizá también enamorada de él o, lo que es más verosímil, con la inten.
ción oculta de emplear como pretexto el de haber sufrido violencia por su parte para querellarlo. Sea lo que sea, parecía dominada por su deseo.

Pero Herodes, que ya de antemano estaba muy mal dispuesto
con Cleopatra, de quien sabía que era perniciosa, en esta oportu. nidad consideró que si ella se dejaba llevar por la voluptuosidad, tendría bien merecido su desprecio; y que sería conveniente tomar las debidas medidas para el supuesto de que sus insinuaciones tuvieran finalidades pérfidas.
Rechazó sus insinuaciones y consultó con sus amigos si convenía matarla, ya que se le ofrecía la oportunidad. Con ello libraría a muchos de sus perversidades, de las que ya había llevado a cabo y las que amenazaba para lo futuro; sobre todo haría un gran bien a Antonio, pues ella no le permanecería fiel, si encontrara oportuno y útil proceder en diversa forma.
Los amigos le aconsejaron que no hiciera tal cosa, en primer lugar porque no le convenía, estando ocupado en asuntos de mayor importancia, exponerse a grandes perjuicios; luego, insistiéndole y pidiéndole que nada realizara temerariamente, pues Antonio no lo toleraría, aunque tuviera la certeza de que le resultaría beneficioso. Al contrario, su amor se haría más intenso, al verse privado de ella por la violencia y el engaño, sin que se pudiera aducir ninguna excusa válida para atacar a una mujer eminentísima, la primera por su dignidad en su siglo; y en cuanto a la utilidad, si se creía que había alguna, estaría unida con la presunción y la condenación implícita del amor de Antonio. Era, pues, evidente, que su trono y su pueblo se verían sometidos a males sin número, cuando simplemente podía, negándose a cometer la falta a que se lo inducía, apartarse de ella con toda honestidad.
Con estas razones lograron disuadirlo y le hicieron ver el peligro a que se exponía; así apaciguaron su impulso. El rey, después de llenar de regalos a Cleopatra, la condujo a Egipto.
3. Antonio, una vez sometida Armenia, envió a Egipto a Artabazes, hijo de Tigranes, con sus hijos y sus sátrapas y los entregó
a Cleopatra con todas las riquezas de que se había apoderado. Artaxias, hijo mayor de Artabazes, subió al trono de Armenia,
pues había logrado escapar. Arquelao y Nerón César lo expulsaron
y colocaron en su lugar a Tigranes, su hermano más joven. Pero estos acontecimientos tuvieron lugar más adelante.
4. En cuanto a los tributos, Herodes procuraba pagarlos debidamente a Cleopatra por el territorio que Antonio le había dado; consideraba inconveniente para su seguridad darle pretexto para el odio. El árabe, cuyo tributo Herodes había garantizado, pagó durante algún tiempo los doscientos talentos; pero posteriormente mostró mala voluntad y procedió con lentitud en los pagos; entregaba sólo parte, y no de buena gana.

CAPITULO V

Guerra de Herodes con Maleo, rey de los árabes nabateos.
Terremoto en Judea. Discurso de Herodes

1. Herodes, en vista de que el árabe había procedido injusta e inicuamente, y rehusaba atenerse a lo debido, se decidió a tomar las armas contra él, pero demoró la campaña a causa de la guerra que había surgido entre los romanos. Estaba por librarse una batalla en Accio, la que tuvo lugar en la olimpíada ciento ochenta y siete; César se disponía a luchar contra Antonio por el imperio.

Herodes, que después de largo tiempo se encontraba al frente de una nación rica, buscó bienes y fuerzas con el máximo cuidado, para ayudar a Antonio. Pero Antonio le hizo decir que no precisaba su ayuda, y le aconsejó que atacara al árabe, cuya perfidia era conocida tanto por Herodes como por Cleopatra. El propósito de Cleopatra era, con miras a sus intereses, que se destruyeran mutuamente.
Con esta orden de Antonio, Herodes reunió el ejército para invadir a Arabia. Dispuestas ya las tropas de infantería y caballería, dirigióse a Dióspolis, hacia donde marchaban los árabes, pues no ignoraban la expedición de Herodes. Entablada violenta lucha, salieron victoriosos los judíos.
Luego se reunió un gran ejército de árabes en Cana, lugar de la Celesiria. Informado Herodes, condujo allí a la mayor parte de sus tropas; ya cerca de Cana, determinó acampar y fortificarse con fosas y estacadas para presentar batalla cuando le pareciera oportuno.
Ante esta decisión, los judíos reclamaron que los llevara sin demora a pelear contra los árabes. Les habían entrado ansias de lucha, por creer que estaban en óptimas condiciones; los más im pacientes eran aquellos que habían triunfado en las guerras ante riores, donde no habían dado ni tiempo al enemigo a que resis tiera. Viendo el empeño y el ánimo belicoso de sus hombres, el rey determinó aprovecharse de la buena disposición del ejército, y no defraudarlo, y se puso a la cabeza de sus tropas.
Los árabes cayeron en gran terror, después de una débil resistencia, al ver a los judíos invencibles y decididos; la mayoría escapó y habrían resultado deshechos, a no ser por la traición de Atenión contra Herodes y los judíos. Atenión gobernaba la región en nombre de Cleopatra y, en desacuerdo con Herodes, quedó esperando lo que iba a acontecer, teniendo sus planes preparados: si los árabes resultaran victoriosos, se mantendría quieto, pero en el supuesto de que fueran vencidos, lo que aconteció, atacaría a los judíos con los soldados de la región que estaban con él.
Los atacó de improviso, cuando los vió cansados y convencidos de que saldrían vencedores, e hizo una gran matanza. Pues los judíos habían gastado todo su ardor contra los enemigos manifiestos y gozaban sin desconfianza de la victoria, por eso cayeron fácilmente ante aquellos que ahora los atacaban; sobre todo, la derrota fué grande en los lugares pedregosos y poco aptos para la caballería, pero a los cuales estaban acostumbrados los atacantes.
Al ver lo mal que les iba a los judíos, los árabes se reanimaron, retrocedieron y mataron a los judíos en retirada.
Por todos lados sufrieron los judíos enormes pérdidas; y fueron pocos los que pudieron escapar para refugiarse en el campamento.
Herodes, desesperando ya del feliz resultado del combate, montó a caballo y fué a buscar ayuda; pero no pudo llegar a tiempo, a pesar de la prontitud con que procedió, siendo tomado el campamento de los judíos. Fué muy grande la alegría de los árabes por la victoria inesperada, de la que habían estado tan lejos, y por haber destruido un número tan grande de enemigos.
Después de esto Herodes se dedicó a saquear, hostigando a los árabes con numerosas incursiones; acampando en los montes, trató de no presentar lucha abiertamente. Así incomodaba a los enemigos con su constante actividad, y reparaba su desastre.

2. En estas circunstancias, mientras se libraba la batalla de Accio entre César y Antonio, en el año séptimo del reinado de Herodes, Judea sufrió un terremoto más fuerte que cualquier otro temblor anterior. Causó la muerte de un gran número de animales y fallecieron cerca de treinta mil personas por la caída de las casas; pero el ejército, que acampaba al aire libre, pasó indemne por la calamidad a la que otros estuvieron sometidos. Esto llegó a conocimiento de los árabes, con exageraciones de parte de aquellos que les transmitían los rumores para halagar su odio. Los árabes cobraron más ánimo, pues con la calamidad sufrida y la muerte de los hombres, nada habría que se les opusiera.

Detuvieron y mataron a los legados de los judíos, que habían ido a proponerles la paz. Los judíos decidieron no presentar batalla, sin ánimo para nada y olvidados de lo que les convenía, pues estaban desesperados. No creían que, después de tantas desdichas, pudieran luchar con fuerzas suficientes ni esperaban ayuda ninguna, dada la situación en que se encontraban los asuntos domésticos. En esta situación, el rey se esforzó por persuadir a los comandantes e infundir ánimo en sus espíritus decaídos. Empezó por reconfortar y animar a los mayores; luego se atrevió a hablar a la multitud, pues había temido que le sería hostil, a causa de tantos desastres. Los exhortó en los términos siguientes:

3. "No ignoro, compañeros, que en este tiempo muchos acontecimientos resultaron adversos a nuestros esfuerzos; y en tamañas circunstancias es difícil conservar la fortaleza, ni aun aquellos que se consideran más enérgicos. Pero puesto que la guerra es inevitable, y nada de lo que ha acontecido hasta ahora es de tal naturaleza que no podáis transformarlo en algo mejor mediante hechos preclaros, es por eso principalmente que os quiero exhortar y simultáneamente áconsejaros cómo debéis conservar la grandeza de vuestro ánimo. Primeramente, en lo referente a la guerra, quiero declararos con qué justa razón la emprendimos, obligados por las afrentas de los enemigos; si vosotros tenéis esto en cuenta, obtendréis el más grande estímulo para vuestro valor. Luego demostraré, por qué debemos considerar como nada los males que hemos sufrido hasta ahora, pues nos queda la gran esperanza de la victoria. Empezaré por lo primero y os haré a vosotros mismos testigos de lo que voy a decir. Sabéis muy bien lo injustamente que procedieron los árabes, y cuán grande ha sido su perfidia en sus relaciones con los otros pueblos, como era de esperar de una nación bárbara y privada del conocimiento de Dios. Pero nos han ofendido especialmente a nosotros, a causa de su co dicia y avaricia; y mientras sufríamos tribulaciones, nos ataca ron insidiosa y súbitamente. ¿Para qué recordar tantos hechos? Cuando estaban en peligro de perder su reino y de servir a Cleo patra, ¿quiénes fueron los que los libraron de todo miedo? Mi sentimiento amistoso por Antonio y la benevolencia de él hacia nosotros fueron la causa de que no les aconteciera nada grave, cuidando Antonio de no realizar nada que nos hiciera sospechosos a nosotros. Sin embargo, como quisiera entregar zonas de nues tras naciones a Cleopatra, yo tomé a mi cargo este cuidado. Ha. biéndoles hecho muchos regalos, preparé la seguridad para las dos naciones; yo hice los gastos, entregando doscientos talentos y saliendo garante por otros doscientos, que a ellos les habían

sido impuestos y cuyos réditos percibieron; pero a nosotros nos defraudaron. Sin embargo, era justo que los judíos no pagaran tributo a nadie, que no se impusiera ningún impuesto a su territorio; y menos todavía en favor de aquellos que hemos salvado. Y es sumamente injusto que los árabes que reconocieron y agradecieron el hecho de que, merced a nuestra ayuda, pudieron conservar su gobierno, nos ofendan y defrauden, a nosotros que no éramos enemigos, sino amigos. Es preciso proceder de buena fe incluso entre los peores enemigos, pero es de obligación más estricta entre amigos; no lo hizo así este pueblo, que no mira otra cosa que el lucro, y no considera condenable la injusticia si de ella puede sacar alguna ganancia. ¿Tenéis alguna duda de que conviene castigar a los infieles, siendo la voluntad de Dios que odiemos a los injustos y los malignos, especialmente cuando nosotros realizamos una guerra justa y necesaria? Algo que entre los griegos y los bárbaros es considerado como lo más inicuo, lo cometieron ellos con nuestros legados, a quienes degollaron. Los griegos consideran a los legados sagrados e inviolables, y nosotros hemos recibido por enviados celestes las más hermosas doctrinas y santas leyes. El nombre de legado tiene de por sí su fuerza, que hace que Dios more entre los hombres, y que los enemigos se reconcilien mutuamente. ¿Qué mayor impiedad puede existir que la de matar a los legados cuando están ejerciendo su derecho? ¿Y cómo pueden sentirse tranquilos en su existencia y tener éxito en la guerra, cuando han cometido un crimen tan grande? No me lo parece a mí. Quizá alguien diga que el derecho y la justicia están de nuestro lado, pero que ellos son más numerosos y más fuertes. En primer lugar, no os conviene razonar de esta manera: Dios está con aquellos que tienen el derecho; y con aquellos con quienes está Dios, están el vigor y la abundancia. Pero si pensamos lo que nosotros hemos llevado a cabo, ¿no triunfamos en el primer combate? Iniciado el segundo, apenas si opusieron resistencia, y al instante se dieron a la fuga, incapaces de resistir nuestro ímpetu. A nosotros nos atacó Atenión cuando ya éramos vencedores, imponiéndonos una guerra no declarada. ¿Significa esto valor de parte de ellos, o es una nueva iniquidad y perfidia? ¿Por qué decaerá nuestro ánimo por algo que debe ser motivo de que nos sintamos con mayores esperanzas? ¿Cuál es la causa de que seamos atemorizados por aquellos que, cuando luchan sin engaño, siempre son vencidos, y si alguna vez resultan vencedores, es a causa de alguna perfidia? ¿Y si creéis en su valor, cómo es que precisamente por este motivo no os sentís aguijoneados para luchar contra ellos? Al hombre animoso no lo estimula la lucha contra los débiles, sino el mérito de vencer a los que cree superiores. Si a alguien le aterrorizan las desgracias domésticas y las consecuencias del terremoto, que piense que esto mismo es lo que mueve a los árabes, quienes creen que nuestras desgracias son mayores de lo que son en realidad. No conviene que donde ellos ven motivos para ser audaces, nosotros nos sintamos movidos a flojedad. Ellos se sienten incitados, no por algún éxito que hayan obtenido, sino porque creen que nosotros hemos sucumbido a las desgracias. Si nosotros marchamos contra ellos, les quitaremos su arrogancia, y ganaremos por luchar con enemigos que han perdido la confianza. Y no estamos tan afligidos como piensan algunos ni lo que ha acontecido es indicio de la ira de Dios; son acontecimientos infelices e infortunios. Y si debemos atribuirlos a Dios, es evidente que es él quien ha puesto un término a las aflicciones, satisfecho por el resultado obtenido. Si quisiera continuar perjudicándonos, no cambiaría sus propósitos. El mismo manifestó que la guerra es justa según su voluntad. Habiendo

muerto muchos en todo el país a causa del terremoto, nada pasó a los que están en el ejército, pues todos vosotros estáis salvos, poniendo Dios de manifiesto que aunque todos, con sus hijos y las mujeres, hubiesen formado en el ejército, nada grave les ha bría acontecido. Cuando penséis en estas cosas y, lo que más vale, en que tenéis siempre a Dios luchando a vuestro lado, procederéis justa y valerosamente contra los traidores a la amistad, pérfidos en la guerra, impíos con los legados y que siempre han sido vencidos por vosotros."

4. Los judíos, cuando oyeron estas palabras, se decidieron a luchar valerosamente. Herodes, luego de ofrecer sacrificios, los llevó contra los árabes al otro lado del Jordán y acampó no lejos del enemigo. Le pareció conveniente ocupar una fortaleza que se encontraba entre los dos ejércitos; creyó que le sería útil, tanto para castigar rápidamente al enemigo, como para diferir la lucha, si fuera preciso, para protección de su campamento.

Como los árabes tuvieron la misma idea, se luchó por la posesión del lugar. Primeramente sólo hubo escaramuzas, después fueron muchos los que luchaban, cayendo de ambos lados, hasta que los árabes vencidos se vieron obligados a ceder. Este éxito infundió mucho ánimo a los judíos. Provocaron a los árabes que no tenían ganas de pelear, destruyeron sus protecciones y se acercaron a su campamento. Obligados en esta forma a salir de él, los árabes se lanzaron sin ningún orden ni esperanza de vencer. Fueron, sin embargo, a las manos, tanto porque eran más numerosos, como porque se vieron obligados a ello por la situación. La lucha fué intensa, cayendo muchos de ambos lados. Pero al final los árabes viéronse obligados a huir. Fué tan grande su mortandad, cuando empezaron a caer, que no sólo eran muertos por los enemigos, sino que se mataban entre sí, siendo muchos de ellos pisoteados y heridos con las flechas, tanto por la multitud, como porque caían confusamente. Murieron cinco mil de ellos; los restantes lograron escapar refugiándose en el atrincheramiento. Pero habían perdido toda esperanza, por encontrarse sin comida y especialmente privados de agua. Los judíos los persiguieron sin lograr penetrar en su campamento, pero lo rodearon y pusieron guardias, para impedir toda salida o entrada.

5. Por este motivo los árabes, primeramente enviaron mensa-
:oros a Herodes para pactar; luego, constreñidos por la sed, le 'ofrecieron rendirse con cualquier condición, con tal que pudieran escapar a la muerte. Pero él no recibió los mensajeros, ni aceptó el rescate por los sitiados ni ninguna otra oferta, movido por el afán de vengar las afrentas que de ellos había recibido. Es así como apurados por la sed y otras penalidades salieron y se entregaron.

En cinco días fueron hechos cautivos cuatro mil hombres. Al sexto día los restantes resolvieron salir y luchar y exponerse a cualquier peligro antes que perecer torpemente. Tomada esta decisión, salieron de su atrincheramiento; pero no pudieron luchar debidamente a causa de su debilidad física y su falta de ánimo; pero consideraron que la muerte sería una dicha y continuar vivendo una calamidad.

Al primer encuentro murieron cerca de siete mil. Después de esta catástrofe, perdieron toda confianza, y llenos de admiración por la habilidad con que Herodes se había portado a pesar de sus contrastes, se sometieron y lo proclamaron protector de su nación. Herodes, enorgullecido por este éxito, regresó a su reino, habiendo conseguido gran respeto por estos hechos.

CAPITULO VI

Herodes hace matar a Hircano y se entrega a César. Este le confirma el trono de Judea

1. Cuando todo le iba bien, pues no había forma de atacarlo, corrió peligro de perderlo todo, debido a la victoria de César sobre Antonio en Accio. Creyeron que aquello sería su fin tanto el mismo Herodes, como sus amigos y sus enemigos; pues no les pareció probable que escapara a la represión quien había sido tan amigo de Antonio. Sus amigos desesperaban de su salvación; en cuanto a sus enemigos externamente parecían condolerse, pero íntimamente se alegraban, a la espera de que en adelante todo saldría mejor para ellos. Y el mismo Herodes, viendo que Hircano era el único investido de dignidad real, creyó conveniente librarse de él; supuso que si salvaba la vida y escapaba al peligro, garantizaría su seguridad librándose de un rival más digno que él de ocupar el trono; y para el caso de que le fuera mal con César deseaba, por celos, hacer desaparecer al único candidato posible a reemplazarlo.

2. Mientras revolvía estos pensamientos en su ánimo, se le presentó la oportunidad Para llev•.rios a cabo. Hircano era de índole tranquila, y ni entonces ni antes quiso mezclarse con los problemas de gobierno, ni ansiaba novedades, contento de vivir con lo que la suerte le deparara. Pero Alejandra era ambiciosa y con la esperanza irreprimible de que se produjera algún cam bio, solicitó a Hircano, su padre, que no tolerara por más tiempo las ofensas de Herodes contra su casa, y que se anticipara a las seguras esperanzas de lo futuro. Le pidió que escribiera a Maleo, el rey de Arabia, para que los aceptara y les ofreciera seguridad. Si después de su salida aconteciera que Herodes cayera en enemistad con César, ellos recibirían el reino por ser de familia real y por contar con la benevolencia del pueblo. Se empeñó en convencerlo, pero Hircano no la escuchaba. Con tenacidad femenina siguió insistiendo incesantemente, repitiéndole siempre las acciones pérfidas cometidas por Herodes contra él.
Al final llegó a convencerlo que entregara una carta a un tal Dositeo, rogando al árabe que le enviara una escolta de jinetes para conducirlos hasta el lago Asfaltites, situado a unos trescientos estadios de Jerusalén. Confiaba en Dositeo, porque éste sentía mucho afecto por él y por Alejandra, y tenía no pocas razones para odiar a Herodes; pues era consanguíneo del José que Herodes había matado y hermano de aquellos que Antonio había ejecutado en Tiro. Pero todo esto no fué suficiente para que fuera fiel a Hircano; calculando que podía esperar más de Herodes que de Hircano, entregó la carta a Herodes. Herodes apreció este acto, pero le encargó que entregara a Maleo la carta cerrada y sellada, y que recibiera su respuesta, pues le convenía saber cuál era la disposición de ánimo de Maleo. Dositeo cumplió de buen grado lo ordenado. El árabe contestó que estaba dispuesto a recibir a Hircano y sus compañeros y a todos los judíos que estuvieran de su parte, y que enviaría hombres que los guiaran con toda seguridad y que en nada se apartaría de lo prometido. Cuando Herodes tuvo estas cartas en su poder, en seguida recriminó a Hircano por los pactos formalizados entre

él y Maleo. Hircano lo negó, pero Herodes mostro al consejo las cartas y ordenó que lo mataran.
3. Expusimos los acontecimientos tal como se encuentran en las memorias del rey Herodes. Hay algunos que afirman que no sucedieron así; no ordenó que lo mataran por algo que hubiera hecho Hircano, sino que Herodes fraguó pretextos contra él. Lo relatan en esta forma: Durante un banquete Herodes preguntó a Hircano si había recibido alguna carta de Maleo; Hircano admitió que había recibido una carta con saludos. Herodes luego indagó si le había hecho algún regalo; respondió que solamente cuatro caballos de montar. Herodes tomó entonces pretexto para acusarlo de corrupción y traición y ordenó que fuese estrangulado.
jNo hay argumentos con los cuales se pueda probar que su fin se debió a su culpa, pues era de índole muy apacible. Siendo oven no fué ni audaz ni temerario, ni cuando estuvo al frente del reino, sino que permitió que Antipáter cuidara de la administración de todo. Se añade a esto que a la edad de ochenta años, informado de que Herodes estaba afianzado, pasó el Eufrates, abandonando a aquellos que lo tenían en suma veneración, para someterse a la potestad de aquél. Lo más increíble de todo y muy extraño a su manera de ser es que buscara novedades; más bien parece que Herodes fraguó el pretexto.
4. Ese fué el fin de Hircano, después de experimentar diversas y múltiples calamidades. Cuando su madre Alejandra empezó a reinar, fué hecho pontífice de los judíos, honor que retuvo durante nueve años; muerta su madre recibió el trono, que sólo ocupó tres meses, y fué luego expulsado por su hermano Aristóbulo; restituido al mismo por Pompeyo, permaneció en él durante cuarenta años.
Privado del poder por Antígono y mutilado corporalmente, residió como cautivo entre los partos.
Poco tiempo después regresó a su patria, inducido por la esperanza que le infundiera Herodes.
Ningún hecho respondió a sus esperanzas; se vió sometido a muchas incomodidades en su vida, y el episodio más triste, como dijimos, fué la muerte que encontró en su ancianidad. Fué un hombre apacible y moderado en todo, confió a sus ministros la administración del gobierno, no teniendo ni afición ni capacidad para el arte de reinar. Gracias a su dulzura y falta de ambición, Antipáter y Herodes llegaron a ocupar situaciones tan elevadas; y no se procedió con justicia ni gratitud al someterlo a la muerte.
5. Herodes, una vez libre de Hircano, se apresuró a presen tarse ante César, sin esperar nada bueno, a causa de su amistad con Antonio. Además sospechaba que Alejandra podría aprove char la oportunidad, para incitar a la rebelión y promover una sedición dentro del reino. Entregó la dirección de todos los asun tos a su hermano Feroras, y envió a su madre, Cipros, a su herma na y a sus hijos a Masada, y dió orden a su hermano de que si se enteraba que le había acontecido algo grave, se hiciera cargo del poder. En cuanto a Mariamne, su mujer, no siendo posible que por sus disentimientos estuviera junto con su hermana y su madre, la dejó en Alexandreion con su madre Alejandra, bajo el cuidado y atención del cuestor José y el itureo Soem, que desde el principio le habían sido sumamente fieles; estos hombres, con el pretexto de honrar a las dos mujeres, fueron encargados de vigilarlas. Herodes les dejó la orden de que, si se

enteraban de que algo malo le había acontecido, mataran inmediatamente a las dos mujeres, y conservaran el reino para sus hijos y su hermano Feroras.
6. Dadas estas órdenes, fuése a Rodas para encontrarse con César. Una vez en la ciudad, se quitó la diadema, sin abdicar en lo demás de su dignidad. Cuando lo visitó y conversó con él, probó la magnitud de su espíritu, sin descender a los ruegos, como se estila en estos casos, ni pedir perdón por sus errores, sino que rindió cuenta de todos sus hechos sin excusarse.
Dijo a César que su amistad con Antonio había sido muy grande, que había hecho todo lo posible para que resultara vencedor, pero que no lo ayudó con las armas, pues por aquel entonces estaba ocupado en la guerra con Arabia, sino que solamente le suministró dinero y trigo; pero estaba convencido de que con esto no había cumplido ni con la menor de sus obligaciones. Pues el que se considera amigo, y tiene conciencia de que el otro es merecedor de su afecto, debe exponerse en su favor con la vida, no menos que con la ayuda que le presta. Sin embargo, a pesar de no haber procedido con él como convenía, estaba persuadido de haber actuado debidamente, al no abandonar al que fuera vencido en la batalla de Accio y, una vez cambiada la suerte, dejarlo
por otra persona. Aunque no se hubiera manifestado como un auxiliar suficientemente idóneo, se comportó con relación a Antonio como consejero adecuado, al mostrarle que la única forma de asegurarse y de salvarlo todo estribaba en matar a Cleopatra.
-Eliminada Cleopatra -añadió- tendría mayores posibilidades de conservar su imperio y le sería mucho más fácil sellar contigo un acuerdo que pusiera fin a la enemistad. Pero él no quiso escuchar mis razones, y prefirió oír el consejo de su temeridad, lo cual resultó en su perjuicio y en tu ventaja. Ahora bien, si estás tan indignado con Antonio y me quieres condenar por haberlo estimado tanto, tienes ante ti al reo, que no puede menos de decir ante ti cuánto era el afecto que le profesaba. Pero si, sin consideración de personas, quieres informarte de cómo me comporto con los amigos, podrás saberlo por lo que acabo de decirte. Sólo con cambiar de nombre, tendrás oportunidad de conocer la firmeza de mi amistad.
Qj7. Estas palabras y la sinceridad con que las pronunció produeron gran impresión en César, que era generoso y magnánimo, de modo que aquello que debía ser motivo de acusación se convirtió en principio de benevolencia. Le impuso de nuevo la diadema, y le pidió que fuera con él no menos amigo de lo que lo había sido con Antonio; le tributó los mayores honores, agregando que uinto Didio le escribió que Herodes le había ayudado con el mayor empeño en el asunto de los gladiadores. Al verse recibido tan benignamente y confirmado en el reino de manera inesperada, tanto por parte de César como por un senadoconsulto de los romanos, que procuró obtener para mayor seguridad, acompañó a César en camino a Egipto; ofreció regalos tanto a él como a sus amigos, comportándose lo más magníficamente que pudo. Pidió gracia para Alejandro, uno de los familiares de Antonio; pero no pudo conseguirla, pues César estaba obligado por un jura
mento anterior.
Regresó a Judea con mayor honor y confianza, dejando atónitos a los que esperaban lo contrario, como si por benignidad de Dios extrajera mayor esplendor de los peligros. En seguida se esforzó en ayudar a César, que iba a invadir a Egipto desde Siria. Cuando llegó, lo recibió en Ptolemáis con esplendor real; además distribuyó regalos a su ejército y suministró en abundancia todo

lo necesario. César lo consideró como uno de sus amigos más fieles. Herodes cabalgó a la par de él cuando ordenó e inspeccionó a los soldados; y lo albergó a él y a sus amigos, en ciento cincuenta habitaciones adornadas con gran riqueza y amuebladas suntuosamente. Además, transitando por aquella región privada de agua, cuidó que no les faltara ni el agua ni el vino tan necesarios a los soldados. Regaló a César ochocientos talentos e hizo que todos pensaran que se mostraba más generoso de lo que permitían los recursos del reino. Con esto logró que se persuadieran de su benevolencia y buena voluntad, y le resultó ventajoso haber acomodado su generosidad a las necesidades del momento. Al regreso de Egipto, los servicios que le prestó de nuevo en nada cedieron a los anteriores.

CAPITULO VII

Herodes recibe honores de César en Alejandría. A su re greso, exasperado por las calumnias, hace dar muerte a Mariamne

1. De regreso al reino, se encontró con su casa agitada, y mal dispuestas en su contra a su esposa Mariamne y a la madre de ésta, Alejandra.

Convencidas de la exactitud de sus sospechas, que no las había instalado en la fortaleza para darles seguridad, sino como en una cárcel para que no pudieran disponer ni de sus asuntos ni de los ajenos, se sintieron por esto sumamente indignadas. Mariamne creía que el amor del rey no era sino un engaño, disimulado para su propia comodidad; y le angustiaba la idea de que, en el supuesto de que le pasara algo grave, a ella no le quedaría esperanza ninguna de vida. Recordando lo que había ordenado a José, se empeñó en arrancar la verdad a sus guardianes, especialmente a Soem, del cual sabía que todo dependía. Al principio Soem se mantuvo fiel, sin omitir nada de lo que el rey había ordenado; pero las mujeres insistieron, lo ablandaron con dulces palabras y regalos, y poco a poco fué vencido y cedió. Finalmente reveló las órdenes recibidas, especialmente porque no creía que Herodes regresara con el mismo poder anterior.

Por esto, con la confianza de que así eludía el peligro que podía venir de parte de Herodes, decidió granjearse la buena voluntad de las mujeres, las cuales era muy verosímil que retendrían su dignidad y que lo gratificarían; pues si ellas no llegaban a reinar, estarían cercanas al que iba a reinar. Pero no era menor su esperanza para el caso de que Herodes, arreglando con buen éxito sus asuntos, regresara; pues no podría oponerse a la voluntad de la esposa. Sabía que el rey tenía un vehemente amor por Mariamne. Con estas consideraciones reveló las órdenes del rey. De ellas Mariamne se informó con amargura, porque no veía el fin de los males que debía temer de Herodes; y deseó que los acontecimientos no le fueran bien, pues le sería intolerable reanudar la vida con él. Lo mostró claramente en adelante y no disimuló en lo más mínimo sus sentimientos.

2. Cuando Herodes estuvo de regreso, habiéndole ido mucho mejor de lo que esperaba, la primera en ser informada fué su esposa, por ser tan grande el amor y la afición que le tenía. Aconteció que mientras le explicaba el éxito del viaje, su mujer en vez de alegrarse se entristeció, sin poder ocultar su dolor. Llena de dignidad y nobleza, respondió con gemidos a sus saludos, y al escuchar su relato manifestó más tristeza que alegría. Herodes se conturbó no ya por sospechas sino ante la realidad.

Se angustió por el odio inesperado y visible de su esposa.

La situación lo atormentó espiritualmente e, impaciente de amor, unas veces se indignaba y otras se reconciliaba, pasando de uno a otro sentimiento, sin saber en cuál de ellos

estabilizarse. Oscilaba entre el amor y el odio; muchas veces cuando había decidido castigarla, vencíalo el amor y el ansia de no separarse de ella. Finalmente, a pesar del deseo de castigarla, no se aventuró a hacerlo por temor de que su muerte le resultara más perjudicial a él que a ella.
3. Su hermana y su madre se dieron cuenta de su estado de ánimo con relación a Mariamne; vieron que se les ofrecía una ocasión excelente para dar salida a su odio; en sus conversaciones con Herodes lo irritaban todavía más, refiriéndole calumnias para intensificar su encono y su alejamiento. El las escuchaba de buen grado, pero no se atrevía a tomar ninguna decisión contra su esposa, como resultado de lo que le decían. Sin embargo día a
día sus sentimientos hacia ella empeoraban y se intensificaba la
discordia. Ella no ocultaba su desafecto y él veía transformarse
su amor en odio.
Ya estaba dispuesto a tomar alguna grave decisión, cuando se recibió la noticia de que César había triunfado y que, muertos Antonio y Cleopatra, se había apoderado de Eigpto. Inmediatamente salió al encuentro de César, dejando en ese estado sus asuntos domésticos. Antes de partir, Mariamne le recomendó a Soem, diciendo que le debía mucho por sus cuidados y pidiendo para él un puesto de prefecto. Consiguió el puesto. Herodes, una vez en Egipto, mantuvo entrevistas cordiales con César, como amigo, recibiendo de él grandes beneficios. César le dió cuatrocientos galos, elegidos entre los guardias personales selectos de Cleopatra, y le devolvió los territorios que esta reina le había hecho quitar. Agregó también a su reino Gadara, Hipos y Samaria y sobre el litoral, Gaza, Jope y la Torre de Estratón.
4. Estos grandes éxitos aumentaron la importancia de Herodes. Acompañó a César hasta Antioquía, y luego regresó. Cuanto mejor le iban los asuntos en el exterior, tanto más intensas eran sus aflicciones en el ámbito doméstico, sobre todo en su matrimonio, con el cual antes se había considerado tan feliz. Sentía por Mariamne un amor muy grande, no menor del de los amantes más famosos de la historia. Ella, por su lado, era honesta y se mantenía fiel; pero poseía un carácter femenino áspero y al ver a su marido rendido de amor lo trataba tiránicamente; sin recordar que ella no era sino un súbdito en relación con un dueño, se comportaba de manera petulante. Herodes lo sufría tomándolo en broma, con moderación y paciencia. Pero Mariamne se burlaba públicamente de la madre y la hermana del rey, y criticaba la falta de nobleza de su estirpe. De modo que las mujeres estaban divididas por odios y rencillas implacables, y día a día las calum. nias se hacían más graves.
Las sospechas se mantuvieron latentes y duraron un año después del regreso de Herodes de su reunión con César. La crisis que se venía preparando, al final estalló de la siguiente manera. Cierta vez, a mediodía, el rey se dispuso a descansar e invitó a acompañarlo a Mariamne, a quien seguía amando. Ella penetró en la cámara, pero no se acostó con él, a pesar de habérselo expre-
sado, sino que lo menospreció y le reprochó haber sido el autor de la muerte de su padre y de su hermano.
Herodes tomó muy mal esta ofensa, y como ya estaba dispuesto a tomar alguna medida, su hermana Salomé, que advirtió su turbación, le envió a su copero, que hacía tiempo había conquistado, con orden de decirle que Mariamne le había pedido que preparara cierta bebida para el rey. Si el rey, perturbado, le preguntaba de qué se trataba, debía

decir que lo ignoraba, porque la tenía Mariamne y él sólo tenía el encargo de ofrecérsela. Si el rey, por el contrario, no manifestaba ninguna curiosidad, que se callara, porque así no correría ningún peligro. Luego de haberlo instruido en esta forma, lo envió a que recitara lo enseñado.
El copero se presentó ante el rey y serenamente le contó que Mariamne le había hecho regalos para que ofreciera una bebida al rey. Preguntó éste de qué clase de bebida se trataba; el copero respondió que lo ignoraba, pues solamente le había dicho que la entregara al rey; que, por esto, se lo indicaba, pensando que sería más seguro tanto para el rey como para 61 mismo.
Cuando oyó estas palabras, el rey, que ya estaba indignado, todavía se exacerbó más; interrogó sobre la bebida al eunuco más fiel de Mariamne, pues sabía que nada, ni grave ni insignificante, se hacía sin la intervención de este hombre. Sometido al tormento, nada pudo decir de lo que le preguntaban, y solamente declaró que el odio de Mariamne por el rey procedía de los informes que le había dado Soem.
Antes de que terminara de hablar, el rey a grandes voces exclamó que Soem, que había sido tan fiel a él y al reino, nunca habría revelado esas cosas a Mariamne, si sus relaciones no hubiesen ido más allá de lo justo 1.
1 Adviértase la asombrosa similitud que existe entre este episodio y el de José, el tío de Herodes, a quien éste encomienda la vigilancia de Mariamne, con el encargo de darle muerte si él cae en desgracia con Antonio
(supra 15, 3-5). En ambos casos Mariamne se entera de la orden y se la echa en cara a Herodes, y en ambos casos el rey concluye, a grandes gritos, que sólo la infidelidad de su mujer pudo haberla puesto en po
sesión de ese dato; y condena a muerte al traidor. ¿Hubo,, realmente, esa repetición del mismo caso? ¿O su duplicación se debe a un error, en el relato de Josefo o en las copias? Es interesante recordar que en la versión de la Guerra figura el episodio una sola vez, cuando Herodes va a entre
Inmediatamente hizo detener y matar a Soem; en cuanto a Mariamne, habiendo convocado a sus familiares, la acusó de emplear filtros y bebidas, de acuerdo con lo que dijeron sus calumniadores. Herodes era intemperante en sus expresiones y estaba en tal forma indignado que viéndolo en este estado, condenaron a Mariamne a muerte. Pero una vez pronunciada la sentencia, les pareció tanto a él como a otros de los presentes que no debían matarla precipitadamente sino encerrarla en alguna fortaleza. Pero Salomé puso todo su empeño en que la mujer fuera quitada de en medio, e insistió ante el rey, sosteniendo que podrían producirse perturbaciones populares, si ella se mantenía viva. Y es así como Mariamne fué conducida al suplicio.
5. Alejandra, dándose cuenta de la situación, advertida de que le quedaban pocas esperanzas de no ser tratada de la misma ma. nera, tomó una actitud muy diferente de su anterior arrogancia. Para que constara ante todos que ella ignoraba aquello de que se acusaba a su hija, salió afuera y en presencia de todos reprendió a Mariamne, clamando que se había portado mal e ingratamente con su esposo y que con razón le estaban aconteciendo estas cosas, pues no había sabido reconocer los beneficios que había recibido de Herodes.
Estas demostraciones hipócritas y ultrajantes, pues se atrevió a arrancarle los cabellos, no fueron sino causa de disgusto para todos por su indigna falsedad; inculpaba a su hija en momentos en que ésta tenía que sufrir la muerte. Mariamne no pronunció una sola

palabra, ni se conturbó por las ofensas de su madre; como si su ánimo errara por lugares excelsos, pareció más bien angustiada por el evidentemente indigno comportamiento de su madre. Con intrépida firmeza, y sin mudar en lo más mínimo de color, marchó a la muerte, manifestando en la hora extrema la nobleza de su linaje.
6. Así murió, mujer distinguida por su virtud y grandeza de alma, pero a la que extraviaron su falta de moderación y su carácter belicoso. Se destacaba por la belleza de su cuerpo, superior
vistar a Antonio. Sólo que allí el José a quien deja el encargo es el turnado de Herodes, esposo de Salomé, y el episodio termina con la ejecución de José y de Mariamne (1, 22, 4-5).
a todo lo que podría decirse de las mujeres de su tiempo, y por su majestuosa conversación; pero ésa fué la causa principal de sus malos entendidos con el rey y de que no pudiera vivir felizmente a su lado. Pues como él la trataba indulgentemente, segura de que jamás la trataría con aspereza, abusó de su libertad. Además lo indispuso con él lo que había acontecido a los suyos, y no se abstuvo de decirle todo lo que había sufrido por este motivo. Finalmente se enemistó con la madre y la hermana del rey, y aun con éste, de quien nada grave temía.
7. Muerta ella, se avivó la pasión del rey que, como ya dijimos, era muy intensa. Su amor no tenía aquella condición apacible que nace de la vida en común. Apasionado locamente desde el principio, la libertad de poder satisfacer su pasión no impidió que ésta creciera de día en día. Pero, por castigo divino, después de la muerte de Mariamne su pasión se acrecentó más y más; frecuentemente la llamaba a voces y lloraba; se entregaba a todos los placeres, con banquetes en diversas compañías, para amortiguar su anhelo. No consiguió nada. Negábase a atender los asuntos del reino, y estaba de tal manera atado por el afecto de Ma. riamne, que incluso decía a sus criados que la llamaran, como si todavía estuviera viva y pudiera oírlos.
Se originó por aquel entonces una peste, que atacó a gran parte del pueblo, y también a muchos amigos del rey. Todos sospecharon que la había producido la indignación divina por la injusta muerte de Mariamne. Esto aumentó la aflicción del rey; y finalmente se retiró a la soledad con el pretexto de dedicarse a la caza, pero no pasaron muchos días sin que cayera víctima de una grave enfermedad. Sufría de altas fiebres, dolores en la nuca, trastornos mentales, no había remedio que le aprovechara, todos lo empeo. raban. Se desesperó de salvar su vida. Los médicos que lo atendían, en parte porque con los remedios que le aplicaban la enfermedad no cedía, y en parte porque todo era peor que la misma enfermedad, decidieron acceder a sus caprichos, dejando al azar una curación de la que desesperaban. La enfermedad lo retenía en Samaria, ciudad que tomó el nombre de Sebaste.
8. Alejandra, que se encontraba en Jerusalén, informada de lo que estaba pasando intentó apoderarse de los fuertes de la ciudad. Había dos, el de la ciudad y el del Templo; el que los
tenía en su poder, dominaba a todo el pueblo. Pues sin ellos no podían hacerse los sacrificios, y para los judíos es inadmisible que no se realicen los sacrificios. Los judíos son de tal índole que prefieren morir antes que omitir el culto que acostumbran a ofrecer a Dios.
Alejandra habló con los guardias de las fortalezas, aduciendo que debían entregarlas a ella y a los hijos de Herodes, para que, en el caso de que él muriera, ningún otro se

apoderara de la administración del reino; y, en el supuesto de que llegara a restablecerse, nadie mejor para guardarlas que sus familiares.
Pero no dieron oídos a sus argumentos; persistieron en su fidelidad al rey, por odio a Alejandra y por considerar una indignidad desesperar de que el rey sanara cuando tantas veces lo había logrado. Eran antiguos amigos del rey; uno de ellos, Aquiab, era su primo. Por intermedio de varios mensajeros que enviaban de continuo, informaron al rey de los propósitos de Alejandra. Herodes ordenó inmediatamente que la mataran. En cuanto a él, se recuperó, aunque no sin gran dificultad, de la enfermedad; pero quedó tan agriado, por los dolores del cuerpo y del alma, que buscaba el menor pretexto para someter a suplicio a cualquiera que cayera en sus manos. Hizo matar a sus íntimos amigos, Costobaro, Lisímaco, Gadías, de sobrenombre Antipáter, y Dositeo, por el siguiente motivo.
9. Costobaro pertenecía a una familia de Idumea, de los primeros en dignidad en este país; sus antepasados habían sido sacerdotes de Coze, que los idumeos adoraban como dios. Cuando Hircano obligó a los idumeos a observar las costumbres y las leyes de los judíos, Costobaro fué nombrado por Herodes prefecto de Idumea y Gaza, siendo Herodes rey. Lo casó con su hermana Salomé, después de haber dado muerte al primer esposo de ésta, como dijimos antes. Costobaro, muy contento por lo que le había otorgado sin esperarlo, se enorgulleció con tanta felicidad y, poco a poco, se pasó de la medida, considerando insuficiente atenerse a las órdenes de Herodes y que los idumeos estuvieran bajo el poder de los judíos y observaran sus costumbres.
De modo que envió legados a Cleopatra, indicándole que sus antepasados siempre habían estado sometidos a los antepasados de ella, y por eso sería justo que pidiera para ella aquella región.
Estaba dispuesto a conseguir la conformidad de sus habitantes para que se pasaran a Cleopatra. No fué su propósito dejar en poder de Cleopatra la región de Idumea, pero pensó que, privado Herodes de gran parte de sus recursos, le resultaría fácil conseguir el gobierno de Idumea y aspirar a dignidades superiores. Sus ambiciones eran grandes, y se asentaban sobre la nobleza de su raza y la abundancia de sus riquezas, que había reunido con paciente avaricia. Tenía en vista amplios proyectos.
Cleopatra pidió el territorio a Antonio, pero éste se lo negó. Herodes lo supo, y quiso hacer matar a Costobaro, pero gracias a los ruegos de su hermana y su madre, lo dejó en libertad y lo perdonó; sin que, en adelante, dejara de sospechar de él.
10. Poco después, habiendo surgido discordias entre Salomé y Costobaro, ella por carta le indicó la ruptura de su casamiento, en contra de lo que establecen las leyes de los judíos. Este derecho entre nosotros está reservado al marido; y en cuanto a la mujer aun repudiada no puede casarse con otro, sin el consentimiento del primer marido. Salomé no se atuvo a la ley nacional, sino a lo que era de su agrado; repudió el matrimonio e informó a su hermano Herodes que se había apartado de su marido por devoción a Herodes, porque había comprobado que Costobaro, Antipáter, Lisímaco y Dositeo conspiraban contra él. Presentó como prueba de lo que decía la existencia de los hijos de Baba, que Costobaro ocultaba desde hacía diez años.
Esto era verdad; de ello quedó el rey asombrado, al enterarse de algo que nunca había sospechado, y su conmoción fué mayor por cuanto parecía ser increíble. En cuanto a los hijos de Baba, había en otro tiempo decidido vengarse de ellos, por ser sus enemigos; pero por el tiempo transcurrido apenas si se acordaba de ello. La causa de su odio y su enemistad fué la siguiente. Bajo el reinado de Antígono, Herodes estaba sitiando a

Jerusalén; a causa de las aflicciones y calamidades a que estaban sometidos los sitiados, había muchos que invocaban a Herodes y ponían en él toda la esperanza. Pero los hijos de Baba, que por su dignidad y méritos gozaban de gran prestigio entre el pueblo, exhortaban a los demás a que obedecieran a Antígono y lo ayudaran, y culpaban a Herodes e insistían en que ayudaran a los reyes a conservar el gobierno que habían recibido de sus padres.

Tal era la actitud de esta familia que, por otro lado, seguía sus propios intereses. Sin embargo, caída la ciudad, y Herodes dueño del poder, Costobaro fué destinado a vigilar las puertas y a la guardia de la ciudad, para que los ciudadanos culpables y enemigos del rey no pudieran escapar; pero, puesto que sabía que los hijos de Baba gozaban de aprecio y honor entre el pueblo y pensaba que, si los salvaba, esto le podría ser de gran utilidad para ulteriores novedades, los escondió en un lugar determinado. Luego juró a Herodes, que había desconfiado, que nada sabía de ellos, librándose de toda sospecha. Después, cuando Herodes prometió premios a los que los entregaran y los hiciera buscar de todas maneras, no se aventuró a confesar, pues temía que si fueran aprehendidos, no dejaría de castigarlo; de manera que se vió obligado a ocultarlos, no por benevolencia, sino por necesidad.

Informado de esto por su hermana, el rey envió gente al lugar donde se encontraban, y los hizo matar a ellos y a sus cómplices, con lo que ya no quedó nadie de la familia de Hircano. El reino estaba plenamente en su poder, sin que hubiera nadie que pudiera oponerse a sus violencias.

CAPITULO VIII

Las construcciones de Herodes en Jerusalén. Su sistema de fortalezas. Reconstrucción de Samaria

1. Por este motivo se apartó todavía más de las costumbres nacionales, y se inclinó en favor de instituciones nuevas contrarias al antiguo estado de cosas que convenía conservar inviolable e íntegro. Con el correr del tiempo se nos ocasionó un gran daño, pues el pueblo olvidó aquello que lo inducía a la piedad. Por de pronto Herodes estableció juegos en honor de César, los que debían celebrarse cada cuatro años, edificó un teatro en Jerusalén y luego un anfiteatro en la llanura, ambos magníficos, pero ajenos a las costumbres de los judíos, cuyas normas tradicionales no incluían esa clase de espectáculos.

Celebró las fiestas quinquenales con gran esplendor, enviando mensajeros a los lugares cercanos e invitando gente de todas partes. Concurrían atletas y competidores de toda índole que aspiraban a los premios y a la victoria. Se reunían los campeones más ilustres de cada juego. Había grandes premios, no solamente para los ejercicios gimnásticos, sino también para los músicos y los otros artistas timélicos, procurándose que participaran los más célebres en la contienda.

Otorgábanse premios de gran valor para las carreras de carros con cuatro o dos caballos, así como para las carreras de jinetes. Herodes se esforzó por hacer todo lo que pudiera contribuir a la magnificencia y dignidad del espectáculo. El teatro estaba adornado espléndidamente; tenía alrededor inscripciones, hechas de oro puro y plata, que referían los hechos de César, y los trofeos que ganó a los pueblos vencidos. Y en cuanto a la presentación, nada había en cuanto a los vestidos o joyas que no atrajera la atención al

igual que los juegos. Dispuso también de fieras, muchos leones y otras bestias que atraían la admiración por su fortaleza y su rareza. Las fieras luchaban entre sí o con los hom. bres condenados. Los extranjeros admiraban la suntuosidad de la presentación y se interesaban por el peligro del espectáculo; pero a los nativos todo ello les parecía la disolución de las costumbres que ellos honraban. Era una impiedad echar hombres a las bestias para deleitar a otros hombres, y también lo era cambiar las costumbres nacionales por otras extranjeras. Pero lo que más les ofendía eran los trofeos; se indignaban al comprobar que había imágenes incluídas en las panoplias, porque las leyes patrias prohiben venerar imágenes.

2. No se le ocultó a Herodes que todo eso los conturbaba, y consideró inadecuado acudir a la violencia. Por lo tanto, procuró suavizar su actitud mediante palabras, para librarlos de sus escrúpulos religiosos.

No consiguió nada; todos coincidieron en decir que las demás cosas serían soportables, pero lo que no podían tolerar eran las imágenes humanas, refiriéndose a los trofeos. No lo permitían las leyes patrias. Herodes, al ver su turbación y pensando que no sería fácil apaciguarlos, si no encontraba algún medio adecuado, convocó a los principales y los llevó al teatro. Les mostró los trofeos y les preguntó qué les parecía. Exclamaron que se trataba de imágenes de hombres. Herodes ordenó entonces que les quitaran los adornos y los vestidos, y les mostró los armazones de madera. Con esto todos se echaron a reír, lo que sirvió de mucho para aplacarles el ánimo, pues en adelante tomaban las tales imágenes como algo ridículo.

3. Habiendo apaciguado en esta forma las sospechas del pueblo, disipada ya su ira, muchos cambiaron de opinión y se mantuvieron tranquilos; sin embargo, algunos continuaban ofendidos al ver que se cambiaban las costumbres, pues creían que originaría muchos males la falta de cumplimiento de las leyes patrias. Consideraron mejor exponerse a sufrir cualquier peligro antes que permitir que Herodes, mudando la situación, pretendiera introducir violentamente normas extrañas y, sirviéndose de su condición de rey, comportarse como enemigo del pueblo. Diez ciudadanos se obligaron con juramento a no retroceder ante ningún peligro, y se armaron de puñales que escondieron bajo las ropas; había entre los conjurados un ciego, indignado por lo que había sabido. No podría ser de mucha ayuda para la ejecución de su plan, pero estaba dispuesto a sufrir cualquier pena, en el supuesto de que no tuvieran éxito. Su actitud los animó a proceder.

4. Tomada esta decisión fueron al teatro, llenos de esperanza de que Herodes no se les escaparía, pues lo iban a atacar de improviso; y en el supuesto de que no le acertaran, matarían por lo menos a muchos de sus acompañantes. Así el rey tendría oportunidad de reflexionar sobre la injuria que infería a su pueblo, aunque ellos tuvieran que morir.

Los conjurados estaban dispuestos y con ánimo alegre. Pero uno de los hombres de Herodes, encargado de vigilar y descubrir esta clase de tramas, se enteró de la combinación e informó al rey cuando éste entraba en el teatro. No le pareció inverosímil la noticia a Herodes, conociendo el odio que le tenía la mayoría de los judíos y las turbulencias a que daban lugar. Se retiró al palacio real e hizo llamar a cada uno de los conjurados.

Detenidos cuando iban a cometer el crimen, al comprender que no podían salvarse, se decidieron, ya que no podían evadir la muerte, por lo menos a ennoblecerla, con una firmeza inquebrantable. No se avergonzaron del hecho ni se retractaron; estando ya

detenidos, exhibieron los puñales y confesaron que habían preparado una conjuración por motivos puros y limpios, no con miras a obtener ganancias o dar salida a resentimientos, sino por algo,
mucho mejor, por las costumbres nacionales, las cuales era justo que todos observaran o perdieran por ellas la vida. Luego de confesar con gran ánimo sus propósitos, fueron retirados por los soldados del rey y con diversos tormentos sufrieron la muerte.
Poco después algunos judíos se apoderaron del delator, a quien odiaban sumamente; no solamente lo mataron, sino que lo cortaron en pedazos y tiraron los trozos a los perros. Fueron muchos los ciudadanos que los vieron, pero nadie los denunció, hasta que Herodes ordenó una encuesta severa e implacable; algunas mujeres, sometidas al tormento confesaron lo que habían visto. Fueron castigados los autores del crimen y sus familias. Pero la perseverancia del pueblo y su intrépida constancia en la defensa de la ley, infundieron temor a Herodes y lo obligaron a cuidarse. Determinó que el pueblo fuera cercado por todos lados, a fin de impedir una abierta revuelta de parte de los revolucionarios.
5. Tenía sojuzgado al pueblo desde el palacio en que vivía, y desde el Templo por intermedio de la fortaleza, denominada Antonia, que él mismo había construido. Consideró conveniente levantar una tercera muralla contra el pueblo en Samaria, que denominó Sebaste. Pensó que esta fortaleza podría serle de utilidad, lo mismo que las otras, en caso de que lo precisara. Fortificó esa población que se encuentra a un día de distancia de Jerusalén y podía serle de utilidad tanto en la región como para la ciudad. Además, con el objeto de reprimir a todo el país, hizo construir la fortaleza ya llamada Torre de Estratón y que él denominó Cesárea. También en la gran llanura fundó una colonia militar con soldados elegidos de su guardia, en la frontera con Galilea, a la cual denominó Gaba; colonizó también el territorio de Hesbón en Perca. Estas construcciones se hicieron sucesivamente; poco a poco fué proveyendo a su seguridad, encerrando al pueblo en un cinturón de plazas fuertes, de modo que no pudieran realizarse tumultos, como se hacían antes con el menor pretexto; y para que no permanecieran ocultos los que se estaban preparando, pues siempre había alguien dispuesto a informar para impedirlos. Dirigióse a Samaria con la finalidad de mejorar sus defensas, llevándose consigo una colonia, no sólo de gente que necesitara para la guerra, sino también de vecinos, con el deseo de levantar allí un templo, y dar realce a una población que antes no lo
tenía; pero sobre todo quería unir su seguridad con la magnificencia. Le cambió el nombre y la denominó Sebaste; dividió las tierras entre los nuevos pobladores, a fin de que gozaran de prosperidad, a pesar de ser recién llegados. Rodeó la ciudad de una gran muralla, aprovechando el terreno escarpado; lo hizo abarcando no sólo el espacio anterior, sino de tales dimensiones que no fuera menor a las que tenían las ciudades más célebres; en efecto, era de veinte estadios. En el interior, en el mismo centro de la ciudad, trazó un circuito sagrado de un estadio y medio, muy adornado, y allí construyó un templo memorable por su magnitud y hermosura. Poco a poco fué embelleciendo la ciudad, considerando por una parte las necesidades de atender a su defensa personal, haciendo del mismo, por la otra, una fortaleza de primer orden, por la solidez de sus murallas. Deseaba ser considerado como amante de lo hermoso y quería dejar a la posteridad monumentos magníficos.

CAPITULO IX
Hambre en Judea y en Siria. Generosidad de Herodes.
Nuevas construcciones

1. En el mismo año en que se cumplía el décimotercero del reinado de Herodes, la nación se vió afligida por grandes calamidades, ya fuera por la ira de Dios o porque los castigos acontecen en épocas determinadas. Se sufrió, en primer lugar, una prolongada sequía, seguida de la esterilidad de la tierra, que se negaba a producir aun aquellos frutos que crecen espontáneamente. Obligados a cambiar de comidas por la escasez del trigo, sufrieron diversos males; luego vino la peste, sucediéndose sin tregua las calamidades. La peste se agravó por la falta de medicamentos y de víveres, y la gran mortandad debilitó las esperanzas de los sobrevivientes, que no veían la forma de hacer frente a su indigencia.
Perdidos los frutos de aquel año y consumidos los que teníar. en reserva, nada bueno podían esperar; agravóse día a día la situación y no era solamente para aquel año, para el que ya nada les quedaba, pues se había perdido la semilla reservada y la tierra no fructificó por segunda vez. La indigencia obligaba a la búsqueda de diversos medios, pues aun el mismo rey se encontraba necesitado; no recibió tributo ninguno de la tierra, como acostumbraba, y el dinero lo había gastado con liberalidad en la restauración de las ciudades. No sabía a qué acudir para hacer frente a tan gran calamidad; la primera consecuencia de las adversidades fué una intensificación del odio de sus súbditos. Suele acontecer que, cuando los asuntos no se desarrollan prósperamente, las quejas contra los que gobiernan van en aumento.
2. Ante tantas adversidades, Herodes trató de buscar algún remedio a la situación. Era sumamente difícil, pues los vecinos no disponían de medios para aliviarla, por encontrarse sometidos a los mismos males; tampoco tenía dinero para comprar trigo, suponiendo que fuera posible adquirirlo con dinero. Pensando que era equitativo no omitir ningún medio para aliviar la situación, reunió todos los adornos de oro y de plata del palacio real, sin escatimar ni los vasos cuidadosamente trabajados ni los objetos artísticos. Envió el dinero a Egipto, cuya prefectura ejercía Petronio en nombre de César. Este, a pesar de que muchos acudían a él afligidos por la penuria, por ser particular amigo de Herodes, quiso ayudar a sus súbditos, y les concedió el primer lugar en la exportación de trigo; los auxilió de toda forma tanto en la compra como en el traslado, de modo que en gran parte, si no totalmente, se le debió a él la ayuda prestada. Herodes, cuando llegaron los que traían la ayuda, se atribuyó el alivio de la situación; con esto, no solamente logró que cambiaran de opinión aquellos que antes lo apreciaban menos, sino que dió las mejores pruebas de su celo y solicitud. Primeramente, luego de una cuidadosa información, distribuyó trigo entre aquellos que eran capaces de prepararse el pan; además, puesto que había muchos, que por la vejez o por otras razones, no podían prepararse su alimento, se ocupó en su cuidado asignándoles panaderos y suministrándoles la comida.
Se preocupó también de que, ya próximo el invierno, no se vieran expuestos a ningún peligro, pues estaban necesitados de vestidos, por haberse perdido o consumido casi completamente todos los rebaños, y no disponían de lana u otras cosas para cubrirse. Cuando hubo provisto de lo necesario a sus súbditos, se con

sagró a la ayuda de las poblaciones vecinas, suministrando semilla a los sirios. No sacó menos provecho de esta medida, pues su generosidad reanimó su suelo fértil y cada uno dispuso de la suficiente provisión de víveres. En fin, cuando llegó el tiempo de la cosecha, envió no menos de cinco mil hombres al campo, a los que él mismo mantenía. Es así como con su liberalidad alivió a sus compatriotas y también, en gran parte, a los vecinos que estaban afligidos por los mismos males. Nadie había que se presentara a él apurado por la necesidad, a quien dejara de ayudar según su indigencia. Pueblos, ciudades y particulares, cuantos se encontraban sometidos a la necesidad, si acudían a él conseguían lo necesario. Los coros de trigo distribuído fuera del reino, llegaron a la cantidad de diez mil. El coro es una medida que equivale a diez medimnos áticos; y empleó cerca de ochenta mil en alivio de su pueblo.
Estos cuidados y su oportuna benevolencia le conquistaron la simpatía del pueblo e hicieron tan grande impresión en los otros pueblos, que el odio antiguo que había concitado por algunas violaciones a las costumbres tradicionales, se extinguió del corazón de todo el pueblo, persuadidos todos de que, con su liberalidad, les había proporcionado suficiente satisfacción, ayudándolos en medio de sus graves males. También gozó de gran fama en el extranjero.
Las dificultades casi increíbles que afligieron al reino, contribuyeron a constituir la celebridad de su nombre. La magnífica generosidad que demostró en medio de las angustias, transformó de tal manera el concepto que de él tenía el pueblo, que fué como si desde un principio hubiese sido, no el tirano que les había exhibido la experiencia del pasado, sino el señor caritativo que se había manifestado en los momentos de necesidad.
3. Por aquel tiempo envió a César un cuerpo auxiliar de quinientos hombres seleccionados, que Elio Galo condujo al mar de Eritrea, y que le fueron de gran utilidad. Luego, como su prospe. ridad iba en aumento, construyó un palacio en la ciudad superior, con amplísimos salones adornados de las más ricas decoraciones y mármoles; cada uno de ellos contenía divanes de mesa para
un gran número de invitados con dimensiones y diseños particulares; uno de ellos se llamaba Salón de César y el otro Salón de Agripa.
Después se casó de nuevo por amor, pues no había consideración ninguna que pudiera apartarlo de vivir de acuerdo con su placer. El origen de este nuevo matrimonio fué el siguiente. Un tal Simón, ilustre sacerdote jerosolimitano, hijo de un alejandrino de nombre Boet, tenía una hija con fama de ser la más hermosa de su tiempo. Difundida esta fama en Jerusalén, llegó a oídos de Herodes, y cuando la vió su corazón quedó cautivo de la hermosura de la muchacha. Sin embargo, no quiso utilizar su poder para dar satisfacción a su deseo, sospechando, como era la verdad, que se lo atribuiría a vicio si procedía violenta y tiránicamente; pensó que sería más prudente tomarla en matrimonio. Puesto que Simón era de menor dignidad como para poder ser pariente del rey, pero con suficiente calidad para no ser menospreciado, Herodes decidió que el mejor medio para poder satisfacer sus anhelos, sería llenarlo de honores y ennoblecer a su familia. Privó del sumo pontificado a Jesús, hijo de Fabes, y se lo entregó a Simón; luego hizo alianza con él.
4. Después de su matrimonio, construyó una fortaleza en el lugar donde había vencido a los judíos, cuando fué expulsado durante el gobierno de Antígono. Esta fortaleza se encuentra a una distancia de casi sesenta estadios de Jerusalén, bien protegida por la naturaleza y de construcción adecuada. Hay, efectivamente, una colina bastante alta,

elevada artificialmente y que presenta en conjunto la forma de un pezón. Se distingue por sus torres redondas; es de difícil ascenso, el cual se realiza por doscientas gradas construidas con piedras cuadradas. En el interior se encuentran los departamentos reales, magníficos, muy bien dispuestos, tanto para la defensa como para el placer. Al pie de la colina se llevaron a cabo trabajos admirables, especialmente para la conducción del agua, que faltaba en el lugar, y que era traída desde muy lejos con muchos gastos. La llanura circundante estaba ocupada por edificios, y no cedía lugar a ninguna ciudad en magnificencia.

5. Teniendo éxito en todo lo que deseaba, sin la menor sospecha de conmoción en el reino, pues los súbditos se sentían obligados hacia él, exento de temor, pues no enviaba a nadie al su.

plicio y por el cuidado que había puesto en ser magnífico en medio de las calamidades, buscó, sin embargo, la seguridad en el exterior, como una defensa para su pueblo. Mantenía relaciones cordiales y hábiles con las ciudades, sabía adular a los príncipes, haciéndoles regalos, además de otros beneficios mayores, manteniéndolos así más obligados para incrementar su prestigio y afirmarse en el reino.

Con estos objetivos y para complacer a César y a los principales de los romanos, se vió precisado a transgredir las costumbres nacionales y violar muchas de sus leyes. Construyó nuevas poblaciones de ostentación ambiciosa, y edificó otros templos; pero no en Judea, pues los judíos jamás los habrían tolerado, por sernos prohibido venerar estatuas y simulacros a la manera de los griegos, sino en otras regiones, justificándose ante los judíos, diciendo que obedecía a órdenes formales de César y de los romanos, y que no lo hacía por su propia voluntad; mientras que a aquéllos les declaraba que para honrarlos estaba dispuesto a faltar a las costumbres nacionales. En el fondo, sólo se preocupaba de sí mismo, esforzándose en dejar a la posteridad muchos monumentos de su reinado. Esto es lo que lo movía a construir ciudades.

6. Advirtiendo que en la costa del mar había un lugar muy adecuado para la construcción de una ciudad, llamado la Torre de Estratón, diseñó un plan grandioso, para la ciudad y sus edificios, y la construyó, enteramente, empleando piedras blancas; la adornó con palacios de mármol blanco más adecuados para reyes que para recibir a simples ciudadanos; y lo que era más difícil y grandioso, la dotó de un puerto segurísimo, por su magnitud semejante al del Pireo, en el cual se podían refugiar sin peligro las naves. Lo más digno de admiración es que aquel lugar no podía suministrar los elementos necesarios para una obra de esta índole, y se llevó a cabo trayendo de otras partes y con muchos gastos el material.

Esta ciudad está ubicada en Fenicia, en la ruta marítima a Egipto, entre Jope y Dora. Estas dos últimas poblaciones marítimas son de difícil acceso a causa de los fuertes vientos del Africa que, llevando desde lejos arena a la costa, dificultan el desembarco, de modo que frecuentemente los mercaderes se ven obligados a echar el ancla en el mar. Herodes remedió estos inconvenientes; trazó el puerto en forma circular, de tal manera que aun las mayores embarcaciones pudieran acercarse a la orilla, sumergiendo a este fin rocas enormes hasta una profundidad de veinte brazas; la mayor parte de estas rocas tenían cincuenta pies de largo y, por lo menos, dieciocho de ancho y nueve de espesor; unas más, otras menos. La mole, que hizo construir sobre estos fundamentos, para resistir al ímpetu del mar, tenía una altura de doscientos pies. La mitad, verdadera fortaleza contra el mar tempestuoso, estaba destinada a resistir el empuje de las olas que rompían

contra ella de todos lados; la llamó rompeolas. La otra mitad estaba formada por un muro de piedra, con varias torres, siendo la mayor, muy hermosa, la llamada Druso, nombre que tomó del nieto de César, Druso, que murió muy joven. También hizo construir una serie de abrigos abovedados, para mansión de los marineros; en frente de éstos hizo construir un gran muelle de desembarco, que rodeaba todo el puerto y era un lugar admirable para pasear. La entrada y la abertura del puerto estaban expuestos al viento del norte, que es el más favorable. Al extremo del muelle, a la izquierda de la entrada, se levantaba una torre de piedra cuadrada para resistir a los enemigos; sobre el lado derecho se alzaban, unidos entre sí, dos grandes pedestales, más grandes que la torre de enfrente. Todo alrededor del puerto se alineaba un conjunto de edificios r'.e piedra muy bien pulida; en el centro había una colina sobre la cual hizo construir el templo de César, visible desde lejos por los navegantes y que contenía las estatuas de Roma y de César. La ciudad recibió el nombre de Cesárea, conspicua tanta por el material como por la índole de la construcción. Los subterráneos y cloacas que se construyeron no fueron realizados con menos cuidado que los edificios que se levantaron sobre los mismos. Unos, espaciados a intervalos regulares, terminaban en el puertJ
y en el mar; otro, transversal, los reunía todos, de modo que conducía fácilmente las lluvias y las inmundicias al mar; además éste, cuando crecía a causa del viento, podía penetrar y lavar
totalmente la ciudad.

Construyó también un teatro de piedra, y en la parte sud del puerto un anfiteatro que podía contener un gran número de espectadores perfectamente ubicados, con vistas sobre el mar. La
ciudad fué terminada en doce años, pues el rey no toleró ninguna interrupción en el trabajo y no escatimó gastos.

CAPITULO X

Los hijos de Herodes van a Roma. Augusto en Siria. La acusación de Zenodoro. Herodes recibe la tetrarquía de Zenodoro

1. Realizadas estas obras, y habiendo edificado anteriormente Sebaste, determinó enviar a Roma a sus hijos Alejandro y Aristóbulo, para que se presentaran ante César. Cuando llegaron, visitaron a Polión, un amigo muy íntimo de Herodes, y obtuvieron también permiso para ver a César. Este los recibió con mucha amabilidad, y dió facultad a Herodes para que pasara el reino a uno de ellos. Le ofreció más territorios, la Traconítida, la Batanea y la Auranítida. Se los dió por el siguiente motivo.

Un cierto Zenodoro tenía en arriendo los bienes de Lisanias 1. Considerando que eran insuficientes los ingresos, los aumentó mediante robos de ladrones que escondía en la Traconítida. Allí moraban hombres desesperados que asolaban los campos de Damasco; nada hacía Zenodoro para impedirlo; al contrario, participaba en los latrocinios. La gente, expuesta a estas vejaciones, se quejó ante Varro, el prefecto, y le pidió que escribiera a César comunicándole los atentados a que los sometía Zenodoro.

Informado César de estas quejas, contestó que se eliminara a los ladrones de aquella región, y que ésta se entregara a Herodes quien, en adelante, tendría la obligación de procurar que los de la Traconítida no perjudicaran a las zonas vecinas. No era fácil impedirlo, pues su único trabajo consistía en robar, y no conocían otro medio de vida. No disponían de poblaciones ni campos, sino solamente de lugares subterráneos y cuevas,

donde llevaban un método de vida similar al de las bestias. De antemano se aprovisionaban en abundancia de agua y alimentos, para poder per
manecer ocultos mucho tiempo.

1 El hijo de Plotomeo hijo de Meneo, ejecutado por Antonio (V. supra, XV, 4, 1).

La entrada de los escondrijos era angosta, y permitía el paso de una sola persona por vez, pero el interior era de gran amplitud, y podía dar cabida a mucha gente; el piso, por encima, no era muy alto, estaba al mismo nivel de la tierra. El lugar estaba lleno de piedras y era de difícil acceso, salvo con un guía, porque los caminos no eran rectos, sino tortuosos.

Cuando estos hombres no podían robar a la gente de las zonas vecinas, se atacaban y robaban mutuamente, acudiendo a toda clase de crímenes. Sin embargo, Herodes, favorecido por César con estas tierras, se hizo conducir al lugar por personas que lo conocían y logró poner fin a los latrocinios, asegurando paz a los vecinos.

2. Zenodoro se indignó al verse privado de la prefectura; luego viajó a Roma para acusar a Herodes, a quien se le había otorgado el gobierno. Regresó sin haber obtenido ninguna satisfacción. Por este tiempo fué enviado Agripa como lugarteniente de César a las provincias situadas más allá del mar Jonio. Herodes, como amigo muy íntimo que era de él, fué a visitarlo a Mitileno, donde invernaba; después regresó a Judea. Algunos gadarenses se presentaron ante Agripa para acusar a Herodes; pero aquél, sin dignarse contestarles, los hizo detener y los envió al rey.

También los árabes, desde hacía tiempo mal dispuestos contra Herodes, se agitaron y buscaron sublevarse, creyendo que ahora se les ofrecía oportunidad. Zenodoro, que desesperaba del buen éxito de sus asuntos, les había vendido parte de su prefectura, la Auranítida, por cincuenta talentos. Y puesto que en ella se encontraba parte del territorio que César había entregado a Herode , juzgaron que los habían privado del mismo injustamente; se esforzaron en crear dificultades, con incursiones y queriendo utilizar la violencia, o haciendo alarde de acudir a la justicia. Trataban de atraerse a los soldados pobres, y creaban contratiempos a Herodes, siempre con la espera de las novedades que complacen a los que obran mal. De todo esto estaba informado Herodes, pero no quiso actuar empleando la fuerza y prefirió tratar de apaciguarlos, para no dar lugar a agitaciones.

3. En el año décimoséptimo del reinado de Herodes, pasó César a Siria; entonces una gran parte de los gadarenos empezaron a quejarse de Herodes, acusándolo de dureza y tiranía. Los animaba
a estas quejas Zenodoro, quien los instigaba, se quejaba de Hero
des y juraba que jamás los habría abandonado, si no lo hubieran
privado del gobierno para entregárselo a Herodes. Con estas argu
cias los habitantes de Gadara clamaban mucho más, animados
por el hecho de que sus mensajeros, librados por Agripa, no ha
bían sido sometidos a ninguna pena. Herodes también los había
dejado libres sin perjudicarlos en lo más mínimo, pues aunque
era inflexible con las faltas de los suyos, sabía perdonar genero
samente a los extraños. Así, mientras ellos lo acusaban de rapiña
y de la destrucción de sus templos, Herodes, imperturbable, se
disponía a defender su causa; pero César lo protegió, y en nada
cambió su buena disposición hacia él por la conmoción de la

multitud.
El primer día se presentaron esas quejas; los días siguientes no hubo nada más. Pues los gadarenos, en vista de la inclinación de César y de sus asesores, considerando que los iban a entregar al rey, por miedo a los tormentos, se suicidaron, unos degollándose durante la noche otros tirándose desde lugares altos y otros arrojándose al río. En esto se vió la confesión de su impudencia y culpabilidad; de modo que César, sin la menor duda, absolvió a Herodes.
Además se produjo otro hecho que resultó en su beneficio. Zenodoro sufrió un desgarramiento de los intestinos, se debilitó por la gran pérdida de sangre, y murió en Antioquía de Siria. César dióle a Herodes la región que estaba bajo su gobierno, que era bastante grande, y comprendía los territorios situados entre la Traconítida y la Galilea, Ulata, la zona de Panio y todo el campo alrededor. Lo puso también en relación con los procuradores de Siria, a los cuales ordenó que nada hicieran sin el consejo de Herodes. Finalmente, para decirlo en pocas palabras, su influencia era tan grande que en un imperio de tanta magnitud como el romano, gobernado por dos personas, César y Agripa, por la espe. cial benevolencia en que lo tenían, César a nadie apreciaba más que a Herodes, después de Agripa, y en cuanto a Agripa, consideraba también a Herodes como su primer amigo, después de César.
En vista de la confianza que le tenía César, Herodes pidió una tetrarquía para su hermano Feroras, a quien le dió un rédito de cien talentos de su reino, a fin de que, en el caso de que Herodes falleciera, Feroras estuviera asegurado, sin verse obligado a depender de sus sobrinos.
Acompañó hasta el mar a César, y a su regreso hizo levantar en su honor un templo hermosísimo, de piedra blanca, en la tierra de Zenodoro, cerca del lugar denominado Panio. Hay en este lugar, en la montaña, una hermosa gruta, bajo la cual se abre un precipicio y un abismo inaccesible, lleno de agua tranquila; por encima se eleva una alta montaña. Herodes quiso agregar a este lugar admirable el ornato de un templo, que consagró a César.
4. Eximió a los ciudadanos de su reino de la tercera parte de los impuestos, a fin de que se recuperaran después de la época de esterilidad; pero el motivo principal consistía en ganarse la simpatía de los que eran sus enemigos. No veían de buen grado la ejecución de esas obras, que consideraban contrarias a la religión y a las costumbres; se hablaba en todos momentos de él, en forma airada e irritada. Herodes estaba atento a todo, quitándoles la oportunidad para sublevarse, teniéndolos ocupados de continuo, de modo que los ciudadanos no podían reunirse, andar o vivir juntos, sin que lo observaran los guardias del rey. Al que era apresado por haber cometido alguna falta, lo castigaban severamente. Fueron muchos los conducidos, pública o secretamente, a la fortaleza de Hircano, donde eran ejecutados. Había gente apostada, tanto en la ciudad como en los caminos, para ver si algunos se reunían. El mismo Herodes se dedicaba al espionaje, pues con frecuencia vestido como un particular, en horas de la noche se mezclaba con la multitud, para saber directamente lo que se decía de su reinado.
Los que se manifestaban obstinadamente contrarios a las nuevas costumbres, eran perseguidos de todas maneras. Dispuso obligarlos con juramento a serle fieles y a ayudarlo en el gobierno. Muchos, por servilismo o por miedo, accedieron a lo que pedía; a los que manifestaban su desagrado o no toleraban que se los presionase, los eliminaba bajo cualquier pretexto.

Quiso también obligar con juramento al fariseo Polio, y a Samea, y muchos otros que eran sus íntimos, pero no accedieron. Sin embargo, no fueron condenados a las penas señaladas para los que se negaban a jurar, por consideración a Polio. También fueron exceptuados de esta obligación aquellos que entre nosotros son llamados los esenios. Estos hombres siguen un método de vida similar al de los pitagóricos griegos. Hablo de ellos más expresa y ampliamente en otro lugar. Conviene, sin embargo, que exponga el honor que otorgó a los esenios, teniéndolos en más consideración de la que se estila atribuir a los simples mortales. Es un asunto que no resulta extraño a esta historia, especialmente porque por ello se comprenderá la estima que les tenía.

5. Había un esenio llamado Manaem, de vida honesta suficientemente comprobada, el cual recibió de Dios el don de prever lo futuro. En cierta oportunidad, cuando Herodes, todavía joven, iba a la escuela, lo miró atentamente y lo saludó, dándole el título de rey de los judíos. Herodes, pensando que no lo conocía o que se burlaba de él, lo corrigió diciendo que era un simple particular. Pero Manaem sonrióse y lo golpeó familiarmente:

-Reinarás -le dijo-, y lo harás felizmente, pues Dios te ha considerado digno de ello. Y acuérdate de los golpes de Manaem, para que sean para ti como símbolos de los cambios de la suerte. Sería un óptimo motivo de reflexión, si amaras la justicia y practicaras la piedad con relación a Dios y la clemencia con los ciudadanos; sin embargo, yo que conozco este futuro, sé que no harás tal cosa. Disfrutarás de una vida feliz, como no la tuvo ningún otro, y lograrás fama eterna, pero tendrás en olvido la piedad y la justicia. Pero tales hechos no quedarán ocultos a Dios, quien hacia el fin de tu vida te impondrá los castigos adecuados.

Herodes no prestó la menor atención a estas palabras, pues las consideraba fuera de todas sus esperanzas; pero cuando después, paulatinamente, fué ganando prestigio y todo le salía prósperamente, gozando ya de pleno poder hizo llamar a Manaem, y le preguntó por cuánto tiempo reinaría. Manaem no respondió. Ante su silencio, Herodes le preguntó si gobernaría diez años; a lo cual

61 respondió que sí, y también veinte, y treinta, pero sin señalar límite alguno. Herodes se declaró satisfecho, y despidió a Ma

naem, después de darle la mano; y desde entonces tuvo gran res. peto a los esenios.

Me ha parecido conveniente exponer este hecho, aunque pueda haber en él algo de inverosímil, y poner en evidencia que muchos

de los nuestros, en estas circunstancias, eran respetados a causa de su virtud y por su conocimiento de las cosas divinas.

CAPITULO XI

Herodes demuele el Templo viejo y edifica otro nuevo, más grande que el anterior

1. En el décimoctavo año de su reinado, Herodes, después de los hechos que han sido expuestos, emprendió una ardua empresa, la edificación del Templo de Dios. Quería darle mayor amplitud y elevarlo a gran altura. Pensaba que sería la más importante de las obras que había hecho hasta entonces, y que, si pudiera llegar a concluirla se ganaría una gloria eterna. Al ver que el pueblo estaba poco dispuesto a ello y que no le sería fácil inducirlo a emprender una obra de tanta magnitud, ante todo quiso persuadirlo y luego poner manos a la obra. Habiéndolo convocado a asamblea, le habló de esta manera:

-De los hechos que he realizado desde que empecé a reinar, conciudadanos, no hace falta que diga nada, a pesar de que fueron de tal índole que más sirvieron para vuestra seguridad que para mi ornamento. En los momentos angustiosos nada dejé de hacer que pudiera conducir al alivio de vuestras necesidades; también en todas las construcciones más que a mi persona os he tenido en cuenta a vosotros, para que estuvierais libres de toda injuria. Estoy convencido que por voluntad de Dios he conseguido para los judíos un estado tal de prosperidad como no lo tuvieron nunca. Me parece útil que recuerde en detalle todo lo que he realizado en vuestro favor y que he contribuido a vuestro prestigio edificando varias ciudades; son asuntos que conocéis bien. Ahora quiero mostraros que lo que intento figura entre los propósitos más piadosos y hermosos. Este Templo fué construido en honor del Dios supremo por nuestros mayores, cuando regresaron de Babilonia; sin embargo, le faltan sesenta codos para que tenga la altura deseada, la que tenía el primer Templo construído por Salomón. El que así no sea que nadie crea que se debe a falta de piedad de nuestros padres, pues no estaba en su poder darle tal magnitud. Giro y Darío hijo de Histaspis ordenaron la construc
ción tal como es actualmente; estando sometidos a ellos, luego a
sus hijos y posteriormente a los macedonios, carecieron de poder
para dar al Templo su primitiva magnificencia. Pero, puesto que
yo ahora, por beneficio divino, he alcanzado el reino, y disfruto
de larga paz, no me faltan riquezas y abundo en réditos, y, lo
que más vale, soy amigo y cuento con la buena voluntad de los romanos, dueños de todo, o poco menos; me esforzaré en cumplir aquello que fué omitido por las exigencias y servidumbre a que estuvimos sometidos anteriormente; y así demostraré mi perfecta piedad para con Dios por los beneficios que me ha otorgado en este reino.

2. Estas son las palabras que pronunció Herodes. Muchos quedaron pasmados, pues no esperaban nada semejante. Y como consideraron increíble el proyecto, no se entusiasmaron, antes bien quedaron intranquilos, dudando si, una vez demolido el edificio, Herodes dispondría de medios suficientes para llevar a cabo lo que se había propuesto; el riesgo les pareció muy grande y la empresa propuesta muy difícil de realizar. Viendo el rey esta disposición de ánimo, los alentó diciendo que no demolería el Templo, sin antes tener disponible todo lo necesario para su reconstrucción.

Con estas palabras, alentó su confianza. Y así lo cumplió, pues se procuró mil carros para el traslado de piedras, seleccionó diez mil obreros entendidos, consiguió mil vestiduras sacerdotales para los sacerdotes, de éstos a unos les enseñó a trabajar la piedra, a otros a trabajar la madera, habiéndolo todo dispuesto con toda
diligencia 1.

3. Una vez arrancados los antiguos fundamentos, y colocados otros en el mismo lugar levantó un Templo de cien codos de largo, y veinte de alto, excedente que desapareció más tarde por un hundimiento. En tiempos de Nerón se decidió restablecerlo. El Templo fué construído de piedra blanca muy dura; y la magnitud de cada una de ellas era de cerca de veinticinco codos de largo y de una altura de doce. El Templo, lo mismo que el pórtico real, era más alto en el centro que en las alas laterales; era visible desde una

1 Esta referencia parecería indicar que Herodes empleó sacerdotes para las obras relativas a las partes del Templo reservadas a aquéllos.

distancia de muchos estadios para los habitantes del campo, principalmente para los que vivían en frente o se acercaban por este lado. Las puertas de entrada con sus dinteles eran tan altas como el mismo Templo, y estaban adornadas con diversos colores que formaban flores purpúreas y columnas.

jAdemás de esto, por encima de las puertas, en el espacio que llegaba hasta el coronamiento del muro, corría una vid de oro con racimos pendientes, maravilla de grandeza y de arte, y en la cual la delicadeza del trabajo corría parejas con la riqueza del material. También rodeó el Templo de pórticos con sus debidas proporciones y más ricos que los anteriores; nadie había visto amás el Templo ornado tan bellamente. Los dos pórticos se apoyaban en un fuerte muro; y en cuanto al muro era la obra más grandiosa de que se hubiera oído hablar.

El Templo estaba emplazado en un lugar pedregoso, escarpado, con una pendiente suave que va de la parte este de la ciudad hasta su cima. Salomón, el primer rey, bajo inspiración divina, realizó trabajos considerables. En la cima, mediante un muro, fortificó el terreno; en la parte baja, levantó desde el mismo pie de la colina, que rodea un profundo barranco en el suroeste, una segunda muralla de piedras unidas mediante plomo; la muralla, a medida que avanzaba, abarcaba gradualmente un trozo de la colina y se iba elevando.

Todo esta construcción, de forma cuadrada, era de una magnitud y una altura inimaginables; exteriormente, la vista contemplaba grandes superficies de piedra; interiormente, grampas de hierro sostenían todo el aparato y le proporcionaban una seguridad a toda prueba. Este trabajo alcanzaba hasta el nivel de la parte alta de la colina, después se igualó ésta, luego se llenó todo alrededor la cavidad comprendida entre el muro y el flanco de la colina, hasta que alcanzó la misma superficie y se la niveló. Esto formaba el recinto, que tenía cuatro estadios todo alrededor, con
un estadio por lado. Dentro de este recinto, otro muro de piedra rodeaba la cima; a lo largo de la arista oriental, se apoyaba un pórtico doble, de iguales dimensiones que el muro, y se abría sobre las puertas del Templo, colocado en el centro. Muchos de nuestros reyes embellecieron este pórtico. Alrededor del santuario pendía
el botín tomado a los bárbaros; el rey Herodes lo consagró de
nuevo, agregando lo que había tomado a los árabes.

4. En el lado septentrional había una fortaleza, admirablemente fortificada y provista de medios excelentes de defensa. Fué cons
truída por los reyes pontífices de la raza de Asmoneo, que la llamaron Baris, y la destinaron a guardar las vestiduras sacerdotales con las cuales el sumo pontífice se revestía únicamente cuando tenía que ofrecer un sacrificio. El rey Herodes dejó estas vestiduras en el mismo lugar; y después de su muerte pasaron a poder de los romanos, hasta la época de Tiberio César. Bajo el reinado de éste, el pretor Vitelio pasó de Siria a Jerusalén, y fué recibido con muchas honras por el pueblo; queriendo conquistarse su favor, ante el pedido de que las vestiduras sacerdotales les fueran entregadas, escribió sobre el particular a Tiberio César. Este lo otorgó, y quedaron en poder de los judíos las vestiduras sacerdotales hasta la muerte del rey Agripa.

Después de él Casio Longino, que tenía a su cargo la administración de Siria, y Cuspio Fado, procurador de Judea, ordenaron a los judíos que colocaran las vestiduras sacerdotales en la torre Antonia; decían que los romanos, como antes, debían ser sus depositarios. Por este motivo los judíos enviaron una legación a presentar un pedido a

Claudio César. Una vez en Roma, el joven rey Agripa, que se encontraba allí, los apoyó ante el emperador para que se las entregaran; el emperador accedió, enviando la orden consiguiente a Vitelio, pretor de Siria. Antes las vestimentas se encontraban bajo el sello del pontífice y el de los guardias del tesoro; y el día anterior a las fiestas los guardianes del tesoro se presentaban ante el jefe de la guarnición romana, y las retiraban, luego de verificar su anillo; después, terminadas las fiestas, las devolvían al mismo lugar, luego de haber comprobado ante el comandante de la guarnición que el sello era el m smo.

Me he visto obligado a dar todos estos informes bor los hechos dolorosos que acontecieron posteriormente.

Por esta época el rey de los judíos, Herodes, reforzó la fortificación de la torre Baris, para seguridad y protección del Templo, y le dió el nombre de torre Antonia, en nombre de Antonio, su amigo el emperador romano.

5. Por el lado del oeste, el muro que cercaba el Templo tenía cuatro puertas, una de las cuales conducía al palacio real por un camino que atravesaba la barranca; dos que llevaban a los suburbios, y la última que conducía a los restantes barrios de la ciudad, por una larga escalera que descendía hasta el fondo de la barranca. La ciudad se encontraba frente al Templo, edificada en forma de anfiteatro y rodeada por toda la parte sud por una profunda barranca. El cuarto lado del muro, al sud, tenía también puertas, en el centro, y además el pórtico real, que se extendía a lo largo, con su triple camino, de la barranca del este a la del oeste; no fué posible prolongarlo más.

Era la obra más admirable que se haya visto bajo el sol. Tenía tanta profundidad la barranca que si alguien se inclinaba a mirar no lograba ver el fondo; sin embargo, Herodes construyó sobre el borde mismo un pórtico de dimensiones inmensas, de tal modo que si alguien trataba, desde lo alto del techo, de sondear esta doble profundidad, sentía vértigo, sin lograr medir con la vista la profundidad del abismo.

Había cuatro filas de columnas, estando la cuarta dispuesta sobre el muro de piedra. Las columnas eran tan gruesas que para abrazarlas debían juntarse tres hombres por las manos, con los brazos extendidos; el perímetro de la base era de veintisiete pies, con una moldura doble enrollada en la base. El número de columnas era de ciento sesenta y dos, siendo sus capiteles de estilo corintio, una obra realmente grande y admirable. Siendo cuatro las series de columnas, tres de ellas dividían el espacio intermedio en pórticos. Los dos extremos que se correspondían y estaban dispuestas del mismo modo, tenían cada uno treinta pies de ancho, un estadio de longitud y más de cincuenta pies de altura; el del medio tenía el doble de ancho y una altura doble; esta nave sobrepasaba en mucho a las dos vecinas.

El cielo raso estaba adornado de esculturas de madera, trabajadas con diversos diseños. La parte central era más alta y el muro que lo sostenía, formando cornisa, descansaba en el entablamiento del piso inferior; estaba decorado con columnas intercaladas, y el conjunto pulido perfectamente. El que no lo haya visto no se puede formar una idea, y los que lo veían se sentían conmovidos de admiración. Así era el primer atrio.

Había un segundo atrio, a escasa distancia, al cual se ascendía por algunas gradas y que rodeaba una barrera de piedra. Una inscripción prohibía la entrada a los extranjeros bajo pena de muerte. El atrio interior tenía en el sur y en el norte tres portales a alguna distancia los unos de los otros, y en el oriente una sola, la puerta grande, por la cual nosotros los judíos, con tal de que fuéramos puros, entrábamos con nuestras mujeres. Más adentro estaba el santuario, en el cual no se permitía la entrada a

las mujeres. Y todavía más al interior un tercero, cuyo ingreso sólo era permitido a los sacerdotes. Allí estaba el Templo mismo y delante de él el altar en el cual ofrecíamos nuestros holocaustos a Dios. El rey Herodes no tenía acceso a ninguna de estas últimas partes del edificio, de las cuales estaba excluido por no ser sacerdote. Sin embargo, se ocupó activamente de los trabajos de los pórticos y de los atrios exteriores y los terminó en ocho años.
6. El santuario fué terminado por los sacerdotes en un año y seis meses. Todo el pueblo, lleno de alegría por la rápida terminación de la obra dió gracias a Dios, en primer lugar, y luego al rey, por su empeño. La reconstrucción fué celebrada con fiestas y bendiciones. El rey inmoló a Dios trescientos bueyes; y los demás, de acuerdo con lo que podían, no pudiendo darse ninguna cantidad, porque no se aproximaría a la verdad. Aconteció que cayó en el mismo día la terminación de los trabajos del Templo con el aniversario del advenimiento del rey, que se celebraba habitualmente; esta coincidencia dió a la fiesta mayor esplendor.
i. Además el rey se hizo construir un pasaje subterráneo, que conducía de la torre Antonia al recinto sagrado, desde el lado de la puerta del este; encima de esta puerta hizo construir también una torre, desde la cual quería también tener acceso por subterráneos, para estar protegido en caso de levantamiento popu lar contra los reyes. Se cuenta que, mientras se construía el Tem plo, no llovía de día, sino sólo de noche, a fin de que no se retar dara la obra. Así lo dijeron nuestros mayores, y no es increíble, si alguien tiene en cuenta las otras cosas admirables que Dios ha hecho con nosotros. Y es así como el Templo fué construido.

LIBRO XVI

Contiene un lapso de doce años

CAPITULO 1

Los hijos de Herodes regresan de Roma; son calumniados por Salomé y Feroras

1. Dedicado el rey a las tareas de gobierno, a fin de terminar con las frecuentes iniquidades que se cometían tanto en la ciudad como en el campo, promulgó una ley muy distinta de las que regían anteriormente: que los ladrones fueran vendidos, para expulsarlos del reino. Esta medida no sólo era sumamente severa para los culpables, sino que implicaba una violación de las costumbres patrias. Pues obligados a vivir entre extraños y a adoptar un modo de vida diferente, constreñidos a hacer lo que quisieran sus dueños, significaba más bien una ofensa contra la religión que un castigo para los delincuentes, aspecto que en las leyes anteriores se había tenido en cuenta.
Estas últimas establecían que el ladrón sería multado con una suma igual al cuádruple del valor de lo robado; en el caso de que no pudiera cumplir la multa sería vendido, pero no a los extranjeros ni tampoco a perpetuidad. Después de seis años era dejado en libertad. Al contrario, la nueva ley parecía una demostración de arrogancia, como si gobernara, no a la manera de un rey, sino tiránicamente, estableciendo una clase de penas que no respetaba las costumbres de los judíos. Estas, así como otras cosas que acostumbraba a hacer, ocasionaron malestares y odios.
2. Por este tiempo dirigióse a Italia, pues deseaba hablar con César y ver a sus hijos. César lo recibió benévolamente, y entre

otras pruebas de bondad, permitióle que se llevara a sus hijos que ya habían terminado sus estudios. De regreso de Italia, despertaron la curiosidad del pueblo, pues se distinguían entre los demás, tanto por sus riquezas como por su apostura, propia de la dignidad real. Inmediatamente despertaron la envidia de Salomé, la hermana del rey, y de aquellos que con sus calumnias habían causado la muerte de Mariamne. Pensaron que si llegaran al poder, ellos tendrían que purgar el delito de las ofensas inferidas a su madre. Este miedo los indujo a inventar calumnias, diciendo que los hijos no se sentían a gusto con su padre a causa de la muerte de su madre.
Inventaron algo verosímil con el propósito de minar y destruir la benevolencia del padre hacia -' s hijos. No lo dijeron abiertamente, pero hicieron difundir el rumor entre la multitud; cuando llegó al conocimiento de Herodes, poco a poco le fué despertando el odio en el corazón, y carcomiendo incluso el afecto de los lazos naturales. Por aquel tiempo, estando todavía firme el amor del padre por sus hijos y más fuerte que todas las calumnias y las sospechas, les concedió todos los honores que les correspondían, y como ya eran adultos les dió esposas; a Aristóbulo lo casó con Berenice, hija de Salomé; y a Alejandro con Glafira, hija de Arquelao, rey de los capadocios.

CAPITULO II

Herodes invita a Agripa a transladarse a Judea. Queja de los judíos de Jonia. Herodes regresa a Jerusalén, rinde cuenta de su viaje y exime al pueblo de la cuarta parte de los impuestos del año precedente

1. Informado Herodes de que Marco Agripa navegaba de nuevo de Italia al Asia, se apresuró a encontrarse con él y le pidió que fuera a su reino para recibir los honores de huésped y amigo. Ante su insistencia, Agripa accedió y se dirigió a Judea. Nada omitió Herodes de lo que podría ser de su agrado; lo trató, a él y a sus amigos con gran magnificencia y les proporcionó toda clase de placeres, en Sebaste, en Cesárea, el puerto que había construído, y también en las fortalezas que había edificado, Alexandreion, Herodio, Hircania. Lo llevó también a la ciudad de Jerusalén, donde el pueblo lo recibió vestido de fiesta y con grandes acla maciones.
Agripa ofreció cien bueyes a Dios y agasajó al pueblo con un banquete que no cedió por el número de los que participaron a las ciudades más populosas. Por su gusto, habría permanecido más tiempo, pero dada la época del año tuvo que apresurarse a partir.
Debía navegar hacia Jonia, y el viaje no sería muy seguro si dejaba aproximarse mucho el invierno.
2. Agripa, pues, se embarcó, haciéndole Herodes muchos regalos a él y a sus más íntimos.
El rey Herodes pasó el invierno en su territorio, pero cuando vino la primavera, se apresuró a reunirse con Agripa, pues sabía que estaba preparando una expedición al Bósforo. Habiendo navegado por Rodas y Cos, se dirigió hacia Lesbos, en la confianza de encontrar a Agripa allí. Pero se lo impidió un viento del norte. Entonces por algunos días se quedó en Cío, donde recibió a los muchos que fueron a saludarlo, haciéndoles magníficos regalos. Cuando vió las ruinas del pórtico de la ciudad, el que había sido destruído durante la guerra con Mitrídates, no siendo fácil restaurarlo por su magnitud y

belleza, les dió dinero y aun más de lo necesario para que cuidaran de su reconstrucción, recomen. dándoles que lo hicieran sin demora para devolver a la ciudad su ornamento.
En cuanto soplaron vientos más suaves, navegó primeramente hacia Mitileno, luego hacia Bizancio, y cuando supo que Agripa había ya doblado las islas Cianeas, se apresuró a reunirse con él. Lo encontró cerca de Sínope, en el Ponto.
Agripa, que no esperaba este encuentro, lo recibió con júbilo, y tuvo en gran aprecio su compañía. Agripa vió una gran prueba de amistad y afecto en la decisión de Herodes de navegar tanto y dejar la administración y las cosas de su reino, para ir a encontrarse con él.
Durante la expedición Herodes fué para él un auxiliar en los asuntos públicos y un consejero en los problemas particulares, y un compañero grato en los momentos de reposo; el único que compartió con él las penas por afecto y los placeres por deferencia.
Una vez puestos en orden los asuntos del Ponto, para cuyo
arreglo había sido enviado Agripa, decidieron no regresar, sino que pasaron a Paflagonia y Capadocia y luego pasaron a la Gran Frigia y llegaron a Efeso, desde donde se reembarcaron para Samos. Herodes se mostraba generoso en las ciudades por donde pasaba de acuerdo con las necesidades de los que solicitaban. Nada omitió de lo que pudo hacer para ser generoso en otorgar dinero o procurarse amistades, corriendo él mismo con los gastos. Intercedió ante Agripa en favor de algunos que deseaban algo y lo obtuvieron a plena satisfacción. Era de ánimo benigno y presto a otorgar lo que se le pedía, con tal que no dañara a otros, y así gozaba de la mayor influencia para inclinar la voluntad de un amigo. De esta manera reconcilió a los habitantes de Ilio con Agripa, pues el último estaba indignado con ellos, libró también a los habitantes de Cío de sus deudas con los procuradores del emperador y de sus impuestos y así hizo con muchos otros, cada uno de acuerdo con sus necesidades.
3. Encontrándose en Jonia, una gran multitud de judíos, moradores de aquellas ciudades, confiando poder hablar libremente aprovecharon la ocasión, y se presentaron ante Agripa. Le expusieron las injusticias a que los sometían; les prohibían observar sus propias leyes, los obligaban a presentarse ante los tribunales los días festivos por iniquidad de los magistrados, les quitaban el dinero que querían enviar a Jerusalén, los obligaban a cumplir el servicio militar y otros cargos públicos y a gastar en los mismos el dinero que consideraban sagrado, a pesar de que siempre los habían exceptuado de los mismos por haberles permitido los romanos que vivieran de acuerdo con sus propias leyes. Como exigieran a voces que los oyeran, Herodes pidió a Agripa que los atendiera y propuso que hablara en nombre de todos ellos un amigo suyo, llamado Nicolás 1. Agripa convocó a sus asesores, a los principales de los romanos y a los reyes y príncipes que estaban presentes. Nicolás se expresó en favor de los judíos, en esta forma:
4. -Muy poderoso Agripa: Todos aquellos que se encuentran en dificultades tienen necesidad de dirigirse a los que pueden aliviarlos en sus tribulaciones; a los que ahora se encuentran en

1 Nicolás de Damasco, el famoso historiador, citado muchas veces por Josefo.

tu presencia, los anima, además, una gran confianza. Puesto que en ocasiones anteriores obtuvieron vuestros favores, y aun en la medida de sus deseos, piden ahora no ser privados de aquellos beneficios que les disteis, especialmente por haberlos recibido de

aquellos que tenían poder para otorgarlos; y han sido privados de los mismos, no por los superiores, sino por aquellos que al igual que ellos os están sometidos. Si lo que han recibido es mucho, procedería que los beneficiarios se mostraran dignos de tantos beneficios; si es poco, sería vergonzoso que los benefactores no les confirmaran lo que les otorgaron. Está fuera de toda duda que aquellos que ponen dificultades a los judíos y los tratan indignamente, ofenden al mismo tiempo a los que recibieron los beneficios, por no considerarlos buenos, a pesar de que hombres muy preclaros dieron de ellos muy buen testimonio, y a los que otorgaron los beneficios, al hacer que no se pueda cumplir la gracia concedida. Si alguien les preguntase qué prefieren, que se les prive de la vida o de los sacrificios, ritos y fiestas que celebran en honor de los dioses a quienes honran, sé muy bien que estarían dispuestos a sufrirlo todo antes de tolerar que se les disminuyan en lo más mínimo algunas de sus costumbres patrias. Muchos de ellos están dispuestos a ir a la guerra antes que permitir que se falte a sus leyes. Además la felicidad de que goza actualmente el género humano gracias a vuestra intervención, se mide por el hecho de que se permite a cada región prosperar y observar sus propias costumbres. Precisamente lo que aquella gente soportaría de mala gana si se hiciera con ellos, lo realizan violentamente con otros, como si no fuera una conducta impropia, tanto olvidar la piedad que cada cual debe a sus propios dioses, como intentar contra todo derecho que los otros no observen sus propias costumbres piadosas.
"Pero pasemos a otras consideraciones. ¿Hay por ventura, pueblo, ciudad o nación a los cuales no les parezca el mayor de los bienes vuestro gobierno y el poderío del pueblo romano? ¿Hay alguien que desee que vuestros beneficios resulten vanos? Ciertamente, no, a no ser que sea un insensato, pues no hay ni una sola persona que privada o públicamente no participe de los mismos. Aquellos que intentan quitar a otros lo que han recibido por vuestra liberalidad, con su conducta perjudican la firmeza y permanencia de lo que ellos han recibido. Sin embargo, los favores otorgados son tales que nadie puede medirlos. Pues si se comparan los poderes a que antes estuvieron subordinados con el actual, entre lo mucho que deben tener en cuenta para su felicidad, basta que reconozcan que no son siervos, sino libres. En lo referente a lo que se nos ha concedido, a pesar de que lo apreciamos sobremanera, no es de tal índole que pueda despertar la envidia. Es gracias a vosotros que nos sentimos felices a la par de los otros; y sólo pedimos que se nos conceda en común con los demás el que se nos permita sin dificultad ninguna practicar nuestra religión; es una ventaja que no tendría que despertar la envidia de aquellos que la otorgan. Pues si a Dios le gusta que se le honre, también se complace con aquellos que permiten que se cumpla este honor. No hay en nuestras costumbres nada inhumano, sino que todo está de acuerdo con la piedad y unido a una saludable justicia; y nada ocultamos de los preceptos que utilizamos para organizar nuestra vida como manifestaciones de nuestra piedad y para las relaciones humanas. Dedicamos el día séptimo al estudio de nuestras costumbres y leyes, y nos consagramos a su meditación para que sometidos a su cumplimiento evitemos los pecados. Si alguien estudia estas costumbres verá que en sí son hermosas; y para nosotros, además, están dotadas de antigüedad, aunque a algunos no les parezca así; por lo tanto contra su agrado se apartarán de ellas aquellos que las recibieron piadosamente y las observan. De esto se nos priva violenta e indignamente. También nos arrebatan el dinero que hemos reunido para el culto de Dios, nos exigen tributos y durante los días festivos nos citan a los tribunales y a realizar otros trabajos, no por respecto a los

contratos, sino para ofender nuestra religión, cuya existencia conocen por nosotros mismos; por el odio que nos tienen proceden contra derecho y justicia. En efecto, vuestro dominio universal y único otorga benevolencia y aniquila la maldad de aquellos que prefieren el odio al amor.

"Por lo tanto te pedimos, oh muy poderoso Agripa, que no se nos ocasione ningún mal ni se nos trate indignamente; que no se nos prohiba observar nuestras costumbres ni se nos despoje de nuestros bienes y que no se acuda a la violencia con nosotros en aquellas cosas en que nosotros tampoco acudimos a la violencia. No es solamente algo justo y equitativo lo que pedimos, sino lo
que anteriormente ya nos ha sido otorgado por vuestra bondad. Podríamos leer numerosos senadoconsultos y las tablas depositadas en el Capitolio, sobre lo que nos han concedido luego de comprobar nuestra felicidad, los cuales tendrían valor, aun en el supuesto caso de que nada hubiéramos hecho para merecerlos. No solamente a nosotros, a casi todo los hombres cuyos bienes conservasteis, les habéis acordado más beneficios de los que esperaban, y tendría que hablar mucho aquel que quisiera enumerar todas las ventajas que se os deben. Pero para que compruebes que no somos indignos de los beneficios que nos otorgaste, bastará recordar, aunque callemos todo lo anterior, lo que ha realizado aquel que actualmente reina sobre nosotros y que está sentado a tu lado. ¿Qué prueba de benevolencia ha dejado de hacer por vuestra casa? ¿Dónde ha faltado a su fidelidad? ¿Qué medio para honraros ha omitido? ¿Cuándo dejó de ser el primero en caso de apuro? ¿Qué se opone a que vuestros beneficios correspondan a los méritos que ha conquistado?

"Es justo que no pasemos en silencio el valor de su padre Anti páter, el cual, mientras César se encontraba en Egipto, reforzó sus tropas con dos mil soldados, y no fué inferior a nadie, tanto en los combates terrestres como en los navales. ¿Hace falta decir la gran ayuda que fué para César en aquella oportunidad y los dones con que éste lo recompensó? Debiera para ello mencionar las cartas que escribió al senado, y en qué forma Antipáter obtuvo del pueblo honores y el derecho de ciudadanía. Todo esto muestra suficientemente que no recibimos sin causa vuestros beneficios y que no pedimos sin razón que nos los confirmes; si no hubieran sido otorgados con anterioridad, esperaríamos que nos fueran otorgados ahora, teniendo en cuenta la actitud del rey, su ánimo hacia vosotros, y vuestra buena voluntad hacia él. Además los judíos de nuestra patria nos han hecho saber lo benévolamente que te has comportado al recorrer su país, y que ofreciste sacrificios a Dios y lo honraste, y que los obsequiaste con banquetes, y que no desdeñaste su hospitalidad. Todo esto que comprueba la forma en que fué recibido un varón de tan alta dignidad por el pueblo y la ciudad, es prueba de la amistad existente entre tú y el pueblo de los judíos, sirviendo de intermediario para ella la casa de Herodes. Al recordar esto, así como la presencia del
rey que está sentado a tu lado, no pedimos otra cosa sino que aquello que quisiste otorgarnos, no nos sea quitado mediante violencia e injusticia ajenas".

5. Cuando Nicolás terminó de hablar, los griegos no replicaron; pues no se trataba de algo que estuviera en litigio, sino de una súplica contra la violencia. No negaron haber obrado de esta manera, pero adujeron que los judíos, por el solo hecho de vivir dentro de sus límites, obraban injustamente. Estos últimos demostraron que ellos eran nativos y que, por el hecho de observar sus propias leyes, no perjudicaban a nadie. Por lo tanto, Agripa, comprobado que hubo que se les hacía violencia, respondió que en mérito a la devoción y

la amistad de Herodes estaba dispuesto a acceder al pedido de los judíos, el cual, por otra parte, consideraba que era justo; y si le pidieran más, también se lo otorgaría, siempre que no fuera en perjuicio del Imperio Romano. Pero, puesto que simplemente pedían lo que ya les había sido otorgado, se lo confirmaba, y les aseguraba el derecho a perseverar en la observancia de sus leyes sin que fueran molestados.

Después de decir esto, disolvió la reunión. Herodes se levantó, lo saludó y le agradeció la buena disposición que les había demostrado. Agripa, complacido, expresóle también su agradecimiento, y lo saludó recibiéndole en sus brazos. Después se retiró. Eu cuanto al rey determinó volver por mar. Habiéndose despedido de Agripa, emprendió el regreso. Pocos días después llegó a Cesárea, teniendo el viento en su favor. Una vez en Jerusalén convocó a todo el pueblo; acudió una gran multitud, muchos de los cuales eran del campo. Desde la tribuna informó al pueblo de su viaje y explicó lo que había hecho en favor de los judíos de Asia, para que en adelante pudieran disfrutar tranquilamente de sus derechos. Hizo una exposición detallada de la prosperidad y administración del reino, como en todo se había esforzado en serles útil; lleno de satisfacción, les condonó la cuarta parte de los impuestos del año anterior. Los judíos, conquistados por la gracia y el contenido de lo que les dijo, se dispersaron muy contentos, deseando la mayor prosperidad al rey.

CAPITULO III

Disensiones provocadas por la preferencia de Herodes por su hijo mayor, Antipáter. Disgusto de Alejandro

1. Aumentaba de día en día el malestar doméstico en la casa de Herodes, creciendo siempre y empeorando, pues Salomé fomentaba contra los jóvenes príncipes un odio que parecía hereditario; todo lo que se refería a su madre la llenaba de odio y temeridad, pues anhelaba que nadie quedara que estuviera en condiciones de poder vengarla. Por otro lado, los jóvenes tenían también cierta audacia y cierta malevolencia contra su padre, al recordar la injuria que se había inferido a su madre, así como también porque sentían afán de gobernar. La situación era la misma de otros tiempos: los jóvenes libre y abiertamente maldecían a Salomé y Feroras, y éstos ejercían su malicia contra los jóvenes y se dedicaban a tenderles celadas. Mutuamente se odiaban, pero manifestaban su odio de manera diferente: los jóvenes insultaban e injuriaban abiertamente, pues como inexpertos e ingenuos que eran no ocultaban su ira; los otros, en cambio, seguían otro método; astuta y deshonestamente se servían de la calumnia, no perdiendo ocasión para provocarlos, pensando que la temeridad de los jóvenes los llevaría finalmente a actuar contra su padre. No sentían ninguna vergüenza por las faltas de su madre y creían que había sido castigada inicuamente; y se inclinaban a vengarla aun con sus propias manos, en aquel que parecía ser culpable. Finalmente la ciudad se llenó de rumores y, como acontece en las contiendas de esta índole, se apiadaban de la impericia de los jóvenes, pero Salomé prevalecía por sus precauciones y diligencia y aprovechaba la conducta de ellos mismos para dar verosimilitud a lo que decía. Porque ellos estaban tan irritados por el fin que sufrió su madre que se empeñaban en demostrar lo desdichada que había sido -y lo fué en verdad- y lo desdichados que eran ellos también por verse obligados a vivir con aquellos que la mataron y participar de sus intereses.

2. La disensión crecía de día en día, pues la ausencia del rey ofrecía más motivo para ello. Después que regresó Herodes y habló al pueblo, como dijimos, Feroras y Salomé lo acosaron
repitiéndole continuamente que se encontraba en gran peligro a causa de sus hijos, quienes abiertamente habían proferido amenazas de que no dejarían de vengar la muerte de su madre. Agregaron que aquéllos confiaban en la ayuda del capadocio Arquelao, para presentarse ante César y acusar a su padre. Estas noticias conturbaron a Herodes, tanto más cuanto que otros le decían lo mismo.
Recordando los hechos pasados se dijo que a causa de las disensiones existentes entre los suyos nunca había podido gozar de los más caros afectos, ni del amor de una esposa a la que adoraba, y temió que lo futuro le deparara algo peor aún que lo pasado. Su ánimo quedó profundamente perturbado. En los asuntos no familiares todo le iba mucho mejor de lo que esperaba, con el patrocinio de Dios; pero en cuanto a los problemas de su casa, le iba mucho peor. Los dos aspectos de su vida se desarrollaban en forma que jamás lo hubiera creído y dudaba qué sería mejor, si tener éxito en los asuntos externos y sufrir tribulaciones domésticas, o escapar a tan grandes males en sus afectos familiares, renunciando a todo aquello que daba apariencia de grandeza a su reino.
3: Turbado y afligido, a fin de refrenar a sus hijos, mandó llamar a su otro hijo, nacido cuando era un simple particular; se llamaba Antipáter y decidió honrarlo. No para ponerse totalmente bajo su dominio, como aconteció después, sino con el propósito de poner límite a la audacia de los hijos de Mariamne y de que les sirviera de admonición. Su arrogancia decrecería, si llegaran a persuadirse que la sucesión al reino no les pertenecía a ellos solos ni era necesario que así fuera. Por este motivo acogió en su casa a Antipáter, creyendo que obraba sabiamente y que, reprimiendo la índole agitada de sus otros dos hijos, éstos llega.
rían a ser mejores.
Pero aconteció de muy diversa manera de lo que pensara. Los
jóvenes lo interpretaron como una muy grave ofensa. Antipáter, por su lado, hombre ingenioso, alentado por una esperanza de
la que antes carecía, se esforzó en tratar mal a sus hermanos y no cederles el primer lugar; se adhería al padre, a quien las ca
lumnias habían apartado de aquéllos. Le fué fácil tener éxito en
lo que se había propuesto, añadiendo calumnias a las calumnias, para aumentar la irritación del rey.
Antipáter era el autor de los rumores que se diseminaban, pero procuraba que su padre no lo supiera; utilizaba a otros hombres, libres de sospechas porque eran considerados fieles al rey. Había muchos que fomentaban sus esperanzas e influían en Herodes, pues parecían hablar movidos por el afecto.
Mientras acontecían estas cosas, los otros dos jóvenes no cesaban de ofrecer ocasión para la maledicencia. Lloraban frecuentemente por la cotumelia de que se consideraban víctimas, invocaban a menudo a su madre, y abiertamente comentaban entre los amigos la inicua conducta de su padre. Todo esto no era ignorado por los que rodeaban a Antipáter, y se lo comunicaban a Herodes con aditamentos; y de este modo el malestar doméstico fué empeorando.

El rey, exasperado por las calumnias, y deseoso de humillar a los hijos de Mariamne, fué otorgando cada vez nuevos honores a Antipáter. Finalmente llamó a la corte a la madre de éste, y escribió al César en favor de su hijo, recomendándolo calurosamente.
Cuando Agripa se dirigió a Roma, después de administrar por espacio de diez años los asuntos de Asia, Herodes tomó una nave y salió a su encuentro; y le entregó a Antipáter, para que lo llevara consigo, dándole muchos regalos, y pidió que lo hiciera amigo de César. De modo que ya todo parecía estar en poder de Antipáter, y los otros jóvenes iban a ser excluidos decididamente del imperio.

CAPITULO IV

Herodes acusa a sus hijos ante el emperador. Alejandro se defiende. Reconciliación de Herodes con sus hijos

1. Este viaje fué de gran provecho para Antipáter, tanto por el honor que significaba como porque evidenciaba que era preferido a sus hermanos. Se hizo célebre en Roma, pues Herodes escribió en su favor a todos sus amigos. Lamentaba, sin embargo, no estar al lado de su padre, para tener oportunidad de perjudicar más de continuo a sus hermanos; pero lo que más temía era que cambiara la disposición de ánimo de su padre, si llegara a suavizarse su actitud hacia los hijos de Mariamne.
Con este estado de ánimo, no desistió de su propósito, y desde Roma, en la medida en que esperaba poder irritar a su padre contra sus hermanos, envió frecuentes cartas a Herodes simulando una gran preocupación por su seguridad, y en realidad porque su naturaleza perversa alimentaba grandes esperanzas. Indispuse e indignó de tal manera a Herodes, que éste llegó a odiar a los jóvenes. Para no proceder en forma negligente o precipitada, le pareció conveniente a Herodes navegar a Roma, y acusarlos ante César, y no permitirse algo que por su magnitud diera lugar a que se sospechara que procedía impíamente.
Después que llegó a Roma, se dirigió a la ciudad de Aquilea, pues tenía prisa por encontrarse con el emperador. Cuando pudo hablar con él le pidió que le prestara oídos en las grandes tribulaciones en que se encontraba. Condujo a sus hijos a su presencia, lamentándose de su temperamento y de sus nefastos propósitos 1. Le dijo que eran sus enemigos, que de todas maneras procuraban expresar el odio que sentían hacia su padre, el cual podía llevarlos a matarlo para quedarse, mediante este crimen, con el reino, a pesar de que César le había otorgado el poder de dejar el reino, no obligatoriamente, sino según su juicio, al hijo que hubiera mostrado comportarse más piadosamente con él. Por otra parte poco les importaba el reino y aun la vida, con tal que pudieran llegar a matar al padre; tan profundo era el odio inhumano y criminal que se había aposentado en su ánimo. Aunque por mucho tiempo había sufrido esta calamidad, ahora se veía obligado a comunicársela al César y manchar sus oídos con estos horrores. Sin embargo, ¿qué mal trato habían recibido de su parte? ¿En qué aspecto se había comportado con ellos grave y ásperamente? ¿Sería justo y equitativo que habiendo obtenido el reino después de mucho tiempo y muchos peligros, no fuera dueño del mismo, ni disfrutara de él para luego dejarlo a quien lo mereciera? Este
1 Si bien Herodes se apresuró a dirigirse a Aquilea para ver a Agusto, la acusación fué formulada cuando el emperador regresó a Roma, a juzgar

por lo que nos dice en el párrafo 3, y también en La Guerra, 1, 23, 3, donde vemos asimismo que Herodes había llevado a Roma a uno de sus hijos, Alejandro, y no a los dos.
poder sería el premio de la piedad filial en favor de aquel que supiera comportarse de tal manera que mereciera la recompensa. Era evidente que no les pertenecía a ellos inmiscuirse en la sucesión. El que piensa de continuo en el reino, piensa a la par en la muerte del padre, pues no lo ha de conseguir sino después de él. En cuanto a él, ¿qué ventajas no había dejado de otorgarles como a hijos del rey? No les faltaban dignidades, servidores ni lujo; más todavía, había cuidado que se casaran muy honradamente, uno con la hija de su hermana, y el otro, Alejandro, con la hija del rey Arquelao. Y lo que es más, a pesar de todo, no se había atrevido a usar de su poder contra ellos, sino que los presentaba ante el benefactor común, César, dejando de lado el derecho que tenía como padre o como rey ofendido, y venía ante él con igual derecho. Le pedía, por lo tanto, que no dejara de vengarlo, y que no lo forzara a vivir entre temores. ¿De qué les serviría ver la luz del día después de lo que habían proyectado, si escapaban al castigo, habiéndose atrevido a tanto?
2. En esta forma acusó Herodes a sus hijos frente a César. Los jóvenes, mientras el rey hablaba, lloraban y se mostraban consternados. Pero luego fué peor. Ellos tenían conciencia de que eran inocentes de la impiedad que se les atribuía, pero sabían que difícilmente podrían defenderse de la acusación, pues aunque podían hablar libremente en aquella oportunidad, refutando enérgicamente las imputaciones, no sería correcto que lo hicieran. Sin atinar a decir nada, anegados en lágrimas, suspiraban intensamente, temiendo que si callaban, darían la impresión de ser culpables, y no encontrando la forma de defenderse por su poca edad y la consternación de su espíritu.
César, observando su abatimiento, comprendió que estaban perturbados por su falta de experiencia y modestia, y no por la conciencia de los crímenes de que se los acusaba. No había nadie que no se compadeciera de ellos. Los presentes estaban apiadados; y emocionaron al padre con sus aflicción sincera.
3. Cuando advirtieron señales de mayor benevolencia en su padre y en el César, y que los demás se condolían de su situación, algunos llorando junto con ellos, uno de los príncipes, Alejandro, imploró a su padre e intentó disculparse.
-Padre -dijo-; el afecto que nos tienes se manifiesta aun
en este proceso; pues si hubieses pensado ser severo con nosotros, jamás nos habrías conducido a la presencia del protector del mundo entero. Podías, por tener potestad real y paterna, someter al suplicio a los culpables; la acción de conducirnos a Roma y tomar como testigo al emperador, es propia de alguien que quiere salvarnos. Nadie que tiene el propósito de matar, presenta al culpable en los templos y los lugares sagrados. Pero nuestra situación es mucho más mala; no podríamos seguir viviendo, si se creyera que hemos ultrajado a un padre como tú. Quizá sería mejor morir siendo inocentes, que vivir bajo la sospecha del crimen. Pero si podemos decir libremente la verdad en nuestra defensa, tendremos; la dicha de persuadirte y de escapar al peligro; pero si se impone la calumnia, ¿para qué habremos de seguir viendo la luz del sol, si tendremos que hacerlo como sospechosos? Decir que aspiramos a la realeza, es formular una acusación fácil contra jóvenes; agregar el recuerdo de nuestra infortunada madre, es agravar nuestros males presentes con los antiguos. Considera que estas actitudes son comunes a todas las personas. Nada podrá impedir que un rey, que tiene hijos jóvenes y que han sobrevivido a

la muerte de su madre, sospeche de ellos que son autores de intrigas. Pero la sospecha no es de por sí suficiente para otorgar fe a la impiedad. Que se pruebe si nos hemos atrevido a tal cosa, de modo que lo increíble tome aspectos de credibilidad. ¿Hay alguien que pueda demostrar que hemos preparado el veneno, o conspirado con nuestros iguales, o que mediante dinero hemos corrompido a los criados, o que hemos escrito una línea en tu contra? Se nos ha calumniado inventando todos esos crímenes que nunca se produjeron. Es algo muy grave para un reino la discusión en el palacio real; y ésta es la razón de que el gobierno, que tú dices ser el premio de la piedad, excite a los hombres perversos con esperanzas que los mueven a hacer cualquier cosa. Nadie demostrará que hayamos cometido un crimen. Ahora bien, ¿cómo nos libraremos de las calumnias si no se nos quiere escuchar? ¿Hemos hablado demasiado libremente? Sí, pero no contra ti, pues sería injusto, si no contra aquellos que no se callarían, aunque nosotros no habláramos. ¿Alguno de nosotros ha llorado a nuestra madre? No porque la hayan hecho morir, sino. porque, una vez muerta, ha sido insultada por hombres deshonestos. ¿Es que deseamos el reino que sabemos está en poder de nuestro padre? ¿Con qué intención? Si tenemos honores reales, y ciertamente los tenemos, ¿no sería una tarea inútil la nuestra? Y si no los tenemos, ¿no podemos, acaso, esperarlos? Si te asesináramos, ¿podríamos sucederte en el reino, habiendo cometido un crimen de tal índole que no mereceríamos ni andar por la tierra ni navegar por el mar? ¿Permitiría la piedad de los súbditos y la religión de cualquier nación que los parricidas gozaran del poder y entraran en el santísimo Templo que edificaste? ¡Pero qué! Aunque no tuviéramos en cuenta a los demás, ¿el causante de tu muerte, mientras viviera César, podría escapar al castigo? No engendraste hijos tan impíos, ni tan tontos, sino quizá más desgraciados de lo que conviene a tu dicha. Si no somos culpables de tales crímenes y maquinaciones, ¿qué te ha impelido a dar crédito a una tal impiedad? ¿La muerte de nuestra madre? Lo que le pasó a ella no nos excita, sólo nos hace meditar. Quisiéramos defendernos más extensamente, pero no hay excusa para aquello que nunca se ha cometido. Por lo tanto delante de César, señor de todos y árbitro en estas circunstancias, proponemos el siguiente pacto: si puedes, oh padre, tenernos un afecto libre de toda sospecha, viviremos, aunque sin alegría, pues es algo muy serio ser acusado de graves crímenes, aunque sea falsamente. Pero si algo temes, toma las debidas precauciones; nosotros nos haremos justicia a nosotros mismos. No estimamos de tal manera la vida que estemos decididos a conservarla en perjuicio del que nos la dió.
4. Después que se explicó de esta manera, César, que no había dado crédito desde un principio a una calumnia tan grave, se confirmó más en su convicción, y miró fijamente a Herodes, a quien advirtió confundido. Todos los presentes estaban ansiosos y preocupados por los jóvenes, pues el discurso pronunciado por Alejandro indispuso el ánimo contra Herodes. Por un lado les parecía poco digna de crédito la calumnia; por el otro, se compadecían de aquellos jóvenes que estaban en la flor de la edad y de la belleza física. La compasión impulsaba a todos a prestarles ayuda, especialmente después de haberse expresado Alejandro con tanta corrección y prudencia. Los mismos jóvenes tampoco tenían la misma actitud de antes; seguían llorando y permanecían echados humildemente en el suelo, pero entreveían una mayor esperanza,
y el rey que creía haber pronunciado una requisitoria plausible, no habiendo podido confundirlos, necesitaba de alguna excusa.
César, luego de una pausa, dijo que aunque parecía que los jóvenes no eran culpables del crimen imputado, sin embargo habían faltado por no haberse comportado como debían

con su padre, dando origen a que se dijeran tales palabras. Exhortó a Herodes a que, dejando de lado toda sospecha, hiciera las paces con los jóvenes. Era inicuo creer tales acusaciones de aquellos a quienes había engendrado, y era posible que si todos cambiaran su disposición anímica no sólo se olvidarían lo que les había acontecido, sino que se atraerían mutuamente el afecto, pues libres de toda sospecha, considerarían justo esforzarse en un mayor amor. Mientras aconsejaba así hizo una señal a los jóvenes; éstos cayeron ante los pies del padre y le pidieron perdón. Herodes los abrazó llorando, de modo que nadie de los que estaban presentes, libre o esclavo, pudo resistir la emoción.
5. Dieron gracias al César y se retiraron, acompañándoles Antipáter, quien simulaba estar contento. Durante los siguientes días, Herodes entregó al César trescientos talentos, para que ofreciera juegos al pueblo romano y los repartos a que estaba acostumbrado. César le dió la mitad de los ingresos de las minas de cobre de Chipre y le confió la gestión de la otra mitad; le ofreció también presentes de hospitalidad y residencia. En cuanto al reino, lo facultó para que constituyera sucesor al que quisiera de sus hijos, o que lo dividiera entre ellos. Herodes quiso hacerlo en seguida, pero César le dijo que no iba a permitir que él, durante su vida, dejara de ser dueño del reino y de los hijos.
6. Luego Herodes regresó a Judea. Durante su ausencia, los habitantes de Traconítida, un territorio considerable de su dominio, se rebelaron; pero los jefes que había dejado allí los sometieron y los obligaron a continuar bajo el dominio de Herodes. Este, que navegaba con sus hijos, al llegar a Cilicia dirigióse a Eleusa, que ahora se denominaba Sebaste, donde se encontró con Arquelao, el rey de Capadocia. Este lo recibió muy amablemente, contento de que hubiera hecho la paz con sus hijos y que Alejandro, que estaba casado con su hija, hubiera reducido a la nada los crímenes de que se los acusaba. Mutuamente se hicieron regalos, de acuerdo con su índole real.
De regreso en Jerusalén, Herodes expuso en el Templo todo lo que había realizado, elogiando la liberalidad con que lo había tratado César, así como cada uno de los hechos que llevó a cabo y que consideraba que no se debían ignorar. Hacia el final de su discurso, exhortó a sus hijos, a los cortesanos y a todo el pueblo a que mantuvieran la concordia; declaró cuáles de sus hijos reinarían después de él, primeramente Antipáter, y luego los hijos de Mariamne, Alejandro y Aristóbulo 1. Pero por i -l momento ordenó que todos lo consideraran a él como señor y rey, pues no estaba impedido por la vejez, la edad más adecuada para ejercer el gobierno, ni desprovisto de los medios necesarios para gobernar el reino y dirigir a sus hijos. Si los capitanes y el ejército se atuvieran solamente a él podrían considerarse bien seguros y disfrutar de una felicidad firme. Dichas estas cosas, disolvió la reunión; sus palabras resultaron gratas a muchos, pero no a todos. A causa de las rivalidades y esperanzas que había provocado entre sus hijos, comenzaron a delinearse agitaciones y quizás ansias de novedades.

CAPITULO V

Herodes celebra la construcción de Cesárea. Los juegos quinquenales

1. Por este tiempo fué terminada la ciudad de Cesárea Augusta, cuya construcción duró diez años. Tuvo lugar en el año veintiocho de su reinado y en la olimpíada ciento noventa. Herodes preparó grandes festejos para su dedicación. Determinó celebrar un certamen musical y juegos atléticos, preparó muchas luchas de gladiadores y de fieras, carreras de caballos y todo aquello que se realizaba en Roma y otras partes. Dedicó el

espectáculo al emperador, y determinó que se celebrara cada cuatro años. Pagó con sus bienes todos los gastos de este festejo, a fin de que fuera más elogiada

1 En lugar de un orden sucesorio dentro del cual reinarían sus tres hijos, en La Guerra, 1, 23, 4 dice que Herodes establece, al parecer, una división del reino entre sus tres hijos, proclamándolos reyes a los tres. "La extensión de mi reino, afirma Herodes, alcanzaría para muchos más."

1.

su liberalidad; sin embargo, Julia, esposa de César, cuidó que se enviaran desde Italia muchas cosas que eran tenidas en gran estima, para que nada faltara al debido esplendor. El gasto total no fué inferior a quinientos talentos.

Se concentró una gran multitud en la ciudad; Herodes proporcionó alojamientos, banquetes y diversiones a las legaciones procedentes de diversos pueblos. Durante el día disfrutaban de los espectáculos, por la noche, de diversiones de un lujo costoso; se hizo famosa la liberalidad de Herodes. En todo lo que se proponía hacer, se esforzaba por superar lo realizado anteriormente. Dícese que César y Agripa dijeron de él que el reino de Herodes no correspondía a la magnificencia de su ánimo; merecía estar al frente de toda Siria y de Egipto.

2. Después de esta celebración construyó otra ciudad en el campo llamado Cafarsaba; eligió para ello un lugar muy bien regado y apropiado para plantas y árboles, rodeada de un río y de un bosque hermosísimo por la magnitud de los árboles. La denominó Antipatris, en recuerdo de su padre Antipáter. Fundó también, más allá de Jericó, otra población, a la que dió el nombre de su madre, Cipros, notable por la seguridad y la amenidad del lugar. Luego, por el afecto que tenía a su hermano Fasael, construyó en su honor un gran monumento, esto es, una torre en la misma ciudad, igual a la de Fare y que denominó Fasael; serviría en parte para la defensa de la ciudad y en parte para recordar al difunto. Fundó también una ciudad que lleva el nombre de su hermano en el valle de Jericó, hacia el norte; por lo cual la tierra alrededor, antes desierta, por industria de sus moradores se hizo fértil. La llamó Fasaelis.

3. Sería largo enumerar los beneficios otorgados por Herodes a las ciudades, tanto de Siria como de Grecia, y a todas las ciudades en las que se detenía durante sus viajes. Empleó grandes sumas en construcciones de interés público, o para terminar obras empezadas, cuando a éstas se les agotaban los fondos. He aquí las mayores y más remarcables de sus obras. Hizo erigir para los rodios el templo de Pitio y les dió además mucho dinero para la construcción de naves; contribuyó a levantar muchos edificios públicos para la ciudad de Nicópolis, fundada por César cerca de Accio; en cuanto a los habitantes de Antioquía, la ciudad prin
cipal de Siria, atravesada por una larga avenida en toda su longitud, les hizo construir pórticos a ambos lados, y pavimentó la parte descubierta con piedras pulidas, contribuyendo de esta manera singularmente a la belleza de la población y a la comodidad de sus habitantes. Además hizo que los juegos olímpicos que, a causa de la escasez de dinero, no correspondían a su nombradía, adquirieran mayor brillo, suministrando réditos anualmente, y dignificó esta asamblea religiosa tanto por los sacrificios como por las otras ceremonias. En reconocimiento de esta liberalidad fué recordado por los helenos en sus tablas como un agonoteta perpetuo.

4. Quizá otros historiadores se admiren de que poseyera un carácter de tendencias tan diversas. Pues si tenemos en cuenta la liberalidad y beneficencia que utilizó con todos, aun aquellos que menos lo merecían, deberemos reconocerle un espíritu generoso. Pero si alguien considera los suplicios y el malestar con los que persiguió a sus súbditos y aun a personas que le eran muy allegadas, no dejará de ponderar su dureza y cuán inexorable fué; se lo describe como un ser feroz, cruel y ajeno a toda mansedumbre. De ahí el que se lo considere como de dos voluntades diferentes y contradictorias. Yo, sin embargo, apartándome de ambas opiniones, creo que una sola y única causa era el origen de todos sus actos.
Era sumamente ambicioso de honores y totalmente entregado a los mismos; esto lo incitaba a ser magnífico, dondequiera que viera esperanza de elogios inmediatos o de ser recordado por la posteridad. Pero puesto que para ello gastaba mucho más de lo que podía, se veía obligado a ser áspero y severo con sus súbditos. Pues para ser magnánimo con otros, se veía obligado a extraer a aquellos violentamente sus recursos. Consciente de que sus súbditos lo odiaban por las penalidades a que los había sometido, encontraba difícil corregir sus faltas, lo cual habría disminuído sus ingresos. Correspondía al odio con el odio, aprovechando esta circunstancia incluso para acrecentar sus rentas.
Y en lo referente a los familiares, si alguno de ellos no se conformaba con su voluntad, y dejaba de comportarse como un siervo, o si daba la impresión de que complotaba contra el reino, en su ánimo desenfrenado perseguía por igual a parientes y amigos, como si fueran enemigos, no retrocediendo ante ningún rigor; sólo él debía ser honrado. La vehemencia con que lo poseía este deseo, lo manifiestan los honores que tributó a César y a Agripa. En la medida en que él respetaba a los mayores, quería que los inferiores lo respetaran; al otorgarles lo mejor, era indicio de lo que quería para sí mismo. Pero el pueblo judío abominaba todas estas cosas y estaba acostumbrado a tener en más lo justo y equitativo que la gloria; por esto no lo encontraba grato, y él no pudo lograr que su ambición fuera adulada con estatuas, templos y otras cosas similares.

CAPITULO VI

Los judíos de Cirene y de Asia presentan quejas al empe rador contra los griegos. Copias de las cartas que el em perador y Agripa envían a las ciudades en favor de los judíos

1. Los judíos del Asia Menor y de la Libia vecina de Cirene eran oprimidos por las ciudades; los reyes anteriores les habían otorgado la igualdad de derechos con los demás ciudadanos, pero ahora los griegos los perseguían injustamente, hasta el punto de despojarlos del dinero sagrado y molestarlos particularmente. En medio de estas calamidades, y viendo que no se les ponía fin, los judíos enviaron mensajeros a César para que lo informaran. Este los concedió la igualdad jurídica, y escribió sobre el particular a las provincias. A continuación ofrecemos copias de los rescritos, para que nos sirvan de testimonio de la buena voluntad con que nos trataron los emperadores.
j2. "César Augusto, pontífice máximo, investido del poder tri bunicio, decide. Puesto que el pueblo de los judíos ha caído en gracia al pueblo romano y le es fiel no sólo ahora, sino desde

mucho antes, especialmente siendo emperador César mi padre, y de igual modo Hircano su pontífice máximo; he decidido con mi consejo y con la opinión favorable del pueblo romano, que los udíos puedan observar sus costumbres conforme con sus antiguas leyes, tal como lo hacían en tiempos de Hircano, sumo pontífice (le Dios todopoderoso; además que no se toquen sus contribu ciones, sino que se permita sean enviadas a Jerusalén para ser entregadas a los receptores de esta ciudad; y no se los obligará a comparecer ante los tribunales el día sábado, ni el día precedente desde las nueve horas. Si alguno robare sus libros sagrados o dinero sagrado, sea de una sinagoga o de un lugar de reunión, una vez detenido, será considerado sacrílego y sus bienes trans. feridos públicamente al pueblo romano. En cuanto al decreto de los judíos en mi honor por la piedad que atestiguo a todos los hombres y en homenaje a C. Marcio Censorino, que sea colocado con el presente edicto en el lugar muy insigne que me ha sido consagrado por la comunidad de Asia en Ancira. Si alguien procediere en contra de lo establecido, sea castigado con grave pena." Grabado en una columna en el templo del emperador.

3. "César, a Norbano Flaco, salud. Permítase a los judíos, en cualquier lugar de los gentiles que vivieran, que envíen dinero considerado sagrado a Jerusalén, según su vieja costumbre, sin que nadie se lo impida."

Esto en lo que se refiere a César.

4. También el mismo Agripa escribió en esta forma en favor de los judíos. "Agripa a los magistrados, senado y pueblo de Efeso, salud. Quiero que la administración y vigilancia de las contribuciones sagradas que acostumbran a enviarse a Jerusalén esté en poder de los judíos, de acuerdo con su costumbre nacional. Y si alguien robara las contribuciones sagradas y buscara asilo, quiero que sea sacado del asilo y entregado a los judíos, de acuerdo con el derecho con que se suele sacar a los sacrílegos. Además he escrito al pretor Silano para que no se obligue a los judíos a presentarse en los tribunales los días sábado."

5. "M. Agripa a los magistrados, senado y pueblo de Cirene, salud. Los judíos de Cirene, en favor de los cuales ya escribió Augusto a Flavio, pretor de Libia, para que no se les impida enviar contribuciones sagradas, según su costumbre nacional, a Jerusalén, acudieron a mí diciendo que eran molestados por algunos delatores, y que se les prohibía el envío con el pretexto falso de que debían impuestos. Ordeno que se vuelva al estado anterior sin molestarlos para nada, y si en alguna ciudad se les hubiese quitado el dinero sagrado, ordeno que las personas encargadas lo devuelvan a los judíos de esos lugares."

6. "Cayo Norbano Flaco, procónsul, a los magistrados y senado de Cerdeña, salud. César me ha escrito que cualquier judío que de acuerdo con sus costumbres nacionales recolectara dinero, que no se le impida enviarlo a Jerusalén. También os lo escribo, para que sepáis que ésta es la voluntad de César y la mía."

7. En igual forma escribió Julio Antonio, procónsul. "A los magistrados, senado y pueblo de Efeso, salud. Los judíos que viven en Asia me informaron, cuando me encontraba administrando justicia en los idus de febrero, que César Augusto y Agripa les concedieron que pudieran vivir de acuerdo con sus leyes y costumbres, y que las primicias que cada uno espontáneamente, por piedad, diera a Dios, se les permita, sin que nadie lo impida, llevarlas con vigilancia; me pidieron que sancionara con decreto convenientemente lo que fuera concedido por César y Agripa. Quiero, pues, que sepáis

que es mi voluntad, como la de César y Agripa, que se les permita vivir de acuerdo con sus deseos y según sus costumbres patrias."

8. He considerado oportuno copiar todos estos decretos, para que fuera patente a los griegos, a cuyo conocimiento ha de llegar lo que he escrito sobre nuestros asuntos, que en tiempos anteriores fuimos unidos en gran honor, y que jamás se nos prohibió, de parte de los magistrados, vivir de acuerdo con las leyes patrias; sino que, al contrario, confiados y protegidos por la autoridad, conservamos nuestra religión y el culto de Dios. Si menciono con frecuencia estos hechos, es para reconciliarnos con los otros pueblos, desarraigando los odios implantados por los tontos tanto entre ellos como entre nosotros. Pues no hay ningún pueblo que tenga siempre las mismas costumbres; hasta de una ciudad a otra varían bastante. Pero es muy útil que los hombres se atengan a la justicia, tanto entre los bárbaros como entre los griegos; la nuestra es de tal naturaleza que si la observamos debidamente, nos hace benévolos y amigos de todos los pueblos. Por lo tanto, es justo que esperemos lo mismo de los otros; no se crea que la diferencia de las nacionalidades consiste en la diferencia de las costumbres, sino en la rivalidad por la virtud. Esta pertenece en común a todos los hombres y es la única capaz de asegurar la civilización humana. Pero ya retomo el hilo de mi historia.

CAPITULO VII

Herodes baja al sepulcro de David a buscar dinero. Lleno
de terror, levanta un monumento junto a la tumba

1. Herodes, que era sumamente pródigo tanto con los de su reino como con los de afuera, habiéndose informado que anteriormente Hircano, su antecesor en el reino, después de abrir el sepulcro de David, había extraído del mismo tres mil talentos de plata y que todavía quedaban muchos más, suficientes para continuar con su prodigalidad, por mucho tiempo, se propuso hacer lo mismo. Habiendo hecho abrir de noche el sepulcro, entró en él con sus amigos más fieles, cuidándose que no se supiera nada en la ciudad. Pero no encontró, como Hircano, dinero, sino ornamentos preciosos y joyas, de todo lo cual se apoderó. Quiso hacer una investigación más profunda, avanzando hasta los sarcófagos donde se encontraban los cuerpos de David y Salomón. Pero dos de sus acompañantes perecieron atacados por una llamarada que, según se cuenta, salió del interior. Herodes se retiró aterrorizado, e hizo levantar en la puerta del sepulcro, un monumento expiatorio de su terror, de mármol blanco de gran precio.

Menciona esta construcción Nicolás el historiador, quien vivió en ese tiempo; pero no dice que el rey descendió a la tumba, porque sabía que era un acto indecoroso. En general es así como cuenta las cosas en su historia. Por haber vivido en su reino y en su época, puso por escrito lo que le era agradable, refiriendo sólo lo pertinente a su gloria; además muchos de sus actos evidentemente injustos los describe de otra manera, esforzándose en ocultarlos en la medida de lo posible. Por lo mismo, queriendo dar apariencia de justificación a la muerte de Mariamne y de sus hijos, realizadas cruelmente por el rey, acusa a la primera de deshonestidad y a los hijos de complotar. Y así se comporta en toda la obra: ensalza los actos correctos del rey y procura excusar y ocultar los injustos. Por lo demás se le puede fácilmente perdonar; pues no fué su propósito componer una historia para el público, sino un trabajo para el rey.

En cuanto a nosotros que, por nacimiento, estamos muy cerca de los reyes Asmoneos y que por este motivo hemos sido honrados

con el sacerdocio, consideramos deshonroso mentir sobre el particular y así exponemos los hechos con sinceridad y justicia; pues si respetamos a muchos de los descendientes de este rey, que todavía reinan, a la par de ellos honramos la verdad ... 1 lo cual no ha dejado de causarles indignación.
2. Después de haber penetrado en el sepulcro, los problemas domésticos de Herodes empeoraron de día en día, ya sea porque la ira divina decidiera agravar los males que sufría anteriormente hasta llevarlos al extremo de una calamidad insanable, o que el destino se ensañara con él tan oportunamente, que llegó a creer que todo acontecía a causa de su impiedad. Era tal la disensión en el palacio real que parecía más bien una guerra civil; aumentaban mutuamente los odios, de modo que unos a otros se llenaban de calumnias. Antipáter siempre imaginaba algo contra los hermanos, y procedía tan maliciosamente que procuraba que fueran otros los que los acusaran; y él simulaba excusarlos, para que apareciera inocente de lo que se tramaba en su contra.
En esta forma embaucó a su padre de tal modo, que éste pensaba que sólo Antipáter lo sacrificaba todo para su bien. Herodes recomendó ante Antipáter a Ptolomeo, procurador de los asuntos de su reino, y en los grandes problemas consultaba con la madre de Antipáter. En resumen, estas personas lo manejaban todo: hacían lo que les venía en gana y excitaban el odio del rey contra otros de acuerdo con sus intereses. En cuanto a los hijos de Mariamne, su exasperación crecía día a día, y debido a su alta alcurnia, no soportaban que los descartaran y redujeran a un rango poco honorable. En cuanto a las mujeres, Glafira hija de Arquelao, esposa de Alejandro, sentía odio a Salomé, en parte por amor a su marido y en parte por arrogancia hacia la hija de Salomé, casada con Aristóbulo, indignada de que disfrutara honores iguales a los de ella.
3. Aparte de esta segunda contienda, el hermano del rey, Feroras, fué una nueva causa de trastornos. Presentó, por su parte, una razón particular para la sospecha y el odio. Se enamoró de una de sus esclavas, y dominado tan intensamente por su pasión,

1 Siguen varias palabras incomprensibles, evidentemente de una frase incompleta.
llegó a menospreciar a la hija del rey, que éste le había prometido en matrimonio, y se entregó totalmente a su sierva. Esto disgustó mucho a Herodes, ofendido de que su hermano, a quien había otorgado tantos beneficios y elevado a un poder tan grande que par. ticipaba de la autoridad del reino, le correspondiera tan mal, se consideró directamente ofendido. En cuanto a su hija, puesto que Feroras no le parecía el hombre adecuado, la casó con el hijo de Fasael. Poco después, pensando que los amores del hermano ya se habrían apaciguado, reprendiólo por su pasión, y le pidió que se casara con su segunda hija, de nombre Cipros. Ptolomeo aconsejó a Feroras que dejara de lado sus amores, y no se convirtiera en motivo de oprobio para su hermano; era una torpeza que, perdido de amor por una esclava, se privara de la amistad del rey y se convirtiera para él en un motivo de inquietud y de odio.
Feroras, viendo que todo ello era para su conveniencia, y que le había sido perdonada su primera actitud, prometió al rey casarse con su segunda hija dentro de treinta días, repudiando a la esclava, a pesar de haber tenido un hijo con ella, y asegurando que nada tendría que ver en adelante con ella. Sin embargo, pasaron los treinta días y Feroras seguía de tal modo cautivo de aquel amor que no cumplió lo prometido, y se reunió nuevamente con la esclava.

Fueron evidentes el disgusto y la ira que ello produjo en Hero. des; frecuentemente dejaba traslucir su indignación y muchos aprovecharon el estado de ánimo del rey para acusar a Feroras.
Se llegó al extremo de que no pasara un día ni una hora sin que hubiera algún fastidio para el rey; no oía hablar más que de las luchas y disensiones entre sus parientes y sus más íntimos amigos. Salomé, agriada y descontenta de los hijos de Mariamne, no permitía que su hija, casada con uno de los jóvenes príncipes, Aristóbulo, le conservara el afecto conyugal, sino que la presionaba para que le relatara su vida íntima, a fin de intensificar los menores disentimientos. Cuando acontecía algo, como suele suceder, que parecía ofensa, ella lo agravaba con sus sospechas. Así sabía todo lo referente a los hermanos, y convertía a su hija en enemiga del marido. Esta, de acuerdo con los deseos de su madre, le contaba que con mucha frecuencia, mientras estaban solos, los hijos de Mariamne recordaban a la madre; y que odiaban al padre;
y que afirmaban que, si alguna vez llegaban al gobierno, de los hijos que Herodes tuvo con otras esposas harían escribas de aldea, función adecuada a su educación y a sus ocupaciones actuales. En cuanto a las mujeres, si las vieran echar mano de los ornamentos de su madre, en vez de vestidos las harían cubrir con sacos y jamás verían la luz del sol. No tardaba mucho Salomé en explicar estas cosas al rey; a éste le entristecían mucho, pero se esforzaba en que todo se arreglara. Envuelto en sospechas, creía que todo iba de mal en peor y que todos luchaban contra todos. Al principio se limitó a amonestar solamente a sus hijos y, después de haber oído su defensa, los trató más amablemente; pero su cólera no tardó en acrecentarse.
4. Feroras fué a ver a Alejandro el cual, como dijimos, estaba casado con Glafira, hija de Arquelao; le dijo haberse enterado por Salomé que Herodes estaba perdidamente enamorado de Glafira y que su pasión era muy difícil de calmar. Esta noticia inflamó el ardor juvenil y los celos del joven, quien comenzó, a raíz de las sospechas que hicieron nacer en él las palabras de Feroras, a interpretar en el peor sentido los honores -muy frecuentesque Herodes concedía a la joven. Habiéndosele hecho intolerable el dolor que esto le ocasionaba, se presentó ante su padre y le refirió, llorando, lo que le había dicho Feroras. Herodes se indignó sobremanera, encontrando intolerable que lo acusaran de un crimen tan torpe; deploró haber otorgado a los suyos tantos favores, por la manera indigna con que se los retribuían. Llamó a su presencia a Feroras y lo reprendió severamente, diciendo:
-Tú, el peor de todos los hombres, ¿a tan gran extremo ha llegado tu ingratitud que inventas y relatas semejantes mentiras sobre mí? ¿Crees que no sé lo que intentas? No es por el placer de calumniar que tú dices tales cosas a mis hijos, sino para derramar la ponzoña y fomentar el complot que me eliminará. ¿Quién, salvo un hombre de buen carácter, como mi hijo, habría dejado de vengarse de un padre acusado de semejante infamia? ¿Son solamente palabras que le has deslizado en el espíritu, o es más bien una espada lo que le has puesto en la mano para castigar a su padre? ¿Qué te propusiste cuando, a pesar del odio que sientes hacia él y su hermano, le fingiste amabilidad para calumniarme y atribuirme lo que sólo un ser indigno como tú pudo
haber creado en su mente y pronunciado con sus labios? Vete, criminal, por la manera de portarte con tu benefactor y tu hermano, y que mientras vivas te atormente y angustie el remordimiento; pero yo no dejaré de conquistar a los míos con bondades, sin castigarlos como se merecen y llenándolos con mayores beneficios.

5. Así se expresó el rey. Feroras, sorprendido en delito de perversidad, dijo que había sido Salomé la autora del plan y la que dijera aquellas cosas. Ella, que estaba presente, gritó con acento de inocencia, que no había dicho nada, y que todos procuraban enemistarla con el rey, a fin de que éste la matara, pues por el afecto que le tenía, le avisaba siempre los peligros que lo amenazaban. En el caso actual se habían comportado mucho peor. Ella solamente había aconsejado al hermano del rey que repudiara a la mujer que tenía actualmente y se casara con la hija del rey; por esto no era de extrañar que fuera su enemigo. Mientras así se expresaba, se arrancaba los cabellos y se golpeaba el pecho, queriendo negar de palabra y con el aspecto lo que se le atribuía; pero la perversidad de su carácter traicionaba la comedia que estaba realizando.
Feroras no atinaba a decir nada en su defensa, porque había admitido el cargo contra él pero no podía probar su descargo.
La confusión y la lucha de palabras aumentaban. Finalmente el rey declaró su menosprecio por su hermano y su hermana, y los despidió, elogiando a su hijo que se supo dominar y refirió a su padre las calumnias. Y así dió por terminado el asunto. Después de esto Salomé fué mal vista, pues parecía haber sido ella la creadora de la calumnia. Las mujeres del rey la odiaban, pues sabían que era de naturaleza muy difícil, presta a mutaciones, que se portaba ora como amiga, ora como enemiga, según lo que le convenía.
No dejaron de hablar mal de ella ante Herodes, hasta que se produjo algo que sirvió para aumentar la audacia con que la difamaban.
6. Era rey de Arabia un tal Obodas, de temperamento indolente y tardo. Administraba la mayoría de los negocios Sileo, hombre hábil, todavía joven y hermoso. Este Sileo tuvo que visitar a Herodes por algunos asuntos, y mientras comían vió a Salomé, sintiéndose inclinado hacia ella. Cuando supo que era viuda, le habló. Salomé, que sabía que ya no contaba con el cariño de su hermano como antes y que no veía con indiferencia al joven, consintió en casarse con él; en los siguientes días, mientras comían, evidenciaron su mutuo afecto. Estas cosas se las refirieron al rey las mujeres de Herodes, burlándose de Salomé. Herodes consultó con Feroras y le ordenó que, durante la cena, observara cómo se comportaban. Ferores le informó que por el aspecto y las señales que se hacían fácilmente se podía deducir que entrambos estaban apasionados.
El árabe, sabiendo que se sospechaba de él, regresó a su país. Después de dos o tres meses volvió por el mismo motivo, y habló con Herodes, pidiéndole que le otorgara a Salomé en matrimonio. Le dijo que este parentesco le sería de gran utilidad, para mantener buenas relaciones con los árabes, cuyo gobierno administraba, y que sería suyo en lo futuro.
Herodes habló con su hermana y le preguntó si consentía en las nupcias, a lo cual ella accedió inmediatamente. Pero cuando pidieron a Sileo que primeramente se hiciera judío, observando sus leyes y costumbres, y que luego contrajera matrimonio, pues de otra forma no era posible, no accedió y manifestó que si hiciera tal cosa, los árabes lo apedrearían. Y luego de decir esto, se retiró.
De ahí que Salomé fuera vituperada por Feroras como mujer deshonesta; pero sobre todo la menospreciaron las mujeres, que la acusaron de haber sido la querida del árabe. Habiendo pedido Salomé para su hijo, el que tuviera con Costobaro, la hija del rey que había sido prometida a Feroras, pero que seguía sin haberse casado pues, como dijimos antes, Feroras estaba obsesionado por el amor de otra mujer; el rey estaba dispuesto a

otorgársela, pero por consejo de Feroras desistió, al decirle éste que el joven no la llegaría a amar a causa de la muerte de su padre. Añadió Feroras que sería más justo dársela a su propio hijo, que lo sucedería en la tetrarquía. Así obtuvo su perdón e hizo cambiar de opinión al rey. A raíz de esto la hija del rey se casó con el joven hijo de Feroras, entregándole el rey cien talentos en dote.

CAPITULO VIII

Arquelao, rey de Capadocia, reconcilia a Alejandro con w.,
padre. Las intrigas de Antipáter

1. Sin embargo, no había paz en los asuntos domésticos, sino que día a día aumentaba el malestar. Pasó algo además que, por proceder de principios deshonestos, originó más adelante grandes dificultades. El rey tenía unos eunucos, a quienes favorecía más de lo justo a causa de su belleza. Uno de ellos le servía de copero, otro le servía en la mesa; el tercero lo acostaba y se ocupaba de los asuntos más importantes. Alguien informó al rey que Alejan. dro los había corrompido, dándoles mucho dinero. Interrogados si habían estado y hablado con él, dijeron que sí; pero que igno. raban cualquier intriga en contra del padre.

Pero sometidos a intensos tormentos y puestos en aprietos por los servidores que querían quedar bien con Antipáter, dijeron que Alejandro estaba mal dispuesto contra el padre y que le profesaba un odio innato; que les había dicho que Herodes estaba perdiendo las fuerzas, de modo que ya no servía y sentía el peso de los años y que lo ocultaba tiñéndose de negro el cabello y ocultando todo aquello que podía traicionar su edad. Les prometió que si querían ponerse de su lado, una vez obtenido el reino, que pasaría a su poder, aunque su padre no quisiera, ocuparían los primeros puestos en el mismo; que le sería fácil apoderarse del reino, no sólo por su sangre, sino por estar en su favor muchos jefes y amigos, hombres resueltos, dispuestos a hacer y sufrir cualquier cosa.

2. Herodes se indignó y temió, airado por las palabras insultantes y alarmado por las sospechas. Una y otras lo irritaban y, en su exasperación, creía que se conspiraba y lo consideraban demasiado débil para hacerles frente. Por esto, en vez de llevar a cabo una investigación pública, se sirvió de espías para que observaran a los sospechosos; odiaba a todos y sospechaba de todo el mundo, creyendo que lo más seguro era desconfiar hasta de los mismos inocentes. Procedía sin ninguna moderación. Todos los que lo frecuentaban, eran para él temibles, pues tenían más oportunidad para perjudicarlo. En cuanto a aquellos que no lo
visitaban, bastaba que los nombrasen para que sospechara que intrigaban para matarlo. Finalmente las cosas llegaron a tal extremo que aquellos que lo rodeaban, cuando vieron que no contaban con ninguna seguridad, se atacaron unos a otros, pensando cada cual que si se anticipaba a acusar a los demás, tendría más posibilidad de salvarse. Todos se hacían odiar y así recogían el fruto de su malicia. En esta forma se vengaban de sus rivalidades particulares; todos estaban sometidos a la misma suerte, no buscando sino oportunidades de utilizar medios contra sus enemigos, víctimas a su vez de los embustes que habían dirigido contra otros. Luego el rey se arrepentía de haber muerto a gente, cuya culpabilidad no le constaba; pero lo peor era que esto no le servía de escarmiento para proceder con más cautela en adelante, sino que castigaba a los mismos denunciadores.

3. Tan grande era el desorden en la corte, que Herodes llegó a pedir a muchos de sus amigos que no aparecieran en su presencia y que no entraran en el palacio; se comportó así con aquellos cuya honestidad le resultaba incómoda. Descartó a Andrómaco y Ge-

melo que pertenecían a sus viejos amigos, los cuales lo habían ayudado en muchos asuntos del reino, en legaciones y asambleas; educaron también a sus hijos y ocupaban el primer lugar por su autoridad. Pero Demetrio, el hijo de Andrómaco, visitaba con frecuencia a Alejandro; y, en cuanto a Gemelo, Herodes sabía que simpatizaba con Alejandro, pues lo había asistido durante su infancia y en la educación y fué su compañero cuando estuvo en Roma. A éstos también los alejó, y de buena gana los hubiera tratado mucho peor; pero no se sentía en disposición de atacar a estos hombres; por eso, se contentó con privarlos de sus cargos y honores, con el poder de oponerse a sus faltas.

4. La causa de todo esto era Antipáter. Este, cuando comprendió el temperamento mórbido de su padre y que, como estaba, desde tiempo atrás, entre sus consejeros, lo podía presionar con mayor vehemencia, pensaba que le sería más fácil llevar a cabo sus proyectos si suprimía a toda la gente capaz de oponérsele. Una vez alejados Andrómaco y Gemelo, que podían aconsejar al rey, éste empezó a fustigar a aquellos que creía fieles a Alejandro, para atormentarlos y tratar de hacerles revelar lo que supieran de sus intrigas. Morían, sin que tuvieran nada que decir; con esto se acrecentaba la indignación del rey, al ver que no podía comprobar nada de lo que sospechaba. Era tan grande la perfidia de Antipáter que, cuando se comprobaba que alguien era inocente, negaba que se tratara de inocencia, atribuyendo su actitud a su firmeza y su fidelidad al príncipe, excitando al rey a que investigara por otros lados para descubrir la conspiración. Aconteció que entre los muchos que fueron atormentados, uno confesó haber oído decir a Alejandro que, cuando se lo elogiaba por su esbeltez, por su pericia al tirar el arco y por otras cualidades en las cuales sobrepasaba a otros, respondía que la naturaleza le había dado dotes antes bien funestas que útiles, pues su padre no hacía otra cosa que irritarse y ponerse celoso. Por lo tanto, cuando se encontraba con su padre se rebajaba y amenguaba, para que no lo considerara superior, y que en la caza adrede se equivocaba, pues conocía los anhelos de su padre, que no soportaba los elogios en favor de otros. Cuando se suspendió la tortura y se le otorgó un descanso, agregó que Alejandro con su hermano Aristóbulo habían determinado matar a su padre a traición, durante una partida de caza, y una vez cometido el crimen, dirigirse a Roma para pedir el reino.

Se encontraron además cartas de Alejandro a su hermano, en las que reprochaba al padre por haber dado indebidamente a Antipáter una región de la cual percibía doscientos talentos. Por todo esto parecióle a Herodes que había algo de verdad en las sospechas que se había formado de sus hijos. Ordenó detener a Alejandro y ponerlo en la cárcel. No por eso dejó de sentirse incómodo; no otorgaba mucho crédito a lo que había sabido, porque razonaba que no había en realidad fundamento ninguno para suponer que conspiraba contra su vida. Eran, pensaba, rencillas y peleas de jóvenes. Tampoco era verosímil que proyectaran un viaje a Roma después de matarlo abiertamente. Precisaba más razones para poder culpar a su hijo, pues no quería mantenerlo preso sin motivo.

Hizo torturar hasta tal extremo a los mejores amigos de Alejandro, que los hizo morir, sin poder arrancarles nada de lo que esperaba. Entregado vehementemente a este asunto, el palacio real estaba lleno de temores y recelos; cierto joven, sometido a la tortura, declaró que Alejandro había enviado cartas a Roma a sus amigos en las cuales les decía que procurasen cuanto antes ver al César; tenía novedades que lo perjudicaban y que quería comunicárselas, esto es, que su padre había hecho alianza con Mitrídates, rey

de los partos, contra los romanos; añadió que Alejandro tenía preparado veneno en Ascalón.
5. Herodes dió crédito a estas noticias, y encontró algún consuelo a sus males en las adulaciones de los malvados. Sin embargo, no se encontró el veneno, a pesar de que se buscó sin demora y muy diligentemente; por su parte Alejandro no lo negó, pues adrede quería acrecentar la magnitud de sus males. Aumentó el temor del padre con un hecho más grave, quizá para que se diera cuenta de la facilidad con que creía las calumnias, y para que, si le prestaba crédito, aumentaran los males en el palacio real y en el país. Envió cuatro cartas en las cuales decía que era inútil seguir atormentando a la gente; que había, en efecto, un complot del cual formaban parte Feroras y los más fieles de los amigos de Herodes; que Salomé había ido de noche a cohabitar con él a la fuerza; que, en resumen, todos se esforzaban por quitar de en medio al rey cuanto antes y librarse de esta manera de un miedo continuo.
Entre otros eran acusados Ptolomeo y Sapinio, considerados como los más fieles amigos del rey. Como si estuvieran rabiosos se atacaban unos a otros los que antes habían sido muy amigos, ya que no era posible poner en evidencia la verdad, ni defenderse y rechazar las acusaciones, amenazando a todos una muerte sin juicio ninguno. Es así como el palacio real se convirtió en lugar de soledad y tristeza, pues unos lloraban a los encarcelados, otros a los enviados a la muerte y otros recelaban de su propia suerte. La vida para Herodes era sumamente amarga, conturbado como estaba, sin atreverse a prestar crédito a nadie, a la espera de un futuro triste. Frecuentemente se imaginaba ver a su hijo atacándolo con la espada, de manera que se llenaba su mente día y noche con estas ideas, y caía en la locura y el delirio.
6. Cuando Arquelao, el rey de Capadocia, se informó de lo que estaba pasando a Herodes, preocupado por su hija, y por su yerno, condolido del amigo que veía en tal confusión, dirigióse a Jerusalén, pues le pareció grave la situación. Encontró las cosas tal como le habían dicho, pero no consideró conveniente reprender al rey o discutirle su temeridad; con esto lo irritaría más y se acrecentaría su ira. Por lo tanto siguió otro método para enmendar sus serios males: fingió indignación con el joven y declaró que Herodes era un hombre justo que en nada había procedido temerariamente. Agregó que estaría dispuesto a romper el matrimonio de su hija con Alejandro, y que no perdonaría ni aun a su propia hija, si ésta llegara a saber algo y no se lo indicara a Herodes.
Arquelao, a quien Herodes consideraba su adversario, apareció ante el rey muy distinto de lo que éste esperaba, y exagerando su cólera simuló ponerse de su lado. El rey, viéndolo admitir que había procedido con justicia, mitigó su dureza, y poco a poco le fueron volviendo los sentimientos paternales. Era digno de compasión de las dos maneras. Se enfurecía cuando alguien quería deshacer las calumnias lanzadas contra el joven príncipe; pero cuando Arquelao se ponía de su lado apoyando sus quejas, entonces lloraba y se lamentaba de su mala suerte. Llegó a rogarle que no rompiera el matrimonio y que no se enojara demasiado con el joven culpable. Así, cuando Arquelao lo vió mejor dispuesto, dirigió las calumnias contra los amigos, diciendo que habían corrompido a Alejandro, que era joven y sin malicia; especialmente hizo caer las sospechas sobre el hermano del rey.
Habiendo Feroras incurrido en la indignación de Herodes, sin tener a nadie que intercediera ante el rey, al ver cuán grande era la autoridad de Arquelao, se presentó ante éste, sumamente afligido y con todas las señales de una próxima desgracia. Arquelao no

desdeñó sus súplicas, pero negó que pudiera de inmediato apaciguar la ira del rey; por lo tanto, era conveniente que fuera a pedirle perdón y se confesara autor de todo el daño; en esta forma cesaría su ira y en adelante se sentiría tranquilo. Lo convenció que así lo hiciera, y obtuvo un resultado doble: se disiparon las calumnias contra el joven príncipe, lo que no se esperaba, y, por otro lado, Arquelao reconcilió a Feroras con su hermano. Después se fué a Capadocia, habiendo conquistado el afecto de Herodes más que cualquier otro, tanto que el rey lo colmó de regalos preciosísimos, y lo consideró como el mejor de sus amigos. Herodes se comprometió a ir a Roma, puesto que había escrito al emperador sobre sus problemas'; fueron juntos hasta Antioquía. Allí Herodes reconcilió a Arquelao con el gobernador de Siria, Ticio, que estaba irritado contra él, y luego regresó a Judea.

CAPITULO IX

Los habitantes de la Traconítida se apartan del reino de Herodes. Los oficiales del rey los reducen a la obediencia. Herodes reclama los fugitivos refugiados en Arabia. Invade a este país. Sileo acusa a Herodes ante el emperador

1. Herodes viajó a Roma y a su regreso, se originó la guerra contra los árabes por el siguiente motivo. Los moradores de la Traconítida, cuando César quitó esta región a Zenodoro y la entregó a Herodes, ya no pudieron seguir dedicándose al robo; se vieron obligados a entregarse al cultivo de la tierra y a vivir pacíficamente; esta forma no era muy de su agrado, aparte de que su tierra no era apta para la agricultura. Sin embargo, al principio, bajo la coacción del rey, no molestaron a los vecinos. Por este motivo Herodes cosechó muchos elogios por el éxito obtenido. Pero cuando se trasladó a Roma, a fin de acusar a su hijo Alejandro, recomendar a Antipáter y ver al César, los habitantes de la Traconítida hicieron correr el rumor de que Herodes había muerto. Se rebelaron y, de nuevo, como lo hicieron antes, empezaron a devastar y robar las regiones próximas. Los oficiales del rey, estando éste ausente, los dominaron; pero unos cuatrocientos de los principales ladrones, atemorizados por las medidas que se tomaron contra los prisioneros, se alejaron de su tierra, dirigiéndose a Arabia. Sileo los aceptó después del fracaso de su pretendido casamiento con Salomé; les proporcionó un lugar fortificado, desde el cual empezaron a incursionar, no sólo por Judea, sino por toda la Celesiria, ofreciéndoles Sileo protección y refugio y la impunidad de sus fechorías.

1 En La Guerra dice, en cambio, que Arquelao indica a Herodes la necesidad de enviar a Alejandro a Roma, porque él había enviado un informe al emperador (1. 25, 5).

Herodes, al regresar de Roma, comprobó que habían causado graves perjuicios a los suyos; y como no podía apoderarse de los ladrones, por estar bajo la protección de los árabes, sumamente indignado dirigióse a la Traconítida y mató a los parientes de aquéllos. Este hecho, que consideraron como una grave injuria, los irritó más, especialmente por tener una ley que los obligaba a vengarse de los matadores de sus parientes. De modo que no cesaron de robar y destruir en todo el territorio de Herodes. Este último habló sobre el particular con Saturnino y Volumnio, oficiales del emperador, a quienes pidió la extradición de los ladrones para castigarlos.

Los ladrones, entretanto, crecían en fuerza y número, y dispuestos a destruir el reino de Herodes, devastaban los campos y los poblados, matando a los hombres que hacían prisioneros; de tal manera que estas incursiones parecían más bien guerras. Los ladrones sumaban cerca de mil hombres. Herodes, ya al extremo, pidió la extradición de los

ladrones y exigió la devolución de seiscientos talentos, que había prestado a Obodas por intermedio de Sileo, y cuyo plazo de entrega había caducado. Pero Sileo que, prescindiendo de Obodas era el que gobernaba, negó que hubiera ladrones en Arabia y difirió la devolución del dinero. El asunto fué llevado ante Saturnino y Volumnio que, por aquel entonces, gobernaban en Siria.
Al final dispusieron los últimos que Sileo devolviese el dinero dentro de los treinta días y que cada reino entregara al otro los hombres del otro país que estuvieran en sus territorios. Se comprobó que Herodes no tenía dentro de su país ningún árabe retenido por haber cometido un crimen o por otra razón; pero los árabes habían dado refugio a los ladrones dentro de sus límites.
2. Vencida la fecha establecida, Sileo, antes de cumplir lo prometido, marchóse a Roma. Herodes exigió la devolución del dinero y la entrega de los ladrones que se encontraban entre los árabes, contando con el permiso de Saturnino y Volumnio para tomar las armas contra los contumaces. Pasó a Arabia con su ejército, recorriendo siete etapas en tres días. Cuando llegó a la fortaleza donde se encontraban los ladrones, se apoderó de ella al primer ataque; arrasó el lugar, que se denominaba Raipta, sin tocar ningún otro lugar. Los árabes, con la dirección de Na-
ceb, fueron en ayuda de los ladrones; en la batalla que se libró murieron muy pocos de los hombres de Herodes, y del otro lado cayeron el jefe Naceb y unos veinticinco más; los restantes fueron obligados a huir.
Después de castigar a los ladrones, Herodes estableció tres mil idumeos en la Traconítida. Sobre este asunto informó por cartas a los jefes romanos que se encontraban en Fenicia, diciendo que no había hecho otra cosa más que lo que convenía, contra los árabes contumaces. Los jefes romanos, después de investigar diligentemente, comprobaron que era verdad.
3. Entretanto salieron mensajeros hacia Roma para informar a Sileo estos hechos, y, como se acostumbra a hacer, con exageraciones. Sileo, que ya se había dado a conocer al emperador, se encontraba en la corte; cambió sus vestidos por hábitos de luto e indicó al César que la guerra había desvastado la Arabia y que todo el reino estaba agitado y destruído por el ejército de Herodes. Agregó llorando que habían sido muertos dos mil quinientos de los árabes más importantes, incluso Naceb, su amigo y pariente; que habían robado las riquezas que se encontraban en Raipta, menospreciando a Obodas, que no pudo sostener la guerra, por estar ausentes Sileo y el ejército de los árabes. Sileo, con miras a hacer más antipático a Herodes, agregó que él no habría emprendido el viaje, si no creyera que era voluntad del César que existiera paz entre todos, y que si él se hubiera encontrado allí, no le habría ido nada bien a Herodes.
César, indignado por estas palabras, solicitó de los amigos de Herodes que estaban presentes, y de los suyos que venían de Siria, que le dijeran solamente si Herodes había conducido al ejército a una expedición.
Tuvieron que reconocer que así había sido. César no quiso saber el motivo ni la causa; cada vez más enardecida su ira, escribió acerbamente a Herodes, diciéndole en resumen que lo había considerado como amigo, pero que ahora lo tenía como súbdito. Sileo escribió a los árabes sobre el particular. Estos, ensoberbecidos, no entregaron a los ladrones que habían escapado ni devolvieron el dinero; además usaron los campos de pastoreo sin pagar los impuestos a Herodes, pues lo creían abatido por la cólera del César. Además, los de la Traconítida se aprovecharon de la

oportunidad y atacaron a la guarnición de los idumeos, dedicándose al pillaje junto con los árabes, robando en las tierras de los idumeos, encarnizándose no sólo por afán de lucro, sino también por venganza.
4. En cuanto a Herodes, se vió obligado a soportarlo todo. Habiendo perdido la confianza del César, se sintió sumamente desanimado; pues César no había querido escuchar a la legación que enviara en su defensa y la hizo regresar sin dejarla cumplir su misión. Por todos estos motivos estaba preocupado y con miedo; y lo más serio era que Sileo, que se encontraba en Roma, donde se le daba crédito, abrigaba aspiraciones mayores. Pues habiendo muerto Obodas, Eneas, cambiando su nombre por el de Aretas, se hizo cargo del gobierno de los árabes. Sileo, entonces, se esforzó en desprestigiarlo para apoderarse del trono, mostrándose magnánimo con los cortesanos y haciendo muchas promesas a César. Este también estaba indignado con Aretas, por haber ocupado el trono sin escribirle antes.
Aretas envió cartas a César con muchos regalos, y entre éstos una corona de oro que valía muchos talentos; en las cartas acusaba a Sileo de ser un mal súbdito y de haber envenenado a Obodas, a quien dominaba mientras vivía, corrompiendo a las mujeres de los árabes y pidiendo dinero prestado para quedarse con el poder. César se negó a recibir a los mensajeros, y los envió de vuelta sin recibir los regalos. Es así como los reinos de Judea y de Arabia cada día estaban peor, no menos por las agitaciones existentes, como por no haber nadie que les pusiera remedio. Pues uno de los reyes, no sabiendo con seguridad si era rey, no tenía potestad para poner a raya a los sediciosos; en cuanto al otro, Herodes, estaba obligado a soportar las injusticias, pues su venganza rápida había irritado al emperador. No viendo fin a sus males, envió una nueva legación a Roma, para ver si podía conseguir justicia ante César mediante la intervención y los ruegos de los amigos. La tomó a su cargo Nicolás de Damasco.

CAPITULO X

Nicolás de Damasco reconcilia a Herodes con el César.
Euricles calumnia a los hijos de Herodes. El rey los manda
encarcelar y los denuncia ante el emperador

1. Por aquel tiempo sus asuntos domésticos y los de sus hijos estaban más exacerbados y en plena agitación. Era evidente, desde hacía tiempo, que el destino amenazaba al reino con los más terribles males; pero todavía se agravaron más por el siguiente motivo. Euricles de Lacedemonia, hombre notable en su país, pero perverso, aficionado a los placeres y a la adulación, pero tan ocultamente que nadie lo advertía, fué a vivir cerca de Herodes, ofreciéndole muchos regalos y aceptando muchos más de él, y logró formar parte de sus amigos a causa de su trato urbano. Era huésped de Antipáter, pero visitaba con frecuencia a Alejandro, con quien tenía gran amistad, pues simulaba admirar a Arquelao de Capadocia. Simulaba también honrar a Glafira; y hacía todo lo posible para estar bien con todos públicamente, pero observaba lo que se hacía y decía, a fin de responder a la amistad con la calumnia.
Al final consiguió entrar en la intimidad de todos, aparentando ser con cada uno un amigo que si frecuentaba a los demás era sólo en interés de aquél. Se ganó de tal manera a Alejandro, que era joven y se persuadió que sólo a él podría confiarle sin temor todas sus penas.

Se sinceró con él, y le dijo que su padre se había apartado de él; explicóle todo lo referente a la madre, así como los hechos de Antipáter, que había concentrado en sí todo el poder, privándoseles en cambio a ellos de todos los honores. Todo lo cual había llegado a ser insoportable, especialmente porque el odio de su padre era tan grande que no quería comer ni conversar con ellos. Estas eran las quejas, muy naturales, que formulaba acerca de sus problemas.
Pero Euricles se las refería a Antipáter, diciendo que no lo hacía por su propio interés, sino porque eran de gran importancia y como él se había visto honrado por Antipáter, no podía callarlas y debía advertirle que se precaviese contra Alejandro, porque éste hablaba con calor y en sus mismas palabras se advertía el afán de darle muerte. Antipáter, convencido de su amistad, lo trató con suma liberalidad, y terminó por persuadirlo de que hablara con Herodes.
Euricles, disponiendo de medios para hacerse creer, no encontró dificultades para hacer admitir la hostilidad de Alejandro, deducida de las palabras que aseguraba haberle oído, y a fuerza de insistir ante el rey con sus palabras cálidas, despertó en él un odio irreconciliable. Así se hizo apreciar, pues Herodes le dió una recompensa de cincuenta talentos a Euricles. Los recibió y se fué a ver a Arquelao, rey de Capadocia, ante quien elogió a Alejandro, pretendiendo haberse ocupado empeñosamente en reconciliarlo con su padre. También fué gratificado por Arquelao, y se retiró antes de que se descubriera su maldad.
Este Euricles, que había hecho mucho mal en Lacedemonia, fué expulsado de su patria a causa de sus muchos crímenes.
2. En cuanto al rey de los judíos, no se contentó, como antes, con prestar oídos a las calumnias contra Alejandro y Aristóbulo, sino que, poseído de un odio violento, aunque nadie los atacara, él casi obligaba a hacerlo, haciendo preguntas y ofreciendo oportunidad para hablar mal de ellos. Supo que Evarato de Cos había conspirado con Alejandro, de lo que se enteró con el más vivo placer.
3. La situación de los jóvenes se fué volviendo cada vez más grave, pues continuamente se inventaban nuevas calumnias, y todos rivalizaban en informar algún propósito perverso que fuera importante para la seguridad del rey. Herodes tenía dos guardias, Jucundo y Tirano, apreciados por el rey por la fortaleza y agilidad de sus cuerpos. Fueron despedidos por haber disgustado al rey; y como eran hombres hábiles en los ejercicios gimnásticos, ganaron oro y otros presentes, montando a caballo con Alejandro y su séquito. Eso fué suficiente para que el rey sospechara de ellos y los hiciera torturar. Ellos, después de resistir mucho tiempo, terminaron por declarar que Alejandro les había querido persuadir que mataran a Herodes, cuando lo encontraran en una partida de caza; les sería muy fácil fingir que, habiendo caído del caballo, se había traspasado con su propio venablo, accidente que ya le había acontecido anteriormente.
Revelaron también que se había guardado oro en la caballeriza, y que habían convencido al jefe de los cazadores que les entregara algunas lanzas del rey y que suministrara armas a los servidores de Alejandro, por orden del mismo 1.
4. Después fué apresado y atormentado el prefecto de la forta. leza de Alexandreion, acusado de haber prometido a los jóvenes que los recibiría en la misma y que les entregaría el dinero que estaba guardado allí. Personalmente él nada confesó; pero se presentó su hijo y dijo que todo era verdad, y entregó una carta escrita, al parecer, por Alejandro. Decía:

"Una vez realizado todo lo que determinamos, con la ayuda de Dios, iremos allí; cumplid entonces, lo que habéis prometido, de recibirnos en la fortaleza."
Después de la lectura de esta esquela, Herodes no tuvo la menor duda de que sus hijos conspiraban contra él. Alejandro alegó que el escriba Diofante había imitado su letra, y que la esquela era una invención de Antipáter. Diofante era muy diestro en imitar la escritura de otros y, más tarde, convicto de otros crímenes, fué condenado a muerte.
5. El rey condujo a los delatores, que había hecho torturar, ante el pueblo de Jericó, para que acusaran a sus hijos; pero el pueblo los mató a pedradas. Estaban dispuestos a hacer lo mismo con Alejandro y Aristóbulo, pero el rey lo impidió, haciendo que el pueblo se calmara, por intermedio de Ptolomeo y Feroras. En cuanto a sus hijos, cuidó que fueran vigilados de tal manera que nadie se les acercara, y que se observaran todos sus dichos y hechos; su situación era tan infamante y angustiosa como la de los verdaderos condenados.
El dolor de uno de ellos, Aristóbulo, fué tan grande, que intentó persuadir a su tía y suegra que compartiera sus dolores y odiara a aquel que había llegado a tales extremos de crueldad.
-¿No estás tú misma -le dijo- en peligro de muerte, tú que estás acusada de haber contado a Sileo todo lo que pasaba, con la esperanza de casarte con él?
No tardó ella en repetir estas palabras a su hermano. Este, sin poderse ya controlar, ordenó que los encadenaran, que los sepa

1 Estas confesiones no figuran en La Guerra.
raran y que declararan por escrito todos sus crímenes para infor. mar a César.
Ellos, obligados a hacerlo, escribieron que no habían organizado ninguna intriga contra su padre, ni lo habían pensado; sólo habían deseado huir, porque vivían rodeados de sospechas y persecuciones.
6. Por este tiempo llegó de Capadocia un enviado de Arquelao, un cierto Melas, príncipe de su familia. Herodes, con el propósito de demostrarle la hostilidad hacia él de Arquelao, hizo venir a Alejandro a su presencia, y de nuevo le preguntó sobre su fuga y hacia donde y de qué modo pensaban huir.
A esto respondió el príncipe que pensaban ir a reunirse con Arquelao, quien les había prometido enviarlos a Roma; pero que no habían hecho nada contra su padre, y que nada había de verdad en todas aquellas cosas de que se les acusaba. Añadió que hubiese querido que vivieran Tirano y sus compañeros, para que la investigación fuera más decisiva, pero que los habían hecho morir tan rápidamente, porque Antipáter había mandado a sus propios amigos a mezclarse entre el pueblo.
7. Dicho esto por Alejandro, Herodes ordenó que llevaran a Alejandro y Melas ante Glafira, la hija de Arquelao, para indagar si ella sabía algo sobre las intrigas contra Herodes. Cuando llegaron a su presencia, así que Glafira vió a Alejandro encadenado, se golpeó la cabeza, consternada, y lloró intensa y amargamente. También el joven se puso a llorar, al igual que todos aquellos que contemplaban tan triste espectáculo, de modo que por mucho tiempo nadie atinó a decir ni a hacer nada. Finalmente, Ptolomeo, pues a él se le había mandado que los condujera, ordenó a Alejandro que dijera si su mujer sabía algo de sus actos.
-¿Cómo no va a saberlo -dijo él- aquella a quien amo más que a mi vida, y con la cual tenemos hijos en común?

Ante estas palabras ella dijo que no era culpable de nada malo; pero que si era conveniente que mintiera contra ella misma en
bien de su esposo, estaba dispuesta a admitirlo todo. A esto dijo Alejandro:
-No sabes nada de ningún crimen de los que se sospechan de nosotros, pues ni yo los he pensado siquiera, salvo nuestros pro-
pósitos de refugiarnos junto a Arquelao, y de allí marchar a Roma.
Así lo reconoció ella. Herodes, convencido de que Arquelao estaba también en su contra, entregó cartas a Olimpo y Volumnio y les ordenó que en su viaje se detuvieran en Eleusa de Cilicia para exponer estos hechos a Arquelao; y que, después de reprocharle el haber ayudado a sus hijos en su conspiración, se embarcaran para Roma; y que si vieran que Nicolás había logrado apaciguar al César, entonces que le entregaran las cartas y los testimonios preparados contra sus hijos.
Arquelao buscó la forma de justificarse; reconoció haber prometido asilo a los jóvenes, pero que esto era tan conveniente a los jóvenes como a su padre para que nada se decidiera precipitadamente en medio de la cólera ocasionada por la rebelión de que se los acusaba; añadió que no había tenido el propósito de enviarlos al César y que no había hecho ninguna promesa contra Hérodes.
8. Cuando los dos enviados llegaron a Roma, tuvieron oportunidad de entregar las cartas a César, que se había ya reconciliado con Herodes. La misión encomendada a Nicolás se cumplió de la siguiente manera. Una vez en Roma y en el palacio, le pareció que no era suficiente cumplir lo que se le había ordenado, sino también acusar a Sileo. Los árabes, aun antes de encontrarse, estaban reñidos entre sí y algunos se apartaron de Sileo y se pasaron a Nicolás, revelándole todos los hechos injustos come• tidos por Sileo y dándole pruebas de que había muerto a muchos de los hombres de Obodas; tenían en su poder cartas acusadoras de las cuales se habían apoderado. Nicolás vió que todo esto era muy oportuno y que servía para sus propósitos, esforzándose por todos los medios para reconciliar a Herodes con César.
Tenía por seguro que no obtendría audiencia si intentaba defender a Herodes; pero, en el caso de que determinara acusar a Sileo, se le ofrecería quizá oportunidad para defender a Herodes. Fijado el día para tratar el asunto, Nicolás, con la ayuda de los mensajeros de Aretas, entre otras acusaciones contra Sileo, dijo que había causado gravísimos perjuicios a su rey y a los árabes y que había tomado dinero prestado con miras a perturbar el buen orden del estado; que había corrompido mujeres, tanto en
Roma como en Arabia; y lo peor de todo, agregó, era que había engañado al César, pues no había nada de verdad en lo que le dijo referente a Herodes. Cuando dijo lo último, el César lo interrumpió para que le dijera solamente sobre Herodes, si con su ejército había ido a Arabia, matando a casi dos mil quinientos hombres y llevándose, luego de devastar los campos, numerosos cautivos. A lo cual Nicolás respondió que estaba en condiciones de probar que nada o casi nada había acontecido en la forma que se lo habían contado al César, ni de tal manera que pudiera irritarlo.
Estas palabras hicieron que César prestara mayor atención. Nicolás se refirió al préstamo de los quinientos talentos, y de la cláusula que estipulaba que en el supuesto de que no se cumpliera el pago, el rey tendría derecho a tomar prendas en todo el territorio árabe.
No se trataba de una expedición, dijo, sino de exigir la debida compensación por el dinero prestado; ni se llevó a cabo en forma precipitada ni aun tal como lo permitía el préstamo, sino que se había consultado previamente a los legados de Siria, Saturnino y

Volumnio; y que, en fin, en Berito, en presencia de los legados, Sileo había jurado por la fortuna del emperador que dentro de treinta días devolvería lo prestado y entregaría los refugiados que habían escapado del territorio de Herodes. En vista de que Sileo no cumplía nada de lo prometido, de nuevo Herodes acudió a los magistrados nombrados. Luego que éstos le permitieron resarcirse de los daños, entonces emprendió la campaña contra Arabia. Y esto es lo que denominan, exagerándolo trágicamente, "guerra" o "expedición".

-¿Cómo se puede llamar guerra, cuando se pidió licencia a tus magistrados, procediendo de acuerdo a la fianza otorgada, y luego de haber sido violada la majestad de tu nombre, oh César, como también el de otros dioses? Pero expliquemos lo referente a los hombres capturados. Cuando los de la Traconítida empezaron a robar, cuatrocientos hombres, y aun quizá más, escapáronse a Arabia, a fin de que Herodes no los condenara al suplicio. Sileo los recibió, y los estimuló en sus malos propósitos concediéndoles lugar donde morar y, lo que es peor todavía, se benefició él mismo con sus latrocinios. Sin embargo, se obligó con juramento a entregarlos el
mismo día señalado para la devolución del dinero; y nadie podrá demostrar que de Arabia se hayan sacado otros hombres fuera de los mencionados, y todavía no todos, sino aquellos que no pudieron esconderse. Como ves, es sólo una infame calumnia todo lo referente a los cautivos; pero te ruego, oh César, que conozcas los inventos y mentiras utilizados para moverte a ira. Afirmo que sólo después de irrumpir los árabes en nuestro territorio, y luego de matar a algunos de los soldados de Herodes, el rey se decidió a intervenir, y no antes, en defensa de su reino; y murieron no más de veinticinco de ellos, exagerando Sileo su número hasta decir que fueron centenares, que fueron dos mil quinientos."

9. César quedó impresionado y, volviéndose a Sileo, indignado, le preguntó cuántos árabes habían muerto. Sileo titubeó, y dijo que quizá había sido mal informado; entonces se leyeron los textos del empréstito y las cartas de los legados, así como también las quejas de los pueblos sobre los latrocinios. Finalmente César tomó la decisión de condenar a muerte a Sileo y se reconcilió con Herodes, arrepentido ya de las palabras tan graves que le había escrito, influenciado por las calumnias, y declaró a Sileo que con sus mentiras lo había inducido a tener en menos a un amigo fiel. Al fin, Sileo fué obligado a reembolsar lo que debía, mientras aguardaba el suplicio.

César no estaba muy bien dispuesto con Aretas porque, sin esperar que él lo decidiera, por sí mismo había tomado el poder. Determinó dar a Herodes la Arabia; pero lo impidieron unas cartas que recibió del mismo Herodes. Pues cuando Olimpo y Volumnio supieron que César ya estaba apaciguado, les pareció, de acuerdo con lo que había ordenado Herodes, que ya podían entregarle las cartas referentes a los hijos del rey, para poner de manifiesto sus intrigas. Después de leerlas no le pareció oportuno agregar otro reino al de un anciano que, además, estaba en conflicto con sus hijos. Envió mensajeros a Aretas, reprendiéndolo por su conducta temeraria de hacerse cargo del reino sin esperar su consentimiento; pero le aceptó los regalos y lo confirmó en el trono.

CAPITULO XI

Por consejo del César, Herodes reúne en Berito un tribunal
para juzgar a sus hijos. Muerte de los jóvenes

1. Reconciliado César con Herodes, el emperador le escribió, diciéndole que lamentaba que tuviera tales hijos, y que convenía, en caso de que algo muy grave se comprobara, que fueran considerados parricidas. Sobre el particular lo dejaba en libertad de acción. Pero si solamente pensaban en escaparse, habría que castigarlos, pero sin llegar a extremos irreparables. Le aconsejó que los sometiera a juicio en Berito, colonia romana, con la asistencia de los jefes, de Arquelao, rey de Capadocia, y de todos aquellos que él considerara como amigos suyos e ilustres por su dignidad, y que siguiera las decisiones que tomaran.
Estas fueron las palabras que César le escribió. Herodes, cuando recibió la carta, se puso muy contento, tanto por haber recobrado el favor de César como por el poder que le otorgaba de proceder contra sus hijos. Ignoro a qué se debe que un hombre, cuando las cosas no iban a su gusto, se hubiese comportado como un padre severo, pero sin mostrar temeridad ni precipitación para buscar la muerte de sus hijos; y que luego, mejorada su situación y lleno de confianza, se entregase de nuevo al odio.
Convocó para formar el tribunal a los que le pareció, pero no a Arquelao. No quiso que estuviera presente, a causa del odio que le tenía o porque temía que se había de oponer a su voluntad.
2. Después que los jefes y otros que hizo llamar de las ciudades se trasladaron a Berito, dejó a sus hijos en una población sidonia, denominada Platana, próxima a la ciudad, para que pudieran hacerse presentes si fueran llamados. Se adelantó solo entre las ciento cincuenta personas que estaban sentadas, e hizo contra sus hijos una acusación no dolorosa, como lo exigía la situación en que se encontraba, sino muy indecorosa para un padre que acusa a sus hijos. Era vehemente y se enredaba en la presentación de los argumentos, y daba indicios de furor e inhumanidad; no permitió a los asesores que conocieran y pesaran los argumentos, y procedió en forma impropia de un padre que procede contra sus hijos. El mismo expuso y defendió los argumentos,
leyó lo que habían escrito, donde no constaba nada de intrigas o de crímenes, y sólo referencias a la huída proyectada y algunos reproches maliciosos para el padre por la malevolencia que les manifestaba.
Cuando exponía estas cosas, gritaba con mayor vehemencia, exageraba las faltas, como si fueran confesiones de las intrigas, y juraba que preferiría morir antes que oír esas injurias. Al final, cuando dijo que él, por derecho de la naturaleza y por permiso del César tenía potestad, agregó que la ley nacional establecía que si los padres ponían las manos sobre la cabeza del hijo acusado, los circunstantes se veían obligados a apedrear y matar al acusado. Lo habría podido hacer en su patria y en su reino, pero había preferido esperar su decisión. Esperaba que se comportaran, no como jueces, pues eran tan evidentes las intrigas, hasta el punto de que había faltado poco para que sus hijos lo mataran, sino como colaboradores de su ira; pues nadie, por extraño que fuera, podría mirar con indiferencia una conjuración como aquélla.
3. Después que el rey se expresara en esta forma, y sin dar oportunidad a los jóvenes para que pudieran defenderse, los asesores, al verlo tan indignado y sin que hubiera posibilidad para inducirlo a la equidad y a la concordia, confirmaron su libertad de decisión. Saturnino, personaje consular y de rango elevado, fué el primero que dió una sentencia moderada, teniendo en cuenta las circunstancias. Declaró que condenaba a los hijos de Herodes, pero que no consideraba justo imponerles la muerte, puesto que él mismo tenía hijos, y que esta pena era muy severa, a pesar de lo mucho que Herodes

había sufrido por causa de ellos. Luego los hijos de Saturnino, pues tenía tres que eran como él legados, expresaron la misma opinión. Pero Volumnio decidió que debían ser condenados a morir por haberse comportado tan impíamente con el padre. De la misma opinión fueron casi todos los restantes, de tal modo que se daba por seguro que los jóvenes serían sometidos a la pena capital.
De allí Herodes se marchó a Tiro, llevándose consigo a sus hijos, y preguntó a Nicolás, que estaba de regreso de Roma, después de narrarle lo que se había hecho en Berito, cuál era la opinión de los amigos que con él habían estado en Roma, acerca de sus hijos. A lo cual él respondió:
-El comportamiento de tus hijos parece haber sido impío, pera deberías limitarte a tenerlos encarcelados y con vigilancia. Más adelante, si creyeras necesario aplicarles una sentencia más severa, podrías hacerlo sin que parezca que obres a impulsos de la indignación, más que de la razón; si, al contrario, quisieras dejarlos en libertad, no habrías hecho un mal irremediable. Esta es la opinión de la mayoría de tus amigos que viven en Roma.
Herodes guardó silencio y se puso pensativo, y luego lo invitó a que se embarcara con él.
4. Cuando llegaron a Cesárea, no se hablaba más que de los hijos del rey y todo el reino estaba en suspenso, preguntándose cómo terminaría este asunto. Efectivamente, todos temían que esta decisión prolongada no los llevara a un fin irremediable. Todos lamentaban sus desgracias, pero nadie se atrevía a pronunciar, ni siquiera a escuchar, una opinión temeraria; la piedad se contenía y soportaba este infortunio excesivo con aflicción, y mantenía su misericordia sin expresarla. Todos se dolían de un crimen tan atroz, pero lo soportaban calladamente. Sin embargo, un hombre, de nombre Tero, viejo soldado, que tenía un hijo de la misma edad de Alejandro, de quien era amigo, lo que otros mantenían oculto él lo decía abiertamente, y frecuentemente se sentía impulsado a clamar ante el pueblo, diciendo que se había terminado la verdad, que ya entre los hombres no existía el derecho, que la mentira .y la maldad estaban en auge y que todo se encontraba tan falseado que no podían verse los grandes males que caían sobre los hombres por aquellos mismos que pecaban.
No dejaba de correr peligro al expressarse tan francamente, pero todos se sentían conmovidos por su equidad, al comprobar su ánimo y fortaleza, tan impropias de aquellos tiempos. Por lo tanto, todos escuchaban gustosamente lo que decía, y mientras por precaución guardaban silencio, elogiaban su franqueza, pues las desgracias que se contemplaban obligaban a todos a estar de su lado.
5. Tero, sin embargo, audazmente se presentó ante el mismo rey y pidió hablar con él a solas, lo que le fué concedido.
-No puedo soportar por más tiempo, oh rey -le dijo- lo que me angustia el alma. Debo decir lo que siento, algo que te será necesario y provechoso oírlo; si de ello puedes sacar alguna utilidad, lo preferiré a mi propia vida. ¿Estás en tu cabal juicio,
o dónde está aquel ingenio, mediante el cual has logrado tantas cosas? ¿A qué se debe que estés privado de parientes y amigos? Pues no juzgo ni amigos ni parientes a los que ahora están a tur lado, que permiten que se lleve a cabo un crimen tan grande en un reino anteriormente feliz. ¿Y tú no te das cuenta de lo que conviene hacer? ¿Matarás a dos jóvenes, hijos de la reina tu esposa, llenos de virtudes, y entregarás tu ancianidad a un solo hijo, que abusó de tu confianza, y a unos parientes que tú mismo tantas veces has condenado a muerte? ¿No comprendes que el pueblo se calla, pero que ve el pecado y

odia el crimen, y que todo el ejército, especialmente los dirigentes, tienen compasión de tus infelices hijos y odian a los autores de tanta desgracia?

El rey lo escuchó, al principio con paciencia; pero cuando Tero habló con claridadd de la perfidia y el crimen de sus allegados, se conmovió. Tero, por su parte, poco a poco se excedió, utilizando una libertad inmoderada de soldado, sin saber administrar sabia y prudentemente el tiempo. Herodes se conturbó, de modo que tomó sus palabras más como un reproche que como un consejo útil, y cuando oyó que le decía que los soldados lo tomaban a mal, especialmente los jefes, ordenó que se detuviera y vigilara tanta a aquellos que Tero nombró como al mismo Tero.

6. Por este hecho, un cierto Trifón, barbero del rey, aprovechando la ocasión, se presentó ante Herodes y le comunicó que Tero varias veces le quiso convencer de que, al arreglarle la barba, lo degollara, y que así Alejandro ocuparía el primer lugar y obtendría grandes premios. Cuando oyó esto, el rey ordenó que lo detuvieran y sometió al tormento a Tero, a sus hijos y al barbero. Tero resistió, pero el hijo, al ver al padre tan maltratado y sin ninguna esperanza de salvación, adivinando por los sufrimientos del paciente lo que se haría con él, dijo que revelaría la verdad' si los libraban a él y a su padre de los tormentos. Contando con la palabra del rey, dijo que se había determinado que Tero atacaría a Herodes, lo que le sería fácil encontrándose a solas con él;si una vez hecho esto le pasaba algo malo, la consideraría un honor, puesto que así servía a Alejandro. Con estas palabras, libró, a su padre de los tormentos; no se sabe si en vista de lo que es taba pasando quiso decir la verdad, o si imaginó esta escapatoria para remediar sus males y los de su padre.

7. En cuanto a Herodes, si antes tenía alguna duda para hacer morir a sus hijos, ahora ya no le quedaba ninguna, y rechazando a todos los que querían darle un consejo mejor, se apresuró a hacer cumplir lo que se había decidido. Acusó en una asamblea ante el pueblo a trescientos oficiales inculpados, a Tero, a sus hijos y al barbero. El pueblo los mató, echando mano de lo que tenían a su alcance. En cuanto a Alejandro y Aristóbulo, llevados a Sebaste, allí fueron estrangulados; y los cuerpos durante la noche fueron llevados a Alexandreion, donde estaban enterrados el abuelo materno y muchos de sus antepasados.

8. Quizá a algunos les parecerá natural que un odio tan inveterado hubiera crecido hasta tales extremos, que venciera a la misma naturaleza. Pero uno se pregunta si la causa debe imputarse a los jóvenes, que suministraron a su padre motivos para encole. rizarse, y cuya hostilidad con el tiempo llegó a ser implacable, o bien al mismo padre, insensible y excesivo en su apetito de poder y de gloria, al extremo de no escatimar nada para que su voluntad fuera soberana o si, en fin, hay que culpar al destino, cuyo poder supera al de todo razonamiento prudente. El destino infunde la convicción de que los hechos humanos están sometidos por adelantado a la necesidad de que tienen que acaecer y, por esto, los denominamos fatalidades, puesto que nada hay que no llegue a cumplirse.

Pienso que esta última opinión tiene que descartarse, si nos atribuímos alguna espontaneidad y no queremos sustraernos a toda responsabilidad sobre la corrupción de nuestra naturaleza, cuestión que ya ha sido discutida por nuestra ley. En cuanto a las otras causas, se puede inculpar a los hijos por su juvenil presunción y su arrogancia palaciega, al dar oído a las calumnias contra su padre, convirtiéndose en inquisidores de sus actos y de su vida, haciéndose suspicaces y sin poder dominar su lengua y dando, por ambas

causas, motivos para hacerse sospechosos a aquellos que los observaban y que luego se lo contaban todo a Herodes para conseguir su gracia.
Sin embargo, no hay excusa ninguna sobre la impía conducta del padre con sus hijos, pues no extremó los medios para comprobar la existencia de un complot y probar la culpa de sus hijos, decidiendo matar a los que había engendrado. Eran dos varones egregios y en todo muy bien dotados, ya sea para la caza, o para la milicia, o para hablar con propiedad. Eran muy diestros y peritos en todo esto, especialmente Alejandro, el mayor. Habría sido suficiente, si fuese menester condenarlos, encarcelarlos, o alejarlos del reino, pues Herodes estaba suficientemente seguro al contar con el poder de los romanos, con lo cual no corría peligro de ningún movimiento repentino u otra clase de ataque.
Estas muertes precipitadas y cometidas únicamente para satisfacer la pasión que lo dominaba, son testimonio de una impiedad incalificable, especialmente cuando estaba llegando a su vejez. No lo excusan sus dudas ni sus dilaciones. Cuando una persona, impresionada por algo repentino, conmovida, se ve empujada a cometer grandes crímenes, su acción es grave, pero humana; pero cuando lo hace después de reflexionar y de haber pasado del furor a la duda, su acción indica un alma malévola e imposible de apartarse del mal. Esto se confirmó con los hechos posteriores, pues Herodes no perdonó ni a aquellos que le fueron más adictos; aunque en este caso se hubiese procedido con más justicia, la crueldad fué de la misma índole de la que no había perdonado ni a sus hijos. Pero sobre esto se tratará más particularmente en las páginas siguientes.

LIBRO XVII

Abarca un lapso
de catorce años

CAPITULO I

Antipáter es odiado por el pueblo por la ejecución de sus hermanos. Trata de conquistar con regalos a sus amigos de Roma, a Saturnino, gobernador de Siria y a sus fun cionarios

1. Después de que Antipáter se hubo librado de sus hermanos, cargando a su padre con un crimen impío y con los remordimientos que vengaban lo que había hecho, sus esperanzas sobre lo porvenir no concordaron con sus designios. Libre del temor de ver a sus hermanos compartiendo el poder con él, advirtió que su ascensión al trono sería un asunto arduo y que encontraría oposición. El pueblo sentía por él un odio muy intenso. A este obstáculo, de por sí grave y molesto, se agregaba la actitud del ejército, que le era adverso, y sin su confianza no era posible asegurarse ningún reino, pues el ejército es el que reprime a los ansiosos de novedades. La muerte de sus hermanos resultó de este modo sumamente peligrosa para sus propósitos.
Reinaba junto con su padre, sin que hubiera entre los dos disentimiento ninguno; logró un mayor prestigio ante el rey precisamente por aquello que hubiera debido ser causa de su perdición, pues le había hecho creer que se había convertido en delator de sus hermanos con miras a la mayor seguridad de Herodes, y no por odio contra ellos y menos contra el padre. He ahí las maldiciones que lo perseguían. Antipáter había urdido todas las intrigas interpuestas en el camino de Herodes, para eliminar a todos los que pudieran denunciar sus proyectos y evitar que Herodes dispusiera de refugio y de ayuda el día que Antipáter se declarara abiertamente su enemigo.

Había sido, por lo tanto, por el odio que tenía a su padre que había tramado todas sus intrigas y que ahora se esforzaba en continuar con sus propósitos, puesto que, muerto Herodes, obtendría indudablemente el trono, pero si el rey llegara a vivir mucho tiempo, corría el peligro de que en algún momento se pusiera en evidencia el crimen del cual era autor e instigador, y su padre se convirtiera en su enemigo.
Se empeñó en toda forma en atraerse a los amigos de su padrey en contrarrestar con dinero el odio que se había concentrado contra él; hacía grandes favores, en especial a los que se encontraban en Roma, a los que quería conquistar mediante múltiples donaciones, especialmente al pretor de Siria, Saturnino. Abrigaba la esperanza de que por la magnitud de los regalos llegaría a atraerse también al hermano de Saturnino, y mediante los mismos medios a la hermana del rey, que se había casado con uno de los principales amigos de Herodes.
Era muy buen artista para simular los propósitos, para que se aceptara como verdadera su amistad y para disimular el profundo odio que sentía contra algunos.
Sin embargo, no pudo engañar a su tía, que había descubierto sus intenciones hacía tiempo y que había luchado por todos los medios posibles contra sus perversas intenciones; a pesar de que el tío materno de Antipáter se había casado con la hija de Salomé, la que antes fuera esposa de Aristóbulo, siendo Antipáter el autor de este matrimonio; y Calías, hijo del marido de Salomé, tenía por esposa a su otra hija. Pero este parentesco no impidió que Salomé descubriera su malicia, así como previamente los lazos de consanguinidad no habían detenido a Salomé en su odio contra Aristóbulo.
Herodes había obligado a Salomé, que deseaba contraer matrimonio con el árabe Sileo, a tomar por esposo a Alexas; la esposa de César, Julia, había unido sus esfuerzos a los del rey, persuadiendo a Salomé que no rechazara este matrimonio, porque de lo contrario caería en la hostilidad de Herodes. Herodes había jurado que retiraría todo afecto a Salomé si se negaba a casarse
con Alexas. Es así como se avino a lo aconsejado por Julia, tanto por ser la esposa de César como por aconsejarle algo sumamente útil. Por este tiempo Herodes devolvió a Arquelao su hija, la esposa de Alejandro, restituyéndole la dote de sus propios bienes, a fin de que no hubiera ningún motivo de disentimiento.
2. Herodes cuidaba con el mayor cuidado a los hijos de sus hijos. Alejandro había tenido dos hijos varones con Glafira, y Aristóbulo con Berenice, hija de Salomé, tres hijos y dos hijas. Cierta vez, estando presentes los amigos, deploró el destino de sus hijos y rogó que no les pasara nada semejante a sus nietos, sino que llenos de virtud, justos y dotados de una adecuada sabiduría, supieran agradecer debidamente los cuidados que se tomaban en su educación. Había prometido en matrimonio, así que hubieran llegado a la edad conveniente, la hija de Feroras al hijo mayor de Alejandro, la hija de Antipáter al hijo mayor de Aristóbulo, una hija de Aristóbulo al hijo de Antipáter, y la otra a Herodes, su propio hijo, el que tuvo con la hija del pontífice, pues nuestras costumbres nacionales admiten que se tengan al mismo tiempo varias esposas. El rey dispuso estos esponsales por piedad hacia sus nietos, y para conquistarles con ellos la benevolencia de Antipáter.
Antipáter con respecto a sus sobrinos fomentaba la misma animosidad que con respecto a sus hermanos. Se irritaba por el afán y preocupación de su padre, pues estaba persuadido que llegarían a ser más poderosos que sus hermanos; especialmente que, cuando fueran adultos, Arquelao, personaje de dignidad real, prestaría ayuda a sus nietos, y Feroras, que era tetrarca, aceptaría para su hijo como esposa a una de las sobrinas. Además le

preocupaba el hecho de que el pueblo testimoniara su piedad por los huérfanos y su odio por él, de que nunca le perdonaría la maldad con que trató a sus hermanos y de que todo se pondría en evidencia.
Por esto procuró que su padre cambiara de opinión en lo referente a los matrimonios, considerando peligrosa la alianza eón familias de tanto poder. Y es así como Herodes, a instancias de Antipáter, cambió de opinión, y dispuso que Antipáter se casara con la hija de Aristóbulo, y el hijo de Feroras con la hija de Antipáter. De esta manera se dispusieron los acuerdos matrimoniales contra la intención del rey.
3. Por aquel tiempo el rey tenía nueve esposas: esto es, la madre de Antipáter y la hija del pontífice, con la cual tuvo un hijo al que dió su nombre; una hija de su hermano y una de sus primas. Ninguna de las dos tuvo hijos. Entre sus mujeres había una samaritana, con la cual tuvo dos hijos, Antipas y Arquelao, y una hija Olimpias, la que posteriormente desposó con José, hijo de su hermano. En cuanto a Arquelao y Antipas eran educados en Roma por un particular. Estaba también casado con Cleopatra, de Jerusalén, con la cual tuvo dos hijos, Herodes y Filipo; este último también se educaba en Roma. Otra de sus mujeres era Palas, que le dió un hijo llamado Fasael.
Finalmente otras dos esposas, Fedra y Elpis, con quienes tuvo dos hijos, Roxane y Salomé. En cuanto a sus hijas mayores, hermanas uterinas de Alejandro, con las cuales rehusó casarse Feroras, casó a una de ellas con Antipáter, hijo de su hermana, y a la otra con Fasael, que era también hijo de su hermano. Esta era la progenie de Herodes.

CAPITULO II

Para proteger la región de la Traconítida contra las incur
siones de los árabes, Herodes envía a Zamaris a establecerse
en Batira. Pacto secreto entre Antipáter y Feroras

1. Queriendo por este tiempo asegurarse contra los de la Traconítida, Herodes decidió establecer para los judíos un poblado, que por su magnitud no cediera a una ciudad, con el objeto de defenderse contra las irrupciones en su territorio y que, en el caso de alguna repentina incursión, pudieran salir para contestar al ataque. Supo casualmente que un cierto judío de Babilonia, con quinientos jinetes instruidos en el manejo del arco y una parentela de cerca de cien hombres, había pasado el Eufrates instalándose en Antioquía, cerca de Dafné de Siria; y que Saturnino que, por aquel entonces, era pretor, le había otorgado para su morada un lugar denominado Valata. A este hombre le prometió darle tierra en la tetrarquía de Batanea, limítrofe de la Traconítida; quería hacer de su establecimiento una especie de fortaleza. Prometió a Zamaris y los suyos darles la región libre de
todo impuesto, de manera que aquellos que habitaron allí no pagaron ninguno de los tributos acostumbrados.
2. El babilonio, convencido con estas promesas, ocupó la tierra, en la cual construyó fortificaciones y un poblado, que denominó Batira. Este hombre protegió a los moradores de aquellos lugares contra los de la Traconítida, y también a los que iban de Babilonia a Jerusalén para los sacrificios, para que no fueran despojados por robos. Se le unieron muchos hombres fieles a las costumbres de los judíos. De modo que aquel lugar se pobló muchísimo, pues

ofrecía seguridad y además estaba libre de todo tributo, regla que se observó mientras vivió Herodes; Filipo, que le sucedió en el reino, exigió a esta gente algo, por poco tiempo. Agripa el grande y su hijo del mismo nombre les impusieron tributos, pero no los privaron de su libertad. Los romanos que les sucedieron, los confirmaron en su libertad, pero los oprimieron bajo el peso de los impuestos. Sobre esto hablaré con más detalles cuando se ofrezca la ocasión.
3. El babilonio Zamaris, a quien Herodes otorgó la región, falleció, después de haber vivido virtuosamente. Dejó hijos ilustres, entre los cuales estaba Jacimos, célebre por su valor, que enseñó a los babilonios el arte de la equitación. Uno de sus escuadrones sirvió de guardia a los reyes que acabo de nombrar. Jacimos murió de edad avanzada, y dejó un hijo de nombre Filipo, por su valor guerrero y otras virtudes digno de ser recordado. El rey Agripa sintió por él una firme amistad y lo trató con gran benevolencia; instruía en los deberes militares a aquellos que el rey necesitaba, y era su comandante siempre que debía realizarse una expedición.
4. Encontrándose los asuntos de Herodes en el estado que he explicado antes, todo convergía en favor de Antipáter, pues, con anuencia del padre, gozaba de poder para realizar lo que quería; y todavía esperaba lograr mucho más, pues su padre ignoraba su maldad y se dejaba impresionar fácilmente por las palabras que le decía. Todos lo temían, no tanto por la magnitud de su poder como por la maldad que surgía de su inquietud. Lo cortejaba especialmente Feroras, a lo cual correspondía Antipáter, pero no sin antes haber amotinado contra él a las mujeres. En efecto, Feroras estaba sometido a su esposa, a su suegra y a su cuñada, a
pesar de que las detestaba por el mal trato que daban a sus hijas, todavía vírgenes. Sin embargo, las soportaba y nada podía hacer sin ellas, porque espiaban todos sus actos y, gracias a la fidelidad que mutuamente se guardaban, marchaban todas de acuerdo. Eran adictas a Antipáter, por él mismo y por la madre; se las había atraído por completo. Entre Feroras y Antipáter surgió una disensión por causas de muy poca importancia. La única que se les oponía era la hermana del rey, que hacía tiempo venía observando sus arreglos y sabía que esa concordia era en detrimento de Herodes, a quien no dejaba de informar. Convencidos de que su concomitancia no era del agrado de Herodes, pensaron que públicamente no les convenía presentarse unidos, sino que debían simular odios y envidias, especialmente en presencia de Herodes o de alguien que luego lo informaría; pero secretamente estarían más aliados que nunca. No se le ocultó a Salomé lo que habían determinado; atenta a la forma en que lo llevaban a cabo, lo investigaba todo, y se lo contaba a su hermano con exageraciones, diciéndole que realizaban reuniones secretas, y hacían banquetes a solas, todo lo cual no tendría lugar si no fuera para intrigar contra el rey, porque entonces lo harían públicamente. Esta clase de gente que en presencia de todos fingen estar en desacuerdo y hacen todo lo posible para aparecer como enemigos, y que, cuando nadie los ve, se profesan benevolencia y amistad, tienen siempre por fin organizarse contra aquellos ante quienes disimulan con tanto cuidado su mutuo acuerdo. Salomé informaba cuidadosamente de todo a su hermano, el cual por sí mismo había ya adivinado muchas de estas cosas, pero no se atrevía a hacer nada, a pesar de que sus sospechas estaban siendo confirmadas por los informes de su hermana.
Había una secta judía que exigía el más estricto cumplimiento de la ley y observaba una extrema solicitud hacia Dios; esta secta contaba con la simpatía de las mujeres. Era la de los fariseos, que se han atrevido a resistir a los reyes, y son previsores y siempre

dispuestos a luchar y a combatir. Al jurar toda la nación de los judíos que serían fieles al César y a su gobierno, ellos se negaron a hacerlo, en número de seis mil; el rey les impuso mul— tas, que fueron pagadas por la esposa de Feroras. Agradecidos
por este beneficio, y puesto que creían que por inspiración divina conocían lo futuro, predijeron que Herodes y su progenie, por disposición de Dios, perderían el trono y que éste pasaría a Feroras y a sus hijos. Esto llegó a conocimiento del rey, pues no pudo permanecer oculto a Salomé, como también que algunos de los cortesanos habían sido corrompidos. Por este motivo el rey hizo perecer a los más culpables de los fariseos, al eunuco Bagoas y a un cierto Caro, que se distinguía entre sus contemporáneos por su belleza y que era el preferido del rey. Mató también a todos los de su familia que estaban de acuerdo con las enseñanzas de los fariseos. Bagoas había sido atraído por aquellos que le prometían llamarlo padre y benefactor del rey señalado por la predicción, quien ejercería todos los poderes y podría capacitar a Bagoas para contraer matrimonio y procrear hijos legítimos.

CAPITULO III

Feroras se niega a repudiar a su mujer. Herodes envía
a Antipáter a Roma. Muerte de Feroras

1. Herodes, después de castigar a los fariseos, convocó a los amigos y acusó a la esposa de Feroras, imputando a su audacia el ultraje que se había hecho a las vírgenes', para deducir de esta injuria personal un motivo de queja. ¿No fué ella, dijo, la culpable del distanciamiento entre él y su hermano, y de la hostilidad entre los mismos, que ella excitaba tanto de hecho como de palabra? Gracias a su intervención se eludió el pago de la multa que había impuesto; no había agitación de las que últimamente se hacían contra él, en la que ella no fuera cómplice.
-Por lo tanto, Feroras -dijo-, obrarías muy bien si, impulsado no por mis ruegos o consejos, sino espontáneamente, te divorciaras de esta mujer, que ha de ser causa de disensión entre nosotros; por esto, si te importa algo la alianza fraternal, conviene que te desprendas de esta mujer. Así serás realmente mi hermano, y estaremos unidos por el amor.
Sin embargo, Feroras, a pesar de que estas palabras lo conmo
1- Se refiere a las hijas del rey (c£ La Guerra, 1, 29, 2).
vieron, dijo que no quería separarse de su hermano, ni podía dejar de amar a su mujer; prefería morir, antes que abandonar a la esposa que amaba. Entonces Herodes concentró en Feroras la cólera que tales hechos le provocaban, considerándose gravemente ofendido. Prohibió a Antipáter y a su madre que lo frecuentaran, y también encargó a Antipáter que cuidara que las mujeres no se reunieran. Lo prometieron, pero no por eso dejaron de reunirse Antipáter y Feroras. Corría incluso el rumor de que Antipáter mantenía relaciones con la mujer de Feroras, sirviendo de intermediaria la madre del primero.
2. Sabiendo Antipáter que su padre sospechaba, y temeroso de que el odio no fuera en aumento, escribió a los amigos que vivían en Roma, ordenándoles que indicaran a Herodes que cuanto antes lo enviara al César. Así lo hizo Herodes, y envió a Antipáter con muchos regalos y con su testamento, en el cual establecía que después de su muerte reinaría Antipáter; y en caso de que éste falleciera primero, su hijo Herodes, el que había engendrado con la hija del pontífice.

En la misma época que Antipáter se embarcó Sileo el árabe, quien no había cumplido ninguna de las disposiciones ordenadas por César; Antipáter lo acusó ante el emperador de los mismos crímenes de que antes lo había acusado Nicolás. Además Aretas lo culpó de las muertes cometidas en Petra, sin su consentimiento, y especialmente de varones de prestigio, entre los cuales estaba Soem, hombre nobilísimo, y también de haber eliminado a Fabato, esclavo del César. Sileo fué acusado además por la ofensa siguiente. Tenía Herodes un guardia de nombre Corinto, en el cual había depositado plena confianza. Sileo lo persuadió que matara al rey, mediante la entrega de una gran suma; a lo cual accedió. Fabato, habiéndolo sabido de labios del -mismo Sileo, se lo reveló al rey. Este hizo detener a Corinto, y consiguió el esclarecimiento de todo el crimen mediante tormentos. Hizo detener también a otros dos árabes, por denuncias de Corinto: un jefe de tribu y un amigo de Sileo. Sometidos a la tortura, confesaron haber ido con el propósito de convencer a Corinto que no desfalleciera, prometiéndole que, si así lo requería el asunto, lo ayudarían para que llevara a cabo la muerte de Herodes. Todo esto se lo expuso Herodes a Saturnino, y éste envió a los dos árabes a Roma.

3. En cuanto a Feroras, en vista de que persistía obstinadamente en su amor, recibió orden de Herodes de que se retirara a su región. De buena gana se alejó a su tetrarquía, jurando que no iba a volver antes de que le informaran del fallecimiento de Herodes. Cuando el rey, estando enfermo, le pidió que fuera a verlo, como si temiendo morir quisiera darle algún encargo, no quiso volver por respeto religioso al juramento. Sin embargo, Herodes no se comportó de la misma forma con su hermano; por el contrario, cuando Feroras se enfermó, aun sin ser llamado, fué a visitarlo. Habiendo muerto Feroras, ordenó que lo llevaran a Jerusalén y dispuso un gran duelo en su honor. Fué el comienzo de las desdichas de Antipáter, aunque había partido para Roma, pues Dios debía castigarlo por su fratricidio. Quiero proseguir esta narración detalladamente, pues es una advertencia para la especie hu. mana de que debe practicar la virtud en cualquier circunstancia.

CAPITULO IV

Los libertos de Feroras acusan a la mujer de éste de
haberlo envenenado. Se descubre una tentativa de envene
nar a Herodes, organizada por Antipáter y Feroras

1. Después de la muerte y los funerales de Feroras, dos de sus libertos se presentaron ante Herodes, pidiéndole que no dejara sin venganza la muerte de su hermano, sino que hiciera una investigación sobre su fin triste e imprevisto. Herodes les prestó oídos, pues parecían decir la verdad; afirmaban que Feroras, antes de enfermarse, había comido con su esposa, e ingerido un veneno, mezclado con una comida sólida, y que luego falleció. Este veneno había sido traído por una mujer árabe, con el pretexto de que era para excitarlo al amor; lo llamaba filtro, pero en realidad estaba destinado a matar a Feroras. Las mujeres árabes son las más expertas en envenenamientos; y la acusada en este caso, constaba que era muy amiga de la amante de Sileo. La persuadieron que vendiera el veneno la madre y la hermana de la mujer de Feroras, quienes fueron a buscarlo y lo llevaron un día antes que se celebrara la cena.

El rey, indignado por estas nuevas, hizo atormentar a algunas
esclavas de las mujeres y hasta a algunas libres. Nada se sacó en claro, pues ninguna de ellas confesó; sin embargo una de ellas, oprimida por los tormentos, no dijo otra cosa,

sino que rogaba a Dios que la madre de Antipáter se viera sometida a los mismos dolores, pues era la causa de todos sus males.
Se lo comunicaron a Herodes, con lo cual se pusieron en evidencia, mediante el tormento de las mujeres, las orgías, las reuniones clandestinas y también algunas palabras dichas por Feroras a las mujeres, sobre algo que el rey solamente había declarado a Antipáter. Se trataba de la orden dada por Herodes a Antipáter de que guardara silencio sobre los cien talentos que le diera a fin de hacerle romper toda clase de relaciones con Feroras. Se supo también el odio que Antipáter sentía por su padre, y las quejas que expresaba ante su madre de que el rey viviera tanto tiempo mientras él a su vez envejecía, de modo que, aunque llegara a ocupar el trono, ya no podría gozar mucho del mismo. Además se lamentaba de que tantos hermanos suyos y sobrinos hubieran sido educados al lado de él con miras al reinado, y que emponzoñaban su seguridad. Antipáter se quejaba también de la gran crueldad del rey al hacer morir a sus hijos; decía que era por miedo que él se había ido a Roma, y que Feroras se había retirado a su tetrarquía.
2. Todo ello estaba de acuerdo con lo que le contara su hermana, cuyo testimonio corroboraba, librándola de ser sospechada de perfidia. Convencido el rey de que Doris, la madre de Antipáter, había participado en todas estas intrigas, comenzó por despojarla de todos sus ornamentos, que valían muchos talentos; luego la repudió, e hizo amistad con las mujeres de Feroras. Su cólera aumentó por lo que dijera un cierto samaritano de nombre Antipáter, intendente de Antipáter el hijo del rey, el cual sometido a los tormentos, entre otras cosas, declaró que Antipáter había preparado un veneno mortífero que entregó a Feroras, a quien ordenó que, una vez que se hubiera ido, para que no se sospechara de él en lo más mínimo, se lo hiciera beber al padre. Este veneno había sido traído de Egipto por Antifilo, uno de los amigos de Antipáter, y enviado a Feroras por Teudión, hermano de la madre de Antipáter, el hijo del rey; y es así como llegó a manos de la mujer de Feroras, a quien éste se lo entregó para que lo guardara.
Esta mujer, interrogada por el rey, confesó lo que había pasado; luego salió corriendo, al parecer para ir a buscar el veneno, y se tiró desde el techo, pero no se mató, pues cayó sobre los pies. Cuando recobró el conocimiento, Herodes prometió perdonarla, a ella y a sus familiares, con tal que no le ocultara nada; pero afirmó que los sometería a los tormentos más horribles, si obsti nadamente se callaba algo. Ella prometió decir todo lo que había acontecido, y así lo hizo; y según muchos confirmaron, no expuso sino la verdad.
-El veneno fué traído de Egipto -dijo- por Antifilo, quien lo había logrado por intermedio de un médico de su hermano. Nos lo entregó Teudión y yo lo guardé, habiéndolo recibido de Feroras; había sido preparado contra ti por Antipáter. Habiendo enfermado Feroras, cuando tú fuiste a cuidarlo, en vista de la benevolencia que le mostrabas, Feroras cambió su resolución y me hizo llamar y me dijo: "Oh, mujer, Antipáter me ha puesto contra su padre, mi hermano, en un designio homicida, procurándose el veneno que debe servir a este fin. Ahora bien, puesto que mi hermano ha demostrado que en nada ha disminuído el amor que me tiene, y yo no viviré por mucho tiempo, no quiero deshonrar a rnis antepasados con un pensamiento fratricida; trae el veneno, y quémalo en mi presencia". Habiéndolo traído, sin titubear cumplió las órdenes de su marido y echó en el fuego gran parte del veneno, reservándose algo para sí, para que, en el supuesto de que, después de la

muerte de Feroras, el rey la llegara a tratar sin piedad, pudiera suicidarse para escapar a los sufrimientos.
Después de hablar así, mostró la botella y el veneno. Otro hermano de Antifilo y su madre, obligados por los tormentos, confesaron lo mismo, y reconocieron la botella. Además la hija del pontífice, la esposa del rey, fué acusada de saber todo esto y ocultarlo. Por este motivo la repudió Herodes, y eliminó a su hijo del testamento que lo designaba como sucesor. Despojó también del pontificado a su suegro Simón hijo de Boet, y lo traspasé a Matías hijo de Teófilo, nacido en Jerusalén.
3. Mientras acontecían estas cosas, vino desde Roma Batilo, liberto de Antipáter; sometido a tormento, se averiguó que llevaba consigo un veneno para entregarlo a la madre de Antipáter y a
Feroras, de manera que si el primero no hiciera efecto en el rey, se empleara el segundo. Llegaron también desde Roma cartas enviadas por los amigos de Herodes, por consejo y a pedido de Antipáter, en las cuales se acusaba a Arquelao y a Filipo 1 de criticar a su padre por la muerte de Alejandro y Aristóbulo y de expresar que temían por la suerte que les amenazaba a ellos mismos; porque habían sido llamados por su padre, y esta llamada no tenía otra finalidad que su muerte.
Antipáter logró la ayuda de sus amigos, mediante muchos regalos. Además, el mismo Antipáter escribió a su padre sobre este asunto, pero al mismo tiempo los disculpó, diciendo que eran muy jóvenes y atribuyendo tales expresiones a su poca edad. Le informó, además, que estaba luchando contra Sileo y había procurado contentar a los principales, habiéndoles comprado ornamentos espléndidos por doscientos talentos. Alguien quizá se extrañe de que, después de siete meses de estar formulándose acusaciones contra él en Judea, no supiera nada de ellas. La verdadera razón era el cuidado con que se vigilaban los caminos y el odio general contra Antipáter; no había nadie que estuviera dispuesto a sufrir el menor riesgo para asegurarle alguna ventaja.

CAPITULO V

Antipáter regresa de Roma. Nicolás de Damasco lo acusa ante Herodes; es condenado a muerte. Quintilio Varo, gobernador de Siria, lo encarcela e informa al emperador

1. Habiendo escrito Antipáter a Herodes que, finalizados sus encargos, dentro de poco iba a emprender el camino de regreso, Herodes, ocultando su indignación, le contestó que no tardara y que no se demorara en el camino, no fuera que le aconteciera entretanto algo desagradable; se quejaba a la vez de su madre, pero prometiéndole que, después de su retorno, dejaría de lado las quejas que tenía contra ella. Procuró expresarle ca

l Dos hijos de Herodes, el primero de Maltace la samaritana y el segundo de la jerosolimitana Cleopatra, que se educaba en Roma.

riño, a fin de que, libre de toda sospecha, no se retardara en Roma, fraguando intrigas. Antipáter recibió esta carta en Cilicia, habiendo antes,recibido en Tarento la noticia del fallecimiento de Feroras. Lamentóse de la muerte de éste, no por profesarle cariño, sino porque, una vez muerto, Feroras no podría ocuparse en eliminar a su padre, para lo que se había comprometido.
Cuando llegó a Celenderis en Cilicia, tuvo dudas sobre si le convenía ir a su patria, pues le afligía el repudio de su madre. Algunos de sus amigos le aconsejaron que esperara el curso de los acontecimientos, pero otros le dijeron que regresara sin tardanza. Con su presencia todo se pondría en claro, mientras que estando ausente los delatores se sentirían

más fuertes. Persuadido por los segundos, llegó al puerto denominado Sebaste, construido por Herodes con gran lujo y cuyo nombre se lo había dado el rey en honor de Augusto. Ya entonces Antipáter sospechó que sus asuntos iban mal, pues nadie lo recibió ni saludó, al contrario de lo que pasara a su salida, cuando todos le desearon buena suerte; muchos en cambio, no dejaron de lanzarle imprecaciones, suponiendo que venía a expiar los crímenes cometidos contra sus hermanos.
2. Por este tiempo se encontraba en Jerusalén Quintilio Varo, que fuera enviado para reemplazar a Saturnino como gobernador en Siria. Herodes había requerido su presencia, para que lo aconsejara en sus problemas. Mientras estaban reunidos, se presentó Antipáter, ignorante de lo que estaba pasando. Entró en el palacio revestido de púrpura. Los guardias de las puertas lo dejaron entrar, pero impidieron el ingreso a los amigos. Esto lo conturbó, comprendiendo que había caído en el lazo; especialmente cuando, al intentar abrazarlo, fué rechazado por su padre, quien lo acusó de haber matado a sus hermanos y de haber querido eliminar a su padre; y sobre todo, cuando dijo que Varo estaba ya informado y que juzgaría todo el asunto al día siguiente.
Antipáter, en vista de los males que los amenazaban, salió desorientado y fué al encuentro de su madre y de su esposa, la hija de Antígono, el que había sido rey de los judíos antes de Herodes. Lo informaron de todo y se aprestó a su defensa.
3. Al día siguiente se reunieron en asamblea Varo y el rey,
convocando a los amigos de ambos, a los parientes del rey y a su hermana Salomé, y aquellos que podían informar algo sobre los crímenes, los que habían formulado acusaciones y los esclavos de la madre de Antipáter; éstos habían sido detenidos poco antes de su regreso, encontrándose en su poder una carta, cuyo contenido, sumariamente era que no volviera, que el padre estaba informado de todo, y que sólo le quedaba como solución buscar la protección de César y evitar caer en manos de su padre.
Antipáter se echó a los pies de su padre, pidiéndole que nada decidiera con un juicio precipitado, sino que lo escuchara, pues probaría su integridad e incorrupción; Herodes ordenó que lo pusieran en medio de la asamblea y se dolió de la calamidad que le habían acarreado sus hijos; había sufrido por ellos tantos disgustos, para llegar a sufrir en la vejez los golpes de Antipáter. Recordó con cuánto cuidado se había empeñado en que tuvieran una buena educación, y las riquezas que les proporcionó para que nada les faltara, con lo cual no había conseguido otra cosa más que exponer su vida en sus intrigas, pues querían apoderarse del reino por un acto impío, en lugar de aguardar la voluntad y la justicia de su padre. Se preguntó con asombro qué esperanza y qué audacia había inducido a Antipáter a proceder de tal manera. Por testamento lo había designado su sucesor, y aun viviendo él no era inferior al rey por el esplendor de su dignidad y la amplitud de su poder; recibía anualmente quinientos talentos; al viajar a Roma, le había otorgado trescientos talentos a manera de viático. Le reprochó que imitara a sus hermanos, de los cuales se había convertido en acusador, si es que ellos fueron realmente perversos; y, en caso contrario, de haber formulado acusaciones sin motivo contra sus parientes. Todo lo que Herodes había sabido de sus actos, no le llegó sino por intermedio de Antipáter; y ahora éste los absolvía de todo crimen, al convertirse en heredero de su parricidio.
4. Herodes se echó a llorar y no pudo seguir hablando. Nicolás de Damasco, que era amigo del rey y su comensal cotidiano y que lo ayudaba en la mayoría de los problemas, a pedido del rey se encargó de terminar su exposición, refiriéndose a la prueba de los

crímenes. Entonces Antipáter, para defender su causa, se dirigió al padre y refirió todos los casos de benevolencia del padre
en su favor, los honores que le había otorgado, los cuales nunca habría alcanzado, si no hubiese sido digno de ellos por su conducta virtuosa. Siempre lo había previsto todo cuidadosamente y estuvo dispuesto cuando era necesario al esfuerzo personal. No era verosímil que el mismo que había librado a su padre de las intrigas de los demás, fuera quien ahora intrigara; que la virtud que demostrara en poner de manifiesto a los otros, la oscureciera ahora con su maldad, acudiendo a los mismos crímenes, y especialmente habiendo sido declarado sucesor del trono, y llegado a disfrutar de tan grandes honores como los que tenía en la actualidad. No era creíble que aquel que podía participar de la mitad de todas las cosas sin peligro y con dignidad, apeteciera el todo infamemente y con peligro; cuando era incierto si podría obtenerlo, especialmente en vista del castigo sufrido por sus hermanos. cuyos crímenes, que podían haber quedado ocultos, denunció, y cuya perdición ocasionó cuando se comprobó que se portaban criminalmente contra su padre. Las luchas que había sostenido eran ejemplos de una conducta consagrada en absoluto a su padre. En cuanto a lo que había hecho en Roma, su mejor testigo era César, tan difícil de engañar como el mismo Dios; la prueba estaba en las cartas que César enviara, a las cuales tenía que otorgarse más importancia que a las calumnias de los que fraguaron las discordias, calumnias que con su ausencia había ofrecido a sus enemigos la oportunidad de ser lanzadas, cosa que no habría ocurrido si él hubiese estado presente. En cuanto a las torturas, dija que habían incitado a los atormentados a mentir, obligando a aquellos que las sufrían a hablar de modo que complacieran a sus dueños; él por su parte se ofrecía a sufrir el tormento.
5. Su actitud pareció hacer cambiar de opinión la asamblea; todos se compadecieron de Antipáter, el cual con el rostro transformado derramaba gran cantidad de lágrimas, provocando la compasión de sus adversarios. El mismo Herodes parecía estar conmovido, aunque no quería que se advirtiera. Entonces Nicolás tomó la palabra, continuando el discurso que pronunciara el rey, para confirmar con argumentos la acusación, citando todas las razones suministradas por los tormentos y los testigos. En primer lugar, exaltó la virtud del rey demostrada en la educación de sus hijos, por lo cual no sólo no recibió ningún beneficio, sino que
por el contrario sólo percibió calamidades. Sin embargo le asombraba menos la temeridad con que procedieron los otros hijos: eran jóvenes y estaban corrompidos por malos consejeros, y desconocieron las leyes de la naturaleza en su apresuramiento para gozar del poder. Pero en cuanto a Antipáter, el crimen era mucho más grande, enorme; no habían influído en su alma los muchos beneficios recibidos de su padre, como si poseyera un alma propia de los más repugnantes reptiles, ni lo conmovieron los desdichados ejemplos de sus hermanos para que dejara de imitarlos.
-Y tú mismo, Antipáter -dijo-, fuiste el acusador del crimen de tus hermanos, tú proporcionaste argumentos, tú castigaste a los culpables una vez descubiertos. No te culpamos de que hayas saciado en ellos tu ira, pero nos admiramos de que te dieras tanta prisa en imitar su maldad. De esto deducimos que lo que antes hiciste, no tenía por finalidad buscar la seguridad de tu padre, sino la pérdida de tus hermanos, para que poniendo de manifiesto su malicia consiguieras que te consideraran como hijo amante de tu padre, y pudieras desarrollar con más seguridad los planes contra tu padre. Esto se comprueba por los mismos acontecimientos. Te has librado de tus hermanos, a quienes tú

mismo convenciste de maldad, pero pasando en silencio a sus cómplices, mostrando claramente a todos que estabas de acuerdo con ellos contra tu padre, aun antes de iniciar las acusaciones. Querías reservarte para ti las ventajas del complot parricida y deducir en tu favor un beneficio digno de tu ingenio, mediante tu doble manera de proceder. Una estaba dirigida contra tus hermanos, jactándote de ello públicamente, con lo cual tendrías razón, si no fueras peor que ellos, porque tramabas ocultamente atentar contra la vida de tu padre, y odiaste a tus hermanos, no porque ellos intrigaban contra su padre (pues si así hubiese sido, no te habrías manchado con el mismo crimen), sino porque eran herederos del reino con más derecho que tú. Tu otro propósito era inmolar a tu padre después de tu hermanos, a fin de que no se probara que los habías calumniado y para evitar el castigo que mereces por ello. Has imaginado un parricidio de tal índole, como la historia no lo ha referido hasta ahora. No es simplemente el caso de un hijo que intriga contra su padre, sino contra un padre que lo, amaba, a quien debía tantos beneficios. De hecho te había con
vertido en partícipe del reino y designado su sucesor; y sin que fuera imposible que gozaras antes del mando, segurísimo de su posesión por las intenciones y los escritos de tu padre. Pero tú considerabas los acontecimientos, no de acuerdo con la bondad de Herodes, sino según la perversidad de tu ingenio, procediendo de tal manera que pudieras sustraerle la parte de mando que conservaba; y mientras te presentabas como su guardador, de hecho te esforzabas en eliminarlo. Y como si no fuera suficiente el que tú fueras malo, hiciste cómplice de tus designios a tu madre y excitaste la discordia de los hermanos. Te atreviste a denominar a tu padre monstruo, mientras tu carácter era más feroz que el de todas las serpientes. Tenías preparado el veneno contra los que te eran allegados por la sangre y a los que te eran cercanos por los beneficios que de ellos recibiste, pagando a espías, sirviéndote de hombres y de mujeres contra este anciano, como si tu alma no fuera suficiente para soportar el odio que se ocultaba en ti. Y ahora te atreves a presentarte aquí para negar la verdad, después de haber sido atormentados tantos hombres libres, esclavos, varones y mujeres por tu causa y después que se expusieron tantos argumentos que te acusan. Como si no fuera suficiente el haber querido matar a tu padre, además quieres eludir la ley escrita, la equidad de Varo y la misma fuerza de la justicia. Confías de tal manera en tu audacia e impudicia, que tú mismo quieres someterte a tormento, restando valor a los que antes lo sufrieron, de modo que aquellos que se preocuparon de la seguridad de tu padre, sean considerados mentirosos, mientras que las expresiones que te arrancaran los tormentos pasarían por verdaderas. ¿Cuándo, oh Varo, librarás al rey de los crímenes de sus parientes? ¿Cuándo extinguirás a este monstruo que simulando amor al padre, hizo perecer a sus hermanos, y que luego, a pesar de que al poco tiempo tenía que disfrutar del reino, se ha mostrado el peor de los criminales? Sabes que el parricidio es castigado como crimen por todo el género humano, atentatorio a la naturaleza y a la seguridad de la especie humana; premeditado o realizado, el que lo deja sin castigo ofende a las leyes de la naturaleza.

6. A esto agregó Nicolás algunas cosas sobre la madre de Antipáter, lo que había contado a otros charlando como mujer, sus consultas a los adivinos y los sacrificios que había hecho para
conquistarse al rey; se refirió luego a las orgías de Antipáter con las mujeres de Feroras, sus borracheras y sus comilonas, a las declaraciones obtenidas mediante tormentos y a toda la serie de testimonios. Había gran cantidad de acusaciones de toda índole, algunas

preparadas, las otras improvisadas que el tiempo confirmaría. Algunos hombres que, por miedo a Antipáter, a fin de escapar a su venganza, se habían callado, al verlo responsable de aquello de que se lo estaba acusando, empezaron a declarar todo lo que sabían a sus enemigos, dejándose llevar de su odio insaciable. Sin embargo, lo que precipitó su ruina fué menos el odio de sus acusadores que la enormidad de la audacia con que había proyectado sus crímenes, su maldad contra su padre y sus hermanos, pues había llenado la casa real de discordia y de disensiones mutuas. Sus odios no fueron dictados por la justicia, ni sus amistades por la benevolencia, sino solamente por el interés.
El pueblo había adivinado todo esto desde largo tiempo atrás, ya que juzgaba los asuntos más bien por su sentido moral, no sintiéndose movido por la cólera para expresar su sentir. Antes no había podido hablar, pero viendo que ahora podía hacerlo sin riesgo, declaró todo lo que sabía. Se denunciaron numerosas villanías, que no podían tacharse de falsas, pues muchos hablaban no para complacer al rey, ni por temor de que fueran inculpados de callar lo que sabían, sino porque consideraban condenables aquellos crímenes, y creían a Antipáter digno del suplicio no sólo con miras a la seguridad de su padre, sino por su propia maldad. Muchos hechos eran narrados por personas a quienes no se había invitado a hablar, de tal manera que Antipáter, a pesar de su maestría en mentir y simular, no se atrevió ni a levantar la voz para protestar.
Cuando Nicolás terminó de hablar y de presentar las pruebas, Varo ordenó a Antipáter que se limitara a rechazar las acusaciones, si es que tenía algo que decir para mostrar que no era responsable de los crímenes de que se lo acusaba. Deseaba en gran manera y sabía que el padre quería lo mismo, que no pudieran comprobarse los crímenes. El, postrado en el suelo, apeló a Dios y a todos para que fueran testigos de que no era culpable de nada, y para que se demostrara de manera evidente que no había intrigado contra su padre. Aquellos a quienes falta la virtud,
al intentar cometer algún crimen, proceden como si Dios no estu. viera presente en los asuntos humanos; pero cuando se les comprueba el crimen, aspiran a rechazarlo todo con la invocación de Dios. Así procedió Antipáter. Después de haber cometido toda clase de crímenes, como si no existiera la divinidad, cuando se vió constreñido por el miedo, sin disponer de medios jurídicos de defensa, para probar la falsedad de sus crímenes, volvió a ofender la majestad divina invocando como testimonio lo que había podido lograr gracias al poder de Dios, que revelaba lo que no había dejado de hacer contra su padre'.
7. Entonces Varo, luego de frecuentes interrogaciones, viendo que nada podía sacar sino la invocación de Dios y que esto no tenía fin, ordenó que se trajera el veneno, para comprobar si todavía contenía alguna fuerza. Una vez que lo hubieron traído, por orden de Varo le fué suministrado a un condenado a muerte, que murió inmediatamente. Entonces Varo se levantó y se retiró de la asamblea. Al día siguiente marchó a Antioquía, donde acostumbraba a morar por largo tiempo, pues ahí se encontraba el palacio de los sirios. Herodes ordenó de inmediato que su hijo fuera encadenado. Se ignoraba qué le había dicho Varo a Herodes antes de ausentarse; aunque muchos opinaban que todo lo que se hacía contra Antipáter fué decidido por Varo. Una vez encarcelado, Herodes informó al César por carta y, al mismo tiempo, envióle mensajeros que verbalmente le expusieran la maldad de Antipáter. Por aquellos días se interceptó una carta enviada por Antifilo desde Egipto, pues vivía allí, dirigida a Antipáter; una vez abierta, se encontró que decía lo siguiente:

"Te envío la carta de Acme, con peligro de mi propia vida. Sabes que me encontraría en peligro de parte de dos familias, si lograran apoderarse de mí. Espero que tengas éxito en este asunto."
Así estaba escrita esta carta. El rey exigió la otra carta 2; sin embargo, no apareció. El criado de Antifilo, que había llevado la que fué leída, negó tener ninguna otra. El rey lo dudó, y uno de sus amigos, al advertir que en la túnica interior del criado había algo cosido (pues usaba dos túnicas), sospechó que allí
1 Frase confusa, debido probablemente a una alteración del texto. 2 0 sea la de Acme, que se mencionaba en la interceptada.
estaría escondida la otra carta. Y así era. Se apoderaron de la carta, que decía lo siguiente:
"Arme a Antipáter. He escrito a tu padre la carta que querías, y le envié, además, una copia de la pretendida carta de Salomé a mi señora'; cuando la ley, someterá a suplicio a Salomé por instigadora."
La carta, que parecía ser de Salomé dirigida a la dueña de Acme, fué compuesta por Antipáter bajo el nombre de Salomé en cuanto al sentido, pero con palabras de la misma Acme. En cuanto a la carta (de Acme al rey), decía así:
"Acme al rey Herodes. Cuidadosa de que nada te permanezca oculto de lo que se haga en tu contra, habiéndome apoderado de la carta de Salomé dirigida a mi dueña contra ti, corriendo peligro la copié, porque me parece serte útil, y te la envío. La escribió porque quería casarse con Sileo. Rompe, pues, esta carta, no sea que me exponga a peligro de muerte."
Acme había escrito una carta a Antipáter, diciéndole que había cumplido sus órdenes, enviando a Herodes una carta para informarle que Salomé continuamente intrigaba contra él, y una copia de la carta falsa dirigida por Salomé a su dueña. Esta Acme era judía de nacimiento, pero esclava de Julia, esposa del César y hacía estas cosas en favor de Antipáter, quien la había corrompido con gran cantidad de dinero, a fin de que lo ayudara en sus propósitos criminales contra su padre y su tía.
8. Herodes, estupefacto por la gran maldad de Antipáter, pensó librarse de él inmediatamente, como causante de tantas calamidades, no solamente contra él, sino contra su hermana, y que había llegado al extremo de corromper la casa de César. Además lo incitaba a ello Salomé, la cual golpeándose el pecho le reclamaba que diera orden de matarla, si se encontraba contra ella la menor prueba fehaciente.
Herodes hizo llamar a su hijo y le interrogó, y ordenóle que sin simulación ninguna dijera la verdad. Antipáter guardó silencio, y entonces Herodes le pidió, ya que estaba envuelto en delitos por todos lados, que por lo menos nombrara a los colaboradores de sus crímenes. Nombró a Antifilo como causante de todo, y no

1 La emperatriz Livia (o Julia).
citó a ningún otro. Entonces Herodes, sumamente dolorido, decidió enviar a su hijo a Roma, al César, para que éste lo castigara por los crímenes que se había propuesto cometer; pero temeroso de que, con ayuda de sus amigos, se librara de todo peligro, lo retuvo prisionero como antes. De modo que se limitó a enviar legados y cartas a César acusando a su hijo, informando de lo que había hecho Acme y adjuntando copias de las cartas.

CAPITULO VI

El emperador condena a muerte a Antipáter. La enferme
dad de Herodes provoca un levantamiento

1. Mientras los mensajeros, ya instruídos de lo que tenían que responder al César y llevando consigo las cartas, se dirigían a Roma, el rey enfermó e hizo testamento, en el cual otorgaba el reino al menor de sus hijos, a causa del odio que sentía contra Arquelao y Filipo por las calumnias de Antipáter. Dejó al César mil talentos, y quinientos a Julia, la mujer de César, a sus hijos, amigos y libertos. Distribuyó a sus hijos dinero, pensiones y campos, lo mismo que a sus sobrinos. A Salomé, su hermana la enriqueció en gran manera, por la gran benevolencia que siempre le había guardado y por no haber jamás intrigado contra él. En vista de que no mejoraba, pues tenía cerca de setenta años, se enfureció, y amargado y airado se indignó con todos, creyendo que lo despre. ciaban y que su pueblo se deleitaba con su enfermedad. Aconteció que algunos del pueblo se sublevaron.

2. Eran éstos Judas hijo de Seforeo y Matías hijo de Margalot. Eran muy elocuentes e intérpretes de la ley patria, muy distinguidos y sumamente apreciados por el pueblo, porque adoctrinaban a la juventud. Los que anhelaban ser virtuosos, los frecuentaban diariamente. Estos, al saber que la enfermedad del rey era incurable, excitaron a la juventud a que destruyera todo lo que el rey había ordenado hacer en contra de la ley nacional y a, librar una guerra santa en nombre de las leyes; pues por haberse atrevido a hacer lo que estaba prohibido por la ley, el rey sufría la enfermedad y había experimentado las otras desgracias de su
vida. Ciertamente Herodes había realizado algunos hechos contrarios a la ley, que Judas y Matías le reprochaban.

jHabía ordenado colocar sobre la puerta mayor del Templo una gran águila de mucho precio; pero la ley prohibe a los que quieren vivir de acuerdo con sus ordenaciones, construir imágenes y consagrar simulacros de animales. Reclamaron que el águila fuera destruida, asegurando que si por ello correrían peligro de muerte, les parecería bien morir en defensa de las leyes patrias; sería mucho mejor que el placer que podrían conseguir de continuar viviendo, puesto que abandonarían la existencia para obtener una gloria sempiterna, que se celebraría en este mundo y sería recordada para siempre en lo futuro. Aun para aquellos que viven aleados del peligro, no pueden escapar a la calamidad de la muerte; por lo tanto, obrarían rectamente los que anhelan la virtud, si la suerte les deparara un fin con gloria y alabanza, si aceptaran de este modo el fin de su existencia. Pues era un gran alivio morir realizando aquellas grandes obras a las que incitan los peligros, a fin de que su gloria redunde en sus hijos y en todos sus descendientes, varones y mujeres.

3. Mientras estimulaban con estas y similares palabras a la juventud, se difundió la noticia de que el rey había muerto, lo cual contribuyó a secundar sus propósitos. A mediodía demolieron el águila a golpes de hacha, a la vista de muchos que se encontraban en el Templo. Cuando lo supo el pretor del rey, sospechando que se intentaba algo mucho más grave, se dirigió al Templo con un buen número de soldados, suficiente para rechazar el ímpetu de la multitud que se dedicaba a destruir lo que el rey había consagrado. Los atacó de improviso, y puesto que el pueblo suele actuar más bien temerariamente, sin tomar ninguna providencia, todos escaparon desordenadamente. Fueron detenidos unos cuarenta jóvenes, que lo esperaron animosos mientras los otros

escapaban, y entre ellos los autores de la revuelta, Judas y Matías, que consideraron que sería una deshonra huir. Conducidos ante el rey, éste les preguntó por qué se habían atrevido a destruir lo que él había dedicado; a lo cual respondieron:
-Deliberamos e hicimos lo que teníamos que hacer, según conviene a hombres buenos y valerosos. Decidimos atenernos a lo que es sagrado para Dios, pues hemos aprendido por la ley a ser
cuidadosos con sus prescripciones; y por esto no es de admirar que consideremos ser más digno de observancia lo que Moisés, por sugestión y adoctrinamiento divinos nos dejó escrito, que tus mandatos. Sufriremos gustosamente la muerte con todos los suplicios que tú quieras, pues sabemos que no es por acciones injustas, sino por amor a la religión.
Todos estuvieron de acuerdo, trasuntando en sus palabras la misma audacia que revelaron los instigadores del hecho. Herodes, habiéndolos hecho encadenar, los envió a Jericó y convocó a los principales magistrados de los judíos. Los reunió en el anfiteatro, estando el rey en una litera, pues no podía permanecer de pie. Herodes expuso lo mucho que había hecho por ellos, pues levantó un Templo con sus propios bienes, mientras que los descendientes de los Asmoneos, a pesar de haber reinado ciento veinte años, nunca llegaron a realizar una obra de tal índole para Dios; y que además lo dotó con excelentes dones, por lo cual esperaba que, aun después de muerto, sería elogiado. Aquí empezó a dar gritos, diciendo que ni aun cuando todavía vivía, se habían abstenido de ofenderlo, y que públicamente habían removido sus donaciones, ofendiendo en apariencia a la majestad real, pero en realidad cometiendo un sacrilegio.
4. Temerosos de su crueldad, y de que, indignado, se vengara en ellos mismos, los notables negaron que aquello se hubiera realizado con su consentimiento, y declararon que el crimen tenía que ser castigado.
Herodes procedió blandamente con los demás, pero destituyó a Matías del pontificado, considerándolo en parte causante de lo realizado, y nombró pontífice a Jozar, hermano de su mujer. Du. rante el pontificado de Matías aconteció que por un solo día fué instalado otro pontífice. Esto aconteció en el día en que los judíos ayunaban, por el siguiente motivo. Este Matías, mientras ejercía sus funciones, en la noche que precedió al día del ayuno, en sueños creyó tener contacto con una mujer. Por este motivo, puesto que no podía ejercer funciones sacerdotales, las delegó en su consanguíneo José, hijo de Elemí. A este Matías es a quien hizo deponer Herodes; en cuanto al otro Matías, el autor de la sedición, y a algunos de sus compañeros, los hizo quemar vivos. Esa misma noche hubo un eclipse de luna.
5. La enfermedad de Herodes se agravaba día a día, castigándole Dios por los crímenes que había cometido. Una especie de fuego lo iba consumiendo lentamente, el cual no solo se manifestaba por su ardor al tacto, sino que le dolía en el interior. Sentía un vehemente deseo de tomar alimento, el cual era imposible concederle; agréguese la ulceración de los intestinos y especialmente un cólico que le ocasionaba terribles dolores; también en los pies estaba afectado por una inflamación con un humor trasparente y sufría un mal análogo en el abdomen; además una gangrena en las partes genitales que engendraba gusanos. Cuando estaba de pie se hacía desagradable por su respiración fétida. Finalmente en todos sus miembros experimentaba convulsiones espasmódicas de una violencia insoportable.
Decían los que se entregaban al estudio de las ciencias divinas y los aficionados a vaticinios que todo esto era el castigo que Dios le imponía por sus muchas impiedades.

Sin embargo, a pesar de su gravedad y de los dolores que parecía imposible que nadie pudiera soportarlos, esperaba curarse y llamaba a los médicos, ateniéndose a sus prescripciones. Atravesó el río Jordán y se hizo tratar por las aguas termales de Calirroe que, entre otras virtudes, son potables. Estas aguas se concentran en el lago llamado Asfaltites. Allí, puesto que los médicos decían que iba a mejorar, se sumergió en un baño lleno de aceite, pero se creyó que iba a morir. Los lamentos de sus servidores lo volvieron en sí. En vista de que no podía recuperar la salud, ordenó que a cada uno de sus soldados le entregaran quinientas dracmas; también ordenó que les diera gran cantidad de dinero a los jefes y amigos.

Luego regresó a Jericó, donde lo acometió un ataque de furia, de indignación contra todo el mundo, tan grande, que imaginó, ya moribundo, una acción terrible.

Mandó reunir a los judíos principales de todo el pueblo; fué convocado todo el mundo, y todos obedecieron la orden dada bajo pena de muerte al que no lo hiciera. El rey, para manifestar su crueldad con todos, inocentes o culpables, los encerró a todos en el hipódromo. Luego hizo llamar a su hermana Salomé y su esposo, Alexas, y les dijo que por los muchos dolores de que se sentía atormentado, no estaba muy lejos de la muerte, la que era algo tolerable y soportable para todo el mundo; pero le era suma mente dolorosa la idea de morir sin que lo lamentaran y lloraran, como rey. Sabía muy bien cuál era el pensamiento de los judíos; no ignoraba que deseaban su muerte; ya se habían sublevado contra él y ultrajado sus dedicaciones. Por lo tanto, les tocaba a ellos imaginar algo para librarlo de este dolor. Si ellos no se oponían a su proyecto, sus exequias serían espléndidas y tales como ningún otro monarca las había tenido nunca; el pueblo lloraría en todo el país, y de verdad, y no por juego o diversión. En seguida que hubiese expirado, mandarían rodear el hipódromo por sol. dados que ignoraran su muerte, y con orden de matar a flechazos a los que se encontraban dentro. Si lo hacían, con esta matanza le proporcionarían un doble placer; por un lado cumplirían su voluntad y, al mismo tiempo, se harían sus funerales con memorables lamentos.

Estas fueron las órdenes que les dió, llorando miserablemente, invocando el amor del parentesco y la fidelidad que se debía a Dios, y pidiendo que no le negaran este honor. Ellos prometieron que lo llevarían a cabo.

6. Estas órdenes permiten conjeturar el carácter de este hombre, incluso para el concepto de aquellos que quisieran disculpar sus actos anteriores y su conducta hacia sus familiares, justifi. cándolos con su amor a la vida. Era un carácter que no tenía nada de humano, porque cuando estaba por morir quiso sumir a todo el pueblo en el dolor privando a las familias de sus seres más queridos; ordenó matar a un miembro de cada familia, hombres que no habían cometido ningún delito contra él, ni habían sido acusados de nada. Sin embargo, los que conservan algún resto de virtud, suelen renunciar, en aquel trance, al odio que puedan haber sentido incluso contra verdaderos enemigos.

CAPITULO VII

Antipáter, creyendo muerto a Herodes, trata de sobornar a su guardián. Ejecución de Antipáter

1. Mientras daba estas órdenes a sus parientes, llegaron cartas desde Roma enviadas por los legados que designara ante César. En ellas se decía que Acme, por orden de César, había sido muer-

ta, por haber ayudado a Antipáter en sus crímenes; y que en cuanto a Antipáter, dejaba a su arbitrio de rey y de padre, desterrarlo o condenarlo a muerte. Al recibir estas nuevas, Herodes se sintió mucho mejor, animado tanto por la muerte de Acme como por el poder que se le otorgaba de condenar a su propio hijo. Pero volviéndole de nuevo sus tormentos, pidió que le dieran de comer. Se hizo traer una manzana y un cuchillo, pues estaba acostumbrado a cortar la manzana y comerla. Cuando tuvo el cuchillo, miró alrededor y se quiso herir. Lo habría hecho, si su sobrino Aquiab no lo hubiese tomado de la mano, pidiendo auxilio; en la cámara regia se alzaron gritos y lamentos como si realmente hubiera muerto.

Antipáter, en la creencia de que su padre había fallecido, recobró la audacia y quiso convencer al guardián de la cárcel que lo soltara, haciéndole grandes promesas, tanto para lo presente como para lo futuro, pues llegaría a ser rey. El guardián no sólo se negó a hacer lo que le pedía, sino que lo denunció al rey. Entonces Herodes, que ya de antemano estaba indispuesto contra Antipáter, cuando oyó lo que le contaba el guardián de la cárcel, empezó a gritar y a golpearse la cabeza, a pesar de que estaba en sus últimos momentos; levantándose de la cama envió a algunos de los guardias para que inmediatamente, sin ninguna vacilación, mataran a Antipáter y lo enterraran sin honor alguno en Hircania.

CAPITULO VIII

Nuevo testamento de Herodes. Su muerte. Arquelao, rey de Judea. Carta de Herodes al ejército.

1. Habiendo cambiado de sentimientos, Herodes modificó su testamento. Constituyó a Antipas, a quien antes había dejado el trono, en tetrarca de Galilea y Perea; en cambio pasó la corona a Arquelao. La Gaulanítida, Traconítida, Batanea y Paniada pasaron a su hijo Filipo, hermano de Arquelao; entregó a su hermana Salomé la Jamnia, Azot y Fasael con cinco mil dracmas de plata en moneda. Tuvo también en cuenta a todos sus demás parientes, enriqueciéndolos abundantemente. Legó al César diez millones de dracmas de plata en monedas y además vasos de oro y plata y vestidos de gran precio. A Julia, la esposa del César, y a varios otros, les distribuyó cinco millones de dracmas.

Murió al quinto día de haber hecho matar a Antipáter. Su reinado duró, a partir de la ejecución de Antígono, treinta años, y después de haber sido creado rey por los romanos treinta y siete años. Fué un hombre inhumano con todos y de iras desenfrenadas; menospreció el derecho y lo justo. La suerte le fué sumamente propicia, pues de simple particular se elevó al trono real; a pesar de que lo rodearon innumerables peligros, escapó a todos, muriendo de edad avanzada. En cuanto a los asuntos domésticos, especialmente con relación a sus hijos, a su parecer fué un hombre feliz, pues creyó haberse impuesto a sus enemigos, pero en mi opinión debe considerársele sumamente infeliz y miserable.

2. Salomé y Alexas, antes que se diera a conocer la muerte del rey, dejaron en libertad a los que estaban encerrados en el hipódromo, enviándolos a sus hogares, diciéndoles que el rey ordenó que fueran a sus regiones y cuidaran de sus asuntos domésticos. Aquella gente recibió en esta forma un inmenso beneficio. Pero ya la muerte del rey había llegado a conocimiento de todos; de modo que Salomé y Alexas, reunido el ejército en el

anfiteatro, en primer lugar leyeron la carta dirigida a los soldados, en la cual les daba las gracias por su fidelidad y les pedía que se comportaran en igual forma con Arquelao, a quien había nombrado rey. Luego Ptolomeo, que tenía a su cargo el sello real, leyó el testamento, que no podía tenerse por confirmado, hasta que lo aprobara el César. Súbitamente se elevaron aclamaciones en honor de Arquelao; los soldados y los jefes le prometieron la amistad y la fidelidad que otorgaron al padre y desearon que Dios le fuera propicio.

3. Luego se prepararon los funerales del rey, procurando Arquelao que la procesión fuera espléndida, con todo el ornato y con la debida pompa. El cadáver fué llevado en una litera de oro, adornada con muchas y diversas piedras preciosas, y un manto de púrpura. El muerto estaba vestido de púrpura, con una diadema y encima una corona de oro; en su diestra llevaba el cetro. Alrededor de la litera caminaban los hijos y sus muchos parientes. Detrás marcharon los soldados, según su nación y sus diversas denominaciones, dispuestos en esta forma: en primer lugar, los guardias; luego los de Tracia, los germanos y los galos, todos en uniforme de campaña. Finalmente la multitud del ejército, como si marcharan a la guerra, presididos por sus jefes y centuriones. Seguían quinientos siervos con perfumes. Se dirigieron hacia Herodio, a la distancia de ocho estadios; según había ordenado, fué sepultado en este lugar. Y en esta forma Herodes finalizó su vida.

4. Arquelao estuvo de luto durante siete días en honor de su padre, de acuerdo con lo que pide la costumbre patria. Luego reunió a la multitud en un banquete, y ascendió al Templo. Todos, por cualquier lugar por donde pasara, le deseaban felicidad y buena suerte, emulándose en proferir las más alegres exclamaciones. Sentado en un estrado elevado, saludó al pueblo, demos. trando que le era grata y aceptable su expresión de benevolencia. Les dió las gracias por haber dejado de lado el recuerdo de las injurias recibidas de su padre y expresó que se esforzaría en retribuirles su buena voluntad.

Por el momento se abstendría de usar el nombre de rey, porque no tendría esa dignidad hasta que el César aprobara el testamento de su padre. Por este motivo se negó a admitir que se le impusiera la diadema, como quiso el ejército, rehusando este honor, pues todavía no era segura la decisión de aquel que debía confirmarlo como rey. En caso de obtener el reino, no le faltaría buena voluntad para compensar la benevolencia que le manifestaban; se esforzaría en todas las cosas por ser mejor que su padre.

El pueblo, según acostumbra, deseoso de conocer los proyectos de aquellos que han llegado a tan alta dignidad, cuanto más dulce y humanamente les hablaba Arquelao, tanto más lo elogiaban y le pedían favores. Unos le pidieron que disminuyera los tributos anuales; otros que dejara en libertad a los encarcelados por Herodes desde hacía mucho tiempo; algunos que suprimiera los impuestos sobre lo que se compraba y vendía en el mercado, impuesto que se exigía muy rigurosamente. Arquelao no se opuso a nada, pues se había propuesto estar en buenos términos con el pueblo, por considerar que su benevolencia era de suma importancia para que lo confirmaran como rey. Después de haber sacri#icado a Dios, se retiró a festejar con los amigos.

CAPITULO IX

Revuelta contra Arquelao; éste la reprime, matando a tres mil sediciosos, y parte para Roma

1. Entretanto algunos judíos deseosos de novedades, se dieron a deplorar la muerte de Matías y sus compañeros, los que habían sido condenados a muerte por Herodes y que

hasta entonces no habían recibido honores fúnebres por temor al rey. Habían sido condenados por retirar el águila de oro. Esa gente comenzó a lamentarse y a injuriar al rey, como reivindicación por los muertos. Reunidos en un lugar determinado, reclamaron que Arquelao vengara el crimen en aquellos que resultaron beneficiados por Herodes, y ante todo que destituyera al pontífice nombrado por él y pusiera en su lugar a un hombre más cumplidor de la ley y de una mayor pureza para el desempeño del cargo.
Arquelao, aunque descontento por la agitación, accedió, pues tenía prisa por viajar cuanto antes a Roma, para saber cuál era la voluntad de César. Pero les envió a un general del ejército encargado de persuadirlos de que renunciaran a sus propósitos de venganza, que consideraran que los castigos sufridos por sus amigos eran conforme a la ley, y que sus exigencias demostraban una gran insolencia. Las actuales circunstancias pedían otro comportamiento, necesitaba concordia hasta que regresara para hacerse cargo del reino con consentimiento del César. Entonces los consultaría sobre lo que pedían; pero que, por el momento, se aquietaran para no incurrir en el crimen de sedición.
2. Después de haber dado estas indicaciones a su general, lo envió a verlos. Pero ellos, a gritos, no lo dejaron hablar y lo pusieron en peligro de muerte. Lo mismo aconteció con todos los que quisieron inducirlos a la serenidad y a desistir de sus propósitos, pues más atendían a su voluntad que a la autoridad de los que gobernaban. Consideraban que sería muy grave que no vengaran a aquellos seres amados que habían perdido mientras vivía Herodes, ahora que éste había muerto. Creían legal y justo lo que era de su agrado, incapaces de prever el daño que podría originar; y, aunque algunos lo sospecharan, estaban obcecados por el gozo inmediato que les procuraría el castigo de sus enemigos más des-
tacados. Arquelao les envió muchas personas que hablaran con ellos, y otros fueron espontáneamente, para instarlos a que procedieran pacíficamente; pero no dejaron hablar a ninguno de ellos. Era una sublevación de unos cuantos exaltados, que amenazaba transformarse en revuelta, pues gran cantidad de hombres se les estaban uniendo.
3. Por este tiempo se acercaba la fiesta durante la cual a los judíos, por prescripción de la ley, les está prohibido comer pan fermentado. Esta festividad se denomina Pascua, instituida en recuerdo de su salida de Egipto; la celebran con gran alegría y es costumbre ofrecer un mayor número de víctimas que en cualquier otra festividad. Se reúne una gran cantidad de hombres del país y aun del extranjero con finalidad religiosa.
Los revoltosos, que lamentaban la muerte de Judas y Matías, intérpretes de la ley, se reunieron en el Templo provistos de abundantes alimentos, pues estos sediciosos no se avergonzaron de mendigarlos. Arquelao, temeroso de que surgiera algún conflicto más grave, a causa de su insolencia, envió a un centurión con su cohorte para que los tuviera a raya, antes de que la multitud se contagiara de su furor y para que, si alguno se dedicaba a fomentar la sedición, que lo condujera a su presencia.
Los facciosos partidarios de aquellos intérpretes de la ley y la multitud se amotinaron contra la cohorte, gritando y excitándose mutuamente; la rodearon y la apedrearon y mataron a gran parte de sus soldados; sólo unos pocos, entre ellos el centurión, lograron escapar, heridos solamente. Hecho esto, los autores de la revuelta se dedicaron a los sacrificios.
Arquelao comprendió que su poder estaba en peligro, si no lograba reprimir los excesos de la multitud. Envió a todos sus soldados y a la caballería, esta última para impedir que los que se encontraban afuera acudieran a ayudar a los que estaban en el Templo y para

que fuesen detenidos los perseguidos por los soldados. Es así como fueron muertos por la caballería cerca de tres mil hombres; los restantes se refugiaron en los montes cercanos. Arquelao dió orden de que cada cual se retirara a su casa; así lo hicieron, abandonando la fiesta por temor a mayores males, a pesar de la audacia con que habían procedido en su inexperiencia.
Después Arquelao se dirigió al mar acompañado por su madre,
Nicolás, Ptolomeo y otros amigos, dejando el cuidado de su casa y del reino a su hermano Filipo. Lo acompañaron también Salomé, la hermana de Herodes, con sus hijos y muchos familiares, como pretexto para ayudar a Arquelao a obtener el reino, pero en realidad para oponérsele y especialmente para quejarse de él por lo que había acontecido en el Templo. En Cesárea se encontró con Sabino, procurador del César en Siria, quien se dirigía a Judea para asegurar el dinero de Herodes. Pero Varo, que se encontró con él, le hizo desistir del viaje; estaba presente, pues había sido llamado por Arquelao por sugestión de Ptolomeo; de modo que, gracias a Varo, Sabino no ocupó las fortalezas de Judea ni selló los tesoros de Herodes, sino que dejó el asunto en poder de Arquelao, hasta ver lo que disponía César. Hecha esta promesa, quedóse en Cesárea.
Pero después de que Arquelao partió para Roma y Varo viajó hacia Antioquía, Sabino marchó a Jerusalén y ocupó el palacio real. Después, habiendo convocado a los prefectos de las fortalezas y los administradores de los bienes, les pidió rendición de cuentas y puso guarniciones en las fronteras. Sin embargo, los guardianes observaron las instrucciones de Arquelao y persistieron en salvaguardar todo lo que se les había confiado, simulando que lo reservaban para el César.
4. Por el mismo tiempo, Antipas, también hijo de Herodes, se dirigió a Roma para disputar el trono, basando sus esperanzas en las promesas de Salomé, y considerándose mucho más digno del reino que Arquelao, pues había sido designado rey en el testamento anterior, más válido, a su parecer, que el posterior. Lo acompañaron su madre y Ptolomeo, hermano de Nicolás, que había sido uno de los amigos más apreciados de Herodes. Pero el que más lo instaba a que reclamara la corona era Ireneo, un orador que por su reputación de elocuente había recibido el encargo de defender la causa. De ahí que Antipas se negara a seguir el consejo de los que le recomendaban que cediera ante Arquelao, por ser éste mayor y haber sido elegido rey en el último testamento.
Después que llegó a Roma, todos los parientes se pusieron de su lado, no porque le tuvieran afecto, sino por odio a Arquelao; deseaban ante todo ser libres, bajo la administración de un procónsul romano. Si esto no fuera posible, creían que era más de su conve.
niencia Antipas que Arquelao; por eso ayudaban a Antipas a obtener el reino. Por otra parte Sabino envió una requisitoria al César en contra de Arquelao.
5. Arquelao, por su parte, había enviado al César una carta en la cual defendía su derecho, así como también el testamento de su padre y el estado de cuenta de los bienes, todo lo cual lo condujo Ptolomeo junto con el sello real, y quedó a la espera de los acontecimientos. César leyó la carta y los informes y las cartas que le enviaran Varo y Sabino, el informe sobre las riquezas y los réditos anuales, y las cartas de Antipas que también pedía el reino, y convocó a los amigos para oír su opinión. Entre ellos se encontraba Cayo, hijo de Agripa y de su hija Julia, a quien Augusto había adoptado, dándole el primer lugar en el consejo. El emperador preguntó quién deseaba hacer uso de la palabra sobre el asunto en discusión. Habló en primer lugar Antipáter hijo de Salomé, hombre

muy elocuente y enemigo de Arquelao; dijo que éste se burlaba al pedir el reino, pues en realidad ya había asumido el poder antes de contar con el consentimiento del César; objetó la audacia con que había procedido al matar a tantos judíos en el día de la fiesta de Pascua. Aunque los sediciosos hubieran procedido inicuamente, su castigo correspondía a quien tuviera legítima potestad para aplicarlo, y no a un hombre que, si procedió como rey, cometió una falta contra el emperador, que aún no había decidido nada al respecto; y si actuó como un particular, su caso era mucho peor, pues siendo un simple pretendiente a la corona, había privado al César de su poder sobre estos hombres 1.
Además reprochó a Arquelao el haber cambiado algunos jefes en el ejército y el haberse sentado en el trono real y tomado decisiones como si fuera rey, accediendo públicamente a los pedidos del pueblo; en una palabra, procediendo de tal manera como si ya hubiera sido nombrado rey por el César. Lo acusó también de haber dejado en libertad a los que estaban detenidos en el hipódromo; adujo muchas otras cosas, algunas verdaderas, otras probables, porque pudieron haber sido realizadas por un adolescente que, con el afán de gobernar, se apodera prematuramente del poder. Además le recriminó haber sido descuidado en el duelo de la
1 0 sea, apropiándosela de hecho. El texto parece alterado.
muerte de su padre, pues había celebrado un banquete la misma noche en que aquél falleciera; de ahí la sublevación del pueblo. Si los beneficios que había recibido de su padre se los agradecía tan mal que, una vez muerto de día simulaba lágrimas y de noche se entregaba a los placeres, era de suponer que no se comportaría en otra forma con relación al César si de él recibiera el reino. En efecto, había cantado y bailado como si se tratara de la muerte de un enemigo, no de un ser que le era tan allegado y que tantos beneficios le otorgara. Se manifestó como el más indigno de todos y ahora se presentaba ante el César, para recibir el reino de sus manos, cuando ya había hecho todo lo que podría hacer si el emperador le confiriese el poder.
Exageró sobre todo en su discurso la matanza que se hizo en el Templo. Durante la gran festividad fueron muertos peregrinos y naturales, como si fuesen sacrificios. El Templo se llenó con los cuerpos de los difuntos; y esto fué realizado, no por un extraño, sino por uno que pretendía ser autoridad real, para saciar su naturaleza tiránica con actos injustos. Es esta naturaleza lo que había impedido que la gente, ni aun en sueños, lo considerara como sucesor del trono, y esto a causa de la virtud de su padre, que conocía bien su carácter.
Antipáter añadió que Antipas tenía en su favor un mayor apoyo en el testamento. Fué nombrado rey por su padre, cuando no estaba todavía debilitado de cuerpo y alma, sino en la plena integridad de su mente y su razón, y mientras disponía de aquella fortaleza corporal que es necesaria para llevar adelante los asuntos del estado. Incluso admitiendo que su padre hubiera tomado desde el principio las mismas disposiciones que tomó en el presente en favor de Arquelao, éste demostró la clase de rey que sería al privar al César, señor de la corona, del derecho de conferirle el podér y al no retroceder, a pesar de no ser sino un simple particular, en hacer morir a sus compatriotas en el Templo.
6. Después que Antipáter dijera estas palabras, presentando muchos testimonios de parte de sus parientes sobre lo que afirmaba, puso fin a su discurso. Entonces se levantó Nicolás, encargado de la defensa de Arquelao, quien dijo que lo acontecido en el Templo se debió más bien a la obstinación de los que sufrieron las consecuencias que a la intervención de Arquelao; los que ha-

bían emprendido una iniciativa de esta índole no sólo eran cul. pables de proceder personalmente con insolencia, sino que obligaron a gente que es naturalmente pacífica a defenderse. Los tales sólo de palabra se manifestaron enemigos de Arquelao, en realidad lo eran del César. Los responsables de los tumultos habían matado impetuosamente a los que Arquelao enviara para rechazar la violencia y la injuria, sin reverenciar a Dios ni a la festividad; sin embargo, Antipáter no dudaba en asumir su defensa, ya fuera para manifestar el odio que tenía contra Arquelao o porque era contrario a todo lo justo y equitativo. Aquellos que inician los tumultos y cometen actos injuriosos, son los que obligan a los atacados que luego los castigan, a hacer uso de las armas, a su pesar y para defenderse.

En cuanto a las demás acusaciones demostró que tocaban por igual a todos los miembros del consejo real, pues ninguno de los hechos incriminados se llevaron a cabo sin su consejo e instigación, y no se podían presentar en contra de Arquelao. No eran hechos ímprobos de por sí, sino que por odio a Arquelao los presentaban como tales. ¡Tan grande era el anhelo que tenían de perjudicar a un pariente, que tan bien se había portado con ellos y observado las leyes de la amistad! El padre cuando hizo el testamento estaba plenamente consciente, y no había duda alguna de que el testamento posterior tenía mucho más valor que el anterior; tanto más, cuanto que su contenido se dejaba a la decisión del César. Y no había por qué temer que el César imitara la iniquidad de aquellos que, mientras vivía Herodes, recibieron de él muchos beneficios, y que ahora, una vez muerto, se oponían a su voluntad, sabiendo muy bien que ninguno de ellos observó, con relación a Herodes, la conducta elogiable de Arquelao. El César no era un hombre que anularía el testamento de un amigo que se lo confiaba íntegramente, de un compañero en las guerras y que en todo siempre estuvo dispuesto a cumplir la voluntad del César. La virtud y la fidelidad del César, de todos muy conocidas, no se modificarían por la malignidad de esos hombres, reputando de desequilibrado a un rey que dejó como sucesor a un hijo virtuoso y que luego pide la confirmación a la autoridad del César. Herodes no se había equivocado en la elección de heredero, puesto que fué suficientemente sabio para someterse en todo a la opinión del César.

7. Después de esta exposición, Nicolás se calló. El César, benévolamente, hizo levantar a Arquelao, que se había postrado a sus pies, diciendo que era dignísimo del reino, mostrando claramente que su intención era conformarse estrictamente al testamento y a las disposiciones en su favor. Sin embargo, no tomó ninguna decisión definitiva, a pesar de que dejó a Arquelao en la convicción de que contaba con su benevolencia. Cuando los presentes fueron despedidos, reflexionó si confirmaría en el reino a Arquelao o lo dividiría entre los hijos de Herodes, todos los cuales estaban necesitados de mucha ayuda.

CAPITULO X

Sublevación de los judíos, ocasionada por las exigencias de Sabino. Este es sitiado en la fortaleza Antonia. Varo libra a Sabino y pone fin a la revuelta

1. Antes de que se llegara a una decisión sobre el particular, falleció Maltace, la madre de Arquelao, y una carta de Varo, procónsul de Siria, informó sobre la rebelión de los judíos. Cuando se marchó Arquelao toda la nación se levantó. Varo, que se encontraba presente, tomó medidas contra sus autores y, luego de reprimir en gran parte la revuelta, dirigióse a Antioquía, dejando en Jerusalén una legión para reprimir a los judíos que volvieran a agitarse. Pero no se pudo poner fin a la sedición. Habiendo partido Varo,

Sabino, procurador del César, hostigó a los revoltosos, confiando en la protección de las tropas que quedaban bajo su mando. Disponiendo de gran número de hombres armados, se sirvió de ellos para presionar a los judíos, fomentando con ello la rebelión; sus esfuerzos tendían, en efecto, a apoderarse por la fuerza de las fortalezas y a buscar encarnizadamente los tesoros del rey, impelido por el afán de ganancia y una avidez insaciable.

2. Durante Pentecostés, que es una de nuestras fiestas, se reunió en Jerusalén mucha gente, no sólo por motivos religiosos, sino indignados por las ofensas de Sabino. Se congregaron muchos de Galilea, Idumea, Jericó, habitantes de Transjordania; en fin, la mayor parte de los judíos, que se habían reunido con la multitud y que deseaban más ardientemente que todos el castigo de Sabino.

Dividiéndose en tres columnas, acamparon en tres lugares diversos: una parte ocupó el hipódromo, otra acampó en el muro norte del Templo, frente al mediodía, ocupando la parte del este, mientras que el tercer grupo se ubicó en la parte occidental, en donde se encontraba el palacio real. Tomaban estas posiciones para poder sitiar a los romanos, cercados por todos lados.

Entonces Sabino, temeroso de su gran número y comprobada la decisión de aquellos hombres que estaban dispuestos a morir antes que a perder, considerando la victoria un deber, escribió en seguida a Varo y le urgió a que rápidamente le enviara ayuda, pues la legión que había dejado se encontraba en gran pe. ligro, porque no faltaba mucho para que la eliminaran. Por su parte, después de ocupar la torre más alta de la fortaleza, que se llamaba Fasael, en honor de Fasael, hermano de Herodes, quien la hizo construir después de que aquél fuera muerto por los partos, desde allí exhortó a los romanos a que salieran contra los judíos. Y no aventurándose él a descender ni aun hasta donde estaban sus amigos, pensó que era justo que expusieran la vida por su avaricia.

Los romanos hicieron entonces una irrupción, entablándose una lucha acerba. Aunque los romanos tenían ventaja, los judíos, sin embargo, no se desanimaron ni perdieron las esperanzas a causa del peligro, y a pesar de que cayeron muchos de ellos. Escalaron los pórticos que rodeaban el recinto exterior del Templo y, trabándose en violenta lucha, pelearon arrojando piedras, con las manos o con hondas, clase de pelea para la que estaban bien ejercitados. Al mismo tiempo, los arqueros, en formación de batalla, causaban gran daño entre los romanos; por encontrarse en un lugar alto, muy difícil de alcanzar, sin que pudieran llegarles las flechas que les enviaban los adversarios, hacían gran destrozo entre los enemigos.

Así se luchó por largo tiempo. Finalmente los romanos, en su exasperación, incendiaron los pórticos, ignorándolo los judíos que se encontraban allí. Las llamas, acrecentadas por mucho material combustible, muy pronto llegaron al techo, hecho de una armazón cubierta con pez y cera, y revestida de oro adherido igualmente con cera. El techo no tardó en ceder, destruyéndose de este modo una obra grande y digna de admiración; y perecieron todos los

que se encontraban sobre los pórticos. Algunos fueron arrastrados por la caída de los techos; otros, muertos por los enemigos de todos lados. Muchos, viendo que no les quedaba ninguna posibilidad de salvación, se lanzaron al fuego o, para escapar a las llamas, se mataron con sus espadas. Todos aquellos que intentaron descender por la parte posterior, fueron muertos por los romanos, inermes como estaban y desanimados, sin que

en nada los ayudara su desesperación porque se encontraban sin armas. De los que subieron al techo no escapó ni uno solo.
Entonces los romanos, pasando por donde las llamas lo permitían, se apoderaron del tesoro donde se guardaban las riquezas sagradas, apoderándose de gran parte de_ ellas, apropiándose el mismo Sabino de cuatrocientos talentos.
3. Los judíos se afligieron profundamente por la suerte de sus amigos, que murieron en esta lucha; también se indignaron muchísimo por el robo del dinero. Habiéndose reunido los más fuertes de ellos, rodearon el palacio real, amenazando incendiarlo y matar a todos sus ocupantes, si no salían inmediatamente; pero prometieron perdonarles la vida, a ellos y a Sabino, si se entregaban. Con esto la mayoría de las tropas reales desertó de su lado. Pero Rufo y Grato, que estaban al frente de tres mil soldados de los mejores de Herodes, hombres fuertes y emprendedores, se pasaron a los romanos. Lo mismo hicieron algunos de caballería, a cuyo frente estaba Rufo. Sin embargo, los judíos insistieron en el asedio y minaron las murallas del palacio, y exhortaron a los disi. dentes a no retardar la hora en que recuperarían la libertad nacional.
Nada más deseable para Sabino que salir con sus soldados; pero, a causa de sus crímenes, no confiaba en los judíos. La misma generosidad de la oferta le resultó sospechosa. Añádase a esto que esperaba ayuda de Varo. Estas eran las razones por las que sostenía el asedio.
4. En ese momento había mil otros motivos de turbación en Judea; muchos, por afán de lucro o por odio a los judíos, incitaban a la guerra. Unos dos mil hombres que anteriormente sirvieron a Herodes y que luego fueron dados de baja por éste, se reunieron en Judea para combatir a las tropas reales. Se les opuso Aquiab, primo de Herodes, quien fué rechazado en la llanura y empujado
por estos hombres diestros en la guerra hacia las alturas, salvando lo que le fué posible, gracias a las dificultades del terreno.
5. Había también un tal Judas, hijo de Ezequías, el temible jefe de ladrones, que había sido capturado por Herodes después de muchos esfuerzos. Este Judas reunió en Séforis, en la Galilea, una caterva de desesperados e incursionó contra el palacio real. Se apoderó de las armas que se encontraban allí, con las cuales armó a los suyos; robó también todo el dinero que encontró, sembrando el terror con sus rapiñas. Aspiraba a mucho más y aun a gobernar, confiando ganar esta dignidad no por la práctica de la virtud, sino por el exceso de sus injusticias.
6. También estaba Simón, que fuera esclavo del rey Herodes, a quien su belleza, el vigor y la robustez de su cuerpo inspiraban gran confianza. Exaltado por el desorden imperante, tuvo la audacia de ponerse una corona; reunió una cantidad de personas y se hizo reconocer rey por esos insensatos, considerándose más digno del reino que cualquier otro. Incendió el palacio real de Jericó después de haberlo saqueado, y lo mismo hizo con otras muchas casas reales en diversos lugares, apoderándose con sus compañeros de todo lo que contenían.
Se habría aventurado a mucho más, si no fuera porque muy pronto le hicieron frente. Grato, después de reunir a sus tropas reales con las romanas, atacó a Simón con las fuerzas de que disponía. Después de una lucha prolongada y enconada, la mayor parte de su gente, falta de disciplina y combatiendo más con audacia que con conocimientos, cayó en la lucha. Grato persiguió a Simón, que se escondió en un desfiladero, buscando la manera de salvarse, hasta que lo alcanzó y lo decapitó.

En Amata, junto al río Jordán, unos hombres similares a las turbas de Simón incendiaron el palacio real. Aumentaba el furor y el malestar del pueblo el hecho de que no hubiese un ' rey del país a cuyo mando la multitud estuviera sometida. Los extranjeros que habían ido a someter a los sediciosos no hacían sino excitarlos con sus injusticias y su avidez.
7. También un cierto Atronges, que no procedía de familia ilustre, ni se distinguía por su virtud ni por sus riquezas, sino que era un pastor desconocido, pero que se destacaba por su cuerpo vigoroso, su alta estatura y la fuerza de sus brazos, se aventuró
a codiciar el reino para tener mayores oportunidades para sus venganzas. Si debía morir, no vacilaría en sacrificar su vida para lograr su finalidad. Tenía cuatro hermanos, todos de gran estatura, que estaban dispuestos a cometer cualquier crimen y confiaban en la fuerza de sus brazos. Puso a cada uno de ellos al frente de una cohorte, pues se les había reunido una gran multitud de hombres. Todos luchaban en favor de Atronges, pero cada uno a su manera. Este se impuso la diadema, formó un consejo y en todo procedía como si fuera soberano. Conservó su poder durante mucho tiempo, con el título de rey, y haciendo lo que quería. Tanto él como sus hermanos causaron muchas muertes, no menos a los romanos que a las tropas reales, pues eran por igual enemigos de ambos sectores. Detestaban a las últimas por las violencias que cometieron durante el reinado de Herodes, y a los romanos por las injusticias que les atribuían actualmente.
A medida que transcurría el tiempo su furia era mayor, y apenas nadie escapaba a la muerte, en parte por su codicia y en parte también por la costumbre de matar. En cierta oportunidad atacaron cerca de Emaús a una cohorte romana que llevaba alimentos y armas; la rodearon y a flechazos mataron al centurión Ario, jefe de la legión, y a cuatrocientos de sus soldados de a pie. Los restantes, despavoridos, pidieron ayuda a Grato, que los auxilió con las tropas reales y lograron salvarse, abandonando los cadáveres.
Haciendo la guerra en esta forma por largo tiempo, ocasionaron grandes pérdidas a los romanos, así como también a su propio pueblo. Finalmente sus jefes fueron apresados, uno de ellos en lucha con Grato, el otro con Ptolomeo; el mayor de todos cayó en las manos de Arquelao. El último que quedaba, afligido por lo acontecido a sus hermanos, viendo que no le quedaba ninguna esperanza de salvación, pues había quedado solo, exhausto por tantos trabajos y habiendo perdido sus tropas, se entregó a Arquelao sobre la fe de su juramento 1. Pero esto aconteció más tarde.
8. Por aquel entonces Judea estaba llena de ladrones. Cual.
quiera que pudiera reunir un grupo, se constituía en rey. Todo
resultaba en perjuicio del país, pues sólo en medida limitada da

r Serían, por lo tanto, cuatro en total, aunque más arriba dice que Atronges "tenía cuatro hermanos".

fiaban a los romanos, mientras que hacían grandes matanzas entre sus propios compatriotas.
9. Entretanto Varo, así que supo por Sabino lo que estaba aconteciendo, preocupado por lo que pasaba a su legión, se puso al frente de las otras dos (pues había tres en toda Siria), de los cuatro grupos de caballería y todas las tropas auxiliares que le suministraron los reyes y algunos tetrarcas, y marchó rápidamente a ayudar a los que estaban sitiados en Jerusalén. Todos los destacamentos que había enviado por adelantado tenían orden de llegar rápidamente a Ptolemáis. Los habitantes de Berito, cuando pasaron por su

territorio, les suministraron mil quinientos hombres auxiliares. Aretas, de Petra, que se hizo amigo de los romanos por el odio que tenía a Herodes, le envió un gran contingente de soldados de a pie y a caballo.
Reunidas las tropas en Ptolemáis, entregó parte de ellas a su hijo y a un amigo, a los cuales envió para que guerrearan contra los galileos que vivían en la región limítrofe a Ptolemáis. El hijo de Varo puso en fuga al enemigo, apoderándose e incendiando el pueblo de Séforis y luego vendió sus moradores. Varo marchó con todo el ejército hacia Samaria sin tomar ninguna medido contra la ciudad, pues no participó en la sedición; pero acampó en un pueblo denominado Aro, dentro del territorio de Ptolomeo. Los árabes la incendiaron por odio a Herodes y sus amigos. De allí los árabes marcharon hacia otro poblado, de nombre Samfo, muy bien fortificado y en lugar seguro, que saquearon y quemaron. Todo lo destruyeron durante su marcha, a hierro y fuego. Por orden de Varo fué incendiada también Emaús, abandonada por sus habitantes, para vengar a los que habían sido muertos.
De allí Varo marchó a Jerusalén. Los judíos, que estaban sitiando a la legión, al ver que se acercaba el ejército escaparon, dejando interrumpido el asedio. Los habitantes de Jerusalén, increpados gravemente por Varo, se excusaron, demostrando que el pueblo se había reunido con motivo de las fiestas y que la lucha se había iniciado, no por su causa, sino por la audacia de los forasteros; en cuanto a ellos, habían estado sitiados junto con los romanos más que sitiando ellos a los últimos. Ya se habían presentado ante Varo José, el primo del rey Herodes, Grato y Rufo con sus soldados y los romanos que estaban sitiados. En
cuanto a Sabino, no se presentó ante Varo, sino que a escondidas salió de la ciudad y se dirigió hacia el mar.
10. Varo envió parte de las tropas por el país para que apresaran a los culpables de la sedición. En cuanto a los denunciados, vió que unos eran más culpables que otros. Hizo crucificar a dos mil de ellos, y dejó en libertad a los restantes. Luego se deshizo de los soldados que no necesitaba; cometieron muchos desórdenes, no ateniéndose a las órdenes de Varo, en el afán de ganancia que les procuraban sus fechorías. Habiendo sabido que se habían reunido diez mil judíos, Varo se apresuró a sorprenderlos. No se atrevieron a pelear, y por consejo de Aquiab se rindieron. Varo perdonó a la multitud las faltas cometidas al rebelarse, pero envió sus jefes a Cesárea. El César dejó libres a muchos de ellos y únicamente hizo morir a los que eran parientes de Herodes por haber tomado las armas contra sus allegados, sin respetar la justicia.

CAPITULO XI

El emperador confirma el testamento de Herodes. La suce sión del reino

1. Varo, una vez arreglados los asuntos, se dirigió a Antioquía, dejando en Jerusalén la legión anterior para la vigilancia. En Roma surgió una nueva dificultad para Arquelao por los siguientes motivos. Una delegación de judíos se trasladó a Roma, con permiso de Varo, para solicitar que los dejaran vivir de acuerdo con sus propias leyes. Los legados enviados por voluntad de la nación eran cincuenta; en Roma se les agregaron ocho mil judíos. Habiendo convocado César en el templo de Apolo, edificado por él con gran lujo, una asamblea, tanto de sus amigos como de los principales de los romanos, se hicieron

presentes los legados en compañía de la multitud de los judíos que vivían en Roma; por otra parte se presentó Arquelao con sus amigos.
Los parientes del rey se negaron a ponerse del lado de Arquelao, por el odio que le tenían; pero, por otra parte, les pareció inconveniente declararse contra él junto con los legados, considerando que sería deshonroso frente al César oponerse a un hombre con el cual estaban emparentados. Filipo fué desde Siria, por influencia de Varo, principalmente para ayudar a su hermano; contaba con las simpatías de Varo, porque si había cambios en el reino, pues sospechaba que el reino sería dividido, ya que había muchos ansiosos de independencia, Varo quería adelantarse para recibir una parte del mismo.
2. Cuando se otorgó permiso a los legados para que hablaran, dispuestos a defender la disolución de la realeza, relataron las iniquidades de Herodes, diciendo que fué rey sólo de nombre, pero que en todo se portó tiránicamente y que buscó la destrucción de los judíos y no dejó de introducir una serie de novedades dictadas por sus preferencias. Fueron muchos los que perecieron con suplicios que nunca se habían visto anteriormente; pero los sobrevivientes fueron todavía mucho más infelices que los muertos, pues los suplicios atormentaban no sólo sus cuerpos y sus almas, sino que amenazaban sus bienes. Herodes se preocupó de adornar las ciudades vecinas, habitadas por extranjeros, mientras que las de su propio país, privadas de ingresos, se arruinaban por completo. Redujo a su pueblo a un grave estado de necesidad, a pesar de haberlo recibido en un notable estado de prosperidad; disipó los bienes de los nobles, a quienes mataba por las causas más leves; y a los que dejaba con vida, los privaba de su fortuna. Además anualmente imponía impuestos a todos, pero disponía de regalos provechosos para él mismo, sus familiares, sus amigos y esclavos encargados de la percepción de los impuestos, pues el derecho a no ser oprimido no se compraba sino a peso de plata. Y no querían, dijeron, nombrar el número de vírgenes deshonradas y de mujeres atropelladas, víctimas de su lujuria y su licencia; pues las personas que habían sido víctimas de esta clase de atentados consideraban que era tan valioso guardar silencio sobre los mismos como escapar a esas afrentas. Dijeron que fueron tantas las calamidades que sufrieron de parte de Herodes, que no podrían ser mayores si una bestia ejerciera el gobierno sobre los hombres. A pesar de que su pueblo sufrió antes muchas exacciones y destierros, sin embargo no existía ejemplo que pudiera compararse con las calamidades inferidas por Herodes. Por esto recibieron alegremente a Arquelao como rey, pues creían que cualquiera que sucediera a Herodes sería más moderado que él. Para conquistarse su gracia admitieron el duelo público por el padre, así como también hicieron otras cosas para ganarse su benevolencia, con tal que pudieran obtener de él una conducta más moderada. Pero él, como si temiera que no se lo considerara hijo legítimo de Herodes, demostró sin demora su mala voluntad contra el pueblo, y aun antes de obtener el reino, pues quedaba en poder de César el dárselo o negárselo. Muy pronto mostró la índole de su virtud, modestia y equidad con el crimen que cometió contra el pueblo y contra Dios, al hacer matar tres mil personas en el Templo. ¿Cómo no lo iban a odiar cuando, a más de su propia crueldad, los acusaba de haberse rebelado y resistido a su poder? En suma, lo que pedían era que los libraran del reino y de todo gobierno de esta especie y que fueran agregados a Siria bajo la administración de los legados que allí se enviaban. Así se pondría en evidencia si eran por naturaleza revoltosos y adictos a fraguar novedades, o tranquilos y moderados, cuando los gobernaban de una manera moderada.

3. Cuando los judíos hubieron terminado su discurso, Nicolás demostró la inconsistencia de los crímenes de que se acusaba a los reyes, y entre ellos a Herodes, a quien durante su vida nadie había acusado de nada, a pesar de su larga existencial; y no era lícito que aquellos que podían haberlo hecho ante jueces justos, cuando vivía, y pedir el debido castigo, ahora cuando estaba muerto amontonaran acusaciones. En cuanto a los actos de Arquelao, Nicolás los atribuyó a la improbidad e insolencia de esa gente,
que después de haber actuado contra la ley y de matar a los que tenían el deber de cuidar de su seguridad, ahora se lamentaban de
haber sido afrentados. Los acusó de ser amantes de novedades, de deleitarse en las sediciones y de que no sabían respetar a la justicia

1 En realidad Herodes fué acusado muchas veces. Ante Hircano, por los principales de los judíos, de haber dado muerte a Ezequías sin sentencia del
Senado (Antig., XIV, 9, 3-4) ; ante el emperador, por los jefes judíos, de usurpar el poder (XIV, 12, 2) ; ante Antonio, por los principales de los ju
díos, por las actividades de Herodes y sus partidarios (XIV, 13, 1-2) ; ante Antonio, por intermedio de Cleopatra, por Alejandra, de haber ordenado
el asesinato de Aristóbulo (XV, 3, 5); ante Augusto, por Zenodoro, cuyo territorio pasó el emperador a Herodes (XV, 10, 2-3) ; ante César, por Sileo,
de haber invadido a Arabia y dado muerte a dos mil quinientos árabes (XVI, 9, 3).
ni obedecer a las leyes y que en todo querían salir vencedores. Estas fueron las cosas que dijo Nicolás.
4. Una vez que el César hubo oído tales razones disolvió la asamblea. No nombró rey a Arquelao, sino que dividió el territorio que perteneciera a Herodes en dos partes; entregó una a Arquelao, constituyéndolo en etnarca, y prometiéndole que lo honraría con el título de rey si demostraba ser merecedor de esta dignidad. La otra r itad, dividida en dos, la entregó a los otros dos hijos de Herodes, Filipo y Antipas, siendo este último el que había disputado el reino a su hermano. Antipas recibió la Transjordania y Galilea, que anualmente le proporcionaban doscientos talentos. A Filipo se le otorgó la Batanea y la Traconítida, la Auranítida y una parte de lo que se llamaba la casa de Zenodoro, de donde sacaba anualmente cien talentos. A Arquelao se le otorgó Idumea, Judea y Samaria; en cuanto a los samaritanos, se los eximió de una cuarta parte de los impuestos, por orden del César, por no haberse sublevado con las demás regiones. Quedaron sometidas a Arquelao las ciudades Torre de Estratón, Sebaste, Jope y Jerusalén; pues Gaza, Gadara e Hipos son ciudades griegas que César las separó de su territorio y agregó a Siria. Arquelao sacaba todos los años seiscientos talentos de su dominio.
5. Así se dividieron las posesiones de Herodes entre sus hijos. En cuanto a Salomé, a más de lo que le dejara su hermano, o sea Jamnia, Azot y Fasaelis y quinientas mil dracmas en moneda de plata, el César le otorgó el palacio real de Ascalón. Anualmente percibía seiscientos talentos en réditos; su casa estaba dentro del territorio de Arquelao. Todos los demás familiares obtuvieron los legados que el rey les dejó en su testamento. El César, a más de lo que el padre había dejado a sus dos hijas vírgenes, les dió doscientas mil dracmas en monedas de plata, y las casó con los hijos de Feroras. Finalmente todo lo que el rey le dejara lo distribuyó entre los hijos del mismo rey, esto es, mil quinientos

talentos, reservándose sólo algunos muebles que le gustaban, no por su precio. sino como recuerdo.

CAPITULO XII

El falso Alejandro. Tentativa frustrada. Castigo del impostor

1. Después de que el César hubo así dispuesto los asuntos de Herodes, cierto joven de raza judía, que se había educado en Sidón en la casa de un liberto romano, se designó a sí mismo miembro de la familia de Herodes, aprovechando su semejanza con Alejandro hijo de Herodes, el que había sido muerto, semejanza que reconocían todos los que lo veían, y que él quiso usar como pretexto para reclamar el poder. Para este propósito tomó como colaborador a un hombre de su misma tribu, entendido en asuntos palaciegos, además de ser malvado y perverso y de carácter apropiado para excitar a las turbas; éste fué su guía en sus malas acciones.

El impostor se presentó como Alejandro, hijo de Herodes, que según afirmaba había sido escondido por aquellos que tenían el encargo de matarlo. Habían dado muerte a otras víctimas para engañar a los testigos, pero conservaron con vida a él y a su hermano Aristóbulo. Diciendo estas cosas se enorgullecía y se esforzaba por engañar a aquellos entre los cuales se encontraba. Tuvo tal éxito que, en Creta, los judíos le otorgaron plena confianza; y habiéndole dado mucho dinero, se dirigió a Melos. Aquí también se le dió mucho dinero, pues creían que era de sangre real y esperaban que recuperaría el reino paterno y, a su vez, sabría recompensarlos.

Se dirigió rápidamente a Roma, escoltado por sus huéspedes. Habiendo desembarcado en Dicearquía, sus asuntos marcharon tan bien que complicó a los hombres de allí en el mismo fraude. Se agregaron a su comitiva como si fuera rey mucha gente y los huéspedes y amigos de Herodes. La causa era que aceptaban sus palabras porque parecía confirmarlas su aspecto; pues persuadió fácilmente aun a aquellos que habían sido familiares de Alejandro que él no era otro sino el mismo Alejandro, llegando a afirmarlo con juramento. Su renombre llegó hasta Roma, donde toda la multitud de judíos que había allí le salió al encuentro, atribuyendo a Dios el que, a pesar de lo que habían creído, estuviera salvo y seguro. Lo recibieron con gran gozo, por el afecto que tenían a su madre, siendo llevado en un carro a través de las calles. A expen. sas de sus huéspedes particulares, se rodeó de un esplendor real. Lo acompañaba una gran multitud, que lanzaba aclamaciones y le expresaba sus buenos deseos, lo que suele expresarse a todos aquellos que se han salvado inesperadamente.

2. Cuando lo supo el César no le dió crédito, pues sabía que no se podía fácilmente engañar a Herodes en algo que le tocaba tan de cerca. Con esta sospecha, envió a Celado, uno de sus libertos que había tratado familiarmente a los adolescentes, para que le presentara al tal Alejandro. Este así lo hizo, demostrando que no estaba dotado de más perspicacia que el resto de la multitud.

Sin embargo, el impostor no logró engañar al César; había cierta semejanza, pero no era tanta que lograra imponerse a aquellos que estaban dotados de un juicio equilibrado. Efectivamente, el trabajo manual había impreso su rudeza en este falso Alejandro y en lugar de tener, como el verdadero, el cuerpo delicado propio del lujo y el nacimiento noble, lo tenía, en cambio, sumamente basto.

Después de comprobar que tanto el maestro como el discípulo estaban de acuerdo en la mentira y que audazmente confiaban en la misma, les preguntó qué había pasado con

Aristóbulo, que se había salvado a la par de él; y por qué motivo no había ido con ellos, para que se hiciera justicia a ambos hombres de nacimiento tan ilustre. A esto respondió que había quedado en la isla de Chipre, por miedo a los peligros del mar; si le pasaba algo a Alejandro, no se extinguiría por completo la descendencia de Mariamne, y Aristóbulo desafiaría a todos aquellos que les tendían emboscadas. El joven lo afirmó con fuerza, apoyado por su instigador. El César lo llevó entonces aparte y le dijo

-Si me dices la verdad, obtendrás como premio tu perdón y tu salvación. Vamos, dime quién eres, y quién te ha persuadido a que te atrevas a hacer tales cosas. Lo que intentas es una maldad superior a lo que cabría esperar de tu edad.

En vista de que no tenía otra salida, confesó al César cómo y por quién había sido preparado el plan. El César, envió al falso Alejandro, pues no quería traicionar sus promesas, como remero de la flota; e hizo ejecutar a aquel que lo había inducido. En cuanto a los de Melos, se contentó con que perdieran todo lo que habían gastado en favor del falso Alejandro. Este fué el fin ignominioso de la atrevida empresa.

CAPITULO XIII

Nuevas acusaciones contra Arquelao. Es desterrado a Viena

1. Nombrado etnarca, Arquelao se dirigió a Judea. Privó a Joazar hijo de Boet del pontificado, acusándolo de haber participado en la conjuración; y entregó el cargo a su hermano Eleazar. Refeccionó magníficamente el palacio de Jericó; hizo desviar la mitad de las aguas que servían al poblado de Neara, hacia una llanura que transformó en plantación de palmeras. Construyó también un pueblo, al que dió el nombre de Arquelao. En contra de las leyes patrias se casó con Glafira, hija de Arquelao y viuda de su hermano Alejandro, con quien había tenido hijos; entre los judíos se considera detestable tomar por esposa a la mujer de un hermano 1. Eleazar no permaneció por mucho tiempo en el pontificado, pues fué sustituido, viviendo todavía, por Jesús, hijo de Sié.

2. En el año décimo del gobierno de Arquelao, los principales de los judíos y de los samaritanos, no pudiendo soportar más su crueldad y su tiranía, lo acusaron ante el César, especialmente porque creían que procedía contra las órdenes del César, que le había mandado tratarlos con moderación. El César, una vez que hubo oído la acusación, hizo que se presentara el encargado en Roma de los asuntos de Arquelao, que también se llamaba Arquelao, a quien dijo, sin dignarse siquiera escribirle a aquél:

-Embárcate inmediatamente y tráelo sin demora.

Tomó el primer navío que pudo y se trasladó a Judea, donde encontró a Arquelao banqueteando con sus amigos. Después de exponerle las órdenes del César, lo instó a que viajara cuanto antes. Una vez en Roma, después de oír su causa ante los que lo acusaban, el César lo envió desterrado a Viena, ciudad de la Galia, y le confiscó sus bienes.

3. Antes de que Arquelao fuera llamado a Roma, narró este

1 Salvo cuando es viuda y sin hijos, en cuya circunstancia es casi obligatorio (cf. Deuteronomio, 25, 5).

sueño a sus amigos. Había visto diez espigas, llenas de trigo, ya maduras, y le pareció que los bueyes las devoraban. Una vez despierto, pues creía que se trataba de una visión de

importancia, hizo venir a los adivinos encargados de interpretar los sueños. Como disintieran entre sí, sin ponerse de acuerdo en la interpretación, Simón, un esenio, pidió permiso para hablar y dijo a Aiquelao que aquella visión indicaba que iba a haber un cambio en sus asuntos, y que sería para empeorar. Los bueyes indicaban sufrimiento, pues son animales sometidos a duras tareas; el cambio de situación lo anunciaba el hecho de que la tierra que cultivan no puede permanecer en el mismo estado; las espigas, en número de diez, indicaban número de años, pues hay una cosecha por año; era el término fijado al poder de Arquelao. Esta fué su interpretación del sueño. Al quinto día de ver el sueño, llegó el otro Arquelao de Roma, por orden del César, para citarlo ante la justicia.

4. Algo semejante pasó con Glafira, su esposa, la hija del rey Arquelao, la cual, como dijimos, se había desposado por primera

Pez con Alejandro, hermano de Arquelao. Muerto Alejandro por su padre, Glafira se casó con Juba, rey de Libia; luego de la muerte de éste, vivió como viuda en Capadocia, en la casa de su padre, hasta que se casó con ella Arquelao, quien repudió a su esposa Mariamne. ¡Tan grande era el amor que sentía por Glafira! Siendo esposa de Arquelao vió el siguiente sueño.

Parecióle contemplar a Alejandro de pie, ante ella; contenta, quiso abrazarlo afectuosamente; pero él empezó a reprenderla, diciéndole:

-Glafira, también tú confirmas el dicho vulgar de que no hay que fiarse de las mujeres, pues siendo virgen te casaste conmigo y tuviste hijos; pero olvidada de mi amor, te casaste con otro y luego te atreviste a acostarte con un tercer marido, Arquelao, tu esposo, hermano mío, con deshonor para mi casa. Sin embargo, yo no me olvidaré de tu anterior afecto, por el contrario, te libraré de toda infamia, y te haré mía como antes.

Este sueño lo explicó a las mujeres sus amigas, y pocos días después murió.

5. Considero que tales hechos no son extraños a mi finalidad, pues se refieren a los reyes; sirven, además, de ejemplo para de

mostrar la inmortalidad de las almas y la intervención de la providencia divina en los asuntos humanos. Pero si a alguien le parecen increíbles, que conserve su opinión, y no reproche a quienes los relatan como exhortación a la virtud.

El país de Arquelao fué pasado como tributario a Siria; el César envió a Quirino, varón consular, para que hiciera el censo en Siria y liquidara las propiedades de Arquelao.

LIBRO XVIII

Abarca un lapso
de treinta y dos años

CAPITULO I

Quirino practica un censo en Siria. Coponio, procurador
de Judea. Oposición de Judas de Galilea. El sumo pontí
fice Joazar induce a los judíos a la obediencia

1. Entretanto Quirino, un senador que ya había ejercido todas las magistraturas y que luego de pasar por todos los grados honrosos obtuvo el consulado, además de haber ejercido otras dignidades, llegó a Siria, enviado por César, para administrar justicia en esta provincia y hacer el censo de los bienes. Lo acompañaba Coponio, de la orden ecuestre, para que quedara al frente de los judíos con plenos poderes. Quirino pasó a Judea, que había sido anexada a Siria, para llevar a cabo el censo de los bienes y liquidar los de Arquelao. Aunque los judíos al principio no quisieron acceder a la declaración,

luego, por consejo del pontífice Joazar, dejaron de oponerse. Aceptando las razones de Joazar, permitieron que se hiciera el censo de los bienes.
Sin embargo, Judas, un gaulanita nacido en el pueblo de Gamalis, con la adhesión del fariseo Saduco, incitó al pueblo a que se opusiera. El censo, decían, era una servidumbre manifiesta, y exhortaron a la multitud a luchar por la libertad. Si tenían éxito, se aseguraban sus bienes; y en el caso de que lo tuvieran, conseguirían gloria y alabanza por la grandeza de su alma. Además la divinidad colaboraría en la obtención de estos designios, si emprendían grandes obras convencidos de su honorabilidad, y no dejaban nada de hacer para lograrla. Y en esta forma se aventu-
raron a algo sumamente temerario, pues sus palabras fueron aceptadas ávidamente. A causa de su predicación, no hubo desgracia que no provocaran, sumiendo al pueblo en infortunios con mucha mayor intensidad de lo que pueda imaginarse: guerras de violencia continua inevitable, pérdida de amigos que hacían más llevaderas las penas, acrecentamiento de los latrocinios, muerte de los mejores hombres, todo con el pretexto del bienestar común, pero en realidad con la esperanza de lucro personal. Se originaron sublevaciones, y por su causa numerosos asesinatos, en parte entre la misma gente del pueblo, pues estaban tan enfurecidos unos contra otros que no querían ceder ante el adversario, y en parte también por la acción de los enemigos. A ello siguió el hambre, que llevó a extremos vergonzosos, con capturas y destrucciones de ciudades, hasta que el mismo Templo de Dios fué sometido al fuego del enemigo. Fué tan grande el afán de novedades que llegó a perder a aquellos que fueron sus causantes. Judas y Saduco, que introdujeron entre nosotros la cuarta secta filosófica y contaron con muchos seguidores, no solamente perturbaron al país con esta sedición, sino que pusieron las raíces de futuros males con un sistema filosófico antes desconocido. Quiero decir algo sobre el particular, tanto más cuanto que la adhesión de la juventud a esta secta causó la ruina del país.
2. Desde muy antiguo había entre los judíos tres sectas filosóficas nacionales: la de los esenios, la de los saduceos y la tercera que se denominaba de los fariseos. Aunque hablamos de ellas en el segundo libro de la guerra judía 1, queremos ahora recordarlas en pocas palabras.
3. Los fariseos viven parcamente, sin acceder en nada a los placeres. Se atienen como regla a las prescripciones que la razón ha enseñado y transmitido como buenas, esforzándose en practicarlas. Honran a los de más edad, ajenos a aquella arrogancia que contradice lo que ellos introdujeron. A pesar de que enseñan que todo se realiza por la fatalidad, sin embargo no privan a la voluntad del hombre de impulso propio. Creen que Dios ha templado 1a$ decisiones de la fatalidad con la voluntad del hombre, para que éste se incline por la virtud o por el vicio. Creen también que al alma le pertenece un poder inmortal, de tal modo que, más allá de

1 La Guerra, II, 8, 2-14 (T. 4).
esta tierra, tendrá premios o castigos, según que se haya consagrado a la virtud o al vicio; en cuanto a los que practiquen lo último, eternamente estarán encerrados en una cárcel; pero los pri. meros gozarán de la facultad de volver a esta vida. A causa de todo esto disfrutan de tanta autoridad ante el pueblo que todo lo perteneciente a la religión, súplicas y sacrificios, se lleva a cabo según su interpretación. Los pueblos han dado testimonio de sus muchas virtudes, rindiendo homenaje a sus esfuerzos, tanto por la vida que llevan como por sus doctrinas.

4. Los saduceos enseñan que el alma perece con el cuerpo; y se limitan a la observancia de la ley. A su juicio es una virtud disentir con los maestros que se consideran sabios. Su doctrina sólo es seguida por un pequeño número, aunque son los primeros en dignidad. No realizan acto especial ninguno; si alguna vez llegan a la magistratura, contra su voluntad y por necesidad, se atienen a las opiniones de los fariseos, ya que el pueblo no toleraría otra cosa.
5. Los esenios consideran que todo debe dejarse en las manos de Dios. Enseñan que las almas son inmortales y estiman que se debe luchar para obtener los frutos de la justicia. Envían ofrendas al Templo, pero no hacen sacrificios, pues practican otros medios de purificación. Por este motivo se alejan del recinto sagrado, para hacer aparte sus sacrificios. Por otra parte son hombres muy virtuosos y se entregan por completo a la agricultura. Hay que admirarlos por encima de todos los que practican la virtud, por su apego a la justicia, que no la practicaron nunca los griegos ni los bárbaros, y que no es una novedad entre ellos, sino cosa antigua. Los bienes entre ellos son comunes, de tal manera que los ricos no disfrutan de sus propiedades más que los que no poseen nada. Hay más de cuatro mil hombres que viven así.
No se casan, ni tienen esclavos, pues creen que lo último es inicuo, y lo primero conduce a la discordia; viven en común y se ayudan mutuamente. Eligen a hombres justos encargados de percibir los réditos y los productos de la tierra, y seleccionan sacerdotes para la preparación de la comida y la bebida. Su existencia no tiene nada de inusitado, pero recuerda en el más alto grado la de los datas, llamados los IIo) irratS (Polistce, ciudadanos).
6. Además de estas tres sectas, el galileo Judas introdujo una cuarta. Sus seguidores imitan a los fariseos, pero aman de tal manera la libertad que la defienden violentamente, considerando que sólo Dios es su gobernante y señor. No les importa que se produzcan muchas muertes o suplicios de parientes y amigos, con tal de no admitir a ningún hombre como amo. Puesto que se trata de hechos que muchos han comprobado, he considerado conveniente no agregar nada más sobre su inquebrantable firmeza frente a la adversidad; no temo que mis explicaciones sean puestas en duda, sino que al contrario temo que mis expresiones den una idea demasiado débil de su gran resistencia y su menosprecio del dolor. Esta locura empezó a manifestarse en nuestro pueblo bajo el gobierno de Gesio Floro, durante el cual, por los excesos de sus violencias, determinaron rebelarse contra los romanos. Estas son las sectas filosóficas existentes entre los judíos.

CAPITULO II

Fundación de pueblos por los tetrarcas Herodes y Filipo en honor del emperador. Los samaritanos profanan el Tem plo y ocasionan siete días de impureza

1. Quirino liquidó los bienes de Arquelao y puso fin al censo, en el año treinta y siete después de la victoria de César en Accio contra Antonio. Joazar, que se había enemistado con el pueblo, fué destituido y en su lugar fué nombrado Anán, hijo de Set. Herodes 1 y Filipo se hicieron cargo de sus respectivas tetrarquías. Herodes fortificó Séforis, adorno de la Galilea, y la llamó Autocratoria (imperial) ; también, después de haber rodeado de murallas a Bezaramfta, otra población, la denominó Julias en memoria de la emperatriz. Filipo hizo levantar Pancas cerca de las fuentes del Jordán, y la llamó Cesárea; el poblado

de Bezaida, al lado del lago de Genezaret, fué elevado a la dignidad de ciudad por el número de sus habitantes y recibió el nombre de Julias, en honor de la hija del César.
2. Durante la administración de Coponio, procurador de Judea, quien, como dijimos, fué enviado con Quirino, ocurrió lo siguiente. Durante la fiesta de los ácimos, que denominamos Pascua, los

1 Herodes Antipas.

sacerdotes acostumbraban abrir las puertas del Templo después de medianoche. En esta ocasión, habiendo sido abiertas, algunos samaritanos que se habían introducido clandestinamente en la ciudad, esparcieron huesos humanos por todo el Templo y los pórticos. Desde entonces se prohibió a todos los samaritanos la entrada al Templo, lo cual no se acostumbraba a hacer anteriormente, y además fué más severa la vigilancia.
Poco después Coponio regresó a Roma, y lo reemplazó Marco Ambivio. Durante su gobierno falleció Salomé, la hermana del rey Herodes, que legó a Julia Jamnia y toda la toparquía, Fasalis, en la llanura, y Arqueláis, donde se encuentra una gran plantación de palmeras cuyos frutos son excelentes.
A Marco Ambivio le sucedió Anio Rufo, durante cuyo gobierno murió Augusto César, segundo emperador romano que reinó cincuenta y siete años, seis meses y dos días, habiendo compartido el poder durante catorce años con Antonio. Vivió setenta y siete años. Le sucedió en el gobierno Tiberio Nerón, hijo de su esposa Julia. Fué el tercer emperador romano.
Nerón envió como gobernador a Judea, después de Anio Rufo, a Valerio Grato. Este destituyó a Anán del pontificado y puso en su lugar a Ismael, hijo de Fab. Poco después lo destituyó y nombró a Eleazar, hijo del pontífice Anán. Un año después, habiéndolo privado igualmente de sus funciones, entregó el pontificado a Simón, hijo de Camit. Este no había ejercido sus funciones ni un año, cuando lo sucedió José, a quien llamaban también Caifás. En cuanto a Grato, después de haber estado en Judea once años, le sucedió Poncio Pilatos.
3. El tetrarca Herodes edificó una ciudad que llamó Tiberíades, por su gran amistad con Tiberio; estaba ubicada en la mejor parte de Galilea, en el lago de Genezaret. En su vecindad hay un poblado de nombre Emaús que tiene fuentes termales. Fueron a vivir allí gran número de personas de Galilea, así como todos aquellos habitantes del país de Herodes que eran obligados por la fuerza a radicarse en él, entre ellos algunos de los principales. Herodes instaló también a muchos pobres para que vivieran allí y a otros cuya condición de libres no estaba claramente establecida; les otorgó muchos privilegios e inmunidades, para que se sintieran alentados a quedarse en aquella ciudad. Levantóles casas y les asignó campos. Todo esto porque sabía que el residir allí era contrario a las costumbres judías, pues para levantar la ciudad fueron destruídos muchos sepulcros, retirando los huesos. Nuestra ley declara impuros durante siete días a los que viven en tales lugares.
4. Por la misma época murió Fraates rey de los partos, a consecuencia de las intrigas fraguadas por su hijo Fraataces, por el motivo siguiente. Fraates, que tenía hijos legítimos, recibió de Julio César, entre otros regalos, una esclava de raza italiana, cuyo nombre era Termusa. Al principio, la trató sólo como concubina; pero cautivado por su belleza, algún tiempo después se casó con ella y la dignificó, aceptando también al hijo que tuviera con ella. Termusa obtenía del rey todo lo que quería, y como aspiraba a que

su hijo ocupara el trono de los partos, pensó que sólo lo conseguiría si lograba imaginar algún medio para desplazar a los hijos legítimos de Fraates. Persuadió a su marido de que enviara a Roma como rehenes a los demás hijos. Así lo hizo el rey, pues no le era fácil oponerse a la voluntad de Termusa.

En cuanto a Fraataces, que había sido educado para el gobierno, consideró molesto y demasiado largo esperar a que se le entregara el reino a la muerte de su padre. Con ayuda de su madre, de la cual según se decía era amante, intrigó contra su padre. Por ambos motivos se concitó el odio del pueblo, pues los súbditos consideraron que su incesto era un crimen tan grande como su parricidio. Antes de que se acrecentara su poder, en una sedición fué expulsado del reino y muerto. Los más nobles de los partos determinaron que sin rey no era posible el gobierno del estado, y que el rey debía ser de la familia de los Arsacidas. No era lícito que otros gobernaran; bastante habían sufrido a causa del matrimonio con una concubina italiana y del hijo que naciera del mismo. Enviaron mensajeros para que invitaran a ocupar el reino a Orodes, que era de estirpe real, a pesar de no ser bien visto por el pueblo por su excesiva crueldad, su genio intratable y su inclinación a la ira.

También a éste lo mataron durante una conjuración; según algunos, mientras comían y bebían, pues todos tienen por costumbre llevar siempre las espadas; aunque, según otros, mientras se dedicaba a la caza. Es así que enviaron una legación a Roma,
pidiendo que se les otorgara como rey a uno de los rehenes. Fué enviado Vonones, preferido a los otros hermanos. Parecía que la suerte le favorecía, pues tenía en su favor a las dos potencias más grandes del universo, la suya y la extranjera. Pero muy pronto los bárbaros cambiaron de opinión, por ser de naturaleza inconstantes. contra la indignidad de este trato, pues se negaban a obedecer a un esclavo extranjero, considerando a los rehenes como esclavos; y creían vergonzosa la designación, pues el rey no había sido impuesto por derecho bélico, sino, lo que era mucho peor, a consecuencia de una paz ultrajante. Sin tardanza enviaron legados para que hicieran venir a Artabano, que reinaba en la Media, de la familia de los Arsacidas. Lo convencieron y se presentó con el ejército. Vonones le salió al encuentro, pues al principio estaban en su favor la mayor parte de los partos, imponiéndose a Artabano, que se vió obligado a escapar a las fronteras de Media. Sin embargo, poco después, con un gran ejército, se trabó en lucha con Vonones a quien venció, de modo que éste, con algunos de sus soldados de caballería, escapó a Seleucia. Artabano, después de hacer una gran matanza entre los bárbaros, con el objeto de atemorizarlos, con sus tropas se dirigió a Ctesifón. Y así empezó a gobernar a los partos. Vonones se refugió en Armenia e inmediatamente reivindicó el derecho al gobierno en este país, y envió legados a Roma con este propósito. Pero Tiberio se lo negó, tanto por su negligencia como por sus amenazas, pues por intermedio de sus legados había amenazado con la guerra; como no disponía de otro medio para conservar el reino, ya que los más poderosos de la región de Nifates se habían unido a Artabano, se entregó a Silano, gobernador de Siria. Fué guardado con deferencia en Siria a causa de haber sido educado en Roma. Armenia fué dada por Artabano a Orodes, uno de sus hijos.

5. Por este tiempo murió Antíoco, rey de Comagena. Se originó una discordia entre el pueblo y los nobles, y ambas partes enviaron legados a Roma. Los nobles pedían que el reino fuera reducido a provincia, pero los del pueblo exigían que, de acuerdo con la costumbre nacional, continuara la forma del gobierno real. Un senadoconsulto designó a

Germánico para que fuera a poner en orden los asuntos del oriente; era la ocasión que el destino le
deparaba para que muriera. Encontrándose en el oriente, después de haber arreglado todos los asuntos, fué envenenado por Pisón, según cuentan otros historiadores 1.

CAPITULO III

Poncio Pilatos introduce clandestinamente imágenes del emperador en Jerusalén. Los judíos se sublevan. Tribula ciones de los judíos en Roma

1. Pilatos, pretor de Judea, salió de Samaria con su ejército para invernar en Jerusalén. Concibió la idea, para abolir las leyes judías, de introducir en la ciudad las efigies del emperador que estaban en las insignias militares, pues la ley nos prohibe tener imágenes. Por este motivo los pretores que lo precedieron, acostumbraban a entrar en la ciudad con insignias que carecían de imágenes. Pero Pilatos fué el primero que, a espaldas del pueblo, pues lo llevó a cabo durante la noche, instaló las imágenes en Jerusalén.
Cuando el pueblo se enteró, se dirigió a Cesárea en gran número y pidió a Pilatos durante muchos días que trasladara las imágenes a otro lugar. El se negó, diciendo que sería ofen- der al César; pero puesto que no cesaban en su pedido, el día sexto, después de armar ocultamente a sus soldados, subió al tribunal, establecido en el estadio, para disimular al ejército oculto. En vista de que los judíos insistían en su pedido, dió una señal para que los soldados los rodearan; y los amenazó con la muerte, si no regresaban tranquilamente a sus casas. Pero ellos se echaron al suelo y descubrieron sus gargantas, diciendo que preferían antes morir que admitir algo en contra de sus sabias leyes. Pilatos, admirado de su firmeza y constancia en la observancia de la ley, ordenó que de inmediato las imágenes fueran transferidas de Jerusalén a Cesárea.
2. También dispuso Pilatos llevar agua a Jerusalén, a expensas del tesoro sagrado, desde una distancia de doscientos estadios. Pero los judíos quedaron descontentos por las medidas tomadas;

1 V. Tácito, Anales, t. II, pág. 69 y sigs.

se reunieron muchos miles de hombres que pidieron a gritos que se desistiera de lo ordenado; algunos, como suelen hacerlo las multitudes, profirieron palabras ofensivas. Pilatos envió un gran número de soldados vestidos con ropa judía, pero que bajo los vestidos ocultaban las armas, a fin de que rodearan a los judíos; luego ordenó a éstos que se retiraran. Como los judíos dieron muestras de querer injuriarlo, hizo la señal convenida a los soldados; éstos castigaron mucho más violentamente de lo que se les había ordenado tanto a los que estaban tranquilos, como a los sediciosos. Pero los judíos no mostraron señal ninguna de debilidad, de tal modo que sorprendidos de improviso por gente que los atacaba a sabiendas, murieron en gran número en el lugar, o se retiraron cubiertos de heridas. Así fué reprimida la sedición.
3. Por aquel tiempo existió un hombre sabio, llamado Jesús, si es lícito llamarlo hombre, porque realizó grandes milagros y fué maestro de aquellos hombres que aceptan con placer la verdad. Atrajo a muchos judíos y muchos gentiles. Era el Cristo. Delatado por los principales de los judíos, Pilatos lo condenó a la crucifixión. Aquellos que antes lo

habían amado no dejaron de hacerlo, porque se les apareció al tercer día resucitado; los profetas habían anunciado éste y mil otros hechos maravillosos acerca de él. Desde entonces hasta la actualidad existe la agrupación de los cristianos 1.

4. Por la misma época los judíos sufrieron otra tribulación. Acontecieron en Roma algunos hechos en el templo de Isis, que se consideraron escandalosos. Recordaré primeramente el crimen que se cometió en dicho templo, y luego referiré lo acontecido a los judíos. Había en Roma una cierta Paulina, de ilustre nacimiento y de gran prestigio por su afán en la práctica de la virtud; además abundaba en riquezas, era de una gran belleza y estaba en aquella edad en que las mujeres son más coquetas; pero ella llevaba una vida virtuosa. Estaba casada con Saturnino, que riva

l Se supone que este párrafo ha sido interpolado, probablemente por un lector cristiano que añadió al manuscrito original una nota marginal, incor
porada luego en el texto. La suposición se basa sobre todo en la observación de que el pasaje interrumpe el relato, que prosigue en el párrafo siguiente,
y que la caracterización de Jesús está redactada en términos que sólo pudo haber empleado un cristiano.

lizaba con ella por sus buenas cualidades. Se enamoró de ella Decio Mundo, caballero de la más alta dignidad. En vano trató de seducirla mediante numerosos regalos, pues ella rechazó todos los que le ofrecía. Su amor aumentó cada vez más, hasta que llegó a ofrecerle doscientas mil dracmas áticas por una sola noche.

En vista de que ni aun con esta suma pudo doblegar su ánimo, no pudiendo soportar más su pasión, determinó dejarse morir de hambre para poner fin a sus sufrimientos. Decidido a morir así, se preparó para hacerlo. Pero había una liberta de su padre, de nombre Ide, experta en toda clase de crímenes. Se lamentó que el joven persistiera en morir, pues era evidente que realizaría su propósito. Se acercó a él y lo animó, asegurándole que gozaría de los abrazos de Paulina. El accedió a su propuesta, y ella le aseguró que le bastaban cincuenta mil dracmas para la conquista de aquella mujer. Después que infundió esperanzas en el joven y recibido el dinero solicitado, adoptó medios diferentes de los utilizados hasta entonces; pues veía que Paulina no podía ser seducida mediante dinero. Informada de que era muy dada al culto de Isis decidió realizar lo siguiente.

Habiendo reunido a algunos de sus sacerdotes a quienes obligó con juramentos, y sobre todo luego de ofrecerles dinero, por el momento veinticinco mil, y otro tanto cuando el asunto se hubiera llevado a cabo, les expuso el amor del joven y los incitó a que de todos modos procuraran apoderarse de la joven. Ellos, inducidos por el oro, prometieron hacerlo. El mayor de ellos se acercó a Paulina y pidió hablar con ella a solas. Habiéndosele concedido, dijo que venía en nombre de Anubis, pues el dios, a causa del amor que sentía por ella, la invitaba a que fuera a él. Estas noticias le resultaron agradables y deseables y se jactó ante sus familiares del honor que Anubis le otorgaba; anunció también a su marido que había sido invitada a comer y a acostarse con Anubis. El recibió estas noticias alegremente, pues conocía muy bien la honestidad de su mujer. Paulina se dirigió al templo, y después de haber cenado, siendo hora de acostarse, habiendo el sacerdote cerrado las puertas, dentro del templo se apagaron las luces. Mundo, que se había escondido, se unió con ella, y ella se entregó durante toda la noche, creyendo que se trataba del dios.

El se fué antes de que se levantaran los sacerdotes que conocían la intriga. Paulina por la mañana se presentó ante su esposo a quien narró la aparición de Anubis, relatándola también orgullosamente a sus familiares. De éstos, unos no la creyeron, considerando la naturaleza del asunto; otros se admiraron de ello, pues no podían, sin ser injustos, dudar de su palabra, si tenían en cuenta su honestidad y nobleza.

Al tercer día después del hecho, Mundo se presentó a Paulina y le dijo:

-Paulina, me has ahorrado doscientas mil dracmas, que pudiste agregar a tu fortuna; y sin embargo, me concediste lo que te pedí. Poco importa que te hayas esforzado en injuriar a Mundo; pues hiciste lo que yo deseaba bajo el nombre de Anubis.

Dichas estas palabras, se fué. Ella, informada de la afrenta inferida, se rasgó los vestidos y relató a su esposo la magnitud de la ofensa, pidiéndole que la vengara. Este presentó el asunto ante César. Tiberio, habiendo hecho averiguar lo acontecido entre los sacerdotes, los condenó a ser crucificados e hizo morir también a Ide, culpable de todo lo que había pasado a aquella mujer. Además destruyó el templo e hizo arrojar al agua del Tíber la imagen de Isis. A Mundo lo castigó con el destierro, considerando que no tenía por qué castigarlo más, pues había delinquido por la vehemencia de su amor. Estos fueron los actos vergonzosos con los que sacerdotes de Isis infamaron su templo. Ahora voy a referir lo que aconteció a los judíos que vivían en Roma, como dije antes.

5. Había un hombre de raza judía, que había huido de su patria, pues estaba acusado de proceder en contra de la ley y temía el castigo. Era un hombre perverso en todos los aspectos. Vivía en Roma y se decía intérprete de la ley de Moisés. Habiéndosele unido otros tres en todo semejantes a él, lograron persuadir a una mujer noble, Fulvia, que se había convertido a la ley mosaica y era su discípula, que enviara púrpura y oro al Templo. de Jerusalén. Cuando lo recibieron, lo gastaron en sus cosas, pues en realidad lo habían pedido para este fin. Tiberio, a quien los denunció su amigo Saturnino, esposo de Fulvia, a instancias de su mujer, ordenó expulsar de Roma a todos los judíos. Los cónsules, habiendo primeramente seleccionado cuatro mil hombres,
los enviaron como soldados a la isla de Cerdeña, y entregaron a los suplicios a un número mucho mayor, que rehusaban el servicio militar por fidelidad a las leyes de su patria. Y es así, como por la maldad de cuatro hombres, los judíos fueron expulsados de la ciudad.

CAPITULO IV

Perturbaciones en Samaria. Pilatos ordena numerosas eje
cuciones. Vitelio envía a Pilatos a Roma. Tiberio ordena
a Vitelio pactar con Aristóbulo. Muerte de Filipo

1. Tampoco a los samaritanos les faltaron agitaciones. Los excitó un hombre que no daba importancia ninguna a la mentira y que nada dejaba de hacer para conquistarse la simpatía del pueblo. Ordenó que subieran con él al monte Garizim, que para ellos es el más célebre de todos los montes, por morar en él la divinidad. Aseguraba que una vez allí les mostraría los vasos sagrados que Moisés escondió y enterró. El pueblo, que dió crédito a lo que decía, tomó las armas y reunióse en un pueblo llamado Tiratana donde se les agregaron otros en gran número, para subir al monte.

Pero Pilatos se anticipó y ocupó el camino con soldados de caballería e infantería. Estos mataron a algunos, a otros pusieron en fuga e hicieron muchos cautivos. Pilatos hizo matar a los principales.

2. Apaciguada la sedición, el senado de los samaritanos se presentó ante Vitelio, varón consular y gobernador de Siria, y acusó a Pilatos de las muertes. No se habían reunido en Tiratana para rebelarse contra los romanos, sino para escapar a la violencia de Pilatos. Entonces Vitelio, luego de enviar a Marcelo, su amigo, para que se informara sobre los problemas de los judíos, ordenó a Pilatos que regresara a Roma, para responder ante el César por los crímenes de que se lo acusaba. Así es como Pilatos, después de pasar diez años en Judea, se dirigió a Roma, por orden de Vitelio, a quien no podía oponerse. Antes de llegar a Roma, falleció Tiberio.
3. Vitelio, que se dirigía a Judea, pasó a Jerusalén en la oportunidad de la fiesta de Pascua. Fué recibido magníficamente por
los judíos, a quienes perdonó los impuestos sobre la venta de las cosechas. Permitió también que las vestiduras del sumo pontífice y todos sus ornamentos fueran guardados en el Templo por los sacerdotes, como se hacía anteriormente. En aquel tiempo eran depositados en la fortaleza llamada Antonia, por el siguiente motivo. Uno de los pontífices llamado Hircano, el primero de este nombre, pues hubo muchos que se llamaron así, habiendo hecho construir una fortaleza en las cercanías del Templo, pasaba allí gran parte de su vida; las vestiduras, que estaban bajo su vigilancia, pues sólo él podía usarlas, eran guardadas en el mismo lugar; todas las veces que se dirigía a la ciudad vestía de particular. Lo mismo acostumbraron a hacer sus hijos y nietos. Durante el reinado de Herodes, viendo éste que la fortaleza estaba ubicada en un lugar muy adecuado, hizo muchos gastos en su refección, dándole el nombre de Antonia en honor de Antonio, que era su amigo. Retuvo las vestiduras sacerdotales que se encontraban allí, confiando en que por este motivo el pueblo dejaría de complotar.
De igual modo obró Arquelao, su hijo, quien lo sucedió en el mando. Al tomar los romanos el gobierno por su cuenta, encontraron que las vestiduras sacerdotales estaban depositadas en una construcción de piedra, sellada por los sacerdotes y los guardianes del tesoro, donde el comandante de la guarnición encendía todos los días una lámpara. Siete días antes de la fiesta, el último enviaba las vestiduras a los sacerdotes, y el sumo sacerdote se servía de las mismas después de purificarlas. Después de la solemnidad de nuevo las reponían en el lugar donde se guardaban. Esto se realizaba todos los años, con motivo de los tres días festivos y el día
de ayuno 1.
Vitelio ordenó, de acuerdo con la costumbre nacional, que las vestiduras fueran guardadas por los sacerdotes, con mandato al comandante de la fortaleza de que no investigara dónde se guardaban ni en qué días se utilizaban. Procedió así para conquistarse la simpatía del pueblo. Privó del sumo sacerdocio a José, llamado también Caifás, y puso en su lugar a Jonatás, hijo del sumo pontífice Anán. Después se retiró a Antioquía.

1 Pascua, Pentecostés, la fiesta de los Tabernáculos y el día de la expiación.
4. Por este tiempo Tiberio escribió a Vitelio ordenándole que hiciera un pacto de amistad con Artabano, rey de los partos. Temía que, como enemigo y por haber ocupado a Armenia, cometiera daños todavía mayores. Pero la única forma de dar crédito a su amistad sería que entregara rehenes, especialmente al hijo de Artabano.
Después de escribir estas instrucciones a Vitelio, Tiberio persuadió, mediante la donación de grandes cantidades de dinero, al rey de los iberos y al de los albanos, que atacaran sin

demora a Artabano. Rehusaron hacerlo, pero dieron paso libre a los escitas a través de su territorio, abriéndoles las puertas caspias, para lanzarlos contra Artabano. Con esto los partos perdieron de nuevo Armenia. La guerra se extendió por su territorio; murieron muchos de los hombres más nobles, y todo el país quedó devastado. En la guerra fallecieron muchos miles, incluso el hijo del rey.

Vitelio intrigó para eliminar al rey Artabano, sirviéndose de parientes y amigos a quienes ofreció grandes regalos. Artabano comprendió que no podría eludir las intrigas tramadas por muchos hombres muy bien ubicados y que, al final, conseguirían su objetivo; pensaba en aquellos que todavía aparentemente eran sus partidarios, a pesar de que estaban corrompidos, de tal modo que si algo se intentaba en su contra, se pasarían a los que lo habían traicionado. Por este motivo se retiró a las satrapías de las partes superiores del país. Luego, habiendo reunido un gran ejército de dahos y sacos, venció a sus enemigos y reconquistó el reino.

5. Enterado Tiberio, ordenó que se hiciera amistad con Artabano. Este aceptó alegremente la conferencia a que se lo invitaba con este motivo. El rey y Vitelio se reunieron en el río Eufrates; se encontraron en medio de un puente tendido sobre el río, acompañado cada uno de ellos por sus guardias. Después de hacer el pacto de amistad, Herodes, el tetrarca, los invitó a un banquete en una tienda lujosa extendida en medio del puente. Poco después Artabano envió su hijo Darío a Tiberio como rehén, con muchos dones. Entre estos dones había un hombre de siete codos de altura, de raza judía, llamado Eleazar, a quien le decían el Gigante.

Después Vitelio regresó a Antioquía y Artabano a Babilonia. Herodes, que quería ser el primero en anunciar a César la ob. tención de los rehenes, envió correos y escribió una carta en la

cual le exponía todo detalladamente, de modo que el procónsul no tuviera nada que agregar. Este también envió cartas, pero cuando el César las recibió ya estaba informado de todo, pues lo había sabido por intermedio de Herodes. Vitelio se indignó grandemente, considerándose más injuriado de lo que realmente había sido; pero ocultó su indignación hasta su retorno bajo el gobierno de Cayo.

6. Por entonces falleció Filipo, hermano de Herodes, en el año vigésimo del gobierno de Tiberio, y en el trigesimoséptimo desde que estuviera al frente de la Traconítida, Gaulanítida y Batanea. Fué un hombre de carácter suave con los súbditos y de ingenio apacible. Pasaba todo el año en el territorio que le pertenecía. En sus viajes, llevaba sólo unos pocos acompañantes. Hacía transportar consigo el trono en el que se sentaba para hacer justicia, por si alguien se le presentara pidiendo su ayuda; en este caso sin demora alguna se dirigía al lugar donde se encontraba el trono, y sentado en él decidía la causa. Castigaba a los culpables y absolvía a aquellos que eran acusados injustamente. Murió en Julias y fué sepultado magníficamente en el monumento que previamente se había construido. Su territorio, pues murió sin hijos, pasó a poder de Tiberio, que lo unió a la provincia de Siria, pero ordenó que los impuestos de la tetrarquía quedaran en la misma.

CAPITULO V

El tetrarca Herodes hace la guerra a Aretas, y es vencido.
Historia de Juan Bautista. Vitelio, al informarse de la
muerte de Tiberio, detiene las hostilidades

1. Por este tiempo surgieron disensiones entre Aretas, el rey de Petra y Herodes, por el siguiente motivo. Herodes el tetrarca casóse con la hija de Aretas, y vivió con ella durante mucho tiempo. En viaje a Roma, fué a visitar a su hermano Herodes, hijo de otra madre, pues Herodes el tetrarca era hijo de la hija de Simón el sumo pontífice. Enamoróse de Herodias, la mujer de su hermano, hija de Aristóbulo, otro de sus hermanos, y hermana de Agripa el grande. Tuvo la audacia de hablarle de matrimonio. No le disgustó a ella la propuesta; se convino entre los dos que
ella iría a su casa así que él regresara de Roma; además él prometió repudiar a la hija de Aretas.
Después de formalizar estas promesas, él marchó a Roma. Cuando estaba ya de regreso, concluídos los asuntos para los cuales había ido a Roma, su esposa, informada de lo pactado con Hero. días, antes de que él supiera que ella lo sabía, se dirigió a Maquero 1, fortaleza que se encuentra en los límites del territorio de Jlerodes y Aretas, sin que él sospechara sus propósitos. Herodes le envió a donde pedía ir, ignorando que su esposa estaba bien informada.
Pero ella, que había enviado algún tiempo antes emisarios a Maquero, lugar que entonces dependía de su padre, encontró allí todo preparado por su comandante para el viaje. De allí pasó a Arabia haciéndose escoltar por comandantes de los puestos sucesivos, para llegar cuanto antes a presencia de su padre, y descubrirle las intenciones de Herodes. Aretas buscó un pretexto de hostilidad a propósito de las fronteras del territorio de Gamala. Los dos reunieron sus ejércitos con fines bélicos y enviaron a sus generales. Iniciadas las hostilidades, todo el ejército de Herodes fué vencido y muerto, pues fué traicionado por algunos prófugos que estaban al servicio de Herodes, aunque eran de la tetrarquía de Filipo. Sobre esto Herodes informó por carta a Tiberio. Este, indignado con Aretas, escribió a Vitelio que le hiciera la guerra y se lo enviara vivo, encadenado, o, si era muerto, la cabeza. Tales fueron las órdenes de Tiberio al procónsul de Siria.
2. Algunos judíos creyeron que el ejército de Herodes había perecido por la ira de Dios, sufriendo el condigno castigo por haber muerto a Juan, llamado el Bautista. Herodes lo hizo matar, a pesar de ser un hombre justo que predicaba la práctica de la virtud, incitando a vivir con justicia mutua y con piedad hacia Dios, para así poder recibir el bautismo 2. Era con esta condición que Dios consideraba agradable el bautismo; se servían de él no para hacerse perdonar ciertas faltas, sino para purificar el cuerpo,

1 Fortaleza ubicada entre Palestina y Arabia, construida por Alejandro Janeo.

2 V. Mateo, XIV, 1-12, Lucas, III, 1-3 y 19-20.

con tal que previamente el alma hubiera sido purificada por la rectitud. Hombres de todos lados se habían reunido con él, pues se entusiasmaban al oírlo hablar. Sin embargo, Herodes, temeroso de que su gran autoridad indujera a los súbditos a rebelarse, pues el pueblo parecía estar dispuesto a seguir sus consejos, consideró más seguro, antes de que surgiera alguna novedad, quitarlo de en medio, de lo contrario quizá tendría que arrepentirse más tarde, si se produjera alguna conjuración. Es así como por estas sospechas de Herodes fué encarcelado y enviado a la fortaleza de Maquero, de la que hemos hablado antes, y allí fué muerto. Los judíos creían que en venganza de su muerte, fué derrotado el ejército de Herodes, queriendo Dios castigarlo.
3. Vitelio se aprestó a hacer la guerra a Aretas; tomó consigo dos legiones y todas las tropas ligeras y de caballería que tenía agregadas, guiadas por los reyes sometidos a los romanos. Yendo hacia Petra, llegó a Ptolemáis. Al querer pasar con su ejército por Judea,

los principales le pidieron que no lo hiciera; adujeron que sus costumbres nacionales no permitían las imágenes y que había muchas en las insignias. Vitelio accedió al pedido, y ordenó que el ejército avanzara por una gran llanura. El con He. rodes y sus amigos ascendió a Jerusalén, para ofrecer sacrificios a Dios, estando próxima la fiesta de los judíos. Llegó para la fiesta y fué recibido magníficamente por el pueblo, permaneciendo tres días. Entretanto destituyó a Jonatás del pontificado y puso en su lugar a su hermano Teófilo.

Al cuarto día recibió una carta comunicándole que Tiberio había fallecido; hizo entonces jurar al pueblo fidelidad a Cayo. Tam. bién dió orden de retroceder a los soldados que estaban en camino, para que se retiraran a sus cuarteles de invierno, pues no tenía el mismo poder de antes para hacer la guerra, por haber pasado el imperio a las manos de Cayo.

Se cuenta también, que Aretas, al informarse que se acercaba la expedición de Vitelio, consultó a un adivino, el cual dijo que aquél no entraría en Petra; pues en breve moriría el jefe que había ordenado la guerra, o aquel que se disponía a cumplir las órdenes o aquel en cuyo favor se había preparado la expedición.

Vitelio se retiró a Antioquía.

Agripa hijo de Aristóbulo, un año antes de fallecer Tiberio, se
dirigió a Roma para tratar de sus asuntos con el César, en la medida que le fuera posible.

Quiero tratar más extensamente la situación de Herodes y su familia, por de pronto porque interesa a la historia, y además porque es una manifestación de la providencia divina, que demuestra que no importan ni el número ni las fuerzas que los hombres emplean, cuando falta la piedad hacia Dios, puesto que en el espacio de un siglo casi todos los descendientes de Herodes, a pesar de ser muy numerosos, desaparecieron. El conocimiento de su mala suerte servirá para que el género humano sea más prudente, como también la vida admirable de Agripa, el cual, de simple particular, se elevó contra lo que todos esperaban, a un grado tal de poder. Ya lo he mencionado anteriormente, pero lo trataré en forma más precisa.

4. Herodes tuvo dos hijas con Mariamne, la hija de Hircano: una de ellas, Salampsio, casó con su primo Fasael, hijo de Fa. sael, el hermano de Herodes, habiendo éste dispuesto el matrimonio. La otra, Cipros, se casó también con su primo Antipáter, hijo de Salomé, hermana de Herodes. Fasael tuvo cinco hijos con Salampsio: Antipáter, Herodes, Alejandro y dos hijas, Alejandra y Cipros, que se casó con Agripa, hijo de Aristóbulo. Alejandra contrajo matrimonio con Timio, uno de los principales ciudadanos de Chipre, muriendo sin haber dejado hijos. En cambio, Cipros dió dos hijos y tres hijas a Agripa. Estas eran Berenice, Mariamne y Drusila. Los hijos fueron Agripa y Druso; el último murió antes de llegar a la pubertad. Su padre Agripa fué educado a la par de los otros hermanos, Herodes y Aristóbulo, que también eran hijos de Herodes el Grande y de Berenice; Berenice era hija de Costobaro y Salomé, la hermana de Herodes. Estos fueron dejados por el padre siendo muy niños, cuando Aristóbulo fué muerto con su hermano Alejandro, como dijimos.

Una vez adolescente este Herodes, hermano de Agripa, casó con Mariamne hija de Olimpias, hija del rey Herodes, y de José, hijo de José, que era hermano del rey Herodes; con ella tuvo un hijo, Aristóbulo. El tercer hermano de Agripa, Aristóbulo, casó con Jotape, hija de Sampsigeramo, rey de Emeso; tuvieron una hija sorda, cuyo nombre era

también Jotape. Estos fueron los hijos de los hijos. Herodias, su hermana, casó con Herodes (Filipo), el hijo de Herodes el Grande que éste tuvo con Mariamne, la hija del pontífice Simón. Tuvieron una hija, Salomé; después del nacimiento de ésta, Herodias, que se propuso violar las leyes nacionales, casó con Herodes (Antipas), hermano de su esposo del mismo padre, apartándose del primer marido mientras éste vivía. Ejerció la tetrarquía de Galilea. Su hija Salomé estaba casada con Filipo, hijo de Herodes, que ejerció la tetrarquía de Traconítida. Habiendo éste fallecido sin hijos, se casó con ella Aritóbulo hijo de Herodes, hermano de Agripa; nacieron tres hijos, Herodes, Agripa y Aristóbulo. Estos son los descendientes de Fasael y Salampsio.

Cipros tuvo con Antipáter una hija llamada Cipros, casó con Alexas Helcias, hijo de Alexas. Tuvieron una hija llamada Cipros. Pero Herodes y Alejandro los cuales, como dije, fueron hermanos de Antipáter, murieron sin descendientes. Además Alejandro, hijo del rey Herodes, que fué muerto por el padre, tuvo dos hijos, Alejandro y Tigranes, con la hija de Arquelao, rey de los capadocios. Tigranes, rey de Armenia, murió sin hijos, mientras era acusado en Roma. Alejandro tuvo un hijo llamado Tigranes, como su hermano, el que fué enviado por Nerón para que gobernara en Armenia. Tuvo un hijo llamado Alejandro. Este casó con Jotape, hija de Antíoco, rey de Comagena; fué hecho por Vespasiano rey de una isla de Cilicia. Los descendientes de Alejandro ya desde la primera infancia se apartaron de las leyes de los judíos, pasando a las costumbres y ritos de los griegos. Las demás hijas de Herodes murieron sin hijos. Los descendientes de Herodes que acabo de enumerar vivían en el momento en que Agripa el Grande recibió el título de rey, y ya expuse su parentesco. Quiero ahora enumerar las desventuras a las que pudo escapar Agripa para ascender a la cima del poder y de las dignidades.

CAPITULO VI

Agripa se traslada a Roma para presentarse ante Tiberio. Acusado por uno de sus libertos, es encarcelado. Recobra la libertad con la muerte de Tiberio; Calígula lo nombra rey de la tetrarquía de Filipo

1. Poco antes de la muerte del rey Herodes, Agripa vivía en Roma. Fué educado junto con el hijo de Tiberio, Druso, con quien tenía gran amistad, así como también con Antonia, esposa de Druso el Grande, pues su madre, Berenice, a la que aquélla apreciaba, le pidió que la ayudara a hacer progresar a su hijo en los honores. Agripa era magnánimo y pródigo. Mientras vivió su madre, disimuló sus intenciones, para no disgustarla.

Fallecida Berenice, no habiendo nada que lo trabara, gastó sus bienes en parte viviendo lujosamente y en parte con donaciones desmedidas, especialmente entre los libertos de César, a la espera de poder contar con su ayuda.

Al poco tiempo quedó reducido a la indigencia, de manera que ya no se pudo quedar en Roma por más tiempo. Además, Tiberio había prohibido que los amigos de su hijo se presentaran como antes a su presencia, para que no se le renovara el dolor de su muerte.

2. Por este motivo, Agripa se embarcó hacia Judea, muy afligido y desanimado por haber gastado todo su dinero y no disponer de nada para pagar a sus acreedores, que eran muchos y estaban a la expectativa de todos sus movimientos para que no se les escapara.

Quedó reducido a una situación en la cual no sabía qué hacer. Entonces se retiró a una fortaleza idumea de Malata, pensando quitarse la vida.
Lo adivinó Cipros, su mujer, que trató por todos los medios de apartarlo de esta idea. Escribió a su hermana Herodias, casada con el tetrarca Herodes, indicándole las intenciones de Agripa en vista del estado de sus asuntos y los extremos de indigencia a que había llegado. Le pedía que, a causa del parentesco, la ayudara y que indujera a su esposo a hacer lo mismo. Viendo que ella procuraba ayudarlo, a pesar de no abundar en riquezas, Herodes y Herodías llamaron a Agripa y le asignaron como lugar de residencia Tiberíades, con una cantidad limitada para vivir, y lo nombraron edil de la zona. Herodes no mantuvo mucho tiempo esta decisión, a pesar de que ni aun así satisfacía las necesidades de Agripa. Mientras celebraban un banquete en Tiro, el vino desató las lenguas, y Herodes le reprochó su pobreza, pues le tenía que suministrar lo necesario para vivir. Agripa no pudo soportarlo; entonces se dirigió a Flaco, varón consúlar, que por entonces estaba al frente de Siria y con quien ya antes, en Roma, había tenido gran amistad.
3. Flaco lo recibió muy bien, admitiéndolo a su lado junto con Aristóbulo, hermano de Agripa con el cual éste estaba en desacuer do. Su disentimiento, sin embargo, no obstaculizaba la amistad de ambos con el procónsul, quien los trataba honrosamente. Pero Aristóbulo no abandonaba su odio y procuró por todos los me dios enemistar a Flaco con Agripa, arbitrando la siguiente oportunidad para ello. Estando en contienda los de Damasco con los de Sidón a causa de las fronteras, fué árbitro en la decisión Flaco; pero conociendo aquéllos la influencia de Agripa le pidieron que se pusiera de su lado, ofreciéndole gran cantidad de dinero. El, entonces, procuró ansiosamente auxiliar a los de Damasco. Pero Aristóbulo lo delató a Flaco, pues no se le ocultaba que le habían ofrecido dinero. Habiéndose comprobado que era así, después de haberse investigado, Flaco le retiró su amistad.
Reducido a extrema necesidad dirigióse a Ptolemáis, y no sabiendo dónde vivir, determinó navegar a Italia. Falto de dinero para este viaje, ordenó a Marsias, su liberto, que de todas maneras se lo procurara prestado. Masias rogó a Petro, liberto de Berenice, madre de Agripa, traspasado legalmente por testamento a manos de Antonia, que por lo menos le prestara este dinero bajo su propia firma y garantía. Pero el otro, reclamando cierta cantidad de la cual había sido despojado por Agripa, obligó a Marsias a firmar un vale por veinte mil dracmas áticas, cuando solamente entregaba dos mil quinientas. Lo firmó, puesto que no tenía otra salida. Con este dinero Agripa fletó un navío, llegó a Antedón y se preparó para levar anclas.
Cuando lo supo Herenio Capito, gobernador de Jamnia, envióle soldados para exigirle trescientas mil piezas de plata que Agripa había quedado debiendo al tesoro imperial cuando vivía en Roma; y lo obligaron a quedarse allí. Agripa simuló cumplir la orden; pero, durante la noche, cortó las amarras y se dirigió a Alejandría. Allí pidió a Alejandro el alabarca que le prestara doscientas mil dracmas. Alejandro se negó a prestárselas, pero no se las negó a Cipros, admirado de su amor conyugal y de sus demás virtudes. Cipros aceptó y Alejandro, habiéndole entregado cinco talentos en Alejandría, prometió darle el resto cuando llegaran a Dicearquía, puesto que desconfiaba de la prodigalidad de Agripa. Cipros,
después de despedir a su esposo en viaje a Italia, regresó con sus hijos a Judea.

4. Habiendo Agripa llegado a Puteoli, escribió una carta al emperador Tiberio, que residía en Capri; había ido a rendirle homenaje, verlo y pedirle permiso para dirigirse a Capri. Tiberio le contestó muy amablemente y, entre otras cosas, le dijo que se alegraría de verlo en Capri. Una vez allí, lo recibió con no menor amabilidad de la que le manifestó en la carta, lo abrazó y le ofreció hospedaje. Pero al día siguiente César recibió una carta de Herenio Capito en la que le decía que Agripa, después de haber recibido prestadas trescientas mil dracmas, que no pagó a su debido tiempo, a pesar de habérsele amonestado a que las devolviera, escapó del lugar de su territorio, de modo que quedó privado de toda posibilidad de exigirle el dinero. Al leer esta carta, el César se indignó mucho, y prohibió a Agripa que se presentara ante él sin antes haber arreglado sus deudas.
Agripa se alteró por la ira del César; pidió a Antonia, madre de Germánico y de Claudio, el futuro César, un préstamo de trescientas mil dracmas, para no perder la amistad de Tiberio. Ella, en recuerdo de su madre Berenice, pues había unido a las dos mujeres una profunda amistad, y además por haber sido Agripa educado junto con Claudio, le facilitó el dinero.
Pagada la deuda, quedóle expedito el camino para la amistad con el César. Más adelante el mismo Tiberio le encomendó a su nieto, ordenándole que lo acompañara en todas las salidas.
Agripa, por haber sido aceptado favorablemente por Antonia, atendió diligentemente a Cayo, su nieto, tenido en gran honor por el afecto de que gozaba su padre.
Había un cierto Talo, de raza samaritana, liberto de César. Luego de pedirle prestado un millón de dracmas, pagó a Antonia lo que le debía, y gastó el resto para servir a Cayo, a fin de aumentar su crédito ante él.
5. Agripa hizo grandes progresos en su amistad con Cayo. En cierta oportunidad, mientras iban en el carro, empezaron a hablar sobre Tiberio; aconteció que Agripa, pues se encontraban solos, rogó a Dios que Tiberio se fuera pronto, y dejara el imperio a Cayo, por ser el más digno. Oyólo Eutico, liberto de Agripa y auriga; y por entonces se calló. Acusado por Agripa de haberle sustraído un vestido, lo que así era, se fugó. Llevado ante Pisón, el prefecto de la ciudad, cuando le preguntaron por qué se había fugado, dijo que tenía algunos secretos que confiar al César, referentes a su seguridad. Por este motivo fué enviado a Capri, encadenado. Pero Tiberio, de acuerdo con su costumbre, lo retuvo encarcelado, pues era más contemporizador que ningún otro rey o tirano.
Tiberio no recibía jamás de inmediato a las embajadas; y los generales y gobernadores nombrados por él no eran reemplazados, a menos que murieran. También demoraba en atender a los encarcelados. Los amigos en cierta oportunidad le preguntaron la razón de que hiciera esperar a las embajadas; contestó que si las atendía pronto se presentarían nuevos legados y en esta forma no tendría otra cosa que hacer más que recibir y despedir embajadas. Dijo también que permitía que retuvieran mucho tiempo el mando aquellos que había nombrado, a fin de que manifestaran cierta honorabilidad en la administración de los asuntos. Todos los hombres elevados a la magistratura se inclinaban por la codicia; los que no son perpetuos, sino nombrados por un tiempo breve, puesto que no saben cuándo se los privará del poder, se dan al robo con mayor avidez. Si lo retienen por largo tiempo, satisfechos con lo robado, por haber conseguido lo bastante y estar saciados, son más lentos para la rapiña. Al contrario, si se les nombraba inmediatamente sucesores, los

súbditos que serían sus víctimas no lograrían satisfacer a los funcionarios; éstos no verían repetirse la ocasión que permitió a sus antecesores hartarse, porque serían desplazados antes de aprovechar la oportunidad.
Les explicó lo siguiente a manera de ejemplo. Un gran número
de moscas cubría la herida de un hombre que yacía en el suelo. Un caminante que pasó por casualidad se compadeció de su suerte,
y pensando que su debilidad era tan extrema que no las podía alejar, se acercó y se las espantó. El herido le pidió que no lo hiciera, y al preguntarle por qué motivo no quería que lo librara de la molestia, dijo:
-Al apartarlas, me pones en situación más grave. Porque estas moscas, una vez llenas de mi sangre, no me molestarán como antes,
se contendrán un poco. Pero si vienen otras, con las fuerzas intac-
tas y atraídas por el hambre, se apoderarán de mi cuerpo ya agotado y no pararán hasta que me maten.
Es por estas razones que Tiberio, puesto que los tributarios estaban castigados por múltiples malversaciones, no les enviaba con frecuencia gobernadores, uno después de otro, que procedieran con ellos a la manera de las moscas, temeroso de que a su naturaleza inclinada a la avidez se agregara la perspectiva de que muy pronto se vieran privados del provecho que sacaban. Los hechos confirman lo que he dicho de Tiberio, pues habiendo sido emperador durante veintidós años, en total sólo envió dos hombres a los judíos para que los gobernaran, Grato y su sucesor Pilatos. Se comportó de igual modo que con los judíos con los demás súbditos del imperio. En cuanto a los encarcelados, daba a entender que si demoraba su interrogatorio, era para que una condena a muerte no fuera a aliviar sus males presentes, pues no se encontraban en tal situación a causa de su virtud, y de esa forma quedarían sometidos a una pena mayor.
6. Por esta razón Eutico no era juzgado, y seguía aguardando en la cárcel. Poco después Tiberio pasó de Capri a Túsculo, a una distancia de cien estadios de Roma. Agripa rogó a Antonia que intercediera ante Tiberio para que oyera a Eutico sobre aquello de que lo acusaba. Antonia gozaba de gran prestigio ante Tiberio, tanto por el parentesco, pues había sido esposa de su hermano Druso, como por su honestidad; quedó viuda siendo todavía joven, y rehusó casarse de nuevo, a pesar de que Augusto le aconsejaba que lo hiciera, llevando una vida libre de reproches. Además había prestado un gran servicio a Tiberio. Sejano, que fuera amigo del esposo de Antonia, había tramado una conspiración, en una época en la que gozaba de gran poder por estar al frente de los soldados pretorianos; muchos senadores con sus libertos se unieron con él. Además el ejército estaba corrompido y la conjuración aumentaba día a día. Sejano habría logrado éxito, si Antonia con su audaz prudencia no se hubiese impuesto a su malicia.
Así que supo lo que se estaba urdiendo contra Tiberio, se lo escribió detalladamente y entregó la carta a Palas, el más fiel de sus siervos, enviándolo a Capri. Enterado Tiberio, hizo morir a Sejano y sus cómplices. En cuanto a Antonia, a la que ya anteriormente apreciaba mucho, todavía la honró más y le tuvo plena
confianza en todo. Tiberio, pues, fué rogado por Antonia que oyera a Eutico.
-Si Eutico ha mentido al acusar a Agripa -dijo Tiberio-, el castigo que le he infligido es suficiente; pero si, sometido al tormento, reconoce que ha dicho la verdad, que tema Agripa, al querer castigar a su liberto, pues será él quien recibirá un justo castigo.

Cuando Antonia se lo explicó a Agripa, éste insistió en que se hiciera la investigación. Antonia no dejó de interceder y aprove. chó una oportunidad que se le presentó. Tiberio iba en la litera, precedido por su nieto Cayo y por Agripa, después de haber comido. Junto a la litera marchaba Antonia, la cual pidió al emperador que hiciera comparecer a Eutico y lo interrogara.
-Pongo por testigos a los dioses, oh Antonia -respondió Tiberio-, que hago tal cosa, no por mi voluntad, sino obligado por tu pedido.
Dicho esto ordenó a Macro, el sucesor de Sejano, que hiciera comparecer a Eutico. Lo que se cumplió sin demora. Tiberio le preguntó qué era lo que tenía que decir contra un hombre que le había otorgado la libertad. Eutico respondió:
-Mientras yo me encontraba sentado a los pies de Cayo y Agr.ipa, después de hablar sobre diversos asuntos, Agripa dijo a Cayo: "Ojalá llegue el día en que muera ese anciano y te designe a ti señor del mundo; porque su nieto Tiberio no nos molestará er, lo más mínimo, si tú lo haces morir, y entonces la tierra gozará de felicidad, y yo el primero de todos".
Tiberio consideró dignas de crédito estas palabras, y en su ánimo se renovó la indignación que sentía contra Agripa, pues habiéndole ordenado que se ocupara de su nieto Tiberio hijo de Druso, no se había atenido a su orden, consagrándose en cambio totalmente a Cayo. Volviéndose hacia Macro le ordenó:
-Haz encadenar a este hombre.
Pero Macro, en parte por no haber entendido a quién tenía que encadenar y en parte porque no se imaginaba que pudiera referirse a Agripa, esperó hasta que pudiera asegurarse de cuál había sido la orden de Tiberio. Pero cuando el César dió vuelta al hipódromo y vió todavía a Agripa, dijo:
Macro, te he ordenado que encadenaras a este hombre.
Entonces le preguntó a quién se refería. -A Agripa -dijo.
Agripa empezó a rogar, recordándole al hijo junto con quien había sido educado. Pero nada consiguió, sino que tal como estaba, vestido de púrpura, fué encadenado. Como el calor era excesivo y le habían dado poco vino en la comida, estaba sediento; se desesperaba y lo consideraba una indignidad. Habiendo visto a uno de los esclavos de Cayo, de nombre Taumasto, que llevaba una vasija con agua, le pidió que le diera de beber. El esclavo le dió la vasija y Agripa, después de haber bebido, le dijo:
-Ciertamente ha sido para tu bien, oh esclavo, el servicio que me has hecho. Cuando me libre de estas cadenas, sin demora pediré a Cayo que te otorgue la libertad, pues no tuviste a menos servirme mientras estaba encadenado, como antes cuando ocupaba puestos de dignidad.
Y no mintió en lo que dijo, pues lo gratificó. Cuando obtuvo el reino, pidió a Cayo, ya César, que otorgara la libertad a Tau. masto; y lo nombró administrador de su fortuna. Al morir, lo dejó al servicio de su hijo Agripa y de su hija Berenice; y así honrado murió de edad avanzada. Pero esto aconteció más tarde.
7. Por el momento, Agripa estaba encadenado frente al palacio, apoyado en un árbol, descorazonado, junto con muchos otros prisioneros. Un pájaro se posó en el árbol, en el que se apoyaba Agripa (pájaro al que los romanos llaman bubo, buho) ; uno de los encadenados, de raza germana, habiendo visto el ave, preguntó a uno de los soldados quién era el que estaba vestido de púrpura. Informado de que era Agripa, de raza judía, uno de los hombres más nobles de ese pueblo, pidió al soldado que lo custodiaba, atado a

la misma cadena, que se le acercara para hablarle, pues quería interrogarle sobre asuntos de su patria. Habiéndosele otorgado, cuando estuvo cerca le dijo mediante un intérprete:
-Oh joven, te contrista una mudanza tan súbita, que significa para ti una gran calamidad; por eso no otorgarás fácilmente crédito a mis palabras, que explicarán lo que Dios ha dispuesto para que escapes a las desgracias presentes. Debes saber, y pongo por testigos a los dioses de mi patria y a los que presiden este lugar, y por cuyos designios estamos encadenados, que estoy dispuesto a decirlo todo, no para halagar petulantemente tus oídos ni para
infundirte una vana esperanza; pues estas predicciones, si no se comprueban con los hechos, son causa antes bien de tristeza, más
aún que si nada se hubiera anunciado. He considerado justo y aun con peligro propio declarar lo que los dioses han dispuesto sobre tu futuro. Necesariamente la liberación de estas cadenas redundará en tu buena suerte; luego ascenderás y gozarás de gran poder y dignidad. Todos los que antes te compadecían, te procla. marán feliz; tendrás un final exitoso y dejarás a tus hijos las
riquezas que habrás acumulado. Sin embargo, acuérdate que, cuando veas de nuevo esta ave, morirás cinco días después. Estos hechos acontecerán tal como los ha indicado el dios, que se ha dignado enviarte el ave. Puesto que yo los sabía de antemano, consideré injusto no comunicártelos, a fin de que, seguro de la futura felicidad, consideres liviano lo que estás sufriendo actualmente. Cuando obtengas éxito, acuérdate de nosotros, para que podamos escapar a la infelicidad a que nos vemos ahora sometidos.
Este presagio del germano le pareció en aquel momento tan ridículo como más tarde lo encontró admirable.
A Antonia le angustió la situación de Agripa; pero sabía que era difícil hablar de ella con Tiberio; además había cerrado la oportunidad a todo ruego. Pero obtuvo de Macro que los soldados lo trataran más humanamente, y que encargara su custodia a hombres apacibles, mandados por un centurión que le tuviera afecto; que se le concediera que todos los días pudiera bañarse, que pudieran verlo sus libertos y amigos, y que se le otorgaran otros privilegios referentes al cuidado del cuerpo. Podían verlo su amigo Silas y sus libertos Marsias y Estequeo, que le traían las comidas de su agrado y lo rodeaban de todos los cuidados, y le suministraban vestidos, con el pretexto de venderlos, gracias a la complicidad de los soldados advertidos por Macro. Esta situación duró seis meses, y en estas condiciones pasó Agripa ese tiempo.
8. Tiberio, a su regreso de Capri, enfermó levemente; cuando se agravó su mal, desconfiando de que pudiera recuperar la salud, ordenó a Evodo, el liberto que contaba con su mayor aprecio, que le trajera a sus hijos. Quería hablarles antes de morir. Sus hijos legítimos ya no estaban entre los vivos, pues había muerto Druso, el único que tuvo. Pero vivía el hijo de éste, Tiberio, por
sobrenombre Gemelo; así como el hijo de su hermano Germánico, Cayo. Este era un joven que había recibido muy buena educación y contaba con el favor del pueblo, que lo honraba a causa de las virtudes de su padre Germánico.
El pueblo había tenido en gran estima a Germánico por sus costumbres moderadas, por su afabilidad y modestia y por querer ser equitativo con todos. Por todos estos motivos tanto el senado como el pueblo lo tenían en gran estima y veneración. También lo apreciaban los pueblos de las provincias, unos por su gentileza en el trato y en el hablar, otros por lo que habían sabido acerca de él. Cuando murió hubo una gran aflicción, no por

simulación, como cuando muere quien fué una calamidad para el imperio, sino afectados por una verdadera tristeza, pues cada uno creía que su muerte era algo que le tocaba de cerca. Todo esto contribuyó a concentrar la benevolencia en su hijo. Entre otros los soldados se sintieron tan obligados hacia él, que estaban dispuestos a morir, si fuera necesario, para que pudiera obtener el imperio.
9. Tiberio, que ordenó a Evodo que le trajera a sus hijos al día siguiente a primera hora, rogó a los dioses patrios que le dieran algún indicio por el cual supiera quién de ellos debía sucederle en el trono, pues él se esforzaba en dejar el poder al hijo de su hijo, pero se fiaría del signo que la divinidad hiciera aparecer acerca de sus herederos más que de su opinión y sus deseos personales. Adoptó, como presagio, el de que sería el señalado para dejarle el imperio, aquel que fuera el primero en presentarse al día siguiente. Después de pensarlo, hizo decir al maestro de su nieto que se lo trajera al día siguiente a primera hora de la mañana, creyendo engañar a Dios con esta estratagema. Pero Dios demostró que era contrario a la elección de Tiberio.
Tomada su decisión, así que amaneció ordenó a Evodo que hiciera entrar al primero de sus hijos. Evodo salió y encontró a Cayo frente al palacio. Tiberio todavía no estaba presente, pues se habían retardado en servirle de comer; y Evodo ignoraba las intenciones de su señor.
-Tu padre te llama -dijo a Cayo.
Y lo hizo entrar. Tiberio, así que vió a Cayo, empezó a pensar en el poder de Dios, que le había arrebatado el suyo, pues no lo dejaba proceder de acuerdo con sus propios designios. Se lamentó
muchísimo al verse impedidlo de ratificar sus resoluciones y al comprobar que su nieto se vería despojado del imperio romano y que, al mismo tiempo, se encontraría en peligro, puesto que su seguridad dependería de personas más poderosas que verían su presencia intolerable, sin que pudiera servirle de nada su parentesco, pues su superior lo temería y odiaría por creer que aspiraría al poder y que conspiraría sin cesar contra su seguridad para apoderarse del trono. Tiberio era muy adicto a los horóscopos y se gobernaba por ellos, con empeño mucho mayor que todos los que se entregan a las predicciones. Habiendo visto en cierta oportunidad a Galba que se le acercaba, dijo a algunos de sus amigos más íntimos:
-Este es el hombre que algún día será honrado con el imperio.
Entre los emperadores fué el más inclinado a creer en los vaticinios, por no haberse engañado jamás; y así los utilizó en sus asuntos. Ahora estaba angustiado por lo que le había acontecido, lamentándose, como su nieto ya no existiera, y reprochándose por utilizar los augurios para adivinar lo futuro. Efectivamente, habría podido morir libre de toda aflicción si hubiera ignorado lo porvenir, pero se comportó de tal manera que moría con el conocimiento previo de los males que iban a acontecer a sus parientes más queridos. A pesar de estar conturbado, por haber acontecido inopinadamente que el imperio pasara a quien no esperaba, dijo a Cayo, de mala gana y contra su voluntad:
-Hijo, a pesar de que Tiberio es mi pariente más próximo, sin embargo por mi voluntad y decisión de los dioses te entrego el imperio de los romanos. Te pido que, cuando lo hayas obtenido, no te olvides de mi benevolencia, que te ha elevado a tan alto honor, ni de tu parentesco con Tiberio; ten en cuenta que por voluntad de los dioses y de acuerdo con los mismos te he otorgado este gran beneficio, y espero que me agradezcas mi voluntad propicia y recuerdes tu parentesco con Tiberio. Además has de saber que mientras viva

Tiberio, puede ser un amparo para ti y para el imperio, pero su muerte originaría calamidades. El aislamiento es peligroso para los que se encuentran en tan altos puestos; y los dioses no toleran pacientemente ni dejan sin venganza a los que obran fuera de la ley y de lo justo.
Estas fueron las palabras de Tiberio. Pero no persuadió a Cayo,
a pesar de las promesas de éste; pues después de ascender al trono condenó a muerte a Tiberio, como lo había sospechado el César. Y poco después pereció él mismo víctima de una conjuración.
10. Tiberio, después de declar a Cayo sucesor en el imperio, sobrevivió pocos días, habiendo gobernado durante veintidós años, cinco meses y tres días. Cayo fué el cuarto César. Cuando los romanos supieron la muerte de Tiberio, se alegraron por tan buena noticia, pero sólo interiormente; no se atrevían a creerlo, a pesar de que hubieran pagado mucho para que fuera verdad, pero temían que si se entusiasmaban abiertamente y resultara solamente un rumor, perecerían luego a causa de las acusaciones. Tiberio fué uno de los hombres que más perjuicios ocasionó a los patricios romanos; se inflamaba de indignación por cualquier motivo, sin que se pudiera reprimir, aunque la causa del odio fuera intempestiva. Además, por su natural se inclinaba a encarnizarse contra aquellos que juzgaba, y castigaba con pena de muerte aun los delitos más ligeros. De modo que, a pesar de que se alegraron ante la noticia de que había muerto, no expresaron su alegría tal como querían por miedo a los males que les podían acontecer si su esperanza resultara defraudada.
Marsias, liberto de Agripa, habiendo sabido la muerte de Tiberio, corrió a anunciársela a su amo. Lo encontró mientras se dirigía al baño; se acercó y le dijo en hebreo:
-Ha muerto el león.
El, que sabía muy bien lo que quería indicar con estas palabras, lleno de alegría contestó:
-Mil gracias te sean dadas, tanto por los muchos servicios como por esta buena noticia, con tal que sea verdad lo que mQ dices.
El centurión que estaba al frente de los guardias de Agripa advirtió la prisa con que se había acercado Marsias, y la gran alegría que por sus palabras recibió Agripa; sospechó que se trataba de alguna novedad y les preguntó de qué estaban hablando. Al principio esquivaron la respuesta; pero como insistiera, Agripa, que ya lo consideraba como un amigo, se lo descubrió todo. El centurión participó de la alegría causada por esta noticia, pues era buena para Agripa, y le ofreció de comer. Mientras comían y bebían más de lo ordinario, se presentó un mensajero, quien dijo que
Tiberio vivía y que, dentro de pocos días, regresaría a la ciudad. El centurión se sintió seriamente conturbado por estas palabras, pues había hecho algo que ponía en peligro su vida, había celebrado la muerte del César y comido alegremente con un encarcelado. Sacó a Agripa de su cama y le dijo:
-¿Crees tú que quedará sin castigo la mentira con que has querido engañarme acerca del emperador? ¿Supones que dejarás de pagar con tu cabeza tu maliciosa información?
Dicho esto ordenó que ataran de nuevo a Agripa, a quien previamente había soltado y puso más cuidado en vigilarlo. Agripa pasó aquella noche en medio de incomodidades. Pero al día siguiente aumentó el rumor de la noticia en la ciudad; ya la comentaban abiertamente, e incluso algunos ofrecían sacrificios. Llegaron cartas de Cayo, una dirigida al senado en la cual le anunciaba que Tiberio había muerto y que él lo sucedía en el trono; otra a Pisón, prefecto de la ciudad, en la cual le notificaba lo mismo y le

ordenaba que hiciera trasladar a Agripa a aquellas habitaciones donde vivía antes de ser encarcelado. Agripa estaba ahora seguro de su salvación, pues aunque era guardado y vigilado, gozaba de toda clase de libertades.
Cayó llegó a Roma llevando consigo el cuerpo de Tiberio, el que enterró magníficamente de acuerdo con las costumbres nacionales. Quiso en el mismo día poner en libertad a Agripa, pero se opuso Antonia, no por odio contra el encarcelado, sino teniendo en cuenta el decoro de Cayo; pues si librara de inmediato a aquel que Tiberio había ordenado que se encarcelara, parecería que recibía con gozo su muerte. Sin embargo pocos días después lo hizo llamar y le hizo cortar el cabello y cambiar de vestidos. Habiéndole impuesto la diadema, lo constituyó en rey de la tetrarquía que había sido de Filipo, agregándole la tetrarquía de Lisanias, y le cambió la cadena de hierro por una de oro, del mismo peso. Envió a Marcelo como procurador a Judea.
11. En el año segundo del imperio de Cayo César, Agripa solicitó que se le permitiera embarcarse para ir a su reino, a instalar el gobierno, y regresar una vez que hubiera puesto las cosas en orden. Con el permiso del César así lo hizo, llegando inesperadamente como rey y demostrando con ello a los hombres que lo vieron cuán fuerte es el poder del destino, pues recordaban su anti-
gua pobreza y veían su actual felicidad. Algunos lo felicitaron por no haber perdido la esperanza; otros se resistían a creer en sus calamidades anteriores.

CAPITULO VII

Agripa acusa al tetrarca Herodes. Calígula lo destierra y en
trega sus territorios a Agripa

1. Herodias, hermana de Agripa y esposa de Herodes, el tetrarca de Galilea y Perea, envidiaba a su hermano por disfrutar de más alto honor que su marido; y porque, después de haberse visto obligado a salir de su territorio por la imposibilidad de poder pagar las deudas, volvía ahora con tanta dignidad. Se sintió molesta por esa notable mutación, especialmente al verlo investido de las insignias reales y aclamado por la multitud. No pudo mantener oculta en su corazón la envidia de tanta grandeza, y estimuló a su esposo a que viajara a Roma y pidiera para sí la misma dignidad.
No le parecía posible la vida, al ver que Agripa hijo de Aristóbulo, el que fuera condenado a muerte por su padre, y que había llegado a la extrema necesidad de tener que pedir a otros lo imprescindible para vivir y de escapar por mar a sus acreedores, regresaba convertido en rey. En cambio, Herodes que era hijo del rey y cuya proximidad al trono lo llamaba a disfrutar de un honor análogo, se contentaba con vivir como simple particular.
-Si anteriormente -dijo- nunca te resultó molesto verte reducido a una condición inferior a la de tu padre, ahora por lo menos solicita el honor que te perentece; y no toleres que te supere uno a quien no molestó haber disfrutado de tus riquezas. No permitas que su indigencia tenga más valor que nuestra abundancia, y considera vergonzoso ser sobrepasado por aquellos que hasta hace poco pudieron vivir gracias a tu piedad. Al contrario, dirijámonos a Roma, y no cesemos de trabajar, ni de emplear oro y plata, pues no es mejor conservarlos que prodigarlos para obtener el reino.

2. Al principio a Herodes le desagradó esta propuesta, amante como era de la tranquilidad y de la paz y considerando sospechosos y turbadores los asuntos de Roma; por eso, se esforzaba en
convencer a su mujer que cambiara de idea. Pero ella, cuanto más esquivo lo veía, con tanta mayor vehemencia insistía en que hiciera todo lo posible para lograr el reino. Y no dejó de insistir hasta que Herodes, de mala gana, aceptó su proyecto, pues no podía escapar a lo que ella había decidido.
Hizo los aprestos de la manera más grandiosa que pudo, sin perdonar gasto alguno; y llevándose consigo a Herodías, se dirigió a Roma. Agripa, informado de sus intenciones y del boato, también se preparó. Así que supo que habían partido, también él envió a Roma a Fortunato, uno de sus libertos, con dones para el César, y cartas en contra de Herodes, a fin de que estuviera informado el César, si fuera necesario.
Fortunato, que se había embarcado en seguimiento de Herodes e hizo una feliz travesía, llegó tan poco tiempo después que en el momento en que Herodes se presentaba ante Cayo, el otro desembarcaba y enviaba su carta. Los dos desembarcaron en Dicearquía y encontraron a Cayo en Baies, pequeña villa de Campania, situada a unos cinco estadios de Dicearquía. Hay allí una residencia real lujosamente instalada, pues cada uno de los césares hizo todo lo posible por eclipsar a los anteriores en magnificencia. Este lugar suministra baños calientes que la tierra da de por sí; son provechosos para la salud y además contribuyen al bienestar.
Cayo, al mismo tiempo que hablaba con Herodes, pues lo había admitido en primer lugar, leyó la carta de Agripa en la que éste acusaba a Herodes de haber participado en la conspiración de Sejano contra Tiberio, y de conspirar en la actualidad con el parto Artabano contra el imperio de Cayo; para demostrarlo aducía que tenía en su poder una cantidad de armas suficiente para equipar a setenta mil soldados. Entonces sospechó y preguntó a Herodes si era verdad lo que le decían de las armas. Herodes confesó que tenía armas, lo que era la verdad. Cayo entonces creyó las acusaciones. Le quitó la tetrarquía y la agregó al reino de Agripa, a quien dió también el dinero de Herodes. En cuanto a Herodes, lo condenó perpetuamente a destierro en Lión, población de la Galia. Habiendo sabido que Herodias era hermana de Agripa, le asignó su fortuna personal y le dijo que su hermano era el protector que impedía que participara de la desgracia de su marido. Ella, entonces, le dijo:
-Tú, oh César, según conviene a tu dignidad, has tomado estas resoluciones; pero en lo que a mí toca, estoy imposibilitada de usar de tu gracia por el amor que profeso a mi marido. Habiendo sido su compañera cuando los asuntos le iban prósperamente, no considero justo abandonarlo ahora que la suerte le es adversa.
Irritado Cayo por este orgullo, la envió al destierro junto con Herodes y entregó a Agripa todos sus bienes. Este es el castigo que Dios impuso a Herodias por la envidia que tuvo a su hermano, y a Herodes por haber cedido a la vanidad de su mujer.
Cayo, durante los dos primeros años gobernó con gran elevación de ánimo, y por su moderación y benevolencia conquistó popularidad tanto entre los romanos como entre los súbditos del exterior. Pero, poco después, ensoberbecido, dejó de portarse humanamente, haciéndose dios y conduciéndose en todo con menosprecio de los dioses.
CAPITULO VIII
Judíos y griegos provocan disturbios en Alejandría y envían delegaciones a Roma.
Acusaciones de Apión contra los ju

díos, porque éstos se niegan a admitir la estatua del emperador. Cayo ordena a Petronio que haga la guerra a los
judíos

1. Habiendo surgido desacuerdos entre los judíos que vivían en Alejandría y los griegos, enviaron al César legados; tres por cada facción. Uno de los legados de los alejandrinos era Apión, quien, entre otras cosas que dijo de los judíos, los acusó de menospreciar el culto del César. Pues, a pesar de que todos los súbditos del imperio romano habían levantado aras y templos a Cayo y le otorgaban honores como a los dioses. únicamente los judíos consideraban ignominioso dedicarle estatuas y jurar por su nombre. Habiendo Apión dicho todo esto, con lo cual esperaba que el emperador se indignaría, cosa muy probable, Filón, que estaba al frente de la delegación de los judíos, hombre muy instruido en filosofía, hermano de Alejandro el alabarca, se preparó para hablar. Pero Cayo se lo impidió, y ordenóle que saliera de su presencia. Estaba tan indignado que nadie tenía la menor duda de que
castigaría gravísimamente a los judíos. Filón se retiró ultrajado y dijo a los judíos que lo rodeaban que era preciso tener buen ánimo, pues si Cayo los maltraba de palabra, de hecho ya se había atraído la ira de Dios.
2. Cayo, ofendido por ser desdeñado por los judíos, los únicos que lo hacían, envió como legado a Siria a Petronio, sucesor de Vitelio en el mando, ordenándole que penetrara en Judea con un gran ejército y colocara su estatua en el Templo, si los judíos lo recibieran de buen grado, y de matarlos en guerra si mostraban mala voluntad. Petronio se hizo cargo del gobierno de Siria, y se apresuró a cumplir las órdenes de César. Reunidas todas las tro. pas auxiliares que pudo, además de dos legiones, pasó a Ptolemáis para invernar, pues quería hacer la guerra durante la primavera. Escribió a Cayo sobre estas resoluciones. Muchos miles de judíos se presentaron ante Petronio en Ptolemáis, pidiéndole que no los obligara a transgredir las costumbres patrias.
-Si te propones -dijeron- llevar y colocar en el Templo una estatua, nosotros preferimos que nos maten antes que verte cumplir tal cosa; pues mientras vivamos, no podremos tolerar que se realice lo que nos prohibe la autoridad de nuestro legislador y de nuestros antepasados, que han hecho de las prohibiciones motivos de virtud.
A estas palabras, Petronio respondió indignado:
-Si yo pensara realizar tal cosa por mi propia autoridad, lo que acabáis de decir sería legítimo. Pero puesto que ha sido el César quien lo ha ordenado, es necesario que lo obedezca, no sea que dejando de obedecerlo me acarree un mal mucho más grave.
A esto respondieron los judíos:
-Tú has decidido, oh Petronio, no infringir las órdenes del César; y, por otro lado, nosotros no podemos infringir la ley de Dios, pues confiados en él y en la virtud y en las prescripciones de nuestros mayores, hasta ahora hemos permanecido fieles a su observancia. No somos tan perversos como para violar, por miedo a morir, las prohibiciones que Dios ha establecido para nuestro bien. Nosotros soportaremos todas las adversidades para defender las leyes de nuestros padres. Al exponernos a los peligros, sabemos que nos quedará la esperanza de vencerlos, pues Dios estará con nnsntrne al arpntamna In. máa tprrihlea nrnph,i nnrA hnnrarln
y el destino es por esencia mudable. Si te obedecemos, al contrario, nos expondremos al más grave reproche de indignidad, pues parecerá que por este motivo transgredimos la

ley; nos atraeremos la cólera de Dios, que puede, incluso según tu juicio, ser más poderoso que Cayo.
3. Entonces Petronio comprendió por estas palabras su ánimo decidido; y que no podría llevarse a cabo sin lucha la dedicación de la estatua de Cayo. Tendría que haber una gran matanza. To. mando consigo a sus amigos y familiares se dirigió a Tiberíades, para ver en qué condición se encontraban los asuntos de los judíos. Estos conocían el gran peligro a que se exponían en una guerra con los romanos, pero todavía temían más transgredir la ley. Muchos miles de ellos se presentaron ante Petronio en Tiberíades, suplicándole que no los pusiera en tal situación y que no manchara su ciudad con una estatua.
-¿Por ventura -dijo Petronio- declararéis la guerra al César, sin tener en cuenta sus preparativos y vuestra debilidad?
Pero ellos respondieron:
-Bajo ningún aspecto haremos la guerra, pero estamos dispuestos a morir antes que transgredir la ley.
Prosternándose en el suelo y descubriendo sus gargantas, declararon que estaban preparados para morir. E insistieron en esta forma durante cuarenta días; entretanto dejaron de cultivar la tierra, a pesar de que era la época de sembrar. Permanecían firmes en su propósito de morir, antes que tolerar que se colocara la estatua en el Templo.
4. Estando las cosas en esta situación, Aristóbulo, el hermano del rey Agripa, Helcias el Grande 1 y los principales miembros de la dinastía se presentaron ante Petronio, para suplicarle que, habiendo comprobado la obstinada decisión del pueblo, no hiciera nada que los llevara a la desesperación; sería mejor que escribiera a Cayo, diciéndole que los judíos bajo ningún motivo podían ser inducidos a admitir la estatua. Han abandonado el cultivo de la tierra, negándose a guerrear, pues carecen de fuerzas para ello; sin embargo, están dispuestos a morir antes que admitir algo que

1 Alexas Helcias hijo de Alexas, esposo de Cipros, la nieta de Herodes el Grande, nombrado en el cap. 5, párrafo 4.

atente contra las costumbres patrias. Si no se siembra se cometerán actos de latrocinio por la imposibilidad de pagar los impuestos. Tal vez Cayo cambie de opinión, antes de tomar una cruel decisión o de pensar en destruir por completo a este pueblo. Pero si persiste en sus propósitos bélicos, él tendrá que cargar solo con la empresa.
Estas fueron las palabras que Aristóbulo y los que estaban con él dijeron a Petronio. En parte por el pedido insistente de Aristóbulo y los demás, que se referían a asuntos de la mayor importancia, en parte también por comprobar la decisión de los judíos, Petronio consideró indigno hacer morir a tantos miles de hombres, para complacer la locura del César, y castigar como culpable lo que era expresión de piedad y religiosidad hacia Dios y luego condenarse a una vida llena de remordimientos. Petronio prefirió anunciar a Cayo que aquella gente era intratable, aunque sabía que el emperador se irritaría por no haber obedecido inmediatamente lo que le ordenara; quizá así lo llegaría a persuadir. Si Cayo persistía en la misma locura que antes, les haría la guerra; pero si se indignaba contra él, era bueno para el que practica la virtud no esquivar la muerte en favor de una gran multitud. Decidió, por lo tanto, atender lo que se le pedía.
5. Convocó a los judíos en Tiberíades, reuniéndose una multitud de muchos miles. Les dijo que se había hecho cargo de esta expedición no por su voluntad, sino por orden del César, que quería descargar en ellos su ira, por no cumplir lo que había ordenado.

Convenía que habiéndosele confiado tal misión, no hiciera nada sin consentimiento del emperador.
-Sin embargo -dijo-, no creo justo que trate de salvar mi seguridad y mi honor y me niegue a sacrificarlos para que vosotros no perdáis la vida, pues sois muy numerosos, y cumplís virtuosamente vuestra ley, la cual os sentís obligados a defender bajo cualquier condición por ser la de vuestros padres y para respetar la dignidad y el poder de vuestro Dios, cuyo Templo no quisiera ver abatido, a causa de la insolencia de amos poderosos. Informaré a Cayo de vuestra decisión, ayudándoos en la medida de lo posible, para que no sufráis a causa de los designios honestos que os habéis impuesto. Que Dios nos ayude, pues su poder es superior a todo ingenio y potencia humanos, y que haga que vosotros conservéis vuestros ritos y nada los prive de sus honores habituales.
En el supuesto de que Cayo, exasperado, se indigne conmigo, afrontaré cualquier situación y toleraré cualquier calamidad en perjuicio de mi alma y mi cuerpo, antes que veros perecer a causa de lo que habéis realizado honestamente. Id, pues, y que cada cual atienda sus asuntos y cultive los campos. Yo de mi parte enviaré cartas a Roma, y haré todo lo que pueda en vuestro favor, tanto por mi parte como con la ayuda de mis amigos.
6. Dichas estas palabras y disuelta la reunión de los judíos, pidió a los notables que los indujeran a cultivar los campos y que con sus exhortaciones animaran al pueblo a tener esperanza. Mientras procuraba animar a la multitud, Dios dió a conocer a Petronio su presencia y su ayuda. Así que finalizó de hablar a los judíos, Dios, contra todo lo que se esperaba, envió una intensa lluvia, pues aquel día era muy sereno sin que existiera señal ninguna de lluvia; además la gran sequedad que sufrían hacía desesperar a los hombres de que tendrían agua, aunque vieran el cielo frecuentemente cubierto de nubes. Por lo tanto, habiendo caído una intensa lluvia, fuera de lo acostumbrado y esperado, los judíos confiaron que no sería en vano el pedido de Petronio en favor de ellos.
Petronio se llenó tanto más de admiración, al comprobar que Dios cuidaba los asuntos de los judíos y manifestaba claramente su presencia; de modo que aquellos que en su interior pensaban otra cosa, ya no fueron capaces de presentar ninguna objeción. Escribió entre otras cosas, para persuadir a Cayo que no llevara a la desesperación a tantos miles de hombres, que si llegaba a matarlos, pues ésta era la única forma para apartarlos de su religión, se perjudicaría al dejar de percibir los réditos de esta gente, además de que lo maldecirían para siempre. Añadió que su Dios había ya manifestado su poder, para que no quedara duda ninguna. Tales eran los propósitos de Petronio.
7. El rey Agripa, que por aquel entonces se encontraba en Roma, gozaba de mucha amistad con el César. Lo invitó a comer, y puso gran cuidado en superar a todos en los gastos que hizo y en procurar los más exquisitos placeres, de manera que ningún otro, ni el mismo Cayo, pudiera igualarlo, y mucho menos superarlo. ¡Tanto se había empeñado en superar a los demás y en obsequiar al emperador! Cayo, admirado de su magnificencia, pues se había esforzado en complacerlo con gastos superiores a sus medios, quiso igualar su liberalidad con aquello que se le había ofrecido. Excitado por el vino e inclinado a la alegría, dijo, cuando Agripa brindó por su salud:
-Ya sabía de antemano lo mucho que me honrabas y conocía tu benevolencia, aunque te rodearan peligros de parte de Tiberio. Ahora nada dejas de hacer para mostrarme tu gratitud. Puesto que sería indigno que me superaras en tu afecto y decisión, quiero ahora

compensar mi deficiencia anterior. Es bien poco lo que te he dado hasta ahora; en la medida que pueda te suministraré todo lo que pueda contribuir a tu felicidad.
Dijo estas cosas, confiado en que le iba a pedir grandes latifundios o los impuestos de algunas ciudades. Aunque Agripa había decidido en su interior lo que iba a pedir, sin embargo no lo dijo, y contestó a Cayo:
-No te he servido antes, contra lo que ordenara Tiberio, con miras a sacar ganancia; y ahora tampoco se trata de sacar alguna ventaja. Los beneficios otorgados anteriormente eran muy abundantes, e iban más allá de lo que podía esperar una persona muy ambiciosa, pues aunque fueran menores de lo que pudieras dar, superaron mi expectación y dignidad.
Entonces Cayo, admirado de su continencia en los pedidos, insistió que le dijera lo que le podía dar. A lo cual respondió:
-Puesto que, oh señor, consideras digno ofrecerme algo, nada te pediré que pueda acrecentar mis riquezas, puesto que gracias a tu voluntad en el particular excedo a los demás. Te pido algo que te otorgará la gloria de la piedad, y contribuirá a que Dios 'e ayude y favorezca, y a mí me valdrá la gloria de saber que he obtenido de ti todo lo que te he pedido. Te pido y suplico que olvides la dedicación de tu estatua en el Templo de los judíos, según lo que ordenaste a Petronio.
8. A pesar de que sabía que tal pedido estaba lleno de peligros, pues si Cayo no se dejaba persuadir el resultado sería la muerte del solicitante, por considerar que era de gran importancia, como lo era en realidad, decidió aventurarse. Cayo, cautivado por la liberalidad de Agripa y por no demostrar que faltaba a sus promesas, después de haber obligado a Agripa a que pidiera, frente a tantos testigos, a la vez admirado de que Agripa no pensara en
ampliar su reino, solicitara más réditos o un mayor poder, sino que, preocupado por la tranquilidad pública, se ocupara de las leyes y la divinidad, accedió. Escribió a Petronio, elogiándolo por haber detenido al ejército y haberle pedido consejo sobre los judíos.
"Si antes de recibir esta carta, le decía, hubieras dedicado la estatua, no la retires; pero si aún no la has colocado, no te preocupes sobre el particular; licencia al ejército y retoma tu cargo anterior. No es necesario que se me dedique la estatua, pues quiero ser agradecido con Agripa, a quien aprecio tanto que no puedo negarme a sus deseos y pedidos."
Así escribió Cayo a Petronio, sin haber leído la carta que éste le enviaba en la cual le informaba que los judíos se iban a rebelar por causa de la estatua, pues había indicios de que estaban dispuestos a declarar la guerra a los romanos. Ofendido de que se hubieran decidido a desafiar su poder, puesto que jamás retrocedía ante el mal, ni se distinguía por la virtud, sino que se dejaba más bien llevar por la cólera sin que se moderara en lo que se refería a su satisfacción y placer, escribió a Petronio:
"Puesto que has preferido los dones que te hicieron los judíos desoyendo mis instrucciones y has tenido la audacia de ponerte a su disposición dejando de cumplir mis órdenes, te mando que juzgues por ti mismo lo que debes hacer, quedando expuesto a mi cólera, pues estoy dispuesto a hacer contigo un ejemplo que enseñe a todos los hombres actuales y de la posteridad que jamás hay que dejar de cumplir las órdenes del emperador."
9. Así escribió a Petronio; pero éste no recibió la carta en vida del emperador, retardándose la navegación, sino que previamente le llegó otra carta en la cual se le

anunciaba la muerte de Cayo. Dios no ignoraba los peligros a que se exponía Petronio a causa de los judíos y para honrarlo, al eliminar a Cayo, castigó a aquel que se había atrevido a atribuirse el culto divino y gratificó a Petronio.
Todos se alegraron junto con Petronio, tanto los que estaban en Roma como en el imperio, especialmente los senadores que gozaban de mayor dignidad por haberse ensañado Cayo especialmente contra ellos.
Murió poco después de enviar la carta a Petronio amenazándolo de muerte. La causa por la que fu¿ eliminado Cayo la expondré más adelante. Llegó a poder de Petronio primeramente la carta en la cual se le anunciaba la muerte de Cayo, y poco después la otra en la que se le decía que se suicidara. Se alegró de la muerte oportuna que había eliminado al César y admiró la providencia divina que, sin retardo, inmediatamente, lo había recompensado por el respeto que tuvo por el Templo y la ayuda que prestara a los judíos. En esta forma Petronio escapó al peligro de muerte, sin haberlo sospechado siquiera.

CAPITULO IX

Los hechos de los hermanos Anileo y Asineo. Su repercusión en la vida de los judíos de Babilonia

1. Los judíos que vivían en Mesopotamia, especialmente en Babilonia, sufrieron una grave calamidad, peor que todas las demás. Murieron en cantidades mayores a la de cualquier otra oportunidad. Lo expondré en detalle, empezando por la causa.
Hay en Babilonia una ciudad denominada Naarda, muy poblada y que posee una zona fértil muy extensa, la cual goza de muchos bienes. No está expuesta a los asaltos de los enemigos, porque se halla rodeada por el Eufrates y protegida por muros. En el mismo circuito del río se encuentra la ciudad de Nisibis. Por esto los judíos, confiando en la naturaleza del lugar, depositaron allí las dracmas dobles que, de acuerdo con la costumbre nacional, consagraban a Dios. Se servían de estas poblaciones como de un tesoro. De allí, a su debido tiempo, enviaban el dinero a Jerusalén, llevando consigo el dinero de muchos miles de hombres por miedo de que los partos, de los cuales Babilonia era tributaria, los robaran.
Había dos hermanos, Asineo y Anileo, originarios de Naarda. La madre, pues eran huérfanos de padre, les hizo aprender a fabricar telas, trabajo que los nativos no consideraban impropio, pues allí los hombres trabajan la lana. Cierta vez, el que les enseñaba y dirigía los retó por haber llegado tarde, y los castigó con azotes. Ellos consideraron que el castigo era ignominioso, y luego de apoderarse de las armas que se conservaban en la casa, se establecieron en un lugar donde el río se bifurca, y donde hay abundancia de pastos y de frutos que se pueden reservar para el invierno.
Muy pronto se les unieron numerosos jóvenes de escasos recursos. Los instruyeron en el manejo de las armas y se convirtieron en sus jefes; nada se opuso a que tendieran hacia el mal. Se hicieron inexpugnables y construyeron una fortaleza. Exigían que los pastores les pagaran tributos, sólo lo suficiente para vivir, diciendo que serían amigos de aquellos que los obedecieran y los defenderían de los enemigos. En caso de que se negaran, les matarían los rebaños. Los pastores, pues resultaba peligroso no atenerse a estas prescripciones, obedecían, y les entregaban las ovejas que pedían. Es así como fueron creciendo en poderío y pudieron lanzarse al campo para atacar a quienes quisieran. Todos

los que se encontraban con ellos empezaron a servirles y se hicieron temibles, incluso para aquellos que querían medirse con ellos. Su fama llegó hasta el rey de los partos.
2. El sátrapa de Babilonia, enterado de este hecho, quiso des. truirlos antes de que aumentara su peligrosidad. Habiendo reunido un ejército de partos y babilonios se apresuró a ir a su encuentro, planeando caer de improviso sobre ellos, antes de que alguien les informara el número de sus tropas. Acampó cerca de una laguna y descansó calladamente. Al día siguiente, que era sábado, día durante el cual los judíos se abstienen de todo trabajo, confiando en que el enemigo no resistiría y podría capturarlos sin lucha, se fué acercando lentamente, pensando caer sobre ellos de improviso. Asineo se encontraba sentado con sus compañeros con las armas en las manos.
-Compañeros -dijo-, he oído relinchos de caballos, no de caballos que pastan, sino de los que llevan jinetes, pues tengo 1_a convicción de haber oído también el ruido de los frenos. Temo que nos esté rodeando el enemigo para atacarnos. Que alguien se apre. sure a ver lo que ocurre para anunciarlo; y ojalá me haya equivocado.
Habló así. Inmediatamente algunos fueron a ver lo que pasaba. Regresaron pronto y dijeron:
-No te engañaste. Adivinaste exactamente lo que hace el enemigo: parece que no están dispuestos a permitir que sigamos cometiendo violencias. Nos han rodeado insidiosamente, dispuestos
a matarnos como si fuéramos animales, pues es muy numeroso el grupo de jinetes que se dirige contra nosotros, cuando nosotros debemos abstenernos de la lucha por estar obligados por las leyes nacionales a descansar.
Pero Asineo no estaba dispuesto a ajustar su conducta a la opinión de su explorador, considerando más justo violar valerosamente la ley, obligados por la necesidad, a repeler el ataque, aunque tuvieran que morir, que dejar que el enemigo aprovechara su inactividad. Tomando las armas animó a los que estaban con él a comportarse valerosamente. Lucharon con los enemigos y mataron a muchos de ellos, pues éstos se habían acercado desdeñándolos y dando la victoria por segura, y pusieron a los demás en fuga.
3. Cuando el rey de los partos supo el resultado de la lucha, admiróse de la audacia de los hermanos. Sintió deseos de verlos y hablar con ellos y envióles a uno de sus más fieles guardias, que les dijo:
-El rey Artabano, aunque víctima de vuestra injusticia ha depuesto su ira a causa de vuestro valor, y me ha enviado para ofreceros seguridad bajo su palabra, a fin de que podáis salir sin peli. gro, pues quiere que os presentéis ante él como amigos, sin temer ningún engaño. Al contrario, promete haceros regalos y ofreceros honores que, junto con vuestro valor, podrán ser útiles a su poderío.
Asineo rehusó ir a ver al rey y envió a su hermano Anileo con los regalos que pudo conseguir. Fué admitido a la presencia del rey. Cuando Artabano vió que solamente se presentaba Anileo preguntó por qué motivo no se hacía presente Asineo. Al enterarse que por miedo había quedado en la laguna, prometió por los dioses patrios que no dañaría en lo más mínimo a los que otorgaran fe a su palabra. Le tendió la mano derecha, acto que entre los bárbaros de esta región es una señal de confianza. Nadie se atreve a engañar, luego de haber ofrecido la mano derecha. Y nadie tiene la menor duda, cuando se le ha dado esta señal, aunque antes sospechara.

Artabano, después de esto, despidió a Anileo, a fin de que persuadiera a su. hermano a presentarse. El rey se comportaba de esta manera, porque quería utilizar el valor de los hermanos judíos
como un freno y conseguir su amistad, en momentos en que sus satrapías se rebelaban o estaban por hacerlo, y cuando él se preparaba para emprender una expedición. Temía que mientras estuviera ocupado en la guerra y en dominar a los rebeldes, los compañeros de Asineo hicieran grandes progresos y llegaran incluso a dominar en Babilonia o, en todo caso, que se dedicaran a peores depredaciones.
4. Fué con estas ideas que envió a Anileo. Este persuadió a su hermano de que el rey les tenía buena voluntad y que había dado su palabra juramentada. Por esto se apresuraron a presentarse ante Artabano. Ya en su presencia, los recibió alegremente; a la vez se admiró al ver a Asineo, que era tan valeroso a pesar de su estatura exigua, y que a primera vista parecería que debería ser despreciado por los que se unían con él, por considerarlo de poca importancia. Opinó luego entre sus amigos que su valor era mucho mayor que su cuerpo, si se comparaba el uno con el otro.
Mientras bebían, mostró Asineo a Abdagase, su mariscal; lo nombró y le habló de su valor como guerrero. Abdagase le pidió que le permitiera matarlo, para castigarlo por las injurias que había cometido en detrimento del imperio de los partos.
-No puedo permitir -respondió Artabano- que se haga tal cosa con un hombre que confió en mí, especialmente cuando le extendí la diestra, y juré por los dioses para que me creyera. Si tú eres un hombre valiente en la guerra, no es necesario mi perjurio para vengar la afrenta hecha al poder de los persas. Ataca a este hombre a su regreso con las fuerzas de que dispones, con tal que yo lo ignore.
Habiendo hecho venir por la mañana a Asineo, le dijo:
-Es tiempo, oh joven, de que te vayas con los tuyos, no sea caso de que muchos de mis capitanes que están conmigo decidan matarte, a espaldas mías. Encomiendo a tu fidelidad la tierra de Babilonia, para que, gracias a tus cuidados, esté libre de robos. Es justo que te pongas de mi parte, pues te he otorgado una fe inviolable, no sobre cosas de poca importancia, sino en lo referente a tu seguridad.
Dichas estas palabras y luego de haber otorgado muchos regalos a Asineo, lo envió a los suyos. Ya con ellos, edificó algunos fuertes nuevos y fortificó mejor los antiguos. En poco tiempo su
poder creció de tal manera como nadie que hubiera empezado con principios tan humildes habría conseguido. Los jefes de los partos enviados a las provincias vecinas lo respetaban, pues el honor que le otorgaban los babilonios les parecía poca cosa e inferior a sus méritos. Gozaba de plena potestad y crédito. Todos los asuntos de Mesopotamia en adelante dependían de él y su buena suerte no hizo sino aumentar durante quince años.
5. Cuando los hermanos estaban en pleno éxito, las cosas empezaron a andar mal para ellos por el siguiente motivo. Transformaron el valor, gracias al cual lograron tanto poder, y lo convirtieron en ignominia, alejándose de las costumbres patrias por amor a los placeres. Habiendo ido para administrar la región vecina a la de ellos un jefe de los partos, a quien acompañaba su esposa, que era elogiada por sus dotes, especialmente por su belleza, Anileo, el hermano de Asineo, ya sea que lo hubiese sabido por referencias o que la hubiera visto, se convirtió a la vez en su enamorado y su enemigo, porque no podía obtenerla más que apoderándose de ella por la fuerza y porque su deseo era irresistible.

Declararon enemigo al marido, el cual murió durante las luchas, y su mujer fué hecha cautiva y se casó con su amador. Pero la entrada de la mujer a su casa acarreó a Anileo, y también a Asineo, grandes calamidades, por el siguiente motivo. Cuando falleció su primer marido, fué tomada cautiva, y llevó consigo, ocultos, los simulacros de sus dioses gentiles y los de su primer marido, pues es costumbre en aquella región guardar en las casas los dioses y llevárselos consigo cuando salen de viaje. Al principio los veneró a escondidas; pero, una vez convertida en esposa, se entregó al culto de los dioses según su antigua costumbre y con los mismos ritos que acostumbraba observar con el primer marido.

Los compañeros de mayor prestigio de los hermanos, al principio les hicieron algunos reproches, diciendo que era en contra de las costumbres y las leyes de los judíos tomar por esposa a una mujer extranjera que violaba el culto ordenado por la ley; que debían evitar que, por acceder a los placeres del cuerpo, perdieran el poder que habían obtenido gracias a la protección de Dios. No consiguieron nada. Pero aconteció que Anileo mató a uno de los que habían hablado más francamente. Mientras agonizaba por su fidelidad a la ley, rogó a Dios que hiciera pagar las penas del homicidio a Asineo y Anileo, y que todos sus compañeros se vieran condenados a muerte, pues fueron autores del crimen, unos por no haberlo auxiliado y otros por no tomar la debida venganza. Todos sintieron intensamente lo ocurrido, pero lo sufrieron pacientemente, pues sabían que en general debían toda la felicidad presente al valor de los hermanos.

Pero cuando se informaron del culto que los partos tributaban a sus dioses, decidieron no tolerar por más tiempo la ofensa de. Anileo contra la ley. Reunidos muchos de ellos con Asineo, gritaron contra Anileo, diciendo que era ya hora, aunque antes se habían pasado por alto algunos hechos, de que se corrigiera y enmendara lo que se estaba haciendo, antes de que él y todos los demás se vieran obligados a llorar las consecuencias de la maldad. Sostuvieron que su matrimonio con una mujer extranjera era contrario a las costumbres y las leyes patrias y que condenaban el culto que aquella mujer llevaba a cabo como oprobioso para el Dios que ellos adoraban.

Asineo sabía que el pecado de su hermano había sido la causa de grandes males y que todavía lo sería más en lo futuro; sin embargo, lo toleraba, vencido por los lazos de parentesco y perdonándole aquello en que debería manifestarse más enérgico por proceder de un deseo perverso.

En vista de que, día a día, eran más insistentes los pedidos y más vehemente la exigencia, al final decidió hablar con Anileo, reprochándole lo hecho, y ordenándole que en adelante procediera de otra forma y que enviara la mujer a la casa de sus padres. Pero no consiguió nada con esta amonestación. La mujer, advertida de que el pueblo se amotinaba por su causa, y temorosa de que algo más grave le aconteciera a Anileo por este motivo, eliminó a Asineo, mezclando veneno en su comida. No tuvo el menor miedo de lo que podría pasarle, pues su juez iba a ser aquel que la amaba perdidamente.

6. Anileo, ejerciendo solo el poder, llevó el ejército contra las poblaciones pertenecientes a Mitrídates, uno de los principales de los partos, que se había casado con la hija del rey Artabano, y las entregó al saqueo. Se apoderaron de grandes cantidades de dinero y de esclavos, de gran número de rebaños y otras cosas que hacían mucho más agradable la vida a aquellos que las poseían. Pero Mitrídates, que por casualidad se encontraba en aquella zona, informado del saqueo de los poblados, se indignó por la actitud de Anileo, que lo había atacado sin haber sido provocado. Viendo menospreciada su autoridad, reunió toda la caballería que pudo, la mayor parte de hombres en pleno vigor, y salió al encuentro de Anileo.

Al llegar a uno de sus pueblos, se detuvo y descansó, con la idea de atacar al día siguiente, que era sábado, día en el que los judíos se abstienen de todo trabajo. Anileo, informado de todo por un extranjero de raza siria, un vecino de otro pueblo que lo tenía al tanto de todo, y que le dijo dónde cenaría Mitrídates, hizo su comida a tiempo y viajó de noche, a fin de atacar a los partos, ignorantes de lo que acontecía.

Los atacó cerca de la cuarta vigilia, y mató a muchos que estaban durmiendo, mientras que otros lograron escapar. Se apoderó de Mitrídates vivo, lo llevó consigo, haciéndole cabalgar desnudo sobre un asno, lo cual entre los partos es considerado como una gran afrenta. Habiéndolo conducido a un bosque en esta forma insultante, los amigos le pidieron que lo matara; pero él se opuso y dijo que no había que matar a un

hombre que, entre los partos, ocupaba por su nacimiento uno de los primeros lugares, y que por su alianza con la familia real se veía todavía en mayor dignidad. El modo como lo habían tratado era soportable, a pesar de lo mucho que lo habían ultrajado, pero como conservaría la vida, no se olvidaría de agradecer ese beneficio. Si, por el contrario, sufría lo irreparable, el rey no quedaría satisfecho hasta que no hiciera una gran matanza de judíos. Era mejor ahorrarles este des
gracia, pues eran sus hermanos de raza y, en caso de una derrota, no tendrían donde refugiarse, mientras que en la actualidad dis
ponían de la mayor parte de su gente joven.
Habiendo pensado y expresado estas ideas, logró persuadirlos.
Dejó libre a Mitrídates. Pero cuando éste regresó a su casa su mujer lo llenó de reproches, pues estaba informada de todo y sabía
que él no quería, a pesar de haber sido menospreciado y vilipendiado, perseguir a aquellos que lo llenaron de injurias y contu
melias, sino que se sentía satisfecho de haber quedado indemne, debiendo la vida a un judío de quien había sido cautivo.
-Y ahora -dijo- recupera tu valor, o juro por los dioses patrios que romperé el matrimonio.
Es así como Mitrídates, en parte por los reproches que escuchaba a diario y en parte por miedo al divorcio, reunió de nuevo, contra su deseo, un ejército, lo más numeroso posible, y se puso en campaña. Pensaba que la vida no le sería tolerable si él, un parto, era vencido en la guerra por un judío.
7. Por su parte Anileo, habiendo sabido que Mitrídates reunía un gran ejército para combatirlo, consideró indecoroso quedarse entre las lagunas y no hacerle frente; de modo que salió con sus tropas en la esperanza de que, como anteriormente, se impondría a los enemigos y que la audacia no les iba a faltar. Se le unieron muchos que no eran del ejército, con la confianza del saqueo y para infundir terror en el enemigo con su presencia. Avanzaron como unos noventa estadios por un lugar árido, y en horas del mediodía, cuando estaban fatigados por la sed, Mitrídates apareció y se lanzó sobre ellos. Tanto por la falta de agua como por la hora, no tenían fuerzas ni para levantar las armas. El resultado fué una vergonzosa derrota para los partidarios de Anileo, agotados y atacados por tropas frescas. Hubo una gran matanza y murieron muchos miles de hombres. Anileo y los que estaban con él se retiraron al bosque, dando lugar a que Mitrídates se alegrara por la victoria conseguida.
A Anileo se le unió nuevamente una gran multitud inexperta de criminales, a quienes poco les importaba la vida con tal de que sacaran de la misma algún provecho inmediato, y con ellos, logró reparar el número de los que habían muerto. Sin embargo, no podían compararse con ellos los caídos por ser rudos e inexpertos. No obstante, con su cooperación atacó a los poblados babilonios, causando su violencia grandes devastaciones.
Los babilonios y aquellos que hacían la guerra enviaron mensajeros a Naarda, a los judíos que allí vivían, exigiendo la entrega de Anileo. Como éstos se negaran a la demanda, la cual, por otra parte, aunque hubieran querido, tampoco habrían podido satisfacerla, los enviados los invitaron a la paz.
Contestaron los judíos que era también su anhelo hacer la paz. Enviaron a algunos de sus hombres con los babilonios, para que hablaran con Anileo. Los babilonios lo observaron bien todo y
la índole del lugar, donde Anileo tenía su campamento. Los ata. caron durante la noche, mientras estaban borrachos y entregados al descanso; y sin riesgos los mataron a todos, y entre ellos a Anileo.
8. Libres los babilonios del miedo a Anileo, pues era el obstáculo que se oponía para que desahogaran su odio contra los judíos, con quienes existían continuas disensiones a causa de la diversidad de las leyes, sucediendo que cuando una de las partes aumentaba en poderío, injuriaba a la otra, muertos, por lo tanto, los que se encontraban con Anileo, los babilonios atacaron a los judíos.
Irritados por las violencias de los babilonios, imposibilitados de luchar con ellos ni de vivir a su lado, emigraron a Seleucia, la principal ciudad de aquella región, edificada por Seleuco hijo de Nicátor, donde vivían muchos macedonios y griegos, además de una cantidad respetable de sirios. Se refugiaron allí, y durante cinco años estuvieron exentos de calamidades. En el año sexto, después de su primer desastre en Babilonia y la nueva instalación en Seleucia, les aconteció una desgracia mucho mayor, por el motivo que voy a exponer.
9. En Seleucia existían grandes disensiones entre los griegos y los sirios, siendo responsables los griegos. Cuando los judíos fueron a vivir allí, siguieron las agitaciones, pero los sirios tuvieron ventaja en su favor gracias a los judíos, hombres que aman el peligro y que están dispuestos con ardor a combatir. Los griegos, en vista de que los asuntos les iban mal, se dieron cuenta que podrían recuperar su anterior prestigio, si lograban distanciar a los judíos y los sirios. Hablaron con aquellos sirios, con los cuales antes habían ya

alternado, y les ofrecieron paz y amistad. Estos los aceptaron de buena gana. Tuvieron varias conversaciones, interviniendo los principales de ambos lados, y llegaron a una reconciliación.

Una vez de acuerdo, decidieron darse mutuamente una gran prueba de amistad odiando en común a los judíos. Es así como cayendo de improviso sobre ellos mataron cincuenta mil. Perecieron todos, excepto los que pudieron escapar gracias a los amigos o vecinos. Los sobrevivientes se retiraron a Ctesifón, ciudad griega próxima a Seleucia, donde el rey pasa todos los años el invierno, y donde está situada la mayor parte de sus aprovisionamientos. Con razón se instalaron en este lugar, pues los de Seleucia eran cuidadosos del prestigio del poder real. Todos los judíos de esta zona temían a los babilonios y los seleucos, pues los sirios del país estaban de acuerdo con los seleucos para combatir a los judíos. Estos últimos, en su mayor parte, se reunían en Naarda y Nisibis, y lograron la seguridad gracias a la fuerte situación de estos poblados y por vivir allí una gran cantidad de guerreros. Esta era la situación de los judíos en Babilonia.

LIBRO XIX

Comprende un lapso
de tres años y seis meses

CAPITULO I

Cayo César es asesinado, víctima de la conspiración de Casio Cerea

1. Cayo demostró su locura no solamente persiguiendo a los judíos de Jerusalén y las regiones vecinas, sino también desplegando su crueldad en todos los mares y tierras, a lo largo y a lo ancho del imperio romano, llenándolos de innumerables calamidades, sin igual en la historia. Fué principalmente en Roma donde sembró el terror con sus actos, pues no tuvo mayor respeto por ella que por las demás ciudades; despojó y maltrató a sus habitantes, especialmente a los senadores y patricios y a aquellos que eran ilustres por sus antepasados. En particular persiguió a los caballeros, los cuales por su dignidad y poder financiero eran considerados por los ciudadanos iguales a lo senadores, pues era con ellos con quienes se formaba el senado. Cayo los degradó civilmente, los exiló, los condenó a muerte, les confiscó los bienes.

Decía ser de origen divino y exigía que se le tributaran honores superiores a los humanos. En las visitas al templo de Júpiter, denominado el Capitolio, el más célebre de sus templos, se atrevió a denominarse hermano de Júpiter. No se abstuvo de ningún acto de locura. Cuando tuvo que ir de Dicearquía, población de la Campania, a Misena, otra población marítima, y considerando penoso hacer la travesía en trirreme, y pensando por otro lado que le correspondía, como amo del mar, pedirle lo mismo que exigía a la tierra, reunió los dos promontorios que distan treinta estadios entre sí, cerrando enteramente el golfo, y se lanzó con el carro sobre el dique. Puesto que se consideraba dios, le convenía abrirse esta clase de caminos.

No dejó ningún templo griego sin despojar, apoderándose de todas las pinturas y esculturas que tuvieran y todo lo que habían conservado, como estatuas y objetos votivos. Decía que las cosas hermosas no tenían que colocarse sino en el lugar más hermoso, y éste era la ciudad de Roma. Con estos objetos adornó su palacio y sus jardines y otros lugares de diversión de que disponía en Italia. Es así como se atrevió a ordenar el traslado a Roma del Júpiter Olímpico venerado por los griegos, obra del ateniense Fidias. Pero no pudo llevarse a cabo porque los arquitectos informaron a Memio Régulo, a quien se le había encargado el traslado, que el simulacro se rompería si lo movían de su lugar. Se dice que por esto, como también por algunos otros prodigios increíbles. Memio dió largas al asunto. Escribió a Cayo, excusándose de no poder cumplir sus órdenes. Se encontró en grave peligro de perder la vida, pero se libró porque Cayo murió antes de matarlo.

2. La locura de Cayo llegó a extremos tales que, habiéndole nacido una hija, la llevó al Capitolio y la puso en las rodillas de la imagen, afirmando que era hija en común de él y de Júpiter; la niña tenía dos padres, sin que se pudiera determinar cuál de los dos era más grande. ¡Y le toleraban que hiciera esas cosas! También autorizó a los esclavos a acusar a sus amos, atri. buyéndoles cualquier crimen. Para agradarle y por sugestión suya interpretaban muchos hechos como crímenes. Pólux, esclavo de Claudio, se atrevió a acusarlo, y Cayo aceptó la acusación contra su mismo tío paterno, con la esperanza de que encontraría el medio de eliminarlo. Pero no lo logró.

En todo el imperio no había sino maldad. Otorgó potestad a los esclavos para armarse contra sus señores; por todos estos motivos frecuentemente se intrigaba contra él, a fin de vengar las injurias recibidas. Algunos concibieron el propósito de matarlo, antes de que les acontecieran mayores calamidades. Por último, para conservación de las leyes y la seguridad común felizmente recibió la muerte; resultó en

beneficio especialmente de nuestra raza, que corría peligro de quedar totalmente exterminada. Quiero explicar con detalle todo lo referente a su muerte, especial
mente porque acrecienta la creencia en el poder de Dios y será consuelo para aquellos que se encuentran en situaciones adversas, así como también amonestación para los que creen que su felicidad será perpetua, y no ha de terminar en calamidad, si no se conducen en la vida de acuerdo con los principios de la virtud.
3. Se planearon tres medios para eliminarlo, bajo la dirección y auspicios de tres hombres valerosos. Emilio Régulo, oriundo de Córdoba, en España, contaba con algunos conjurados, queriendo con su ayuda y cooperación eliminarlo; otros estaban complotados bajo la dirección del tribuno Casio Cerea; Anio Municiano contribuyó no poco a la muerte del tirano. Las causas de su cólera contra Cayo, en lo referente a Régulo, era su naturaleza irascible y el odio a toda injusticia. Régulo poseía un carácter generoso y liberal, a pesar de que era incapaz de disimular sus resoluciones. Las comunicó a muchos, tanto amigos como a otros, pareciéndoles decididos y fuertes para llevar a cabo tal propósito. Minuciano en parte estaba con deseo de vengar a Lépido, muy amigo suyo y uno de los primeros ciudadanos a quien Cayo había asesinado, pero especialmente porque temía por sí mismo, pues Cayo se indignaba contra todos por igual hasta que los hacía morir. Cerea se sentía avergonzado diariamente por los reproches que Cayo lg hacía de ser hombre negligente, y puesto que todos los días corría peligro precisamente a causa de su amistad y celo, daba por supuesto que la muerte de Cayo era un acto propio de un hombre libre.
Se dice que todos examinaron en conjunto sus planes, porque todos estaban igualmente amenazados por las violencias de Cayo, y querían eludirlas, eliminando a Cayo. En caso de obtener éxito, sería conveniente que tales hombres, para afirmar la seguridad del estado, asumieron el poder y, luego de la muerte de Cayo, administraran el gobierno. Pero Cerea se sentía más inclinado a ello por el deseo de obtener mayor fama, y también porque, como tribuno, le era mucho más fácil acercarse al emperador.
4. Por esta época se celebraban los juegos circenses, a los cuales los romanos son muy aficionados. Se reúnen apasionadamente eu el circo; y, una vez congregados, dan a comprender al emperador cuáles son sus deseos; éste algunas veces accede a sus pedidos, cuando considera que no es conveniente oponerse. En aquella
oportunidad insistieron ante Cayo para que les rebajara los tributos, pues eran sumamente gravosos. Pero Cayo no accedió y como insistieran en sus clamores, ordenó que detuvieran a los que gritaban y sin vacilación dispuso que fueran inmediatamente ejecutados.
Sus órdenes se cumplieron; muchos murieron por este motivo. Esto se hizo delante del pueblo, que cesó en seguida en sus gritos, viendo que ante sus mismos ojos eran condenados a muerte los que pedían disminución de los impuestos.
Estos acontecimientos fueron una incitación mayor para Cerea, para terminar de una vez con tanta crueldad. Varias veces pensó atacarlo mientras comía; pero tuvo razones para no hacerlo, no porque dudara, sino porque quería aprovechar una oportunidad segura, para que no fuera un conato sin esperanza y pudiera llevar efectivamente a cabo lo propuesto.
5. Hacía mucho tiempo que servía en el ejército y estaba descontento de la conducta de Cayo. Este le encargó la percepción de los impuestos, así como también de las deudas atrasadas que se debían al fisco del César. Se demoró en la percepción de estas cargas, porque habían sido duplicadas, y atendiendo más bien a su carácter que a las órdenes de Cayo, se compadecía de la situación de aquellos a quienes tenía que exigírselas. El César se indignó con él, acusándolo de molicie en la percepción de los impuestos. Lo insultaba de mil maneras; especialmente cuando le daba la palabra de orden el día en que estaba de servicio; escogía un nombre deshonroso y femenino. Lo humillaba de este modo, aunque él mismo participaba en la celebración de ciertos ritos que había instituido; se vestía con ropas femeninas y se colocaba en la cabeza trenzas de cabello para simular aspecto femenino. Sin embargo, se atrevía a injuriar a Cerea atribuyéndole estas prácticas. Cerea, cuando recibía la palabra de orden, se llenaba de cólera; pero se irritaba todavía más cuando la transmitía a los demás, pues sabía que entonces se convertía en motivo de risa; de modo que los demás tribunos se divertían a su costa, pues todas las veces que iba a pedir al emperador la palabra de orden, predecían que traería como de costumbre un motivo de regocijo. Estos hechos lo hicieron bastante audaz para unirse con los conjurados, pues no cedía ciegamente a la ira.
Había un senador, de nombre Pompedio, que había recorrido casi todos los honores; era epicúreo y, por lo tanto, no gustaba de los negocios públicos, sino de la vida tranquila. Fu¿ acusado por Timidio, su enemigo, de haber pronunciado palabras insultantes contra Cayo; citó como testigo a Quintilia, mujer de teatro, que, a causa de su belleza, tenía muchos amantes, entre los cuales estaba también Pompedio. Ella consideró indigno acusar falsamente a su amante de algo que le costaría la vida; Timidio pidió que la hicieran torturar.

Cayo, exasperado, ordenó a Cerea que sin tardanza sometiera a la tortura a Quintilia, pues utilizaba por lo común a Cerea para las muertes y suplicios, con la idea de que lo realizaría con mucho más rigor para escapar al reproche de molicie.
Quintilia, llevada al tormento, pisó el pie a uno de sus cómplices para darle a entender que debía animarse y no temer los tormentos que sufriría, pues ella sería valerosa. Cerea la atormentó cruelmente, no por su propia voluntad, sino obligado por la necesidad. Ella no cedió ni aun en medio de los más grandes tormentos; Cerea la llevó a presencia de Cayo, en un estado tan lastimoso que nadie podía mirarla sin compadecerse. Viendo como estaba, vejada por los tormentos, Cayo, algo conmovido, absolvió a ella y a Pompedio. Además entregó dinero a Quintilia, para compensarle los daños que había sufrido en el cuerpo y por el valor y ánimo con que sufrió los tormentos.
6. Todo esto afligía mucho a Cerea, como si él mismo fuera la causa de las calamidades que afectaban a los hombres, que eran tan grandes que el mismo Cayo se dignaba consolarlos. Dijo a Clemente y a Papinio, siendo Papinio también tribuno, y Clemente prefecto en el pretorio
-A nosotros, oh Clemente, no nos ha faltado voluntad para llevar a cabo todo lo pertinente a la seguridad del emperador. Pues de los que conspiraron, algunos fueron sometidos a muerte por nosotros, otros atormentados a tal extremo que el mismo Cayo se compadeció de ellos. Además, ¿no hemos conducido valerosamente el ejército?
Clemente callaba, a pesar de que mostraba que le avergonzaba haber cumplido lo que le ordenaban, sin atreverse, sin embargo, a condenar la locura del emperador, porque pensaba en su propia seguridad; pero Cerea, que había tomado confianza, le habló más libre y audazmente, relatándole las calamidades a que estaba expuesto el imperio.
-Según lo que se dice, Cayo es considerado como su autor; pero si se mira la realidad, Clemente, yo y Papinio, y tú más que nosotros, somos los encargados de atormentar a los romanos y a todo el género humano, no cumpliendo las órdenes de Cayo, sino nuestra voluntad, pues depende de nosotros el que cesen tantas calamidades contra ciudadanos y súbditos. Como soldados lo obedecemos, convertidos en guardias y victimarios, llevando estas armas no en favor de la libertad y el poderío romanos, sino para la seguridad de aquel que redujo a servidumbre tanto sus almas como sus cuerpos. Nos manchamos todos los días con la sangre de aquellos que matamos o atormentamos, hasta que alguien preste el mismo servicio a Cayo con nosotros. Esto no contribuye a que nos mire con benevolencia, sino sospechosamente, por el gran número de muertos que ha habido. No apaciguará su ira, puesto que se indigna, no en defensa de lo justo y equitativo, sino para complacer su ánimo; y nosotros también seremos objetos de la misma indignación, siendo que deberíamos tener, en cambio, el deber de asegurar a todos la libertad y determinarnos a librarnos a nosotros mismos de estos peligros.
7. Clemente estaba abiertamente de acuerdo con lo que decía, lo aprobaba y elogiaba, pero le dijo que se callara, no fuera que sus palabras llegaran a oídos de muchos, y divulgándose aquello que debía guardarse en silencio, antes que se llevara a cabo, los condujera a ser condenados a muerte. Debían confiar en el porvenir y tener esperanza, pues podía venir algún socorro inesperado. En cuanto a él, su edad avanzada le impedía un acto tan audaz.
-En cuanto a lo que tú, Cerea, has dicho, yo quizá podría aconsejarte algo más prudente, ¿pero quién podría sugerir nada que fuera más honorable?
Clemente se fué a su casa, mientras repasaba mentalmente lo que había dicho y oído, en medio de diversas dudas. Cerea, preocupado, se apresuró a ver a Cornelio Sabino, también tribuno, a quien apreciaba como varón egregio amante de la libertad v, por este motivo, contrario al presente estado de cosas y que quería de una vez terminarlas. Consideró oportuno proponérselas, con miedo de que Clemente los traicionara, teniendo en cuenta además el tiempo que habían perdido en dudas y vacilaciones.
8. Sabino aceptó la sugestión de buena gana, pues ya previamente estaba decidido a ello, pero se había callado hasta ahora, pues no había encontrado a nadie con quien compartir sin riesgo su idea. Habiéndose, pues, topado con un hombre no sólo dispuesto a callar lo que oyera, sino a revelar su propio pensamiento, se sintió mucho más animado; por esto, pidió a Cerea que llevara a cabo su propuesta sin demora. Es así como se dirigieron a Minuciano, animado del mismo deseo y similar a ellos por su decisión y que había caído en sospechas ante Cayo, después de la muerte de Lépido. Una profunda amistad había unido a Minuciano y Lépido por los peligros que habían corrido juntos. Porque Cayo era temible y no dejaba de ensañarse en cada uno de ellos según su capricho. Sabían que ambos estaban descontentos de tal situación, a pesar de que el miedo del peligro impedía que abierta. mente revelaran su pensamiento y su odio contra Cayo. Sin embargo, adivinaban que los dos lo detestaban y esto contribuía a que sintieran un recíproco afecto.

9. Se encontraron, pues, con Minuciano, a quien saludaron con demostraciones de aprecio, pues ya en encuentros precedentes habían adoptado la costumbre de rendirle homenaje, tanto por la superioridad de su rango, pues era el más noble de todos los ciudadanos, como por los elogios que merecían sus cualidades, especialmente su elocuencia. Minuciano, hablando el primero, preguntó a Cerca qué palabra de orden había recibido. Toda la ciudad sabía el insulto que se hacía a Cerca en la transmisión de la palabra de orden. Cerca, indiferente a las expresiones de burla, agradeció a Minuciano el hecho de testimoniarle suficiente confianza como para hablar con él.

-Tú me diste la palabra de orden: libertad. Te agradezco que me excitaras más allá de lo que suele ser mi costumbre. No necesito muchas palabras para elevar y reforzar el ánimo, si es que son de tu gusto las cosas que son del mío y si somos de la misma opinión. Ciño una sola espada, pero basta para los dos. Emprendamos la acción; me pongo bajo tu dirección y mando, si es que te place. O me adelantaré confiado en tu ayuda, esperanzado en tu auxilio. No necesitan del hierro aquellos que poseen un ánimo valeroso que hace eficaz al mismo hierro. Me basto para emprender esta tarea, sin el menor miedo por lo que pueda acontecerme. No tengo tiempo para pensar en los peligros, cuando lamento la situación de la patria, que ha descendido desde la mayor libertad a la servidumbre, estando sin fuerza y autoridad las leyes y todos amenazados por Cayo. Ojalá merezca fe en lo que te digo, puesto que soy de la misma opinión que tú en este particular.

10. Minuciano, conmovido por la vehemencia de sus palabras, lo abrazó, y elogiándolo y estimulándolo le infundió nuevos ánimos y lo despidió con los mayores deseos. Dicen algunos que Minuciano fué todavía más expresivo.

Cuando Cerea entraba en el senado, cuentan que surgió una voz de la multitud instándolo a hacer lo que debía hacer con la ayuda de Dios. Al principio sospechó que, traicionado por alguno de los conjurados, sería detenido; pero finalmente comprendió que eran expresiones de alguien que lo exhortaba; ya fuera que, por instigación de sus cómplices, alguien le diera una señal, o era Dios mismo que contempla las acciones de los mortales y lo inducía a que obrara con ánimo decidido.

Eran muchos los que conocían la conjuración, y todos se encontraban armados, tanto senadores, caballeros o soldados. No había nadie que dejara de considerar venturosa la muerte de Cayo; y así todos, del modo que podían, colaboraban fervorosamente y no querían ser menos que los otros; con suma decisión y por odio contra el tirano se preparaban al hecho, de palabra y con la acción.

Entre los conjurados se encontraba Calisto, liberto de Cayo, que había llegado a la cima del poder, igual al del tirano, gracias al miedo que inspiraba a todos y a la gran fortuna que había acumulado. Se apoderaba de todo lo que podía y era insolente con todos, usando su poder con injusticia. Sabía que Cayo era implacable y tan terco que nunca desistía de lo que había decidido; por esto y muchas otras cosas se sentía en peligro, especialmente por su gran fortuna. Por eso servía a Claudio, habiéndose pasado secretamente a su lado, pensando que éste obtendría el imperio si Cayo desaparecía y que él encontraría, en un poder similar al que ocupaba, un pretexto para obtener favores y honores, si tomaba la precaución de conquistar la gratitud de Claudio y la reputación de que le había sido fiel. Incluso había llegado su audacia a decir que había recibido del emperador la orden de envenenar a Claudio, y había diferido su ejecución con mil pretextos. Pero creo que Calisto debe de haber fraguado este cuento para congraciarse con Claudio, pues en el caso de que Cayo hubiese realmente decidido librarse de Claudio, no habría tolerado las tretas de Calisto; y si este último hubiera recibido orden de eliminarlo, no habría podido diferir su incumplimiento sin recibir inmediatamente su castigo.

Debe sólo atribuirse al poder divino la protección de Claudio contra el furor de Cayo; y Calisto simulaba un hecho que no era tal como lo presentaba.

11. Los propósitos de Cerea se fueron postergando de día en día, pues muchos de los conjurados dudaban. El mismo de mala gana difería su realización, por considerar que cualquier oportunidad era buena para llevar a cabo lo decidido. Se le presentaba frecuentemente tal oportunidad, cuando Cayo ascendía al Capitolio para ofrecer víctimas por la salud de su hija. 0 también, cuando estaba en la parte elevada de la basílica y. tiraba oro y plata al pueblo, podía ser precipitado desde este lugar; o en la celebración de aquellas ceremonias que él mismo había establecido, y cuando no desconfiaba de nadie, pues atendía a que todo se llevara a cabo debidamente y con el decoro conveniente.

Aun sin contar con ninguna señal de los dioses, Cerea podía hacer morir a Cayo; y habría tenido coraje para suprimirlo hasta sin armas. Cerea se indignaba contra los conjurados, temiendo que pasara la oportunidad. Los otros sabían que tenían razón y que los urgía en su propio interés; pero pedían que se demorara, no fuera que si no salía bien, toda la ciudad quedara conturbada, que se persiguiera a los cómplices y que

luego fuera inútil todo su valor porque Cayo tomaría mayores precauciones contra ellos. Lo más seguro sería llevarlo a cabo cuando se celebraran los espectáculos en el palacio. Se cumplían en honor del César que había sido el primero en atribuirse el poder del pueblo. Se elevaba a poca distancia delante del palacio una tribuna desde la cual los patricios, sus mujeres y sus hijos y aun el mismo emperador contemplaban el espectáculo. Les sería fácil, en una oportunidad en que tantos miles de personas quedaban encerradas en un espacio estre-
cho, atacarlo en el momento de entrar, cuando ni sus guardias podrían auxiliarlo, ni aun cuando quisieran.
12. Cerea tuvo que aguardar. Cuando llegaron las fiestas, resolvióse ejecutar el plan el primer día; pero el destino, que había dispuesto las demoras, pudo más que la decisión tomada por los conjurados. Habiendo dejado pasar los tres primeros días consagrados, sólo en el último se pasó a la acción. Cerea, habiendo convocado a los conjurados, les dijo:
-Hemos dejado pasar mucho tiempo sin que por nuestra indolencia nos decidamos a realizar lo determinado. Sería espantoso, si quedara en la nada a causa de alguna denuncia, y Cayo, exacerbado, sería entonces más cruel. ¿No vemos, por ventura, que privamos de tantos días a la libertad cuantos otorgamos a la tiranía, cuando debemos asegurarnos para lo futuro, otorgar la felicidad a los demás y obtener para siempre admiración y honor?
Como nadie podía negar que sus palabras eran nobles, y tampoco aceptar públicamente la empresa, todos guardaron un profundo silencio:
-¿A qué viene, varones valerosos -siguió diciendo-, que dudemos y nos alejemos de la acción? ¿No os dais cuenta que éste es el último día de los espectáculos y que luego Cayo se embarcará?
Cayo se disponía a partir hacia Alejandría, a fin de visitar a Egipto.
-¿Puede parecernos honesto dejar escapar a un hombre tan odiado que irá por mar y tierra a exhibir su ostentación? ¿No nos abrumará la vergüenza si dejáramos que lo matara un egipcio o algún otro que considere que son intolerables sus locuras para los hombres libres? Yo no aceptaré más demoras, y hoy mismo iré a enfrentar el peligro y sufrir con ánimo alegre las consecuencias. No hay motivo ninguno para demoras. En verdad, ¿qué cosa más mísera puede acontecer a un ánimo fuerte y generoso que otro mate a Cayo, mientras yo viva y me prive a mí de la alabanza de esta acción?
13. Diciendo estas palabras se excitó y animó a los restantes, y todos decidieron poner manos a la obra sin dilación ninguna. A primera hora de la mañana se encontraba en palacio, ceñido con la espada de los caballeros. Era costumbre de los tribunos pedir
el santo y seña al emperador con la espada ceñida y precisamente aquel día le tocaba a él esa tarea. Ya la multitud se dirigía al palacio tumultuosamente, empujándose unos a otros, pues cada cual se esforzaba en ocupar el mejor lugar. Cayo contemplaba voluptuosamente el espectáculo. No había sitios especiales seña-
lados para los senadores o los caballeros, todos se sentaban mezclados, los hombres con las mujeres, los esclavos con los hombres libres.
Se le abrió camino a Cayo entre los guardias; ofreció sacrificios a Augusto, en cuyo honor se celebraban los espectáculos. Al caer una de las víctimas aconteció que la sangre manchó la toga de un senador de nombre Asprenas. Cayo lo tomó a risa, pero resultó un mal augurio para Asprenas; pues fué muerto junto con Cayo. Se dice que aquel día, en contra de su costumbre, Cayo estuvo muy amable, hablando afablemente y causando la admiración de todos. Una vez ofrecido el sacrificio, se dirigió a su lugar en el teatro, rodeado de los amigos principales. El teatro, cuya disposición cambiaba todos los años, estaba construido de la siguiente manera. Tenía dos puertas, abierta una sobre el espacio libre, y la otra sobre un pórtico, a fin de que las entradas y salidas no molestaran a aquellos que se encontraban en el interior y para que los músicos y actores pudieran salir del mismo. La multitud estaba sentada, y Cerea con los restantes tribunos se instalaran a poca distancia de Cayo; éste se encontraba en el lado derecho del teatro.
Un tal Vatinio, senador, antiguo pretor, preguntó a Cluvio, personaje consular, sentado a su lado, si había oído hablar de la revolución; pero procuró que sus palabras no fueran comprendidas. Cluvio respondió que nada sabía.
-Hoy, Cluvio, se representará la escena del tiranicidio.
-Noble amigo -repuso Cluvio-, cállate, no sea que algún otro aqueo escuche tus palabras'.
Se arrojó a los espectadores gran cantidad de frutas y de aves cuya rareza contribuía a hacerlas deseables. Cayo se regocijaba al ver a los espectadores luchando entre sí para apoderarse de

1 Alusión a un pasaje de la Riada.
ellas. Acontecieron a la par dos sucesos que fueron interpretados como presagios. Se representaba una parodia durante la cual se crucificaba a un capitán de ladrones. Por otro lado representaban el drama de

Ciniras en el cual este rey se suicida, así como también su hija Mirra. De modo que había gran cantidad de sangre artificial esparcida tanto alrededor del crucificado como de Ciniras. Se sabe también que fué el mismo día en el que Pausanias, amigo de Filipo hijo de Aminita, rey de Macedonia, mató a éste cuando penetraba en el teatro.

Mientras Cayo dudaba si permanecería hasta el final del espectáculo, por ser el último día, o si iría a bañarse y comer y regresaría, como acostumbraba, Minuciano, sentado más arriba de Cayo, temeroso de que también en esta oportunidad se dejara de cumplir lo decidido, se levantó, cuando vió salir a Cerea, para ir a alentarlo. Cayo, tomándolo por la toga, le dijo amigablemente:

-¿A dónde te diriges, buen hombre?

Volvió a sentarse, aparentemente por respeto al César, pero sobre todo por el miedo que lo dominaba. Sin embargo, poco después se levantó de nuevo, sin que Cayo le impidiera esta vez la salida, creyendo que se trataba de satisfacer una necesidad. Asprenas, que también formaba parte del complot, invitó a Cayo a salir, como acostumbraba, para lavarse y comer y regresar después, pues quería que se cumpliera lo que habían decidido.

14. Cerea y sus compañeros se habían ubicado en sus correspondientes lugares, donde debían permanecer para secundar la acción de sus amigos. Aguantaban impacientes la demora, pues era casi la novena hora del día. Cerea tenía el propósito, al ver que Cayo tardaba, de ir a atacarlo en su sitio. Pero comprendió que no podría llevarlo a cabo sin la muerte de muchos caballeros y senadores. A pesar de ello, estaba decidido a hacerlo, si con esas muertes se conseguían la libertad y la seguridad de todos.

Ya estaba por dirigirse hacia la entrada del teatro, cuando un pequeño tumulto indicó que Cayo se había levantado. Los conjurados dispersaron a la multitud, con el pretexto de que a Cayo le disgustaba su presencia, pero en realidad para su propia seguridad, y para privar a Cayo de protección antes de matarlo. Lo precedían su tío Claudio, Marco Vinicio, el esposo de su hermana, así como también Valerio Asiático, a los cuales, aunque lo hubie

ran querido, no era posible cerrarles el paso, a causa de su dignidad. Venía después Cayo con Paulo Arruntio.

Cuando estuvo dentro del palacio se apartó del camino directo, donde se encontraban los criados que debían servirle, y por donde lo habían precedido Claudio y los demás. Siguió por un corredor desierto y oscuro para ir a los baños, así como también para ver unos esclavos llegados de Asia, enviados unos para cantar en los misterios que se celebraban, y otros para ejecutar danzas pírricas en el teatro.

Cerea le salió al encuentro y le pidió el santo y seña. Le dió como consigna algo oprobioso y ridículo. Entonces Cerea lo insultó y, sacando su espada, le infirió una herida grave, aunque no mortal.

Algunos dicen que Cerea lo hizo a propósito para no matarlo de golpe y atormentarlo con golpes repetidos. Sin embargo, no parece creíble esta opinión, pues el temor que acompaña esta clase de hechos no permite tales razonamientos. Si ésta hubiera sido la intención de Cerea, yo lo consideraría como el más estúpido de los hombres, por querer hacer concesiones a su cólera en lugar de ponerse a salvo él y los demás conjurados. Especialmente cuando había diversas maneras para ayudar a Cayo, si no lo hicieran expirar inmediatamente. Cerea habría logrado, más que castigar a Cayo, perjudicarse él mismo y los demás conjurados, y pudiendo realizar la acción y huir sin exponerse a la ira de los que vengarían al emperador, habría conseguido, sin conocer el resultado, perderse a sí mismo y desbaratar una ocasión favorable. Pero que cada uno juzgue a su arbitrio en este asunto.

Atormentado por el dolor de la herida, pues la espada le había penetrado entre el brazo y el cuello y fué detenida por la clavícula, Cayo no dió ningún grito ni llamó a ninguno de sus amigos, ya sea porque no se fiara de nadie o por no haber pensado en ello. Gimiendo por el excesivo dolor, escapó hacia adelante para huir. Cornelio Sabino lo encontró, cuando creía que ya estaba muerto, y lo hizo caer de rodillas. Rodeado por muchos, excitados por el mismo propósito, todos lo hirieron con sus espadas, animándose mutuamente a volver a herir una y otra vez.

Se cree que fué Aquila quien le dió el golpe final, que terminó con su vida. Sin embargo, es a Cerea ^ quien hay que adjudicarle

el hecho. Muchos participaron de la conjura, pero él fué el primero en imaginarla y, con prioridad a los demás, decidió cómo debía realizarse; y fué el primero en comunicar su intención a los otros. Cuando los demás estuvieron de acuerdo en su propuesta para matar a Cayo, reunió a los confabulados y dispuso todo con gran sagacidad. Cuando llegó el momento de demostrar decisión y acción, como había sido el primero en incitar a los otros con la palabra para llevar a cabo algo sumamente difícil, así también fué el primero en lanzarse a iniciar la muerte de Cayo, a quien entregó en manos de los demás, medio muerto, para que fácil-

mente lo ultimaran. De tal modo que lo que hicieron los demás, se debe atribuir a los consejos, al coraje y a la fortaleza de Cerea.
15. Cayo yacía sin vida, lleno de heridas. Cerea y sus compañeros, después de matar al César, se dieron cuenta que no podrían volver sin peligro por el mismo camino. Estaban asustados de su acto, pues se veían amenazados por haber dado muerte a un emperador reverenciado y querido por un populacho insensato. Muy pronto los soldados irían a buscarlos, para derramar su sangre. Además, el pasaje donde acababan de realizar su acto era estrecho, obstruido por el gran número de servidores y de soldados que en este día estaban de guardia junto al emperador.
Tomando otro camino se retiraron a la casa de Germánico, padre del Cayo que acababan de matar. Esta casa estaba junto al palacio, con el cual formaba una unidad, aunque los edificios construidos por cada uno de los emperadores tuvieran un nombre particular, según quien los hubiera hecho construir o los que hubieran sido los primeros en habitar parte del mismo. Habiendo escapado a las turbas, por el momento se sentían seguros, mientras se desconociera lo que había acontecido al César.
Los primeros en informarse de la muerte de Cayo fueron los germanos; eran sus guardias, llamados así por el pueblo donde eran enrolados y donde se reclutaba la legión celta. Entre ellos la cólera es una característica nacional, común con otros bárbaros que usan poco la razón. Confían más en su fuerza y ferocidad, y son los primeros en atacar, de modo que donde ellos acometen son de mucho valor para la victoria. Estos, cuando se informaron de la muerte de Cayo, lo sintieron intensamente, no por consideración a sus méritos, sino mirando a su propia comodidad, pues
Cayo los había conquistado mediante muchos beneficios. Con las espadas desenvainadas buscaron a los matadores del César, y penetraron en las casas, dirigidos por Sabino, su tribuno, no por sus propios méritos o los de sus antepasados, pues había sido gladiador, sino elevado a ese cargo por su vigor corporal. Recorriendo el palacio al primero que encontraron fué a Asprenas, cuya toga estaba manchada con la sangre de los sacrificios; lo mataron, cumpliéndose el presagio de que hablé anteriormente. El próximo fué Norbano, uno de los ciudadanos más nobles, quien contaba con más de un general victorioso entre sus antepasados; no respetaron su dignidad. Era hombre de mucho vigor y se trabó en lucha con el primero que lo atacó; le quitó la espada y, poco dispuesto a morir sin vengarse, atravesó a muchos que lo atacaban, hasta que al final murió acribillado de heridas. El tercero fué Antejo, un senador. Se encontró con los germanos, no por casualidad como los anteriores, sino por curiosidad, pues quiso contemplar a Cayo tendido en tierra y satisfacer así el odio que le tenía. El padre de Antejo, que llevaba el mismo nombre, había sido desterrado por Cayo el cual, no satisfecho con eso, envió soldados para que lo mataran. Este era el motivo de que el hijo se alegrara por la muerte de Cayo, manifestándose la alegría en sus ojos, al contemplarlo postrado. Estando la casa agitada, no logró escapar a los germanos que todo lo inspeccionaban y se enfurecían al extremo de matar a los que se encontraban, fueran o no culpables. Es así como estos hombres fallecieron.
16. Cuando llegó al teatro el rumor de que habían matado a Cayo, la gente quedó primeramente estupefacta, sin dar crédito a lo que se le decía. Algunos, aunque se sintieron contentos por su muerte, y hubieran dado mucho para que ello fuera cierto, se mostraron incrédulos por temor. Otros no lo creyeron porque no querían que le hubiese pasado esa desgracia a Cayo, y no querían aceptar la verdad, juzgando imposible que un hombre tuviera bastante valor para llevar a cabo un acto de esa índole. Eran mujeres, gente joven, los esclavos y algunos de los soldados. Estos, en efecto, recibían sueldo de Cayo y lo ayudaban a ejercer la tiranía; sirviendo sus caprichos y torturando a los más poderosos ciudadanos, obtenían a la vez honores y riquezas. En cuanto a las mujeres y los jóvenes estaban seducidos, como es habitual
entre el vulgo, por los espectáculos, los combates de los gladiadores y la distribución de ciertos víveres; tales hechos, se decía, se realizaban en interés del pueblo romano, pero en realidad para satisfacer la locura y la crueldad de Cayo; y los esclavos, finalmente, por el permiso que se les otorgó de acusar y menospreciar a sus señores, pues así les era posible buscar la protección de Cayo, si aquéllos los injuriaban; de buena gana les creían las mentiras contra sus señores y, al denunciar su fortuna, se aseguraban no sólo la libertad, sino también la riqueza, gracias a la recompensa que les daban a los acusadores, que se elevaba a la octava parte de sus bienes.
En cuanto a los patricios, aunque el rumor les pareció verosímil, quizá porque conocían el complot, o porque lo deseaban y anhelaban vehementemente, no solamente ocultaron el gozo que les proporcionó la noticia, sino que se guardaron su opinión sobre el hecho. Algunos temían que una esperanza falsa les trajera un castigo, si se apresuraban a descubrir su pensamiento; otros, los que estaban al corriente por haber participado en la conjuración, se ocultaban más aún, recelándose mutuamente, y temiendo hablar con gente que pudiera denunciarlos al tirano, si vivía aún.

Se esparció otro rumor: que Cayo no había muerto; había sido herido y estaba siendo atendido por los médicos. Nadie se fiaba de nadie, para expresar lo que realmente sentía: si era amigo de Cayo, se haría sospechoso de haber favorecido la tiranía; si lo odiaba, su malevolencia anterior no conferiría confianza a sus palabras. También corrió otro rumor, que privó a los patricios de toda esperanza de alegrarse; que Cayo, sobreponiéndose al peligro y sin tener en cuenta sus heridas, había huido al foro, manchado de sangre como estaba, y que allí estaba hablando al pueblo. Todo esto había sido imaginado por los que deseaban que se produjera una agitación. Los oyentes se inclinaban por el lado donde los llevaba su afecto. Sin embargo, no abandonaban sus asientos, por miedo de que se les acusara de algo si se les viera salir los primeros. Pues no se los juzgaría según la disposición de cada uno al salir, sino según lo que imaginaran acusadores y jueces.

17. Una caterva de germanos, con las espadas desenvainadas, rodeó el teatro; los espectadores empezaron a temer por su propia
vida. Cualquiera que llegara los aterrorizaba, como si los fueran a matar. No sabían qué hacer; no se atrevían a salir, pero tampoco se creían seguros permaneciendo en el teatro. Finalmente, cuando los germanos se precipitaron dentro del teatro, se elevó un gran clamor; todos comenzaron a suplicar a los soldados, afirmando que todo lo ignoraban, tanto la sedición, si había alguna, como los acontecimientos que se habían producido. Tenían que perdonarlos, y no hacerles pagar a ellos, exentos de toda culpa, la audacia de los culpables, sino buscar a los responsables del crimen, cualquiera que hubiera sido. Decían estas cosas y otras similares con gran aflicción y llanto; imploraban para eludir el peligro inminente, como si cada uno de ellos estuviera en el extremo de perder la vida.

Con tales ruegos se apaciguó la ira de los soldados y desistieron de lo que en su ánimo habían imaginado contra los espectadores. Les pareció una crueldad, a pesar de su exasperación y de haber colocado en el altar la cabeza de Asprenas y otras víctimas. Al contemplarlas, fué todavía más intensa la conmoción de los espec. tadores, que pensaran en la dignidad de aquellos hombres y la suerte mísera que les había tocado; poco faltó para que olvidaran sus propios peligros, conmovidos por aquel espectáculo, ignorantes de cuál sería el fin de todo ello, en el supuesto caso de que escaparan al peligro.

Los que odiaban a Cayo, se vieron privados de la consiguiente alegría derivada de su muerte, pues estaban en trance de perder la vida, y les parecía que no quedaba esperanza ninguna de conservarla.

18. Había un cierto Evaristo Arruntio, pregonero de ventas, dotado de una fuerte y poderosa voz, el cual había adquirido una riqueza tal que igualaba a la de los más opulentos. Hacía en Roma lo que más le placía, tanto en aquel momento como después. Se dispuso a dar las mayores muestras de aflicción, a pesar de que Cayo era el más menospreciado de todos los hombres; pero, en el momento actual, convenía adecuarse a lo que aconsejaban el temor y la astucia a fin de asegurarse la seguridad. Asumiendo un aspecto lúgubre, se adelantó al teatro y anunció la muerte de Cayo, pues no podía tolerar que el pueblo estuviera por más tiempo en la ignorancia de lo que había acontecido. Luego, en compa.
ñía de los tribunos, recorrió el teatro interpelando a los germanos, ordenándoles que depusieran las armas y anunciándoles la muerte de Cayo.

Con esto se salvaron los que estaban en el teatro y todos los que en alguna forma estaban cerca de los germanos. Pues mientras hubiera alguna esperanza de que Cayo viviera, no se abstendrían de ningún crimen. Le eran tan adictos, que estarían contentos de perder la vida, con tal que pudieran librarlo de los peligros. Cuando tuvieron la certeza de su muerte, se enfrió el fervor con que querían vengarlo, tanto porque de nada les iba a servir manifestar su presteza en servirlo, pues estaba muerto el que debía gratificarla, como por temor de que el senado los acusara de los abusos cometidos, en caso de que asumiera la administración del poder; o hiciera lo mismo el emperador que sucedería a Cayo. Es así como los germanos cesaron en su cólera, aunque de mala gana, a causa de la muerte de Cayo.

19. Inquieto por la suerte de Minuciano, temeroso de que hubiese perecido por el furor de los germanos, Cerea pidió a los soldados, uno por uno, que cuidaran de su seguridad, y él, por su propia cuenta, hizo averiguaciones para saber si había perecido. Clemente, cuando le llevaron a Minuciano, lo dejó libre, pues con muchos otros senadores reconocía la justicia del acto y la virtud de aquellos que lo habían concebido y no tuvieron miedo de po. nerlo en ejecución. Dijo que los tiranos disfrutan poco tiempo de su gozo de hacer el mal, y nunca tienen un fin feliz puesto que las personas virtuosas los odian; terminan por sufrir un fin similar al de Cayo. El mismo Cayo, antes de que se realizara la conspiración, había conspirado contra sí mismo. Por las injusticias que lo hacían intolerable y por su menosprecio de las leyes, indujo a sus más íntimos a que se convirtieran en sus enemigos. Si en el momento presente ellos asesinaron a Cayo, en realidad fué él mismo quien se causó la muerte.

20. Entonces los espectadores pudieron salir del teatro, haciéndolo con la mayor rapidez y tumultuosamente. El que permitió que pudieran evadirse fué el médico Alción. Sorprendido en el momento en que estaba curando a algunos heridos, envió a los que lo rodeaban con el pretexto de buscar lo necesario para las curaciones; pero en realidad para que escaparan de los peligros
que los amenazaban. Durante este tiempo se reunió el senado, así como el pueblo que se congregó en el foro, donde se acostumbran a realizar los comicios, con el objeto de buscar a los matadores del César. El pueblo los buscaba ardorosamente, el senado para salvar las apariencias.
Estaba presente Valerio el asiático, personaje consular. Este se adelantó en medio de los que tumultuosamente preguntaban con indignación quiénes eran los matadores del César.
-Ojalá hubiese sido yo -exclamó.
Los cónsules promulgaron un decreto de acusación contra Cayo. Ordenaron al pueblo presente y a los soldados que se retiraran. Al pueblo le prometieron una rebaja en los impuestos, y a los soldados grandes premios, si conservaban el orden habitual sin dejarse llevar por la violencia. Tenían miedo de que, en su exasperación, la ciudad quedara expuesta a una catástrofe si se entregaban al robo y al despojo de los templos. Ya se había reunido un gran número de senadores, especialmente aquellos que habían complotado en la muerte de César, enardecidos y audaces, puesto que el poder ahora quedaba en sus manos.

CAPITULO II

Los soldados obligan a Claudio, tío de Cayo, a asumir el
poder. Lucha entre el senado, el pueblo, Claudio
y sus soldados

1. Tal era la situación, cuando súbitamente Claudio fué arrebatado de su casa. Los soldados se habían reunido y discurrían sobre lo que debían hacer; decidieron que no convenía que el pueblo se considerara suficiente para hacer frente a tantos problemas y además no podían permitir que el gobierno quedara entre ellos. Por otra parte, si alguno de los conjurados fuera nombrado emperador, ellos sufrirían una gran desgracia, por no haberle ofrecido su ayuda. Pensaron que lo mejor, puesto que todavía no se había decidido nada, sería nombrar a Claudio, tío del difunto y que merecía ser preferido por su dignidad a cualquiera de los que se encontraban en el senado, tanto por la nobleza de su naci.
miento como por los estudios realizados. Este, una vez nombrado emperador, los llenaría de honores y regalos.
Así que lo decidieron, lo pusieron en ejecución. Claudio fué arrebatado por los soldados. Pero Cn. Sentio Saturnino, a pesar de estar informado de lo relativo a Claudio, que simulaba aceptar el trono imperial contra su voluntad, aunque de hecho estaba de acuerdo, se levantó en el senado y, sin miedo ninguno, pronunció el discurso que convenía a hombres libres y generosos:
2. -Aunque parezca increíble, oh romanos, después de largo tiempo, y cuando no lo esperábamos, se nos ofrece la libertad; ignoro, sin embargo, cuánto tiempo ha de durar, pues queda en poder de los dioses que nos la ha acordado. Es suficiente, sin embargo, para que nos regocijemos y, aunque la perdamos en seguida, habrá contribuido a nuestra felicidad. Pues basta una hora para los hombres buenos y honestos, si se vive con voluntad libre en una patria libre, gobernada con las leyes de que hemos gozado anteriormente. Nada diré sobre la libertad de los tiempos pasados, por haberse perdido antes de que yo naciera; pero disfruto de la presente con ansia insaciable y consideraré muy felices a aquellos que han nacido y son educados en las actuales circunstancias. Después de los dioses hay que agradecer a aquellos que han convertido en realidad lo que estamos disfrutando en el momento actual. Ojalá permanezca segura e incólume para siempre; pero este día será suficiente para nosotros, jóvenes o ancianos. Los ancianos reciben una eternidad, si mueren aprovechando los bienes que nos otorga este día. En cuanto a los jóvenes, es un aprendizaje de la virtud que ha sido el bien de aquellos de quienes descendemos. Por lo tanto, en el momento actual, lo primero y más noble debe ser vivir de acuerdo con la virtud, que es la única que engendra y conserva la libertad para los hombres. He sabido lo que se hizo antiguamente y experimentado suficientemente lo que ha acontecido en mi tiempo, el gran número de males que ocasiona la tiranía, oponiéndose a toda virtud, privando de la libertad a los magnánimos, induciendo a los hombres a la adulación y al miedo, pues no gobierna de acuerdo con la prudencia de las leyes, sino según su arbitrio. Desde el momento en que Julio César se propuso privar al pueblo del poder, sin tener en cuenta las leyes, perturbó la república; considerándose superior
al derecho, deseando servir a sus apetencias, no hubo mal ninguna de que se viera libre la ciudad, emulándolo todos los que lo sucedieron en privar a la ciudad de los hombres fuertes y generosos. Creían que atendían a su seguridad, si se servían de hombres malévolos y perniciosos y, en cuanto a los que se distinguían por su virtud, no sólo les deprimían el espíritu, sino que generalmente los enviaban al destierro.

Aunque todos exhibieron una dureza insoportable en su gobierno, sin embargo Cayo, ahora difunto, cometió crímenes mayores que todos los otros, no sólo contra sus ciudadanos, sino también por igual contra los parientes y amigos, dando lugar a una indignación indomable, sembrando males entre todos indistintamente e imponiendo penas injustas, llevado por una cruel ira contra los dioses y contra los hombres. Pues las tiranías no se contentan con buscar su placer, aunque vaya unido con la injuria, ni con ultrajar a las esposas y apoderarse de las fortunas, sino que se proponen conturbar a las familias de sus enemigos. Para los tiranos todos los libres son enemigos; están en la imposibilidad de conquistarse su benevolencia, incluso la de aquellos que los sufren pacientemente. Efectivamente, los tiranos conocen bien las calamidades que han infligido a ciertas personas; y aunque éstas desprecien magnánimamente lo que se ha hecho con ellas, los mismos tiranos no pueden ocultarse lo que han hecho. Por eso piensan que sólo tendrán seguridad con relación a los sospechosos, si logran eliminarlos. Libres de estos males y sometidos solamente los unos a los otros, cada cual debe pensar lo que más toca al bien común, la clase de gobierno más conveniente para el estado y para la concordia general y la seguridad futura y adecuada a la gloria de una ciudad bien constituida; o dar vuestra opinión, si alguna propuesta presente no es de vuestro agrado. Esto lo podéis hacer sin peligro alguno, pues no hay señor ninguno por encima de vosotros que pueda dañaros impunemente y eliminar a aquel que no fuera de su misma opinión. Nada ha nutrido mejor la tiranía que la negligencia y la ausencia de toda oposición. Pues disminuidos por las seducciones de la paz y habiendo aprendido a vivir como esclavos, todos nos damos cuenta que sufrimos males insoportables y contemplamos calamidades a nuestro alrededor; es así como, temerosos de morir gloriosamente, esperamos un fin
vergonzoso. En primer lugar, debemos tributar a los matadores
del tirano los mayores honores, especialmente a Cerea Casio. Este es un hombre que los dioses nos han otorgado para que, mediante su sagacidad y acción, conquistemos la libertad. No debemos olvidarlo, sino recordarlo como a un hombre que decidió luchar contra la tiranía antes que todos; fué el primero en exponerse a los peligros. Ahora, recuperada la libertad, hemos de tributarle honores y demostrar así nuestra primera expresión de independencia. Es una hermosísima acción y adecuada a hombres libres, expresar gratitud a los benefactores. El ha sido para nosotros muy distinto de Casio y Bruto, los matadores de Julio César, pues los últimos sembraron semillas de discordias y guerra civil; él, en cambio, muerto el tirano, libró a la ciudad de los males que ocasionaba su presencia.

3. Así habló Sentio, a quien escucharon con profunda atención el senado y los caballeros que se encontraban presentes. Entonces Trebelio Máximo se levantó y sacó a Sentio de un dedo un anillo que tenía engarzada una piedra con la imagen de Cayo; en su apresuramiento por exponer su opinión, se había olvidado de quitárselo. Inmediatamente rompió el anillo. La noche estaba muy adelantada; Cerea pidió la consigna. Le contestaron:

-Libertad.

Todos se sintieron asombrados, pareciéndoles increíble lo que estaba ocurriendo. Pues después de un siglo de la supresión de la república, volvía a los cónsules el poder de dar el santo y seña; puesto que ellos, antes de que la ciudad fuera dominada por la potestad real, estaban encargados de los asuntos militares. Una vez que Cerea recibió la palabra de orden, la pasó a los soldados que estaban en el senado. Se trataba de cuatro cohortes, que consideraban la ausencia del emperador más honorable que la tiranía. Luego se retiraron con sus tribunos. El pueblo también se alegró, lleno de esperanza y entusiasmado por haber adquirido de nuevo el poder y por no estar sometido al emperador. Cerea para ellos lo significaba todo.

4. Pero Cerca estaba indignado porque seguían viviendo la esposa y la hija de Cayo y porque el castigo no se había extendido a toda su casa, pues cualquiera de ellos que quedara con vida podía convertirse en un peligro para la ciudad y las leyes; y además, dispuesto a completar sus designios y satisfacer su odio contra Cayo, encargó a Julio Lupo, uno de los tribunos, que matara a la esposa y a la hija del César. Propuso esta misión a Lupo, por ser pariente de Clemente; habiendo participado, aunque no fuera sino en esto, en el tiranicidio, sería honrado por los ciudadanos por su valor, al igual que si hubiera participado en toda la empresa con los demás conjurados.

A algunos de los conjurados les pareció cruel emplear la violencia con una mujer, pues había sido más por sus instintos naturales que por consejo de ella que Cayo cometió los crímenes que llevaron el estado a la desesperación. Otros, al contrario, creían que la mujer era tan responsable como él de todo lo que había acontecido, por haberle dado un filtro para conquistar en favor suyo su ánimo y su amor, y mantenerlo dominado. De tal manera que, reducido a la locura, había sido ella la que fraguara la serie de hechos cometidos contra los romanos y el orbe que les estaba sometido. Decidida la muerte, pues nada

consiguieron los que opinaron lo contrario, se dió el encargo a Lupo. Debía realizarse sin ninguna demora, no fuera que se omitiera algo que era para el bien común.
Habiendo penetrado en el palacio, sorprendió a Cesonia, la esposa de Cayo, tendida al lado de su esposo, que yacía en el suelo desprovisto de todo lo que se acostumbra hacer con los muertos. Estaba manchada con la sangre de las heridas y muy afligida por su desgracia. Su hija estaba echada a su lado. En esta situación no se oían más que los reproches que Cesonia dirigía a Cayo por no haberla escuchado cuando ella tantas veces lo amonestara. Estas expresiones, entonces, lo mismo que ahora, se prestan a una doble interpretación, según la disposición de ánimo de los que las oyen, quienes pueden darles el significado que más les plazca. Algunos las interpretan como si quisiera decir que le había aconsejado que tuviera una mentalidad más serena y que dejara de ser cruel con los ciudadanos, a fin de no ser muerto por ellos. Otros lo interpretan en el sentido de que, habiendo percibido rumores de la conjuración, le había aconsejado que inmediatamente y sin demora hiciera morir a todos, librándose así de todo peligro; y que le reprochaba haber procedido con demasiada negligencia, a pesar de sus amonestaciones. Estas son las diversas interpretaciones delo que decía Cesonia.
Cuando vió a Lupo, le mostró el cadáver de Cayo, y con lágri. mas y lamentos le dijo que se acercara. Al ver que no lo hacía, y que parecía estar preparándose para cumplir algo contra su voluntad, comprendió el motivo de su venida, descubrió su garganta, tomando por testigos a los dioses, como lo hacen aquellos que se encuentran en una situación desesperada, y le pidió que no tar. dara en finalizar la tragedia. De este modo murió con decisión y valentía; y luego la hija. Lupo se apresuró a presentarse ante Cerea, para anunciarle que había cumplido lo dispuesto.
5. Cayo murió de este modo, después de haber gobernado a los romanos durante cuatro años y cuatro meses. Fué un hombre que, incluso antes de obtener el imperio, tenía un carácter duro y sin sentimientos, entregado a los placeres, amigo de la delación. Se atemorizaba por todo, y por esto, una vez en el poder, estaba dispuesto a matar. Cuando disfrutó del imperio, se comportó feroz y locamente aun contra aquellos que de ninguna manera debía tratar indebidamente, matando y no respetando las leyes y buscando las riquezas para sí. Quiso ser más que los dioses y las leyes, y resultó perverso para el pueblo. Aquello que la ley consideraba vergonzoso y condenable, parecíale más honorable que la virtud. No tenía en cuenta a los amigos, aunque estuvieran ubicados en altos puestos. Se indignaba contra ellos, infligiéndoles castigos por la menor causa. Para él eran enemigos todos los que eran respetados por su virtud; quería que se cumpliera lo que ordenaba su indómita y desenfrenada voluntad. Es así como tuvo relaciones íntimas con su hermana legítima, lo cual acrecentó la indignación de los ciudadanos; pues, como hacía mucho no se hablaba de esta clase de crímenes, su autor concentraba desconfianza y aversión.
No se recuerda de él ninguna acción grande o digna de un rey que haya hecho en beneficio de sus contemporáneos o la posteridad, excepto los trabajos realizados en los alrededores de Regio y de Sicilia para recibir a los navíos llenos de trigo que venían de Egipto, obra muy considerable y favorable a la navegación. Pero no la terminó; la dejó inconclusa por su negligencia. Se preocupó, en cambio, de cosas inútiles, de modo que mientras gastaba grandes cantidades en sus placeres, en aquello que significaba una mejora dejaba de ser liberal y pródigo.
Era muy buen orador, bien ejercitado tanto en el griego como en el latín. Captaba de inmediato lo que se decía, respondiendo adecuadamente a los discursos preparados diligentemente, de manera que parecía gozar del don de persuadir con mayor intensidad que otros, tanto por su ingenio como por su práctica. Se lo obligó a recibir mucha instrucción, por ser hijo del hermano de Tiberio, del cual fué sucesor, puesto que el mismo Tiberio sobresalía en el particular y Cayo rivalizaba con él para obtener las órdenes de César. Era el primero en Roma entre los de su edad. De nada le aprovecharon las cosas buenas que aprendió en su instrucción para librarse de la maldad, a la que se inclinaba. Resulta difícil moderarse y gobernarse para aquellos que no están obligados a dar cuenta de lo que hacen y que tienen expedito el camino para pro. ceder arbitrariamente. Al principio, era tenido en gran estima por haberse hecho de amigos buenos y honestos, esforzándose en emular a los mejores en saber y gloria; pero luego le retiraron la benevolencia con que lo habían tratado, a causa de su proceder insolente, aumentando el odio que le tenían; por último fué asesinado.

CAPITULO III

Claudio es secuestrado por los soldados. Las tentativas del senado

1. Claudio, como dije antes, se había apartado del camino que seguían aquellos que estaban con Cayo. Viendo que el palacio estaba conturbado por lo acontecido a Cayo, desesperando poder salvarse, se ocultó

en un lugar estrecho. Sólo temía por su vida a causa de la nobleza de su nacimiento. Siempre había vivido como hombre particular, modestamente, satisfecho con lo que poseía, consagrado al estudio de las letras, especialmente del griego, evitando en toda forma todo lo que pudiera ser motivo de enojo. Pero en aquel momento la multitud estaba enloquecida y el palacio expuesto al furor de los soldados: los soldados llamados pretorianos, la parte más íntegra del ejército, deliberaba sobre lo que convenía hacer.
Los que se encontraban allí no pensaban en vengar a Cayo, pues creían que había sufrido su fin con justicia; antes bien pensaban
en qué forma podrían arreglar lo mejor posible sus propios asuntos. Los germanos, por su parte, querían castigar a los matadores, más para dar salida a su crueldad que con miras al bien común. Todo esto aumentaba la inquietud de Claudio, preocupado por su seguridad, especialmente cuando vió que se llevaban las cabezas de Asprenas y de otros asesinados. Subido sobre unos escalones a escasa distancia, se mantenía oculto, disimulado entre las sombras que lo rodeaban.
Lo vió Grato, uno de los soldados encargados de la guarda del palacio real, pero no lo reconoció porque no le distinguió la cara en la oscuridad; tomándolo por un sospechoso, se acercó. Claudio le pidió que se alejara; Grato supo entonces quién era, y dijo a los que lo seguían:
-Es Germánico. Hagámoslo emperador.
Claudio, cuando los vió dispuestos a sacarlo de aquel lugar, temeroso de que lo mataran en la misma forma que a Cayo, les pidió que lo perdonaran, recordándoles que nunca había molestado a nadie e ignoraba lo acontecido. A estas palabras Grato sonrió, y tomándole la mano derecha le dijo:
-No sigas, señor, hablando humildemente de tu salvación; te conviene pensar con ánimo elevado sobre el imperio que los dioses, luego de habérselo quitado a Cayo, otorgaron a tu virtud, para bien del universo. Esfuérzate, y exige para ti el reino de tus antepasados.
Lo sostenía ante la imposibilidad en que se encontraba de mantenerse en pie, por el miedo y el gozo a la vez que esas palabras le causaron.
2. A todo esto se había reunido alrededor de Grato una gran multitud de guardias. Al ver que conducían a Claudio se mostraron indignados, pues creían que lo querían condenar a muerte, a a pesar de que durante toda su vida se había mantenido alejado de los asuntos públicos y había estado expuesto a muchos peligros durante el gobierno de Cayo. Algunos opinaron que eran los cónsules quienes tenían que decidir sobre el particular. Se les agregó un gran número de soldados; y la multitud se dispersó. Claudio apenas podía caminar a causa de su debilidad física, pues los portadores de su litera habían huido al enterarse de su detención, suponiendo perdido a su señor.
Cuando llegaron a la plaza del palacio, la cual según la historia fué el primer lugar habitado de Roma, donde ya se discutían los problemas públicos, se congregó un número mucho mayor de sol_. dados, gozosos de ver a Claudio y deseosos de proclamarlo empe. rador a causa del afecto que habían sentido por Germánico, su hermano, que había dejado el más glorioso recuerdo entre aquellos que lo conocieron. Pensaban también en la avidez de los que dominaban en el senado, en todo lo que habían realizado mientras disponían del poder y en su incapacidad para gobernar.
Consideraban, además, lo peligroso que sería para ellos que la totalidad del poder pasara a una sola persona, que no fuera Claudio, en tanto que éste, si recibiera el poder por su consentimiento y ayuda, y en recuerdo del beneficio recibido, les retribuiría el honor otorgado.
3. Estas eran las ideas que cambiaban entre ellos y exponían a los que no dejaban de afluir continuamente, los que inmediatamente las apoyaban con entusiasmo.
Se lo llevaron en alto, rodeado de gente armada, al campamento, a fin de que nadie pudiera oponérseles. Entretanto surgió una disensión entre el pueblo y el senado. El senado pedía que se le devolviera la preeminencia que tuviera anteriormente, deseando evitar la servidumbre sufrida por la insolencia de los tiranos. El pueblo se oponía, creyendo que el poder imperial era un freno para las ambiciones del senado y una protección para el pueblo. Por este motivo se alegró por el rapto de Claudio, considerando que si él llegaba a ser emperador no habría peligro de que estallara una guerra civil análoga a la que sufrieron en los tiempos de Pompeyo.
Cuando en el senado se supo que los soldados se habían llevado a Claudio a su campamento, le enviaron hombres prestigiosos, para advertirle que no se sirviera de la violencia para conseguir el imperio, y obedeciera al senado; pues él estaba solo frente a ellos y debía dejar a la ley el cuidado de preocuparse por el bien público. Que recordara los males que habían infligido al estado los tiranos anteriores y que él mismo había sufrido mientras gober. naba Cayo. Habiendo odiado la crueldad de la tiranía cuando otros la ejercían, ahora sería él quien hiciera tal injuria a la patria. Si se dejaba persuadir y perseveraba en su virtud y tranqui-

lidad como antes, recibiría los honores que se otorgan a los ciudadanos libres; se granjearía la estima general de hombres de bien, respetando la ley y aceptando ser jefe o súbdito. Pero si quería apartarse de lo que habían decidido, sin que le sirviera de ejemplo la muerte de Cayo, por su parte no se lo iban a permitir, pues tenían de su lado gran número de soldados y les sobraban armamentos y una multitud de esclavos dispuestos a ayudarlos. Pero sobre todo confiaban en que el destino y los dioses no ayudan sino a aquellos que luchan en favor de la rectitud y honestidad. Estos son los que luchan por la libertad de la patria.
4. Los mensajeros, que eran Veranio y Broco, tribunos del pueblo, expresaron estas ideas y postrándose de rodillas le rogaron que no fuera causa de guerra y disturbios en la ciudad. Pero cuando vieron que estaba rodeado de un gran número de soldados, contra los cuales no podrían medirse las fuerzas consulares, agregaron que, en el supuesto de que deseara el imperio, que lo recibiera de manos del senado. Pues gobernaría con mejores auspicios y felicidad, si lo obtenía no por la violencia sino por la voluntad de los que se lo dieran.

CAPITULO IV

El rey Agripa va al senado como embajador de Claudio.
Las tropas del senado se pasan a Claudio

1. A Claudio le disgustó la arrogancia de esa embajada, pero, por el momento, de acuerdo con el consejo de los delegados, optó por la moderación. Ya se sentía seguro, en parte animado por la audacia de los soldados y también por el rey Agripa, quien le exhortaba a que no renunciara a un imperio que se le ofrecía sin que hubiera hecho nada para ello.
Agripa se comportó con Cayo como debía comportarse un hombre honrado por él; abrazó su cadáver, y luego de acostarlo en una cama y darle los cuidados que le fueron posible, se dirigió a los guardias diciendo que Cayo vivía todavía, que sufría a causa de las heridas recibidas y que los médicos estaban con él.
Al saber que los soldados habían raptado a Claudio, se apresuró a ir a su lado. Lo encontró preocupado y dispuesto a ceder al pe
dido del senado; y lo animó y lo exhortó a que retuviera el imperio. Después de estas exhortaciones se retiró.
Cuando el senado lo mandó llamar, se perfumó la cabeza como si saliera de un banquete, se presentó y pidió a los senadores noticias de Claudio.
Le dijeron cómo se encontraba la situación y, a su vez, le pidie. ron su opinión. Agripa declaró que estaba presto a morir por el honor del senado, pero los invitó a que tuvieran en cuenta sus intereses. Para poder apoderarse del gobierno necesitaban armas y soldados que los defendieran, si no querían fracasar por falta de apoyo. Pero el senado respondió que disponía de armas y dinero en abundancia; y que no sólo en el momento actual disponía de ejército, sino que formaría uno nuevo dejando en libertad a los esclavos. A esto Agripa dijo:
-Ojalá, oh senadores, los asuntos resulten tal como los habéis imaginado. Pero debo hablaros claramente, pues lo que voy a decir es para vuestra seguridad. Tenéis que saber que los soldados que están de parte de Claudio por largo tiempo se han ejercitado en las armas; en cuanto a los nuestros, serían una turba de esclavos, a quienes inesperadamente se les ha otorgado la libertad; y llevaríamos a la guerra contra hombres expertos y bien instruídos en las armas a los que no saben ni ceñirse la espada. Por esto soy de opinión de que se envíe una comisión a Claudio para que lo persuada a que renuncie al imperio. Yo mismo me ofrezco a cumplir esta misión.
2. Hablóles en esta forma. Ellos estuvieron de acuerdo y fu¿ enviado con otros a ver a Claudio. Agripa habló a solas con Claudio, exponiéndole la indecisión del senado y le sugirió que diera una respuesta muy imperial, conforme con su dignidad y poder.
Claudio les contestó que no se admiraba de la oposición del senado al imperio, pues anteriormente había sufrido a causa de la crueldad de aquellos que gozaron tan alta dignidad. Pero que ahora disfrutarían de una moderación propia de tiempos mejores, estando él al frente del gobierno, pues en realidad gobernaría sólo de nombre, pues compartiría el mando con ellos. Les pidió que no desconfiaran, pues había sufrido a la par de ellos numerosos y diversos peligros.
Luego que los legados oyeron estas expresiones se retiraron.
Claudio reunió al ejército a su alrededor; lo arengó y recibió el juramento de fidelidad debido a su persona. Dió a sus guardias personales cinco mil dracmas por cabeza, una suma en proporción a sus jefes y prometió que trataría de igual modo al resto del ejército en todas partes.
3. Los cónsules convocaron al senado en el templo de Júpiter Stator (Vencedor), siendo todavía de noche. Algunos de ellos se ocultaron en la ciudad, vacilando por lo que habían oído. Otros se retiraron a sus

propiedades del campo, a la expectativa de lo que iba a pasar, pues desesperaban de que pudiera lograrse la libertad; consideraban que era más seguro vivir en servidumbre una existencia libre de peligros que exponerse a morir por la dignidad de la patria.
Se reunieron unos cien, a lo sumo. Mientras estaban deliberando sobre los problemas, se elevó repentinamente un clamor de los soldados que estaban de su parte, exigiendo que el senado eligiera un emperador perito en el arte militar, y afirmando que no iban a permitir que el imperio se destruyera por caer el mando en poder de muchos. Querían dejar claramente establecido que estaban dis. puestos a obedecer no a muchos, sino a uno solo. Pero dejaban en manos del senado la tarea de decidir quién era digno de tal autoridad.
En esta forma el senado quedó mucho más inquieto, viendo que fracasaba su intento de república y temerosos de Claudio. Había algunos que aspiraban al imperio por razón de la nobleza de su nacimiento o de sus alianzas. Entre éstos estaba Marco Minuciano, ilustre por su nobleza, y que se había casado con Julia, hermana de Cayo y que estaba dispuesto a ocupar el trono; pero los cónsules lo resistieron con varios pretextos. Valerio Asiático se vió impedido por Minuciano, uno de los matadores de Cayo, a soñar en tales proyectos. Habría habido una gran matanza, como nunca se había visto, si se hubiera permitido contender con Claudio a aquellos que aspiraban al poder. Había una cantidad importante de gladiadores, de soldados de la guardia nocturna de Roma, y numerosos remeros que confluían a la ciudad, de manera que los aspirantes al imperio renunciaron a su propósito; los unos por miedo a lo que podía acontecerles y los otros por lo que podía pasar a la ciudad.
4. En cuanto se hizo de día llegaron al senado Cerca y sus compañeros, quienes trataron de arengar a los soldados. Cuando éstos vieron que con la mano les hacían señas de silencio, para que pudieran hablar, empezaron a agitarse. No toleraron que les hablaran, pues todos estaban de acuerdo en querer someterse al gobierno de uno solo. Sólo querían un emperador, y que éste les fuera dado sin demora. El senado se preguntaba cómo gobernaría o cómo sería gobernado; los soldados desconocían su autoridad y los matadores de Cayo no estaban dispuestos a supeditar el orden a la insolencia militar.
Estando los asuntos en esta situación, Cerca, encendido de ira, al ver que exigían un emperador, prometió que se lo iba a dar, con tal de que alguien le trajera el santo y seña de Eutico. Este Eutico era un cochero de la facción llamada Prasina, fidelísimo a Cayo, encargado de atormentar a los soldados, imponiéndoles tareas degradantes en las caballerizas imperiales. Este fué el reproche que Cerca les hizo, entre otros de la misma índole; les dijo también que les traería la cabeza de Claudio, pues era extraño que quisieran entregar el imperio a la imbecilidad, después de haberlo entregado a la locura.
Pero los soldados no se conturbaron en lo más mínimo; desenvainando las espadas y levantando sus insignias se dirigieron precipitadamente a donde se hallaba Claudio, para juntarse con aquellos que le habían jurado fidelidad.
Es así como el senado fué abandonado por los que lo defendían, y los cónsules reducidos a la condición de particulares. Estaban consternados y tristes, ignorando lo que les acontecería a consecuencia de la irritación de Claudio contra ellos, acusándose unos a otros y arrepentidos de lo acontecido. Entonces Sabino, uno de los matadores de Cayo, adelantándose al centro, dijo que antes estaba dispuesto a matarse que permitir que Claudio fuera emperador y contemplar a la ciudad reducida nuevamente a la servidumbre. Increpó a Cerca, por su apego a la vida, él que fuera el primero en odiar a Cayo, pues no era posible que de esta manera se restituyera la libertad a la patria. Cerca respondió que no vacilaría en morir, pero que antes quería saber cuáles eran las disposiciones de Claudio.
5. Tal era la situación de este lado. En el campamento todos
se apresuraban a rendir homenaje a Claudio. Los soldados consideraron a Q. Pomponio culpable especialmente por haber inducido al senado a la libertad, y se dirigieron al senado contra él con las espadas desenvainadas. Habría habido una gran matanza, si Claudio no se opusiera. Libró al cónsul del peligro en que se encontraba y le ordenó que se sentara a su lado; pero los senadores que estaban con Quinto no obtuvieron el mismo honor. Algunos incluso recibieron golpes, mientras se dirigían a saludar a Claudio; Aponio se alejó herido, y todos se encontraron en peligro. Entonces Agripa se acercó a Claudio y le pidió que tratara con mayor moderación a los senadores; pues si maltrataba al senado, no llegaría a dominarlo. Claudio aceptó el consejo y convocó al senado al palacio, adonde se hizo trasladar atravesando la ciudad, en medio de los excesos de la plebe.
Los primeros de los matadores de Cayo que se presentaron en público fueron Cerea y Sabino, a pesar de que se les había prohibido por orden de Polión, recientemente encargado por Claudio de la prefectura del pretorio. Una vez Claudio en el palacio, convocó a sus amigos y les hizo votar en lo referente a Cerea. Estos dijeron que el crimen había sido un acto brillante, pero acusaron a Cerea de perfidia; encontraron

conveniente castigarlo para atemorizar a la posteridad. Lo condenaron a muerte a él, a Lupo y a muchos otros romanos.
Se dice que Cerea sufrió la muerte con ánimo valeroso, sin que se le mudara la expresión del rostro, y reprochó a Lupo que llo. rara. Como Lupo, habiéndose despojado de sus vestidos, se la. mentó de que tenía frío, le dijo que el frío no era por lo común adverso al temperamento de los lobos (lupon).
Los siguió al lugar de la muerte una gran multitud de hombres. Una vez allí, Cerea preguntó al soldado si estaba ejercitado en el arte de matar o si era la primera vez que utilizaba la espada; e hizo traer aquella con la cual había dado muerte a Cayo. Tuvo la suerte de morir de un solo golpe. Lupo no murió de la misma manera, sino que recibió repetidos golpes, por la vacilación con que tendió la garganta.
6. Algunos días después, en oportunidad de los sacrificios expiatorios ofrecidos a los manes, el pueblo romano, que hacía ofrendas a los muertos, honró también a Cerea con una parte de las víctimas que arrojaron al fuego, pidiéndole que les fuera propicio y que no les guardara rencor a causa de su ingratitud. Este fué el fin de Cerea. Sabino no sólo fué absuelto por Claudio, sino que le permitió mantener la prefectura que antes tenía; pero considerando inicuo apartarse del juramento que diera a los conjura. dos, se mató arrojándose sobre su espada, que le penetró en- el cuerpo hasta la empuñadura.

CAPITULO V

Claudio entrega a Agripa el reino de su abuelo, agregándole
la tetrarquía de Lisanias. Misivas de Claudio concernientes
a los judíos de Alejandría y del resto del imperio

1. Una vez que Claudio se hubo librado de aquellos soldados que le parecían sospechosos, dió un edicto por el cual confirmaba a Agripa en el reino que le diera Cayo y lo llenaba de elogios. Además le agregó aquellas porciones de Judea y Samaria que habían pertenecido a su abuelo Herodes. Le daba estas regiones como debidas por su nacimiento. Agrególe Abila de Lisanias y todo el monte Líbano; y concluyó un tratado con Agripa en el foro de la ciudad de Roma. Privó a Antíoco del reino que poseía, pero le dió la Comagena y una parte de Cilicia. Además puso en libertad a Alejandro Lisímaco, el alabarca, uno de sus viejos amigos, que fuera intendente de su madre Antonia y que Cayo, irritado, había hecho encadenar. El hijo de Alejandro Lisímaco casó con Berenice, hija de Agripa, y después de la muerte de Marcos, con el cual se había casado en primeras nupcias, Agripa la casó con su hermano Herodes, después de haber obtenido de Claudio para éste el reino de Calcis.
2. Por este mismo tiempo surgió una disensión entre los judíos y los griegos en Alejandría. Los judíos, muerto Cayo, por el cual habían sido oprimidos y que habían sido ofendidos por los alejandrinos durante su gobierno, empezaron a reanimarse y, por último, llegaron a tomar las armas. Claudio, por intermedio de una carta, ordenó al gobernador de Egipto que reprimiera la revuelta. Además envió un edicto, a pedido de los reyes Agripa y Herodes, a Alejandría y Siria, concebido en estos términos:
"Tiberio Claudio César Augusto Germánico, pontífice máximo, investido de la potestad tribunicia, ordena. Considerando que hace mucho tiempo que residen en Alejandría los judíos que se denominan alejandrinos; que empezaron a morar en aquella ciudad así que fuera fundada y que con toda equidad consiguieron el derecho de ciudadanos, como consta evidentemente por rescritos y edictos; que cuando Alejandría fué sometida a nuestro imperio por intermedio de Augusto les fueron conservados íntegramente sus derechos por los gobernadores que se enviaron allí en tiempos diversos, sin que se estableciera ninguna controversia sobre el par. ticular; que cuando Aquilas estaba al frente de Alejandría, habiendo muerto el etnarca de los judíos, Augusto no prohibió que se nombraran otros etnarcas porque quería que sus súbditos se atuvieran a sus leyes y no se los obligara a violar la religión patria; que los alejandrinos se sublevaron contra los judíos que ha. bitan con ellos en la misma ciudad, cuando era emperador Cayo, quien, a causa de su insensatez y su locura, los oprimió por no querer los judíos hacer nada contra su religión nacional y negarse a llamarlo dios: Quiero que la insensatez de Cayo no sea motivo para que se prive a los judíos de nada que les fuera anteriormente otorgado, sino que permanezcan invariables aquellos derechos de que antes disfrutaban, para que puedan seguir fieles a sus costumbres y leyes nacionales. Ordeno que en ninguna de las dos fracciones se originen sediciones, luego que fuera publicado mi edicto."
3. Este fué el edicto en favor de los judíos de Alejandría. El referente al resto del universo decía:
"Tiberio Claudio César Augusto Germánico, pontífice máximo, investido de la potestad tribunicia, designado cónsul por segunda vez, ordena: Puesto que Agripa y Herodes, muy amigos míos, me rogaron que permitiera a los judíos que viven en el imperio romano que gocen de los mismos derechos que les fueran otorgados a los alejandrinos, de buen grado he accedido a sus ruegos. No sólo he accedido porque

ellos me lo han pedido, sino porque he juzgado dignos de los mismos a aquellos en cuyo favor me han suplicado, a causa de su fidelidad y amistad con los romanos, considerando que es muy justo que ninguna ciudad los prive de sus derechos, ni aun las ciudades griegas, porque aun bajo el divino Augusto les fueron respetados. Por lo tanto, creo equitativo que
todos los judíos de nuestro imperio conserven sus costumbres nacionales sin impedimento ninguno; a los cuales también exhorto a que, satisfechos con esta gracia, se comporten pacíficamente, y que no desprecien las otras religiones, sino que observen sus pro. pias leyes. Quiero que mi edicto sea transcrito por los magistrados de las ciudades, colonias y municipios de Italia y de otras partes, o por los reyes y los príncipes con ayuda de sus propios agentes, y que sea fijado por lo menos durante treinta días en algún lugar donde se lo pueda leer fácilmente."

CAPITULO VI

Agripa regresa a Judea. Carta de Publio Petronio al pueblo de Dora en favor de los judíos

1. Con estos edictos que enviara a Alejandría y todo el universo, mostró Claudio César cuál era la disposición de su ánimo con relación a los judíos. Después despidió a Agripa, para que cuidara del reino, colmándole de honores espléndidos, ordenando por intermedio de cartas a los gobernadores y procuradores que lo recibieran amistosa y benévolamente. Agripa, como es natural en un hombre que regresa a su reinado con mejor suerte, se apresuró a embarcarse.
Al llegar a Jerusalén, inmoló víctimas en acción de gracias, sin descuidar las prescripciones de la ley. Ordenó que un gran número de nazarenos se rasuraran. La cadena de oro que le había dado Cayo, del mismo peso que aquella con la cual fuera encadenado, recuerdo de su mala suerte y testimonio a la par de su mejor suerte, fué suspendido en el interior del Templo encima de la mesa de las ofrendas, para que fuera ejemplo de que los grandes pueden decaer y que Dios puede elevar al que ha caído. Efectivamente, la ofrenda de la cadena mostraba a todos que había sido puesto en prisión por un motivo insignificante, perdiendo su dignidad anterior, y que poco después había sido librado de estas cadenas para otorgársele una dignidad más brillante. Esto daba a comprender a los hombres que los más encumbrados fácilmente podían caer, mientras que los humillados podían ser elevados a las más altas dignidades.
2. Luego de haber cumplido en debida forma lo perteneciente al culto de Dios, Agripa removió de la dignidad de sumo sacerdote a Teófilo hijo de Anán, y puso en su lugar a Simón hijo de Boet, por sobrenombre Cantera. Simón tenía dos hermanos; su padre era Boet, cuya hija se había casado con el rey Herodes, como antes dijimos. Simón obtuvo el pontificado lo mismo que sus hermanos y el padre, como anteriormente los tres hijos de Simón hijo de Onías bajo el dominio de los macedonios, como lo hemos narrado en los libros precedentes.
3. Cuando Agripa hubo organizado el pontificado, recompensó a los de Jerusalén por el afecto que le tenían. Los eximió del tributo que estaban obligados a pagar por cada hogar, pues consideraba equitativo retribuir su afecto y benevolencia. Designó a Silas prefecto de todas las tropas; había sido compañero y partícipe de sus trabajos.
Poco después los jóvenes de Dora, prefiriendo la audacia a la santidad, por naturaleza muy temerarios, colocaron la estatua del César en la sinagoga de los judíos. Esto irritó mucho a Agripa; pues lo que habían hecho equivalía a la destrucción de la ley patria. Sin demora se dirigió a Publio Petronio, entonces gobernador de Siria, formulando una acusación contra los habitantes de Dora. Por su parte Petronio también condenó este crimen, pues consideraba como tal todo lo que se hacía en contra de las leyes. Escribió ásperamente a los principales de Dora estas palabras:
"Publio Petronio, legado de Tiberio Claudio César Augusto Germánico, ordena a los magistrados de Dora. Algunos de los vuestros han llegado a un grado tal de insolencia que al edicto dado por Claudio César Augusto Germánico, por el cual se permite a los judíos vivir de acuerdo con sus leyes, no le han dado cumplimiento, impidiendo en cambio que los judíos celebren sus reuniones, al colocar en su sinagoga la estatua del César. Habéis obrado mal, no sólo contra los judíos, sino contra el emperador, cuya estatua es justo que se coloque en su propio templo y no en otro, y sobre todo en plena sinagoga, pues es propio de la justicia natural que cada cual sea dueño de su propio lugar, según ordenó el César. Sería ridículo que recordara mis órdenes, después de que las diera el César, quien permitió a los judíos que observaran sus propias leyes y costumbres, y además dejó establecido que
gocen de los mismos derechos ciudadanos que los griegos. Aquellos que se han atrevido a contravenir el edicto del César han excitado la indignación de aquellos que parece son sus jefes, puesto que éstos los descalifican al declarar que el acto no procede de su inspiración, sino que es el resultado de una

manifestación popular. Ordeno que me los envíen por intermedio del centurión Vitelio Próculo para que me den razón de su conducta. Ordeno a los primeros magistrados que indiquen cuáles son los culupables, a no ser que quieran pasar como cómplices del acto, procurando que esto no dé lugar a ninguna agitación, pues parece que es a esto a lo que se aspira con tales hechos. Mi mayor preocupación, y también la del rey Agripa, a quien aprecio en gran manera, es que no se ofrezca motivo a los judíos para que se reúnan con el pretexto de defenderse, dando lugar a un insensato tumulto. A fin de que conozcáis mejor el pensamiento del César sobre todo este asunto, adjunto los edictos publicados en Alejandría, los cuales, a pesar de que son ya conocidos de todos, han sido leídos en mi tribunal por mi gran amigo el rey Agripa al pedir que se mantuvieran a los judíos los favores otorgados por Augusto. Por lo tanto ordeno que, en adelante, no busquéis pretexto para sediciones y tumultos, sino que cada uno sea libre de adorar a Dios de acuerdo con sus costumbres y sus ritos."
4. De manera que Petronio dispuso que aquello en que se había obrado mal, se corrigiera y que, en adelante, no se molestara a los judíos. Por entonces el rey Agripa, luego de privar del pontificado a Simón Cantera, se lo quiso devolver a Jonatás hijo de Anán, pensando que éste era más digno de tal honor. Pero él no lo aceptó, rehusándolo en los siguientes términos:
-Me alegro, oh rey, que quieras honrarme, y el honor que me otorgas me toca al corazón, aunque Dios me haya considerado indigno del pontificado. Creo suficiente haber vestido por una sola vez las vestiduras sagradas. Pues entonces, cuando las vestí, era más santo de lo que soy en la actualidad. Pero si tú quieres que las reciba alguien más digno que yo, permite que te dé un consejo. Tengo un hermano libre de toda falta contra Dios y contra ti. Este es el que te recomiendo, pues es digno de la función.
Satisfecho el rey por estas palabras, estuvo de acuerdo con el consejo de Jonatás y entregó el pontificado a su hermano Matías.
Poco tiempo después Marso sucedió a Petronio en el gobierno de Siria.

CAPITULO VII
Agripa comienza a restaurar los muros de Jerusalén.
Su muerte interrumpe las obras

1. Silas, prefecto de las tropas del rey, fué fiel a Agripa en todas las vicisitudes, sin abandonarlo en ningún peligro, y exponiéndose frecuentemente a los mayores peligros. Gozaba de gran confianza, suponiendo que mereciese honores que fueran similares a la constancia de su amistad. Por esto se conducía con el rey como con un igual, hablaba con gran libertad, usaba de una molesta insolencia en los coloquios familiares, vanagloriándose en exceso, recordando con frecuencia las adversidades del destino, para destacar todo lo que había hecho por él. Por estos abusos, parecía querer poner a prueba al rey, llegando a cansarlo con su libertad desenfrenada. Resulta desagradable recordar los tiempos penosos y es propio del imprudente repetir de continuo cuántos y cuáles han sido los beneficios que prestó.
Al final Silas irritó de tal manera al rey que éste, atento más a la ira que a la razón, no sólo le quitó la prefectura del ejército, sino que lo hizo encadenar para desterrarlo a su país.
Con el tiempo se mitigó su indignación, y juzgando más razonablemente adoptó una mejor decisión, considerando lo mucho que el hombre había sufrido por él. Al celebrar el día de su nacimiento, en el cual todos los que estaban bajo su gobierno hacían alegres banquetes, hizo llamar antes que a nadie a Silas, para que comiera con él. Pero Silas, de carácter independiente, creyendo tener un motivo justo de resentimiento, no lo ocultó a aquellos que fueron a buscarlo:
-¿A qué honor me invita el rey -dijo- para hacérmelo perder en seguida? No pudo mantener mucho tiempo los premios que me había otorgado al afecto que siempre le manifesté, y que privó de ellos ignominiosamente. ¿Cree que he perdido la libertad de hablar? Puesto que soy plenamente consciente de ello, ahora más que nunca, hablaré para proclamar las calamidades de que lo libré
y los trabajos que sufrí por su seguridad y dignidad. Por todos estos beneficios, ahora me ha recompensado con cadenas y con una cárcel oscura. Nunca lo olvidaré; más todavía, cuando me vea libre de esta vida, mi alma guardará el recuerdo de mi valentía.
Gritó estas palabras y dijo que se las contaran al rey. Este, viendo su carácter intratable, lo dejó de nuevo en la cárcel.
2. Por aquel entonces Agripa estaba haciendo reforzar los muros de Jerusalén, los que miran hacia la ciudad nueva, de cuenta del estado, dándoles mayor altura y longitud. Los habría hecho inexpugnables contra toda fuerza humana, si Marso, gobernador de Siria, por intermedio de cartas, no informara a Claudio César de

esta empresa. Claudio, temiendo que se produjera alguna revuelta, ordenó a Agripa que desistiera de reforzar los muros. Y el rey no quiso desobedecer.
S. Este rey tenía un carácter tal que le gustaba ser benéfico y deseaba en su liberalidad conquistarse al pueblo, reposando su renombre en la generosidad de sus gastos. Gustaba dar, lo que le proporcionaba satisfacción y elogios de todos. Muy distinto a Herodes, que gobernó antes que él, por sus costumbres. Este se inclinaba a la venganza y era inexorable, sin observar moderación ninguna contra aquellos a quienes consideraba enemigos. Estaba mejor dispuesto con los griegos que con los judíos. Era muy pródigo con las ciudades de los extranjeros; a algunas les construyó baños y teatros, a otras templos y pórticos; en cambio, no adornó ninguna ciudad de los judíos con el mínimo ornato o con alguna donación digna de recordarse. Agripa era de carácter apacible, siendo igualmente generoso con todos. Era humano con los extranjeros, dándoles pruebas de su munificencia, pero era igualmente servicial con sus compatriotas y les demostraba su simpatía. Por este motivo, de buen grado y frecuentemente vivía en Jerusalén, celoso guardián de las costumbres religiosas nacionales, de modo que en todo se conducía piadosamente. No dejaba pasar ni un día sin que ofreciera los sacrificias prescritos.
4. Un nativo de Jerusalén, de nombre Simón, que tenía fama de ser conocedor de la ley, convocó al pueblo en una oportunidad en que el rey había ido a Cesárea; atrevióse a denunciarlo como impuro y merecedor de que se le prohibiera la entrada en el Tem-
plo, que sólo pertenece a los nativos. El prefecto de la ciudad envió una carta al rey refiriéndole lo que Simón había dicho a la multitud. El rey lo hizo llamar, y haciéndolo sentar a su lado, pues se encontraba en el teatro, con voz pacífica y plácida le dijo:
-Dime, ¿qué hay aquí que esté prohibido por la ley?
Sin atinar a contestar nada, el otro le pidió perdón. El rey lo perdonó, más allá de lo que haría cualquiera; opinaba que era más propio de los reyes la clemencia que la ira y sabía que a los grandes varones les era más conveniente la moderación que el arrebatamiento. Dejó en libertad a Simón, después de haberle hecho algunos regalos.
5. Construyó gran número de edificios en varios lugares, pero honró a los de Berito de manera particular. Efectivamente, les hizo construir un teatro que, por su elegancia y hermosura, superaba a muchos otros, así como también un anfiteatro suntuoso y magnífico; a esto agréguense baños y pórticos. No reparaba en gastos con tal de que pudiera contribuir al esplendor y magnitud. Organizó en el teatro espectáculos donde se ofrecieron obras musicales de toda índole y representaciones que proporcionaban verdadero placer. Mostró su generosidad en el número de gladiadores que hizo traer al anfiteatro en el cual, queriendo satisfacer a los espectadores con combates en masa, hizo luchar dos conjuntos de setecientos hombres cada uno. Con este fin designó a todos los criminales de que disponía, para castigarlos y convertir un espectáculo de guerra en una pacífica diversión. Hizo que tales hombres fueran muertos basta el último.

CAPITULO VIII

La conducta de Agripa durante los tres años anteriores a su muerte

1. Celebrados los espectáculos que recordamos en el capítulo anterior, Agripa marchóse a la ciudad de Tiberíades, en Galilea. Era muy admirado por los demás reyes. Fueron a verlo Antíoco, rey de Comagena, Sampsigerano, de los emesos, Cotis que reinaba en la Armenia menor, Polemón rey del Ponto y Herodes, su hermano, que gobernaba en Calcidia. Recibiólos a todos amistosa
mente y con gran alegría, de acuerdo con lo que convenía a la magnificencia de su ánimo, demostrando que no sin razón lo honraban con su presencia tantos reyes.
Mientras ellos eran todavía sus huéspedes, se hizo presenta Marso, gobernador de Siria. Para observar la reverencia debida a los romanos, Agripa se adelantó a recibirlo siete estadios antes de la ciudad. Sin embargo, esto tuvo que ser causa de disentimiento entre él y Marso. En su carro había llevado consigo a todos los demás reyes; pero Marso tuvo sospechas de su concordia y al ver que estaban unidos por amistad, creyó que tal consenso no podía resultar sino en perjuicio de los romanos. Envió a ver a cada uno de ellos a algunos de sus íntimos, para ordenarles que sin demora regresaran a sus respectivos países.
Se disgutó Agripa por ello, y desde entonces se distanció de Marso. Privó a Matías del pontificado y puso en su lugar a Elioneo, hijo de Cantera.
2. Hacía tres años que reinaba en toda Judea, cuando se dirigió a la ciudad de Cesárea, que anteriormente se llamaba la Torre de Estratón. Allí hizo celebrar espectáculos en honor del César, pues estaba informado de que se habían instituído días festivos para su salud. A esta festividad acudió un gran número de personas de toda la provincia, así como los más importantes dignatarios. En el segundo día de los espectáculos, cubierto

con una vestidura admirablemente tejida de plata, se dirigió al teatro a primeras horas de la mañana. La plata, iluminada por los primeros rayos solares, resplandecía magníficamente, reluciendo y deslumbrando con aterradores reflejos a quienes lo miraban. Los aduladores comenzaron a lanzar exclamaciones que no eran nada buenas para Agripa, llamándolo dios y diciéndole
-Sénos propicio, y a pesar de que hasta ahora te hemos reve
renciado como a un hombre, en adelante te contemplaremos como superior a la naturaleza mortal.
El rey, sin embargo, no reprimió ni rechazó su adulación. Poco después, al levantar los ojos a lo alto, vió sobre su cabeza un buho
encaramado sobre un cable. Dióse cuenta de inmediato que su presencia le anunciaba males, así como anteriormente le había
anunciando el bien; y se afligió profundamente. Empezó a sentir
dolores en el vientre, violentísimos desde el comienzo. Dirigiéndose a sus amigos les dijo:
-He aquí que ahora yo, vuestro dios, me veo obligado a salir de esta vida, pues el destino ha querido probar inmediatamente que eran mentira las palabras que se acaban de pronunciar. Yo, a quien habéis llamado inmortal, ya estoy en las manos de la muerte. Pero debemos obedecer al destino, cuando así parece a Dios. No he llevado una vida despreciable, sino de esplendorosa felicidad.
Después de decir estas palabras, su dolor se acrecentó. Se hizo llevar en seguida al palacio; por la ciudad se esparció el rumor de que estaba a punto de morir. De pronto la gente del pueblo, con sus mujeres e hijos, revestidos de cilicios según la costumbre nacional, se pusieron a rogar a Dios. Por todas partes se oían lamentos y llantos. El rey, que yacía en un elevado solario, al verlos desde lo alto postrados de cara al suelo, no pudo reprimir las lágrimas.
Finalmente, después de sufrir dolores abdominales durante cinco días continuos, murió, siendo de edad de cincuenta y cuatro años y en el séptimo de su reinado. Reinó cuatro años siendo Cayo emperador, disfrutando por un trienio de la tetrarquía de Filipo; en el cuarto se le agregó la tetrarquía de Herodes, gobernando durante los restantes tres años bajo el imperio de Claudio sobre dichas regiones, y además Judea, Samaria y Cesárea. Obtenía grandes ingresos, doce millones de dracmas. Sin embargo, vióse obligado a pedir prestado grandes cantidades, pues su generosidad era tan grande que iba más allá de lo que permitían sus ingresos, sin disminuir en nada su liberalidad.
3. Antes de difundirse en el pueblo la noticia de que el rey había fallecido, Herodes, rey de Calcidia, y Helcias, prefecto y amigo del rey, de común acuerdo enviaron a Aristo, uno de sus más fieles servidores, y procuraron que se matara a Silas, del cual eran enemigos, como si fuera una orden del rey.

CAPITULO IX

Descendencia de Agripa. Desórdenes en Cesárea. Judea
sometida a un procurador

1. Tal fué el fin de Agripa. Sus descendientes fueron Agripa, su hijo, de diecisiete años, y tres hijas; una de ellas, Berenice, de dieciséis años estaba casada con Herodes, su tío. Las otras dos eran vírgenes, Mariamne y Drusila, la primera de diez años, y Drusila de seis. El padre las había desposado: a Mariamne con Julio Arquelao, hijo de Celcías, y a Drusila con el hijo de Epífanes Antíoco, rey de Comagena.
Cuando se supo que Agripa había muerto, los de Cesárea y Sebaste, olvidados de los beneficios que habían recibido de él, se comportaron como enemigos encarnizados. Propalaron calumnias inconvenientes sobre el muerto. Todos los soldados que se encontraban allí, que eran numerosos, invadieron la residencia real, se apoderaron de las estatuas de las hijas del rey y de común acuerdo las trasladaron a los lupanares donde, después de colocarlas en la terraza, cometieron con ellas actos demasiado indecorosos para ser relatados. En los lugares públicos celebraron banquetes populares, adornándose con coronas y perfumándose, ofreciendo libaciones a Carón y felicitándose mutuamente de que el rey hubiera fallecido. Con tal comportamiento se manifestaban desagradecidos no sola. mente con Agripa, sino también con su abuelo Herodes, que les había edificado la ciudad, haciendo construir pórticos y templos con magnificencia y esplendidez.
2. El hijo de Agripa se encontraba a la sazón en Roma y se educaba cerca del César. Cuando el César supo que Agripa había muerto y que los de Cesárea y Sebaste lo habían vilipendiado, se lamentó de su fin y se indignó por la ingratitud de aquellos hombres. Fué su propósito enviar inmediatamente a su hijo Agripa para que lo sucediera en el reino, queriendo así cumplir la palabra que diera con juramento. Pero los libertos y los amigos que tenían mucha influencia con él, lo disuadieron, diciéndole que era peligroso entregar a un adolescente, que todavía no había salido de la infancia, un reino de tanta magnitud; sería incapaz de cuidar

de su administración, cuando incluso para un adulto resultaba un gran peso. Creyóles lo que le decían. Por lo tanto, envió a Caspio Fado como gobernador de Judea y de todo el reino, honrando de ese modo al difunto al no encargar de esta tarea a Marso, enemistado con Agripa.
Ordenó a Fado, en primer lugar, que castigara a los de Cesárea y Sebaste por las injurias cometidas contra el difunto y las hijas, que todavía vivían; y que enviara al Ponto, para acampar, al escuadrón formado con los habitantes de Cesárea y Sebaste, así como sus cinco cohortes, mientras que igual número de legionarios de Siria ocuparían su lugar. Sin embargo, los que recibieron orden de partir no se fueron. Enviaron una delegación para convencer a Claudio, y después de conseguirlo, se quedaron en Judea. Posteriormente fueron causa de muchas calamidades para los judíos, pues echaron la simiente de la guerra, bajo el gobierno de Floro. Esta fué la razón de que Vespasiano, después de su victoria, como lo contaremos más adelante, los expulsara de
la provincia.

LIBRO XX

Abarca una duración
de veintidós años

CAPITULO I

El procurador Cuspio Fado restablece el orden en Judea.
Fado y Longino ordenan que las vestiduras del sumo sacer
dote sean depositadas en la fortaleza Antonia

1. Una vez muerto el rey Agripa, según hemos expuesto en el libro anterior, Claudio César envió a Casio Longino para que ocupara el lugar de Marso, haciendo esto en homenaje a la memoria del rey, quien le había pedido varias veces por cartas que Marso dejara de ser gobernador de Siria. Fado, que llegó como procurador a Judea, encontró que los judíos de Perea estaban en lucha contra los de Filadelfia con motivo de los límites de una población llamada Mía, llena de gente belicosa. Los habitantes de Perea, sin saberlo los principales de ellos, tomaron las armas y mataron a muchos de los de Filadelfia. Estos hechos indignaron grandemente a Fado, por no haberle sometido a él el caso, si creían que los de Filadelfia los habían ofendido, en lugar de acudir temerariamente a las armas. Habiendo hecho detener a tres de sus hombres, que habían sido causa de la sedición, ordenó que los encadenaran. Dispuso que mataran a uno de ellos, de nombre Aníbal, y desterró a los otros dos, Amarán y Eleazar.
También Tolomeo, jefe de ladrones, que ocasionara muchos daños a los idumeos y árabes, poco después fué apresado y condenado a muerte. Toda Judea quedó limpia de latrocinios, gracias al cuidado y diligencia de Fado. Luego hizo que se presentaran los sumos pontífices y los primeros de los jerosolimitanos y les ordenó, de acuerdo con las instrucciones del emperador, que depositaran los vestidos sagrados y la ropa pontifical que sólo puede usar el sumo pontífice, en la torre Antonia, para que estuvieran en poder de los romanos, tal como se hacía antes.
No atreviéndose a oponerse, pidieron a Fado y Longino, pues éste había ido a Jerusalén con muchas tropas, por miedo de que las órdenes de Fado incitaran al vulgo a sublevarse, en primer lugar que les permitieran enviar legados al César, para pedirle que les dejara guardar en su poder las vestiduras sagradas; y luego que aguardara hasta que llegara la respuesta de Claudio. Los romanos respondieron que contaban con su permiso para enviar legados, con tal que dejaran a sus hijos como rehenes. Así se hizo.
A su llegada a Roma, Agripa el joven, hijo del rey difunto, que se encontraba en casa del emperador Claudio, se informó del motivo de su venida. Rogó al emperador que accediera al pedido de los judíos sobre las vestiduras sagradas y que enviara órdenes a Fado sobre el particular.
2. Claudio accedió al pedido de los legados y díjoles que debían agradecerlo a Agripa. Además les entregó la siguiente carta:
"Claudio César Germánico, investido del poder tribunalicio por quinta vez, cónsul designado por cuarta vez, saludado como imperator por la décima, padre de la patria, a los magistrados, al senado, al pueblo de Jerusalén y a toda la nación de los judíos, salud. Mi estimado Agripa, que yo he educado y que reservo a mi lado a causa de su piedad, me ha presentado a vuestros delegados que me agradecieron mi solicitud por vuestro pueblo. Puesto que me han solicitado insistentemente que dejara los vestidos sacerdotales y la corona en vuestro poder, yo accedí de acuerdo con las disposiciones tomadas por Vitelio, hombre eminente y que cuenta con mi aprecio. Si he accedido a vuestro pedido, por de pronto es por mi piedad y por el deseo que tengo de que cada uno observa sus propios ritos nacionales; además porque sé que, de este modo, obraré de manera grata al rey Herodes y a Aristóbulo el joven, de quien conozco su piedad hacia mí como también su celo por vuestras cosas, y con los cuales tengo muchos deberes de amistad, pues son gente

eminente que estimo. Sobre el particular he escrito a Cuspio Fado, mi procurador. Nombres de los portadores de la carta: Cornelio, hijo de Cerón, Trifón, hijo de Teudión, Doroteo, hijo de Natanael, Juan, hijo de Juan. Escrita el cuarto día antes de las calendas de julio, bajo el consulado de Rufo y de Pompeyo Silano."
3. Herodes, hermano del rey Agripa, que en aquel momento gobernaba en Calcis, pidió también al emperador Claudio que los judíos pudieran disponer libremente del Templo, del tesoro sagrado y que quedara en su poder la elección de los pontífices. Lo obtuvo todo. Desde entonces este poder perteneció a todos sus descendientes, en quienes quedó hasta el fin de la guerra. Entonces Herodes destituyó del sumo pontificado al que tenía de sobrenombre Cantera y le dió como sucesor en esta dignidad a José hijo de Cam.

CAPITULO II

Elena, reina de Adiabena, y su hijo Izates se convierten al judaísmo. Viaje de Elena a Jerusalén

1. Por este tiempo, la reina de Adiabena, Elena, y su hijo Izates adoptaron las costumbres judías por el siguiente motivo. Monobazes, rey de Adiabena, por sobrenombre Bazco, enamorado de su hermana Elena, se casó con ella y la dejó embarazada. Durmiendo un día con ella, por casualidad puso su mano sobre su vientre. En sueños, parecióle oír una voz que le ordenaba retirar la mano de encima de la esposa para no comprimir el feto que llevaba, al cual la providencia divina había reservado el poder y un fin feliz. Conturbado por esta voz, despertóse y se lo dijo a su mujer. Dieron el nombre de Izates al hijo que les nació.
Monobazes ya había tenido con Elena otro hijo, Monobazes, y tenía otros hijos de otras mujeres; pero claramente evidenciaba que todo su afecto se concentraba en Izates, como si solamente él existiera. Esta fué la causa de que todos sus hermanos de parte de padre tuvieran celos de Izates, por contar con la preferencia del rey. Monobazes se daba perfectamente cuenta de ello, pero lo atribuía no a su perversidad, sino al deseo que cada uno de ellos experimentaba de una benevolencia igual. En cuanto al adolescente, el rey, temeroso de que el odio de sus hermanos le ocasionara algún mal, después de hacerle grandes regalos lo envió a Abenerig, rey del Campo de Espasina, a quien lo confió para mayor seguridad. Abenerig recibió al joven muy afectuosamente, le entregó por esposa a su hija Simaco y lo gratificó con una región de la cual percibía grandes ingresos.
2. Monobazes era ya anciano y se daba cuenta que no le quedaba mucho tiempo de vida; de modo que quiso ver a su hijo antes de morir. Lo hizo venir y lo abrazó con gran cariño y le entregó la región denominada Carres; esta tierra produce en abundancia comestibles. También se encuentran allí los restos del arca en la cual Noé escapó del diluvio, restos que todavía se muestran a los que quieran verlos. Izates, por lo tanto, vivió en esta región hasta la muerte de su padre. El día en que Monobazes murió, la reina Elena hizo congregar a todos los grandes del estado, los sátrapas del reino y los comandantes de las tropas. Cuando estuvieron reunidos, les dijo:
-Creo que vosotros no ignoráis que mi esposo deseaba que Izates fuera su sucesor en el trono, pues lo juzgaba digno de ello. Sin embargo, espero vuestra opinión. Es feliz aquel que recibe el poder, no de uno solo, sino de muchos y con su pleno consentimiento.
Estas fueron las palabras que dijo, para conocer los sentimientos de aquellos a quienes había convocado. Ellos, ante estas palabras, se postraron delante de la reina según su costumbre, y luego declararon que ratificarían la elección del rey y de buen grado obedecerían a Izates, preferido por su padre, según la justicia y de acuerdo con una decisión unánime. Agregaron también que de buen grado estaban dispuestos a matar a sus hermanos y parientes, para que Izates ocupara el trono con toda seguridad. Efectivamente, mediante su muerte, se eliminaría todo peligro que pudiera surgir del odio y celos de los hermanos.
En respuesta, Elena les agradeció sus buenas disposiciones hacia Izates y hacia ella misma; sin embargo, les rogó que postergaran su intención de matar a los hermanos de Izates hasta que éste hubiera llegado y dado su aprobación.
Como ella no había aceptado la propuesta de darles muerte le pidieron que, por lo menos, los hiciera mantener encadenados hasta el regreso de Izates, para mayor seguridad. Además le aconsejaron que provisoriamente estableciera como regente del reino a aquél en el cual ella tuviera mayor confianza.

Elena siguió este consejo e invistió con el poder a Monobazes, el hijo mayor del rey, imponiéndole la diadema y dándole el anillo con el sello de su padre y lo que en ese país llaman sampsera. Lo invitó a que administrara el reino hasta el regreso de su hermano.
Este vino rápidamente, así que se informó de la muerte de su padre, y reemplazó a su hermano Monobazes, quien le cedió el poder.
3. En la época en que Izates vivía en el Campo de Espasina, un comerciante judío, llamado Ananías, que tenía acceso al gineceo real, enseñó a las mujeres a adorar a Dios según la costuumbre nacional de los judíos. Gracias a ellas se dió a conocer a Izates y también lo persuadió. Cuando éste fué llamado por su padre a Adiabena, Ananías lo acompañó, accediendo a sus insistentes solicitaciones. Aconteció que Elena, instruída de la misma manera por otro judío, también se había convertido a sus leyes.
Cuando Izates se hizo cargo del reino y supo que sus hermanos y parientes estaban encadenados, disgustóse de lo acontecido. Considerando que era impío matarlos o retenerlos encadenados, pero por otra parte juzgando que era peligroso dejarlos libres en su cercanía, pues se acordarían de las ofensas recibidas, a algunos con sus hijos los envió a Roma al emperador Claudio como rehenes y a otros, con un pretexto análogo, los remitió a Artabano, el parto.
4. Cuando supo que su madre se sentía muy satisfecha con las costumbres judías, se apresuró a amoldarse a ellas; creyendo que no sería definitivamente judío mientras no se circuncidara, se dispuso a hacerlo. Pero su madre intentó impedírselo, diciéndole que se pondría en peligro. Efectivamente, era rey y se enajenaría el aprecio de sus súbditos si supieran que deseaba adoptar costumbres extranjeras opuestas a las suyas, pues no tolerarían un rey que fuera judío. Dijo estas cosas, oponiéndose decididamente a sus designios; Izates se lo contó a Ananías. Este estuvo de acuerdo con la madre; y lo amenazó con separarse de él, si se negaba a obedecerla.
Decía temer, en caso de que llegara a conocerse, que lo castigaran como responsable de todo y por haber incitado al rey a realizar actos indignos. Por otra parte, el rey podía adorar a Dios, aun sin estar circuncidado, si estaba dispuesto a observar
completamente las leyes ancestrales de los judíos, lo cual tenía más importancia que la circuncisión. Le dijo también que Dios le perdonaría el haber renunciado a este rito, constreñido a ello por la necesidad y el miedo a sus súbditos. Estas palabras persua. dieron al rey. Pero en seguida, puesto que no había renunciado por completo a su designio, otro judío, que había venido de Galilea, de nombre Eleazar, que pasaba por muy entendido en la ley de sus padres, lo exhortó a que cumpliera el acto. Efectivamente, habiendo ido a saludarlo y sorprendiéndolo en el trance de leer la ley de Moisés, le dijo:
-Tú ignoras que estás cometiendo la mayor ofensa contra las leyes y por consiguiente contra Dios. No basta con leerlas, es necesario ante todo cumplir lo que ellas ordenan. ¿Hasta cuándo seguirás incircunciso? Si hasta ahora no has leído lo que dice la ley sobre la circuncisión, léelo de inmediato para saber lo grande que es tu impiedad.
Cuando hubo oído estas palabras, el rey no demoró por más tiempo su cumplimiento. Se retiró a otra cámara, mandó a buscar un médico, y le hizo ejecutar lo que le habían prescrito. Luego envió a buscar a su madre y al que fuera su maestro Ananías, y les indicó que había cumplido con el rito. Quedaron estupefactos y con gran miedo, diciéndose que si el asunto llegara a ser conocido, el rey correría peligro de verse privado del poder, pues los súbditos no soportarían que los gobernara un seguidor celoso de costumbres extranjeras; y que, incluso ellos mismos, se verían en peligro, por considerárselos responsables de lo acontecido.
Pero Dios hizo que sus temores no llegaran a realizarse. A pesar de que Izates, como sus hijos, se vieron expuestos a mil peligros, Dios los puso a salvo, haciéndolos pasar de una situación desesperada a una de seguridad, demostrando así que aquellos que elevan sus ojos a Dios y únicamente se fían de él no resultan frustrados del fruto de la piedad. Pero hablaremos de esto más adelante.
5. Elena, la madre del rey, veía que la paz reinaba en el reino y que su hijo era feliz y envidiado de todos, incluso entre los. pueblos extranjeros, gracias a la providencia divina. Deseó visitar la ciudad de Jerusalén para postrarse en el Templo de Dios, célebre en todo el mundo, y ofrecer sacrificios de acción de gracias. Para
ello pidió permiso a su hijo. Izates accedió al pedido de su madre; hizo grandes preparativos para el viaje y le entregó una fuerte cantidad de dinero.
Descendió, pues, a la ciudad de Jerusalén, acompañándolo su hijo durante un largo trecho. Su llegada resultó sumamente pro. vechosa para Jerusalén, pues en aquel momento la ciudad sufría por el hambre y muchos morían a causa de la indigencia. La reina Elena envió a algunos de sus esclavos, unos a Alejandría para que compraran trigo, otros a Chipre para que trajeran un cargamento de higos. Regresaron lo antes

posible, y ella distribuyó estos alimentos a los nativos, dejando por este motivo un recuerdo imperecedero en nuestro pueblo.
Su hijo Izates, cuando supo que en Jerusalén pasaban hambre, envió una gran cantidad de dinero a los principales de la ciudad. Pero contaremos más adelante todo lo que estos reyes han hecho en beneficio de nuestro pueblo.

CAPITULO III

Izates restablece en su trono a Artabano, rey de los partos.
Guerra de Bardanes contra Izates

1. Artabano, rey de los partos, advirtió que los sátrapas conspiraban contra él. En vista de la falta de seguridad, decidióse a ir a ver a Izates con el objeto de que éste le proporcionara los medios para la propia seguridad y para regresar, si ello era posible, al reino. Se dirigió, pues, al país de Izates, rodeado de cerca de mil parientes y servidores. Lo encontró en el camino; él lo reconoció, sin que Izates a su vez lo reconociera. Acercándose, se postró a sus pies, de acuerdo con la costumbre de su tierra, diciendo:
-Oh rey, no menosprecies al que te suplica y no desdeñes mi ruego. Me siento humillado por el cambio del destino. De rey que era me he convertido en un simple particular. Necesito tu ayuda. Considera la inestabilidad de la fortuna; piensa que la desgracia es algo común a nosotros dos; piensa en ti para lo futuro. Si tú no te dignas ayudarme, habrá muchos otros súbditos que se enardecerán contra los otros reyes.
Dijo todo esto, mientras lloraba e inclinaba la cabeza. Izates,
al oír su nombre y viendo que el que estaba ante él, suplicando y lamentándose, era Artabano, bajó rápidamente del caballo y le respondió
-Anímate, oh rey, y que la presente tribulación no te trastorne como si fuera irreparable; tu angustia rápidamente se cambiará en gozo. Encontrarás en mí un amigo y aliado mejor de lo que esperabas. Efectivamente, yo te restableceré en el trono de los partos, o perderé el mío.
2. Dichas estas palabras, hizo montar a Artabano a caballo y él lo acompañó a pie, como homenaje a un rey más grande. Pero Artabano, al verlo, no lo aceptó y juró por el destino y la gloria que tenía en aquellos momentos que descendería del caballo, si el otro no montaba y le precedía. Izates accedió a sus deseos. Saltó a caballo y lo condujo al palacio real. En las asambleas le tributó los honores debidos y en los banquetes le otorgó el lugar más elevado, sin tener en cuenta su suerte actual, sino a causa de su dignidad pasada y en consideración a que las vicisitudes de la fortuna son comunes a todos los hombres.
Escribió también a los partos para aconsejarles que recibieran a Artabano, ofreciéndoles su fe, sus juramentos y su mediación, para asegurarles que olvidaría sus actos. Los partos contestaron que no se negarían a recibir a Artabano, pero no les era posible hacerlo, pues el poder había sido confiado a otro, denominad6 Cinamo, y temían que estallara una guerra.
Cinamo, conociendo su voluntad, escribió él mismo a Artabano, pues éste lo educó y estaba dotado de un carácter noble y leal. Lo invitó a que se fiara de él y fuera a retomar el reino. Cinamo salió a su encuentro, se prosternó saludándolo con el título de rey y, quitándose la diadema, la puso sobre la cabeza de Artabano.
3. Es así como, gracias a Izates, Artabano fué restablecido en el trono del cual había sido expulsado por los grandes hacía poco. No fué ingrato a los beneficios recibidos y recompensó a Izates con los mayores honores. Le permitió que llevara la tiara derecha y que durmiera en una cama de oro, a pesar de que este honor y aquella insignia estaban reservados al rey de los partos. Le regaló también una gran región fértil que separó de las posesiones del rey de Armenia. Este país se llama Nisibis. Los macedonios habían fundado allí anteriormente la ciudad de Antioquía
a la cual dieron el nombre de Epimigdonia. Estos fueron los honores con los que el rey de los partos gratificó a Izates.
4. Poco después murió Artabano y dejó el trono a su hijo Bardanes. Este visitó a Izates y trató de convencerlo de que se aliara con él, para hacer la guerra a los romanos. Pero no lo logró, pues Izates conocía el poder y las riquezas de los romanos y creía que tal empresa era imposible. Además había enviado a cinco de sus hijos, todavía jóvenes, para que aprendieran diligentemente nuestra lengua nacional y recibieran nuestra educación; también envió, como dije antes, a su madre para que se prosternara en el Templo. Estaba perplejo y quería apartar a Bardanes de aquella guerra, describiéndole sin cesar la fuerza y los recursos de los romanos. Pensaba de esta manera asustarlo y obligarlo a desistir de sus proyectos.
El parto, irritado, declaró de inmediato la guerra a Izates; pero en nada le aprovechó esta empresa, pues Dios deshizo todas sus esperanzas. Cuando los partos comprendieron los planes de Bardanes y su decisión de combatir a los romanos, se libraron de él y entregaron el poder a su hermano Gotarzes. Este murió poco después, víctima de un complot, y tuvo por heredero a su hermano Vologeses, quien confió a sus hermanos

de parte del padre grandes gobiernos: Pacoro, el de más edad, tuvo la Media, y Tirídates, el menor, la Armenia.

CAPITULO IV

Conversión de Monobazes. Victoria de Izates sobre Abias,
rey de los árabes, y Vologeses, rey de los partos. Muerte
de Izates, a quien sucede Monobazes

1. El hermano de Izates, Monobazes, y sus parientes, en vista de que la piedad del rey hacia Dios lo había convertido en objeto de envidia entre los hombres, desearon también abandonar su religión nacional y abrazar la de los judíos. Pero no lo ignoraron sus súbditos; los grandes, irritados por esta conversión, disimularon su cólera, no buscando sino una ocasión propicia para vengarse. Escribieron a Abias, rey de los árabes, prometiéndole una gran suma de dinero si hacía la guerra a su rey. Se comprometían a traicionarlo al primer encuentro, pues querían castigarlo porque había repudiado las costumbres nacionales. Luego que mutuamente se juraron fidelidad, lo exhortaron a que procediera rápidamente. El árabe estuvo de acuerdo y marchó contra Izates, al frente de un gran ejército.
Cuando se iba a entablar la primera batalla, antes de que llegaran a las manos, los grandes, de acuerdo con lo convenido, abandonaron a Izates, simulando un terror pánico y escaparon dando las espaldas al enemigo. Izates, lejos de abatirse, comprendió que los grandes lo habían traicionado y se retiró a su campamento. Indagó la causa de la huída y cuando supo que se trataba de un acuerdo con el árabe, se desembarazó de los culpables. Al día siguiente atacó a los enemigos, mató a un gran número de ellos y obligó al resto a huir. Persiguió a su rey y lo obligó a refugiarse en una fortaleza denominada Arsamo. La sitió enérgicamente hasta que la tomó. Se apoderó de todo el botín, que era considerable, y regresó a Adiabena sin haberse podido apoderar de Abias vivo, pues éste, rodeado por todos lados, se había suicidado.
2. Los grandes de Adiabena habían fracasado en esta primera conspiración. Dios había protegido al rey. Sin embargo, en vez de quedarse tranquilos, escribieron de nuevos a Vologeses, rey de los partos, invitándolo a que matara a Izates y que les diera otro príncipe, de origen parto. Decían que odiaban a su rey por haber violado su religión ancestral, adoptando ritos extranjeros.
Con estas nuevas, el rey parto se sintió movido a la guerra; pero en vista de que no había pretexto ninguno para ello, pidió a Izates que le devolviera los signos de honor que le diera su padre, y en caso de que rehusara, lo amenazaba con la guerra.
Izates se sintió muy intranquilo; opinaba que al renunciar a los honores se condenaba a sí mismo, pues dejaría la impresión de obrar por miedo. Además sabía que el parto, aun después de esta devolución, no se aquietaría. Consideró que lo más conveniente sería confiar a la protección de Dios su vida en peligro. Pensando que Dios era el más poderoso de los aliados, instaló a sus mujeres e hijos en los fuertes más seguros, envió todo el trigo a los castillos e incendió los forrajes. Una vez tomadas estas precauciones, esperó al enemigo.
El rey de los partos, acompañado de una gran cantidad de soldados de infantería y caballería, llegó mucho antes de lo que se le esperaba, pues había estado marchando sin descanso. Esta. bleció su campamento cerca del río que separa la Adiabana de la Media; Izates puso el suyo a poca distancia, con seis mil hombres de a caballo. Izates recibió un mensaje enviado por el parto en el cual le recordaba las numerosas fuerzas que traía consigo, desde el río Eufrates hasta las fronteras de la Bactriana, y le enumeraba todos los reyes que eran sus súbditos. El parto, además, amenazaba castigarlo por su ingratitud y declaraba que ni el Dios a quien adoraba lo libraría de sus manos.
Después de escuchar al mensajero, Izates respondió que conocía las fuerzas de los partos, sin duda muy superiores a las suyas, pero que sabía mejor aún que Dios es más poderoso que todos los hombres. Dada esta respuesta, se puso a rogar a Dios postrándose en el suelo y esparciéndose ceniza en la cabeza. Ayunó con su esposa e hijos e invocando a Dios, dijo:
-Si no es en vano, Señor y dueño soberano, que yo he contado con tu bondad y si he acertado al considerarte único y supremo señor de todas las cosas, ven en mi ayuda y defiéndeme contra mis enemigos, no solamente en mi interés, sino porque ellos se han atrevido a atacar tu poder.
Oró en esta forma con llantos y gemidos, y Dios lo escuchó. La noche siguiente, Vologeses recibió una carta en la cual le anunciaban que un gran ejército de dacios y sacos se habían aprovechado de su ausencia para devastar el país de los partos. Entonces, sin haber hecho nada, levantó el campamento y volvió atrás. Es así como, gracias a la providencia divina, Izates escapó a las amenazas de los partos.
3. Poco después Izates murió, cumplidos los cincuenta y cinco años y después de veinticuatro de reinado, dejando veinticuatro hijos y veinticuatro hijas. La sucesión al trono, según lo había ordenado, pasó a su

hermano Monobazes, en recompensa a la fidelidad, con que le había conservado el poder, estando ausente, luego de la muerte de su padre. Su madre Elena se afligió intensamente por la muerte de su hijo, como es natural para una madre privada del más afectuoso de sus hijos; pero se consoló al saber que la sucesión se había otorgado a su hijo mayor, apresurándose a ir a su lado. De regreso a Adiabena, sobrevivió poco tiempo a su hijo Izates. Monobazes envió sus huesos y los de su madre a Jerusalén, y los hizo sepultar en las tres pirámides que su madre había hecho elevar a tres estadios de la ciudad. Pero más adelante hablaremos de lo que hizo Monobazes durante su vida.

CAPITULO V

Tiberio Alejandro, procurador de Judea, castiga a los hijos de Judas el galileo. El procurador Cumano reprime una sedición con una gran matanza de judíos junto al Templo

1. Siendo Fado procurador de Judea, un cierto mago de nom. bre Teudas persuadió a un gran número de personas que, llevando consigo sus bienes, lo siguieran hasta el río Jordán. Afirmaba que era profeta, y que a su mando se abrirían las aguas del río y el tránsito les resultaría fácil. Con estas palabras engañó a muchos. Pero Fado no permitió que se llevara a cabo esta insensatez ; envió una tropa de a caballo que los atacó de improviso, mató a muchos y a otros muchos hizo prisioneros. Teudas fué también capturado y, habiéndole cortado la cabeza, la llevaron a Jerusalén. Estas cosas acontecieron siendo Cuspio Fado procurador.

2. Sucedió a Fado Tiberio Alejandro, hijo de Alejandro, que fuera alabarca de Alejandría, el primero de sus contemporáneos por su nobleza y riqueza y que sobresalió también por su piedad hacia Dios a su hijo Alejandro, pues éste no permaneció fiel a las costumbres y las leyes patrias. En su tiempo fué cuando sobrevino en Judea la época de gran hambre, en cuya oportunidad la reina Elena compró con su dinero mucho trigo en Egipto, según dijimos antes. En este tiempo fueron muertos los hijos de Judas el galileo, el que había incitado al pueblo a la rebelión, cuando Quirino realizaba el censo de Judea, como hemos dicho antes. Eran Jacobo y Simón, a quienes Alejandro ordenó que crucificaran. Herodes, rey de Calcis, privó del pontificado a José hijo de Cam, y lo traspasó a Ananías hijo de Zebedeo. Cumano sucedió a Tiberio Alejandro. Herodes, hermano del rey Agripa el Grande, falleció en el año octavo del reinado de Claudio, dejando tres hijos: Aristóbulo, hijo de su primera esposa Mariamne y Bereniciano e Hircano hijos de Berenice, la hija del hermano. Claudio César entregó su reino al joven Agripa.

3. Una revuelta que se produjo en la ciudad de Jerusalén, siendo administrador de Judea Cumano, costó la vida a un gran número de judíos. Pero expondré en primer lugar su causa. En la fiesta de Pascua, cuando es costumbre entre nosotros comer panes no fermentados, congregándose una gran multitud para su ablución, temeroso Cumano de alguna sedición, ordenó que una cohorte se apostara con sus armas en los pórticos del Templo, a fin de reprimir cualquier tumulto que se produjera. Así acostumbraban a hacerlo antes que él los procuradores de Judea.

En el cuarto día de la festividad un soldado descubrió su sexo y lo mostró a la gente. Los que lo vieron se irritaron, y dijeron que no eran ellos los insultados, sino Dios. Algunos de los más decididos dijeron que Cumano era el responsable, y por eso lo injuriaron. Cumano, al oír sus expresiones, se irritó, y pidió a los descontentos que no ocasionaran tumultos durante las fiestas. No logró persuadirlos, arreciando las injurias. Cumano ordenó a todas las tropas que, tomando las armas, se concentraran en la fortaleza Antonia la cual, como dijimos, domina al Templo. La multitud, a la vista de los soldados, aterrorizada, se apresuró a huir; como las salidas eran estrechas y creían que los enemigos los perseguían, muchos de ellos perecieron en estos lugares angostos. Hubo veinticinco mil muertos en aquel tumulto; de manera que la festividad se convirtió en fecha de luto, de tal manera que todos, olvidados de los sacrificios y de las oraciones, se pusieron a lamentarse y gemir. El impudor de un soldado fué causa de una gran calamidad.

4. Todavía no habían dejado de lamentarse por este suceso, cuando se produjo otra desgracia. Algunos de los que siempre buscan revueltas atacaron a Esteban, esclavo del emperador, en la vía pública, a cien estadios de la ciudad, como si fueran ladrones, y lo despojaron de todo lo que llevaba. Cuando Cumano lo supo, envió inmediatamente soldados para que saquearan los poblados vecinos y apresaran a los más nobles de ellos, para que dieran cuenta del crimen. Mientras se procedía a la devastación de los poblados, un soldado encontró las leyes de Moisés, guardadas en uno de estos pueblos y, exponiéndolas a la vista de todos, las rompió, agregando a esto burlas y ofensas.

Cuando se enteraron los judíos, bajaron en gran número a Cesárea, donde se encontraba Cumano, para suplicarle que vengara, no a ellos, sino a su Dios, cuyas leyes habían sido ultrajadas; pues a ellos no les era posible vivir si las leyes de sus padres eran tratadas tan indignamente. Entonces Cumano, temeroso de que la multitud se agitara de nuevo, siguió el consejo de sus amigos e hizo decapitar al soldado que había ultrajado a las leyes. Así apaciguó la sedición que estaba a punto de estallar de nuevo.

CAPITULO VI

Discordia entre galileos y samaritanos. Cuadrato, goberna
dor de Siria, envía a los principales a Roma. Claudio re
suelve la cuestión: absuelve a los judíos y castiga a los res
ponsables de la revuelta

1. Surgieron disensiones entre los samaritanos y los judíos por el siguiente motivo. Los galileos acostumbraban en los días de fiesta, cuando iban a Jerusalén, a pasar por Samaria. Estando en camino, algunos hombres de un poblado llamado Ginea, situado en los límites de Samaria y de la gran llanura, los atacaron y mataron a muchos de ellos.

Los principales de los galileos, cuando se informaron del crimen, presentáronse ante Cumano y le pidieron que vengara a los muertos. Pero él, que había sido corrompido por los samaritanos con dinero, no los escuchó. Entonces los galileos, indignados, llamaron a los judíos a las armas para defender su libertad. Decían que la servidumbre era ya de por sí muy acerba, pero si se le agregaba la injuria resultaba intolerable.

Los magistrados se esforzaron en apaciguar y aquietar a la multitud, prometiendo que hablarían con Cumano para persuadirlo que castigara a los autores de las muertes. No los escucharon; tomaron las armas y llamando en su auxilio a Eleazar hijo de Dineo, un ladrón que por espacio de muchos años había vivido en los montes, robaron e incendiaron varios poblados de los samaritanos.

Cumano, cuando se enteró, tomó consigo al escuadrón de Sebaste y cuatro cohortes de a pie y armó también a los samaritanos, y marchó contra los judíos. Habiéndolos alcanzado, mató a muchos de ellos y a muchos otros los hizo prisioneros.

Los principales de Jerusalén por su nobleza y por los honores, en vista de la magnitud de los males en los que habían caído, vistieron cilicios y se cubrieron la cabeza con ceniza. Pidieron y exhortaban a los revoltosos, puesto que tenían ante sus ojos la patria que iba a ser abolida, el Templo destruido y, en fin, las mujeres y los hijos reducidos a esclavitud, que cambiaran de propósito, que depusieran las armas, se tranquilizaran y regresaran a sus casas. Estas palabras persuadieron a los amotinados, los cuales se dispersaron; y los ladrones regresaron a sus lugares inexpugnables; pero, después de esto, toda Judea estuvo infectada de ladrones.

2. Los primeros de los samaritanos se presentaron ante Ummidio Cuadrato, gobernador de Siria, que entonces vivía en Tiro, para acusar a los judíos de haber saqueado e incendiado sus poblados. Afirmaron que no les dolía tanto la injuria que habían recibido de ellos cuanto el menosprecio en que tenían a los romanos, a quienes debían haber acudido como jueces, si se sentían ofendidos, en vez de llevar a cabo incursiones, como si no estuvieran gobernados por los romanos. Por esto se presentaban ante él, pidiéndole que los vengara. Esta era la índole de las acusaciones de los samaritanos.

Los judíos sostuvieron que los culpables de la revuelta y de la lucha habían sido los samaritanos y, sobre todo, que Cumano había sido corrompido con sus regalos y que, por este motivo, ocultó y disimuló la matanza de judíos. Cuando Cuadrato hubo oído estas cosas, difirió la sentencia, diciendo que la daría cuando fuera a Judea y se informara más detalladamente de la verdad.

Se retiraron sin que nada se hubiera decidido. Poco después Cuadrato pasó a Samaria en donde, luego de oír a todos, estaba por decidir que los samaritanos habían sido los culpables de las sediciones. Pero al informarse de que algunos judíos habían fraguado una revolución, hizo crucificar a los capturados por Cumano. De allí pasó al poblado llamado Lida, que por su magnitud no cedía en grandeza a una ciudad; se instaló en un tribunal y,

por segunda vez, escuchó a los samaritanos. Uno de ellos le dijo que uno de los principales de los judíos, de nombre Dorto, y algunos más, en número de cuatro, ansiosos de novedades, se esforzaban en alejar al pueblo de los romanos. Mandó que los mataran. Envió al pontífice Ananías y al pretor Anán a Roma, encadenados, para que dieran cuenta de sus actos al emperador Claudio. Luego dispuso que los principales de los samaritanos y de los judíos, el procurador Cumano y Céler, un tribuno, marcharan a Italia, para someter al juicio del César sus controversias. Temeroso de que los judíos fraguaran nuevas sediciones, se dirigió a la ciudad de Jerusalén; la encontró apaciguada y en trance de celebrar una fiesta antigua en honor

de Dios. Convencióse que no había peligro ninguno de sedición; por esto, dejando la fiesta, regresó a Antioquía.
3. Cumano y los principales de los judíos, que fueron enviados a Roma, obtuvieron del César una audiencia para tratar sobre los litigios que los dividían. Los libertos y amigos del César apoyaban calurosamente a Cumano y los samaritanos. Los judíos habrían sido derrotados si Agripa el joven, que entonces se encontraba en Roma y veía el temor de los judíos, no implorara vivamente a la emperatriz Agripina que persuadiera a su marido que juzgara de acuerdo con la justicia, luego de oír a ambas partes, a los que eran responsables de la revuelta.
Claudio, impresionado por el pedido, escuchó a ambas partes, y comprobó que los samaritanos eran los culpables de todos los males; ordenó que se ejecutara a los que se habían presentado ante él y desterró a Cumano; y, por último, ordenó que el tribuno Céler fuera llevado a Jerusalén y muerto, luego de ser paseado por la ciudad a la vista de todos.

CAPITULO VII

Félix es nombrado procurador de Judea. Su matrimonio con Drusila

1. Claudio envió a Félix, hermano de Palas, para que tomara a su cargo los asuntos de Judea. En el año duodécimo de su imperio, dió a Agripa la tetrarquía de Filipo y la Batanea, agregando la Traconítida y Abila, esto es, la tetrarquía de Lisanias; pero le quitó la Calcídica, donde había gobernado durante cuatro años. Recibido este presente del emperador, Agripa entregó en matrimonio a Aziz, rey de Emeso, que había accedido a circuncidarse, a su hermana Drusila. Epífanes, hijo del rey Antíoco, había rehu. sado casarse con ella, pues se negó a aceptar la religión de los judíos y abandonar la suya, aunque así lo había prometido al padre de la muchacha. Luego casó a Mariamne con Arquelao hijo de Helcias, a quien la había prometido Agripa padre. Les nació una hija de nombre Berenice.
2. Poco después se disolvió el matrimonio de Drusila y Aziz por el siguiente motivo. Siendo Félix procurador de Judea, al ver a Drusila, que sobresalía en hermosura entre las demás mujeres, se inflamó de deseo por ella. Le envió un judío chipriota, de nombre Simón, que pretendía ser mago, para persuadirla que dejara a su marido y se casara con él, prometiéndole hacerla feliz si accedía a este deseo. Ella, no obrando bien, y con miras a escapar a la envidia de su hermana Berenice, pues la fastidiaba frecuentemente a causa de su hermosura, se dejó persuadir en contra de las leyes patrias, para casarse con Félix.
Le dió un hijo, al cual puso el nombre de Agripa. Más adelante expondré en qué forma este joven pereció con su madre en ocasión de la erupción del Vesubio en tiempo de Tito César.
3. Berenice, después de la muerte de Herodes, que fuera su marido y a la vez su tío, luego de una larga viudez, durante la cual corría el rumor de que mantenía relaciones con su hermano, persuadió a Polemón, que era rey de Cilicia, que se circuncidara y se casara con ella. Creía que en esta forma terminaría con las mentiras y calumnias. Polemón accedió, especialmente a causa de sus riquezas. Sin embargo, este matrimonio no duró mucho tiempo; Berenice, mujer intemperante, abandonó a Polemón. El, una vez disuelto el matrimonio, dejó de ser fiel a las costumbres y leyes de los judíos. Por el mismo tiempo Mariamne repudió a Arquelao y se casó con Demetrio, el primero de los judíos alejandrinos por su nacimiento y sus riquezas; además era alabarca. Tuvo un hijo con él, al cual llamó Agripino. Más adelante habrá lugar para hablar de todo esto más detalladamente.

CAPITULO VIII

Muerte de Claudio. Advenimiento de Nerón. Félix destruye los nidos de ladrones. El caso del impostor egipcio. Suble vación de Cesárea. Festo reemplaza a Félix

1. Claudio César murió luego de gobernar trece años, ocho meses y veinte días. Algunos dijeron que había sido envenenado por su mujer Agripina. El padre de esta mujer fu¿ Germánico, hermano del César; y tuvo por marido a Domicio Enobarbo, romano ilustre. Muerto él, después de permanecer viuda por largo tiempo, Claudio se casó con ella, llevando Agripina consigo a un hijo que se llamaba Domicio como su padre. Anteriormente Claudio había hecho matar, por celos, a su esposa Mesalina, con la cual había tenido dos hijos, Británico y Octavia. Tenía además otra hija mayor, que se llamaba Antonia, nacida de su esposa anterior, Petina. Casó a Octavia con Nerón, nombre que dió a Domicio después de adoptarlo.
2. Agripina temía que Británico, cuando fuera adulto, ocupara el trono de su padre. Con el deseo de que pasara a su hijo, según se dice, hizo todo lo posible para matar a Claudio. Después procuró que Burro,

prefecto del ejército, así como también los tribunos y libertos de mayor autoridad, se llevaran a Nerón al campamento y lo proclamaran emperador.
Nerón, luego de obtener el poder, envenenó a Británico ante numerosas personas; también asesinó abiertamente a su madre, agradeciéndole en esta forma, no solamente el que lo hubiera engendrado, sino también el que con sus maquinaciones obtuviera el imperio para él. Igualmente hizo morir a Octavia, su esposa, y a muchos ilustres varones, acusándolos de intrigar.
3. Pero no quiero detenerme por más tiempo en el particular. Son muchos los que han escrito la historia de Nerón: los unos han disfrazado la verdad, para agradarle, pues fueron bien tratados por él; otros, en cambio, por el odio y enemistad con que lo contemplaban, lo han tratado tan desmedidamente que merecen igual reproche que los primeros. No hay motivo para que me admire que hayan mentido con relación a Nerón, pues tampoco al escribir sobre sus predecesores han respetado la verdad histó
rica; y, con todo, no los odiaban, pues vivieron mucho tiempo después. Pero que escriban de acuerdo a sus caprichos aquellos que no guardan el menor respeto por la verdad, si es que así les gusta. En cuanto a nosotros, nos hemos propuesto atenernos únicamente a la verdad, aunque tocando sólo de paso lo que no se refiere a nuestros asuntos, los de los judíos, que debemos expones de una manera menos superficial, sin vacilación ninguna, para explicar claramente nuestras desgracias y nuestros defectos. Dicho esto, expondré lo referente a nosotros.
4. En el año primero del reinado de Nerón, muerto Aziz, príncipe de los emesos, lo sucedió en el poder su hermano Soem. Aristóbulo recibió de Nerón el gobierno de la Armenia Menor; este Aristóbulo era hijo de Herodes, rey de Calcis. Nerón dió además a Agripa parte de la Galilea, Tiberíades y Tariquea, ordenando que le estuvieran sometidas; también le entregó Julias, población de Perea y catorce poblados de su vecindad.
5. Los asuntos de los judíos día a día empeoraban. El país estaba lleno de ladrones y de impostores que seducían a la multitud. Todos los días Félix capturaba a algunos dé los últimos, junto con ladrones, y los hacía perecer. Capturó vivo a Eleazar hijo de Dineo, que había reunido una caterva de ladrones; le dió su palabra de que nada le iba a acontecer, y así lo indujo a que se le acercara; luego lo envió a Roma encadenado.
Félix odiaba al pontífice Jonatás, porque le exhortaba frecuentemente a que administrara mejor los asuntos de los judíos, pues no quería que le reprocharan el que hubiese pedido al emperador que les enviara a Félix como procurador. Por ese motivo, Félix buscaba un pretexto para librarse de él, por resultarle molesto. Molesta ser amonestado frecuentemente a aquellos que se han propuesto obrar injustamente.
Por este motivo, Félix corrompió con la entrega de gran cantidad de dinero, a un tal Doras, amigo íntimo de Jonatás, de origen jerosolimitano, para que le enviara ladrones que lo mataran. Doras, dispuesto a obedecerle, arbitró de esta manera la muerte del pontífice. Algunos de los ladrones ascendieron a la ciudad, como si quisieran adorar a Dios, teniendo ocultas las dagas bajo los vestidos; mezclados con los criados de Jonatás lo mataron.
Esta muerte quedó sin venganza. Posteriormente los ladrones,
sin amedrentarse, ascendieron al Templo durante las festividades, ocultando las armas como antes; mezclados con la turba, mataron a unos porque eran sus enemigos y a otros porque se les pagaba pára hacer ese servicio; y lo llevaban a cabo, no sólo en la ciudad, sino en el mismo Templo. Efectivamente, se atrevían a matar en el Templo, como si obrar de esta manera no fuera un acto impío.
Por eso creo que Dios, ofendido por su impiedad, se apartó de nuestra ciudad; juzgó que el Templo ya no era su morada pura, e hizo que los romanos purificaran con el fuego a la ciudad, nos redujeran a la esclavitud a nosotros, a nuestras mujeres y a nuestros hijos, a fin de que, advertidos por tales calamidades, volviéramos a la rectitud.
6. Con esos hechos perpetrados por los ladrones, la ciudad estaba repleta de crímenes horrendos. Los impostores y los hombres falaces persuadían a la multitud que los siguieran al desierto. Decían que allí les mostrarían signos y señales que sólo pueden producirse por obra y providencia de Dios. Muchos que los creyeron, sufrieron los castigos que merecían por su locura, pues Félix los hizo ejecutar cuando le fueron entregados.
En ese tiempo llegó a Jerusalén un egipcio que simulaba ser profeta, y quiso persuadir a la multitud que ascendiera con él al monte de los Olivos, que se encuentra a la distancia de cinco estadios de la ciudad. Les dijo que desde allí verían caer por su orden los muros de Jerusalén, y les prometió abrirles un camino para volver a la ciudad.

Cuando Félix oyó tales cosas; ordenó a sus soldados que tomaran las armas. Salió de Jerusalén con muchos soldados de caballería y de infantería, y atacó al egipcio y a los que estaban con él. Mató a cuatrocientos de ellos, e hizo prisioneros a doscientos. En cuanto al egipcio, eludió el encuentro y se escapó.
De nuevo los ladrones incitaron al pueblo a hacer la guerra a los romanos, diciendo que no había que obedecerles. Incendiaban y robaban las casas de los que no estaban de acuerdo con ellos.
7. También se produjo una disensión entre los judíos que vivían en Cesárea y los sirios de la misma ciudad, acerca de la igualdad de los derechos de ciudadanía. Los judíos querían ser los primeros en todo, pues su rey Herodes, fundador de Cesárea, había sido judío de nacimiento. Los sirios lo reconocían, pero agregaban que la ciudad anteriormente se había llamado Torre de Estratón y que en ese entonces no había allí ningún judío. Informados de esto los magistrados de la ciudad, capturaron a los autores de la sedición de ambos lados y los golpearon, con lo cual el tumulto quedó apaciguado por algún tiempo.
Pero de nuevo los judíos moradores de la ciudad, confiados en sus riquezas y teniendo por este motivo en menos a los sirios, los injuriaron, esperando que así lograrían provocarlos. Los otros, inferiores en lo referente a dinero, pero orgullosos de que la mayoría de los que servían en las tropas romanas fueron de Cesárea o de Sebaste, devolvieron los insultos a los judíos. Llegóse al extremo de que judíos y sirios se apedrearan mutuamente, causándose gran número de muertos y heridos de ambos lados. Los judíos, sin embargo, salieron victoriosos. Félix, en vista de que esta agitación en muy poco se diferenciaba de una guerra, pidió a los judíos que se quedaran tranquilos. Como no le hicieron caso, ordenó a los soldados que los atacaran; fueron muertos muchos de ellos y otros hechos prisioneros. También Félix permitió a los soldados que saquearan algunas casas de judíos llenas de riquezas. Los más moderados y de mayor dignidad de los judíos, pidieron a Félix que hiciera sonar la trompeta para llamar a los soldados, de modo que quedaran perdonados los restantes para que pudieran arrepentirse de su conducta. Félix consintió.
8. Por este tiempo el rey Agripa confirió el pontificado a I3mael, hijo de Fab. Se originaron disensiones entre los pontífices y los sacerdotes y principales de Jerusalén. De tal modo que cada uno de los sectores, se puso al frente de una banda de hombres muy decididos y revoltosos. En los encuentros se injuriaban mutuamente y se apedreaban, sin que nadie los llamara al orden, como si se tratara de una ciudad privada de jefes. Fué tan grande la audacia de los pontífices, que exentos de toda vergüenza enviaron a sus siervos a las eras, para que se apoderaran de los diezmos que pertenecían a los sacerdotes. Por lo cual aconteció que algunos de los sacerdotes, cuya situación familiar era muy pobre, murieran por falta de alimentos. Es así como la violencia de los facciosos se imponía sobre el derecho.
9. Porcio Festo fué enviado por Nerón para suceder a Félix. Los principales de los judíos que vivían en Cesárea se dirigieron
a Roma para acusar a Félix, el cual habría sido castigado por sus injusticias con los judíos si Nerón no hubiera sido muy condescendiente ante los pedidos de Palas, el hermano de Félix, que gozaba de gran prestigio con él. Dos de los sirios principales de Cesárea, mediante la donación de gran cantidad de dinero, persuadieron a Burro, instructor de Nerón, encargado por éste de los asuntos de las regiones griegas, que pidiera a Nerón que privara a los judíos del derecho de ciudadanía que les era común con los sirios. Burro se lo pidió al emperador y lo obtuvo y envió un rescrito, que fué la causa de todos los males que posteriormente afligieron a nuestro pueblo. Cuando los judíos de Cesárea se informaron de lo otorgado a los siros, persistieron en sus revueltas contra ellos hasta que estalló una guerra.
10. Cuando Festo pasó a Judea con motivo de las fiestas, encontró a la ciudad asolada por los ladrones, que incendiaban y saqueaban todas las aldeas. Los llamados sicarios, en realidad ladrones, eran muy numerosos; se servían de puñales cortos, casi de la misma longitud que los acinace de los persas, pero curvos como aquellos que los romanos llaman sicae, con los cuales estos ladrones mataban a mucha gente y de cuyo uso tomaron el nombre. Durante los días festivos, como antes dijimos, mezclados con la multitud que venía de todos lados por razones religiosas, mataban a los que querían sin dificultad ninguna. Frecuentemente irrumpían en los poblados enemigos y, después de haberlos saqueado, los incendiaban. Festo envió tropas de infantería y caballería contra los que habían sido engañados por un impostor que les había prometido la cesación de todos los males y plena seguridad, si lo seguían al desierto. Los soldados mataron al impostor y a los que estaban con él.
11. Por el mismo tiempo el rey Agripa construyó un salón comedor, de una respetable magnitud, en el palacio de Jerusalén, cerca de la galería cubierta. Este palacio antes fué de los Asmoneos y se encontraba en un lugar elevado, desde el cual los que querían contemplar la ciudad disponían de una vista muy agradable. Al rey le gustaba hacerlo; y cuando se tendía a comer miraba lo que ocurría en el Templo.
Cuando lo supieron los jefes de Jerusalén, se indignaron en gran manera. Ni la costumbre nacional ni las leyes permitían que

aquello que se realizaba en el Templo, especialmente los sacrificios, fuera observado. Por este motivo levantaron una gran pared por encima de la sala de reunión que, en el conjunto interior del Templo, miraba al occidente. Este edificio interceptaba no sólo el comedor del rey, sino también el pórtico occidental exterior del Templo desde el cual los romanos vigilaban durante las fiestas.

Tanto el rey Agripa como el procurador Festo se irritaron por esto y ordenaron la demolición del muro. Pero los judíos pidieron que se les permitiera enviar legados a Nerón, pretendiendo que no podrían soportar la vida si tenían que destruir parte del santuario. Festo les otorgó permiso; y enviaron a diez delegados ante Nerón, de los principales del pueblo; entre ellos estaban Ismael, el pontífice y Helcias, el guardián del tesoro.

Después de haberlos oído, Nerón no sólo les perdonó su acto, sino que accedió a que conservaran la construcción, a fin de complacer a su esposa Popea que se interesó por ellos, pues era una mujer piadosa. Ordenó ella a los diez que se fueran, pero retuvo como rehenes a Helcias y a Ismael.

Cuando el rey lo supo entregó el sumo pontificado a José, hijo del sumo sacerdote Simón; José era llamado por sobrenombre Cabi.

CAPITULO IX

Muerto Festo en Judea, lo reemplaza Albino, quien detiene los crímenes de los sicarios

1. Informado el César de la muerte de Festo, envió a Albino como procurador de Judea. El rey privó del pontificado a José, y lo concedió a Anán, hijo de Anán. Según se dice, Anán el mayor fué un hombre de muchísima suerte; tuvo cinco hijos, y dió la casualidad de que los cinco obtuvieran el pontificado, siendo el primero que por mucho tiempo disfrutó de esta dignidad. Tal caso no se dió anteriormente con ningún otro pontífice. El joven Anán que, como dijimos, recibió el pontificado, era hombre de carácter severo y notable valor. Pertenecía a la secta de los saduceos que comparados con los demás judíos son inflexibles en sus puntos de vista, como antes indicamos.

Siendo Anán de este carácter, aprovechándose de la oportunidad, pues Festo había fallecido y Albino todavía estaba en camino, reunió el sanedrín. Llamó a juicio al hermano de Jesús que se llamó Cristo; su nombre era Jacobo, y con él hizo comparecer a varios otros. Los acusó de ser infractores a la ley y los condenó a ser apedreados [1]. Pero los habitantes de la ciudad, más moderados y afectos a la ley, se indignaron. A escondidas enviaron mensajeros al rey, pidiéndole que por carta exhortara a Anán a que, en adelante, no hiciera tales cosas, pues lo realizado no estaba bien. Algunos de ellos fueron a encontrar a Albino, que venía de Alejandría; le pidieron que no permitiera que Anán, sin su consentimiento, convocara al sanedrín. Albino, convencido, envió una carta a Anán, en la cual lleno de indignación le anunciaba que tomaría venganza con él. Luego el rey Agripa, habiéndole quitado el pontificado, que ejerció durante tres meses, puso en su lugar a Jesús hijo de Damneo.

2. Cuando Albino llegó a la ciudad de Jerusalén, puso todo su empeño en pacificar y tranquilizar la región, matando a varios de los sicarios. Pero de día en día el sumo pontífice Ananías crecía en reputación y obtenía en forma descollante el afecto y la estima de sus conciudadanos. Efectivamente, sabía repartir dinero y cotidianamente hacía la corte y ofrecía regalos a Albino y al sumo pontífice. Tenías unos criados muy perversos que se unían a los más audaces; violentamente se apoderaban en las eras del diezmo de los sacerdotes, golpeando a aquellos que rehusaban dárselos. De ahí que se murieran de hambre los sacerdotes que anteriormente se alimentaban con el diezmo.

3. De nuevo los sicarios, en oportunidad de una fiesta, durante la noche penetraron en la ciudad, e hicieron prisionero al secretario del comandante Eleazar, que era hijo del sumo pontífice, y se lo llevaron encadenado. Luego enviaron mensajeros a Ananías, diciéndole que estaban dispuestos a devolver el secretario, si persuadía a Albino que pusiera en libertad a diez de los suyos que mantenía encarcelados.

1 La autenticidad de este pasaje fué puesta en duda, como puede verse en Schürer, t. I, pág. 545.

Ananías, obligado por la situación, persuadió a Albino y obtuvo lo que pedía. De ahí surgieron calamidades mayores. Resultó que se apoderaron de algunos familiares y amigos de Ananías. Capturándolos vivos, no los dejaron en libertad hasta no recibir, a su vez, a algunos de los sicarios prisioneros. De ahí que, creciendo en número, infestaron todo el país.

4. Por este tiempo el rey Agripa, habiendo engrandecido la ciudad de Cesárea de Filipo, la nombró Neronías en honor de Nerón. Además hizo edificar un teatro en Berito, de elevado costo, donde ofreció espectáculos anuales; gastó en ello decenas de miles de dracmas. Pues daba al pueblo trigo y le distribuía aceite. Además adornó toda la ciudad con estatuas y copias de las obras antiguas y transportó allí todo lo

que adornaba su reino, o poco menos. Con esto se concentró el odio de sus súbditos, pues les quitaba lo que era suyo para ornar una ciudad extranjera.
El rey privó del pontificado a Jesús hijo de Damneo y se lo dió a Jesús hijo de Gamaliel. Por este motivo se originó entre los dos una mutua disensión. Cada uno de ellos reunió una cohorte de hombres de la más perversa índole, que se insultaban mutuamente y a veces llegaban a apedrearse. Ananías se distinguió entre todos pues se atrajo, gracias a sus riquezas, a muchos de ellos. Por su parte Costobaro y Saúl habían congregado su porción de criminales. Eran de sangre real y estaban muy en favor de Agripa a causa de su parentesco, pero eran violentos y dispuestos a apoderarse de los bienes de los más débiles. Por todo esto nuestra ciudad estaba sumergida en muchas tribulaciones, yendo de día en día los asuntos de mal en peor.
5. Cuando Albino supo que venía a reemplazarlo Gesio Floro, quiso demostrar que había hecho algo en favor de los de Jerusalén. Habiendo reunido a los prisioneros, ordenó que fueron muertos todos aquellos que lo merecían. En cuanto a los que se encontraban en la cárcel por causas más leves, una vez que hubieron pagado la multa los dejó en libertad. En esta forma la cárcel se vació de presos, pero el país quedó infestado de ladrones.
6. Los levitas -una de nuestras tribus-, que cantaban los himnos, pidieron al rey que reuniera al sanedrín y les permitiera utilizar al igual que los sacerdotes una túnica de lino, pues pretendían que durante su reino tenía que llevar a cabo una innovación
memorable. Tuvieron éxito en su pedido. Pues el rey, con el consentimiento de los que formaban el sanedrín, concedió a los cantores que abandonaran su antigua vestidura y se pusieran una de lino, como pedían. Y como una parte de la tribu ejercía su ministerio en el Templo, permitió que aprendiera los himnos, tal como lo pedían. Todo esto se había llevado a cabo en contra de lo que ordenaban las costumbres patrias, cuya violación reportaría los castigos que se merecían.
7. En esta oportunidad el Templo ya estaba terminado. El pueblo vió que los obreros, en número de dieciocho mil, estaban sin trabajo y necesitaban salarios, pues hasta entonces se habían procurado los medios de vida trabajando en el Templo. No que= rían repartir dinero por miedo a los romanos, pero se preocupaban por sus obreros; efectivamente, si un obrero trabajaba, aunque no fuera más que una hora, inmediatamente recibía su paga. Por eso pidieron al rey que hiciera restaurar el pórtico oriental. Era un pórtico de la parte exterior del Templo, que daba sobre un pro. fundo valle, con muros de cuatrocientos codos de largo, y estaba construído con piedras blancas, rectangulares, de veinte codos de largo y seis de alto; era obra del rey Salomón, que fué el primero en construir todo el Templo. El rey, sin embargo, pues el César Claudio le había encargado el cuidado del Templo, pensó que destruir era fácil, lo difícil era construir, especialmente ese pórtico, por tratarse de una obra que requería tiempo y una gran cantidad de dinero. Pero no se opuso a que la ciudad fuera pavimentada con piedra blanca. Privó del pontificado a Jesús hijo de Gamaliel, y se lo dió a Matías hijo de Teófilo. Siendo éste pontífice comenzó la guerra entre los romanos y los judíos.

CAPITULO X
Los sumos pontífices judíos, desde Moisés hasta la guerra de los judíos

1. Creo necesario y conveniente, especialmente en esta historia, hablar de los pontífices, cuál fué su origen, a quiénes se otorgó este honor y quiénes son los que lo han ejercido hasta el fin de la guerra.
Se dice que el primero de todos fué Aarón, hermano de Moisés, quien sirvió al señor en el sumo sacerdocio; una vez muerto, lo sucedieron sus hijos, y todos sus descendientes sin excepción guardaron este honor en su familia. De ahí que, por ley de nuestros padres, nadie puede ser pontífice de Dios, si no es de la sangre de Aarón; y el cargo no es permitido a otro de otra familia, aunque se trate de un rey.
Después de Aarón que, como hemos dicho, fué el primero hasta Finees, que recibió el pontificado durante la guerra, hubo ochenta y tres sumos sacerdotes. Desde el tiempo de Moisés, en que el tabernáculo construído por éste en honor de Dios se levantaba en el desierto, hasta la llegada a Judea, en donde el rey Salomón edificó el Templo de Dios, hubo trece pontífices que ejercieron el cargo en el desierto. Al principio el pontificado se conservaba durante toda la vida; posteriormente los sumos sacerdotes fueron reemplazados cuando todavía vivían. Estos trece; puesto que eran los descendientes de los hijos de Aarón, obtuvieron el pontificado por herencia. El gobierno fué al principio aristocrático, después monárquico' y, en tercer lugar, real. Desde el día en que nues. tros padres abandonaron a Egipto bajo la dirección de Moisés hasta la construcción del Templo, gobernaron estos trece pontífices por espacio de seiscientos doce años.

2. Después de estos trece sumos pontífices, lo ejercieron otros dieciocho, sucesivamente, desde el reinado de Salomón, en Jerusa. lén, hasta que Nabucodonosor, rey de Babilonia, en una expedición contra la ciudad, incendió el Templo y desterró a nuestro pueblo a Babilonia, haciendo prisionero al sumo pontífice Josadoc. Estos dieciocho ejercieron el pontificado por espacio de cuatrocientos sesenta y seis años, seis meses y diez días, durante el período en que los judíos estaban subordinados a los reyes.
Setenta años después de la conquista de Judea por los babilonios, Ciro, rey de Persia, puso en libertad a los judíos de Babilonia, y permitióles volver a su país y reedificar el Templo. En esta oportunidad, uno de los prisioneros que regresaron de Babilonia, Jesús, hijo de Josadoc, recibió el sumo pontificado. El y sus descendientes, quince en total, fueron pontífices bajo un go

l 0 sea el gobierno no hereditario de los jueces.
bierno republicano hasta la época del rey Antíoco Eupátor, durante cuatrocientos catorce años.
3. Los citados antes, esto es, el Antíoco que acabamos de nombrar y su general Lisias, pusieron fin al sumo pontificado de Onías, por sobrenombre Menelao, matándolo en Berea, y privaron a su hijo de la sucesión para nombrar sumo pontífice a Jacim, que pertenecía a la raza de Aarón, pero no era de la familia de Onías. Por esto Onías, hijo del Onías muerto y que tenía el mismo nombre que su padre, se fué a Egipto, donde lo recibieron amistosamente Ptolomeo Filométor y su mujer Cleopatra. Los convenció que edificaran para Dios, en el nomo de Heliópolis, un templo semejante al de Jerusalén, nombrándolo a él sumo pontífice. Pero ya hemos hablado acerca del templo construido en Egipto.
Jacim murió después de haber ejercido durante tres años el sumo pontificado. No tuvo sucesor y el país estuvo siete años sin sumo pontífice. Luego los Asmoneos, a quienes se les confió el poder sobre el pueblo y que combatieron contra los macedonios, retomaron la tradición y nombraron sumo pontífice a Jonatás, que ejerció el cargo durante siete años. Al morir, a consecuencias de un complot y de intrigas tramadas por Trifón, como lo hemos expuesto anteriormente, su hermano Simón recibió el sumo pontificado. Este fué envenenado durante una comida por su yerno; después de haber ejercido el poder un año más que su hermano, tuvo por sucesor a su hijo Hircano.
Hircano disfrutó de este honor durante treinta años, y murió viejo, dejando la sucesión a Judas, por sobrenombre Aristóbulo, Su heredero fué su hermano Alejandro, cuando aquél murió de enfermedad luego de haber ejercido al mismo tiempo el sumo pontificado y la realeza, pues Judas fué el primero en ceñir la corona real, que retuvo durante un año.
4. Alejandro murió después de haber sido rey y sumo pontífice durante veintisiete años, dejando a su mujer Alejandra el cuidado de designar al futuro sumo pontífice. Alejandra entregó el sumo pontificado a Hircano, y ella murió luego de haber conservado el trono durante nueve años.
Su hijo Hircano fué sumo pontífice por el mismo número de años. Efectivamente, después de la muerte de su madre, su hermano Aristóbulo le hizo la guerra, lo venció y lo privó de ,n
cargo, para convertirse él a la vez en rey y sumo pontífice de su pueblo. Pero tres años y tres meses después de su advenimiento al poder, Pompeyo tomó a la fuerza la ciudad de Jerusalén, y envió a Roma encadenados a Aristóbulo y sus hijos; después devolvió el sumo pontificado a Hircano, confiándole el poder sobre el pueblo, pero prohibiéndole ceñir la corona.
Hircano tuvo el poder, a más de los nueve primeros años, otros veinticuatro. Pero Barzafarnes y Pacoros, príncipes de los partos, atravesaron el Eufrates, combatieron contra Hircano, lo hicieron prisionero y nombraron rey a Antígono, hijo de Aristóbulo. Después de tres años y tres mcscs de reinado éste fué sitiado y tomado prisionero por Sosio y Herodes, conducido a Antioquía y condenado a muerte por Antonio.
5. Herodes, que recibió el poder de manos de los romanos, dejó de nombrar sumos sacerdotes asmoneos; confirió este honor a gente oscura que no eran sino simples sacerdotes, con excepción de uno solo, Aristóbulo; éste era el nieto de Hircano, el que fué hecho prisionero por los partos. Herodes le dió el sumo pontificado y se casó con su hermana Mariamne para conquistarse el favor del pueblo, gracias al recuerdo de Hircano. Luego, temeroso al ver que todos sentían inclinación por Aristóbulo, lo hizo ahogar en Jericó mientras nadaba, como lo hemos ya explicado. En adelante ya no confió el sumo pontificado a ninguno de los descen. dientes de los Asmoneos. La conducta de Herodes fué imitada en lo referente a los pontífices por Arquelao y sus hijos; y, más adelante, por los romanos que se adueñaron del poder en el país de los judíos.
Desde el tiempo de Herodes hasta que Tito tomó e incendió la ciudad y el Templo, hubo en total veintiocho pontífices; y el tiempo de estos pontificados alcanza a ciento siete años. Algunos de ellos gobernaron bajo el reinado de Herodes y su hijo Arquelao; después de la muerte del último, el gobierno fué aristocrático,

pero los sumos pontífices tuvieron la dirección del pueblo. Y con esto hay suficiente sobre los sumos pontífices.

CAPITULO XI

Floro, sucesor de Albinio, oprime a los judíos y los obliga a tomar las armas

1. Gesio Floro, enviado por Nerón como sucesor de Albino, fué causa de muchas calamidades para los judíos. Había nacido en Clazomenes y llevó consigo a su esposa Cleopatra, por cuyo intermedio, como que era amiga de la esposa de Nerón, Popea, y en nada diversa del esposo por su malignidad, consiguió el cargo. Tan perversa y violentamente abusó del poder que, con motivo de su enorme maldad, los judíos consideraron a Albino como benefactor. Este procuraba ocultar su maldad, y cuidadosamente se esforzaba en que no fuera conocida; pero Gesio Floro, como si hubiera sido enviado para poner de manifiesto su perversidad, se jactaba de las injurias que infería a nuestro pueblo, sin abstenerse de ninguna rapiña o suplicio. Era un hombre duro que no se dejaba inclinar a la misericordia, insaciable en su afán de lucro, ignorando la diferencia entre pequeños y grandes crímenes, siendo partícipe en los robos de los ladrones. Había muchos que se dedicaban al robo, con la esperanza de que nada les iba a acontecer, pues Floro participaba en los mismos. No había límites en las atrocidades, de manera que los desdichados judíos, cuando ya no pudieron soportar los robos que los ladrones realizaban, se vieron obligados a abandonar sus casas y escapar, para vivir mejor en cualquier lugar del extranjero. ¿A qué decir más? Floro fué el culpable de que nos viéramos obligados a hacer la guerra a los romanos, pensando que era mejor que muriéramos todos de una vez y no poco a poco. La guerra se inició en el año segundo de la administración de Floro, y en el duodécimo del imperio de Nerón. Pero todo aquello que nos vimos obligados a hacer y lo que tuvi mos que soportar, se podrá ver cuidadosamente expuesto en los libros que hemos escrito sobre la guerra de los judíos.

2. Aquí pondré fin a mis Antigüedades Judías, después de cuyos hechos comienzan los acontecimientos que he expuesto en la Guerra de los Judíos. Las Antigüedades abarcan las tradi diciones que van desde el primer hombre hasta el año duodé cimo del imperio de Nerón; los hechos que nos acontecieron a los judíos en Egipto, Siria y Palestina y las calamidades que sufrimos con los asirios y babilonios, así como las vejaciones a que nos sometieron los persas y macedonios y, después de ellos, los romanos. Espero haberlo expuesto todo cuidadosamente. Me he esforzado en ofrecer la lista de los sumos pontífices que se sucedieron durante el período de los dos mil años. Expuse también la sucesión de los reyes, sin error, refiriendo lo que hicieron, cómo administraron el estado y la autoridad de los jueces, tal como se encuentra descrito en los libros sagrados, pues así me comprometí a hacerlo desde el principio de esta historia.

Ahora digo confiadamente, terminada la obra que me propuse, que ningún otro, ni judío ni extranjero, habría podido, por más que lo quisiera, presentar esta historia con tanta exactitud al público griego. Efectivamente, mis compatriotas admiten que soy muy superior a ellos en el conocimiento de las cosas nacionales. Me he esforzado en tener conocimiento de las letras griegas después de aprender la gramática, aunque nuestra educación nacional me ha impedido adquirir una pronunciación correcta. Nuestro pueblo no reverencia a los que aprenden lenguas extranjeras, pues juzga que este estudio es accesible no solamente a las personas de nacimiento libre, sino también a cualquier esclavo. Unicamente considera sabios a los que conocen la ley en forma preci sa y pueden interpretar el sentido de la Sagrada Escritura. Este es el motivo de que, a pesar de que muchosi trataron de ejercitarse en aquella disciplina, únicamente dos o tres han logrado éxito y recogieron el fruto de su trabajo. Quizá haga algo que no provoque la envidia, si hablo brevemente de mi familia y de lo que hice durante mi existencia, ahora que todavía viven los que pue den refutarme o atestiguar en mi favor [1].

Aquí pondré fin a mis Antigüedades Judías, que comprenden veinte libros y sesenta mil líneas. Si Dios lo permite, referiré de nuevo, resumidamente, la guerra y lo que nos ha ocurrido hasta el momento presente, esto es hasta el año décimotercero del

1 Alusión a la Vida, su autobiografía, considerada generalmente como un complemento de Antigüedades.

reino del emperador Domiciano, que es el quincuagésimo sexto de mi vida. También tengo el propósito de escribir cuatro libros sobre nuestra doctrina judía referente a Dios y su naturaleza, y sobre nuestras leyes y las razones por las cuales ciertas acciones nos son permitidas y otras prohibidas'.

1 Estos libros a que hace referencia Josefo, un nuevo relato resumido de la guerra con los últimos acontecimientos hasta la época que menciona, y los cuatro que detalla en las líneas finales, no se conocen, suponiéndose que no llegó a escribirlos.